LA SANGRE NO MIENTE

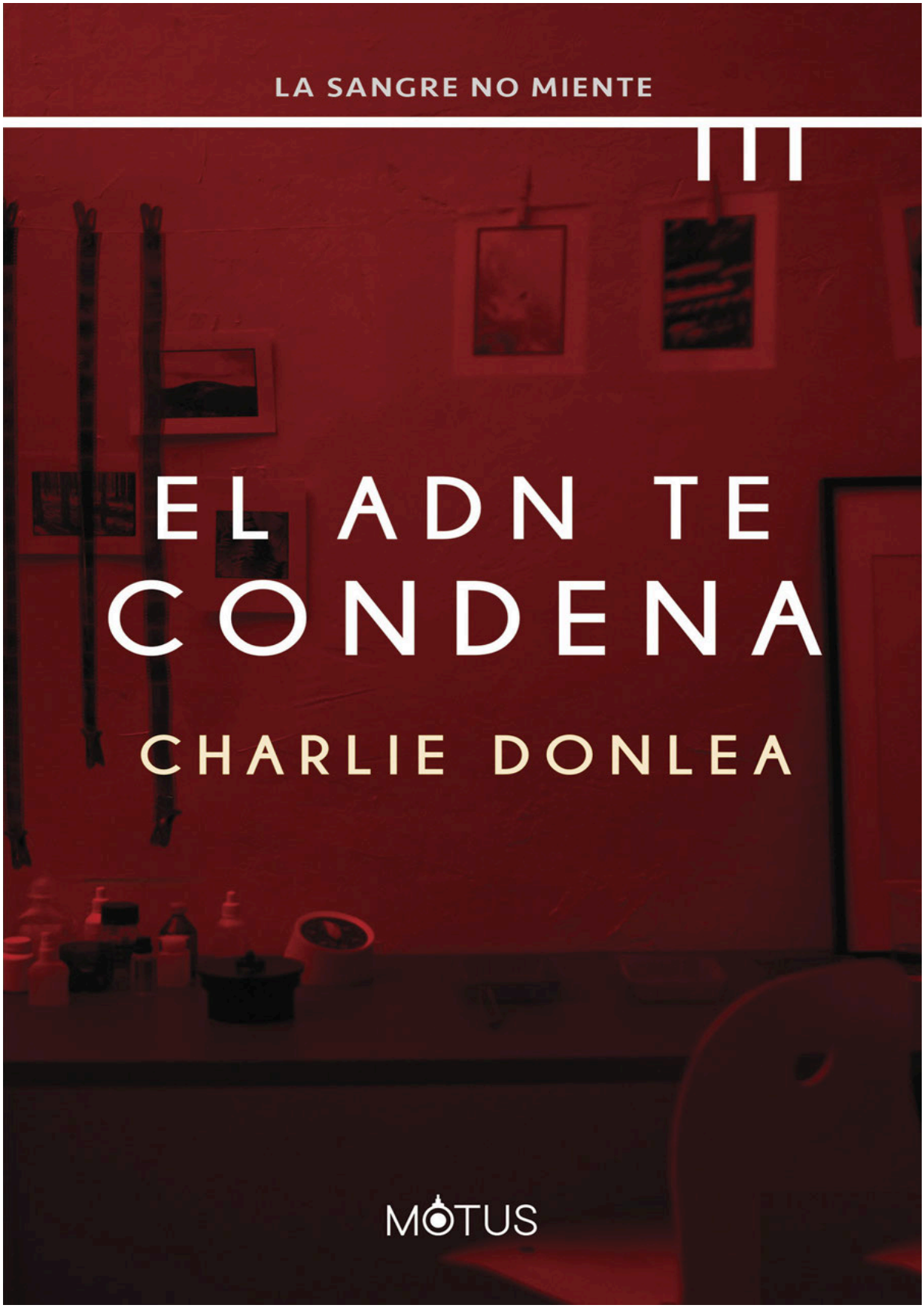
III

EL ADN TE CONDENA

CHARLIE DONLEA



MOTUS


LA SANGRE NO MIENTE
III
EL ADN TE CONDENA
CHARLIE DONLEA
MOTUS

EL ADN TE CONDENA

Charlie Donlea

Traducción: Constanza Fantin Bellocq



Título original: Long Time Gone

Kensington Publishing Corp.

Derechos de traducción gestionados por Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

© 2024 Charlie Donlea

© 2025 Trini Vergara Ediciones

www.trinivergaraediciones.com

© 2025 Motus Thriller

www.motus-thriller.com

España · México · Argentina

ISBN: 978-84-19767-41-7

"Las fotografías abren puertas al pasado, pero también permiten una mirada al futuro".

Sally Mann

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Cedar Creek, estado de Nevada

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

EL PASADO

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Reno, estado de Nevada

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

EL PASADO

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

EL PASADO

Lago Tahoe, estado de Nevada

Lago Tahoe, estado de Nevada

CUARTA PARTE

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

EL PASADO

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 59

EL PASADO

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

CAPÍTULO 60

CAPÍTULO 61

CAPÍTULO 62

EL PASADO

Cedar Creek, estado de Nevada

CAPÍTULO 63

EL PASADO

Cedar Creek, estado de Nevada

CAPÍTULO 64

EL PASADO

Cedar Creek, estado de Nevada

Cedar Creek, estado de Nevada

CAPÍTULO 65

CAPÍTULO 66

CAPÍTULO 67

CAPÍTULO 68

CAPÍTULO 69

CAPÍTULO 70

CAPÍTULO 71

CAPÍTULO 72

CAPÍTULO 73

CAPÍTULO 74

CAPÍTULO 75

CAPÍTULO 76

CAPÍTULO 77

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Charlie Donlea

Manifiesto Motus

Cedar Creek,

estado de Nevada

13 de julio de 1995

Nueve días después…

Un gavilán de Cooper de cola negra presenció la muerte del sheriff Sanford Stamos.

La magnífica ave descendió de los cielos y se posó en el frente del coche patrulla, como un elegante ornamento sobre el capó. Graznó una vez durante la batalla que se llevaba a cabo dentro del vehículo, extendiendo las alas mientras el coche se sacudía. Cuando la lucha terminó, el gavilán plegó las alas contra su cuerpo; el sheriff Sanford Stamos, sentado en el asiento del conductor, miraba a los ojos a su asesino. La mirada fría del sheriff no se debía tanto a la firme determinación de fijar los ojos sobre el hombre que estaba a punto de matarlo, sino más bien a la droga paralizante que recorría su organismo y le impedía hasta mover los ojos.

Quería hacer mil otras cosas antes que mirar boquiabierto al hombre que estaba a su lado. Su entrenamiento le decía que debía enfrentarse a su atacante o poner distancia entre ambos. Quería escapar del vehículo, desenfundar el arma, llamar y pedir refuerzos. Pero la aguja que colgaba de su cuello le había robado la capacidad de moverse y le hacía sentir una profunda debilidad que infectaba

cada fibra de su cuerpo. La droga finalmente le quitó el control de los párpados y estos se cerraron. Sentado detrás del volante del coche patrulla, Sandy dejó caer el mentón contra el pecho. Al respirar, hizo un ronquido áspero, provocado por el ángulo extraño. Sandy no tenía duda de que se encontraba al borde de la muerte. Lo que había descubierto en las últimas semanas de su investigación sobre la desaparecida familia Margolis era garantía de ello.

Oyó que la puerta del copiloto se abría y se cerraba cuando el asesino salió del coche. Luego se abrió la puerta de su lado y Sandy sintió que le levantaban la manga del brazo izquierdo. Una goma le apretó el bíceps antes de que un pinchazo en el antebrazo lo hiciera abrir los ojos de repente. Solo vio luz. Tenía la visión borrosa, como si alguien le hubiera embadurnado los ojos con vaselina.

Sintió un ardor localizado en el brazo cuando la jeringa se vació en su vena. Instantes después, experimentó una sensación completamente diferente. Algo extraño y exótico y más sensacional de lo que jamás había sentido. Una nube de euforia descendió sobre él, o quizás fue él quien ascendió hacia ella. En cualquier caso, el sheriff Stamos olvidó el confinamiento de su vehículo. Olvidó su incapacidad de moverse o hablar. Dejó de preocuparse por su asesino y se relajó en la dicha que le inundaba el cuerpo y la mente. Y ¿el alma? ¿Acaso también le tocaba el alma?

—Ahora no eres más que otro drogadicto del condado de Harrison.

Sandy no podía distinguir si las palabras eran suyas o de otra persona. Si se originaban en su cabeza o alguien se las decía. Pero en realidad no le importaba. Una segunda jeringa se vació en su brazo antes de que la puerta del coche patrulla se cerrara y un nuevo nivel de éxtasis tomara el control de sus facultades. Tan potente fue el efecto de la droga que corría por su organismo que lo desacopló de su cuerpo. Flotaba sobre la escena de un modo que le permitía ver dónde estaba y qué sucedía. Sentado en el coche patrulla con el cinturón ajustado contra el pecho, vio desde su

posición en altura cómo su vehículo rodaba cuesta abajo hacia el río Cedar.

Justo antes de que el coche patrulla entrara como una lanza en el agua, el gavilán que se había posado sobre el capó levantó vuelo. Dos enérgicos aletazos lo elevaron en el aire hasta que la brisa del río le permitió planear con las alas abiertas. El coche siguió su avance hasta que el capó quedó bajo el agua. La lenta inmersión continuó y el río finalmente se tragó el automóvil, ingiriéndolo por completo hasta que solo las luces traseras asomaban en la superficie.

En medio de una nebulosa, Sandy se dio cuenta de que estaba sumergido bajo la superficie del río Cedar, pero la sensación de euforia y excitación que corría cálida por sus venas traía consigo una apatía pesada a la que era imposible sobreponerse. Poco le importaba que el agua le subiera por el pecho y le lamiera la barbilla, amenazando cubrirle la cara y la cabeza. En cambio, estaba ansioso por volar hacia el sopor que esperaba en algún sitio del más allá. Hipnotizado por el brillo que veía en la distancia, ignoró la escena de su cuerpo atrapado bajo la superficie del río Cedar. En cambio, siguió el vuelo del gavilán de cola negra, que se elevaba hacia la luz. Voló y voló y voló, hasta que el resplandor lo absorbió y lo llevó lejos.

PRIMERA PARTE

Genealogía 1

CAPÍTULO 1

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Lunes 1 de julio de 2024

Sloan Hastings entró en la Jefatura de Medicina Forense quince minutos antes de las nueve de la mañana, la hora que marcaría el inicio de su formación en patología forense. Junto con otros tres becarios, estaban a punto de embarcarse en un riguroso programa de dos años que culminaría con un diploma de médico forense para cada uno de ellos. Siempre y cuando pudieran superar los desafíos y momentos difíciles que les esperaban, claro. Sloan estaba segura de que ella lo lograría. Siempre había soñado con llegar a ser patóloga forense.

Graduada en la Universidad Duke con una doble titulación en Criminología y Ciencias Forenses, Sloan había navegado sin esfuerzo las aguas de la Facultad de Medicina antes de completar una residencia de cuatro años en Patología Anatómica y Clínica. Ahora, con veintinueve años, lo único que se interponía en su camino para lograr su sueño eran dos intensos años como becaria. El primero de ellos sería un año de investigación financiado por una beca que requería que Sloan explorara un área de la patología forense, mostrara avances en el tema de alguna manera significativa y escribiera una tesis al respecto.

Tras su año de investigación, comenzaría un programa clínico de doce meses en la Jefatura de Medicina Forense, estudiando bajo la tutela de la renombrada doctora Livia Cutty. Allí realizaría cientos de

autopsias en su camino hacia convertirse en médica forense. Estaba ansiosa. Estaba entusiasmada. Y sentía avidez por el futuro.

Vestida con una blusa negra sin mangas que mostraba su figura atlética esculpida por el CrossFit, pantalones blancos y tacones altos, Sloan mostró a la recepcionista su nueva tarjeta de identificación, que la acreditaba como una de los cuatro becarios de primer año a partir de las nueve de esa mañana. La puerta adyacente al escritorio se abrió con un zumbido. Sloan pasó hacia el otro lado y se dirigió a "la jaula".

Dentro de la JEMEFO, la Jefatura de Medicina Forense, y en especial para los nuevos becarios, "la jaula" tenía la peor reputación. Cerrada por una cerca de malla metálica y llena de filas y más filas de sillas que miraban hacia el frente, la jaula era donde los becarios presentaban sus casos todas las tardes. Estar de pie frente a los médicos supervisores, bañada por el brillo de la pizarra interactiva era como estar ante un pelotón de fusilamiento. Abundaban los rumores y las leyendas sobre la agonía de becarios que habían farfullado en la presentación de sus casos ante las preguntas de los expertos que los supervisaban y que detectaban cada paso en falso, remarcaban cada omisión y corregían cada pensamiento erróneo. Era un sitio que a Sloan le inspiraba temor y ansiaba conquistar.

Sloan sabía que la morgue estaba en el sótano, que las oficinas de los médicos responsables estaban en el primer piso y que la jaula se encontraba en algún lugar de la planta baja. No tuvo que deambular más que unos instantes antes de encontrarla; entró por la puerta del fondo de la sala y se sentó junto al pasillo. Había unas treinta sillas plegables en el salón, todas mirando hacia una pantalla que captaba la luz de un proyector colgado del techo y que recibía a Sloan y sus colegas:

¡Bienvenidos, becarios de primer año!

Los otros becarios no tardaron en llegar; todos se presentaron y comenzaron a conversar sobre dónde habían hecho su residencia y qué esperaban de los próximos dos años. A las nueve en punto, una mujer con uniforme quirúrgico verde y una bata blanca larga entró en la jaula.

—Buenos días, novatos —dijo la doctora Livia Cutty mientras avanzaba por el pasillo central y se situaba frente a la pizarra interactiva—. Me alegra volver a veros.

La doctora Cutty había entrevistado a cada candidato que se había postulado para su prestigioso programa de patología forense y había seleccionado personalmente a los cuatro que estaban sentados frente a ella.

—Me parece que fue hace una eternidad cuando yo estuve sentada donde vosotros lo estáis hoy, como becaria de primer año, nerviosa y entusiasmada por lo que me esperaba. En realidad, solo fue hace siete años.

La doctora Livia Cutty era la médica más joven en presidir el programa de beca de investigación en la JEMEFO de Raleigh, en el estado de Carolina del Norte. El anterior presidente y mentor de Livia, el doctor Gerald Colt, se había mostrado muy insistente para reclutarla cuando se jubiló el año anterior. En menos de una década desde que completó su formación, Livia Cutty se había forjado una carrera legendaria como médica forense. Durante los últimos años había trabajado como jefa de Medicina Forense en Manhattan y se había destacado en Nueva York. A lo largo de los años, se había involucrado en varios casos de alto perfil y había servido como asesora médica para varias cadenas de televisión, incluidas FOX, CNN y NBC. En la actualidad, tenía un trabajo secundario como comentadora de temas forenses en la cadena HAP News durante sus

frecuentes apariciones en el exitoso programa de noticias Eventos Nacionales.

—Como no estoy tan lejos de donde vosotros estáis ahora —prosiguió Livia—, quiero que sepáis que no solo entenderé lo que viviréis durante los próximos dos años, sino que también empatizaré con vosotros. Seré exigente, como lo fueron mis mentores conmigo. Pero seré justa. Todos tenemos el mismo objetivo, que es formar a cada uno de vosotros para que seáis los mejores y más brillantes médicos forenses que este país pueda ofrecer. Mi compromiso con vosotros es proporcionaros las herramientas y las oportunidades para lograrlo. Lo que os pido a cada uno es que deis lo mejor de vosotros. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —respondieron al unísono Sloan y sus colegas.

Sloan tenía que admitir que estaba deslumbrada por Livia Cutty. La había visto tantas veces en televisión, ya fuera opinando sobre casos forenses de alto perfil o brindando testimonio y análisis como experta en Eventos Nacionales, que le parecía increíble estar sentada ahora frente a ella. Aún más difícil de comprender era que se formaría bajo su tutela.

Durante la mayor parte de su vida, Sloan había sobresalido en todo lo que había emprendido, ya fuera liderando el equipo de debate de secundaria, dominando el laberinto de nervios craneales en el laboratorio de anatomía o haciendo planchas con sus compañeros de CrossFit; se mostraba a la altura de los desafíos y estaba decidida a hacer lo mismo durante su tiempo como becaria bajo la tutela de Livia Cutty.

CAPÍTULO 2

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Lunes 1 de julio de 2024

Durante treinta minutos, la doctora Cutty dio a Sloan y a los otros becarios de primer año un panorama general y repasó lo que tendrían por delante durante su año de investigación. Los doce meses no estarían desprovistos por completo de tiempo en la morgue. Además de su investigación, cada uno de ellos sería emparejado con un becario de segundo año y se les exigiría observar cinco autopsias por mes durante el verano. Y diez durante el invierno. Los últimos tres meses requerirían que no solo participaran en los exámenes post mortem, sino que también presentaran los casos a los médicos y patólogos que conformaban el equipo de la JEMEFO. El segundo año como becarios los sumergiría a tiempo completo en la morgue; cada uno de ellos habría hecho entre doscientas cincuenta y trescientas autopsias al finalizar su formación.

—¿Alguna pregunta? —quiso saber Livia.

No hubo ninguna. Livia miró su reloj.

—Bien, el resto de la mañana tengo programadas sesiones de treinta minutos con cada uno de vosotros para discutir su tema de investigación. Sloan, tú eres la primera.

Sloan sonrió y se puso de pie.

—Hablaremos en mi despacho —dijo Livia—. Podéis tomar café si lo deseáis —dijo a los otros becarios—. Y mientras esperáis, dad una vuelta y familiarizaros con el edificio. Será vuestro hogar durante los próximos dos años.

Sloan se despidió con la mano de sus nuevos colegas y salió de la jaula detrás de la doctora Cutty. Se dirigieron por el pasillo hasta su despacho.

—Siéntate.

Sloan se sentó frente al escritorio mientras Livia se acomodaba en su silla y comenzaba a teclear en su ordenador.

—El equipo de la JEMEFO ha elegido cuatro temas específicos de patología forense, y les hemos asignado al azar uno de ellos a cada uno de nuestros becarios. ¿Estás lista para enterarte de qué tema ocupará el próximo año de tu vida?

—Por supuesto —respondió Sloan.

La beca de dos años bajo la tutela de la doctora Livia Cutty era única en comparación con otras becas de patología forense de todo el país, que consistían en un solo año de formación. El año adicional con la doctora Cutty prometía un currículum más sólido para aquellos que buscaban puestos relacionados con la criminología y las fuerzas del orden. El sueño de Sloan era trabajar codo con codo con una unidad de homicidios importante y había puesto la mira en el programa de Livia Cutty desde el día que comenzó su residencia cuatro años antes.

—Tu área de investigación será la genealogía forense y genética —anunció Livia.

Sloan levantó las cejas y asintió.

—De acuerdo —dijo, vacilante.

—¿No conoces este campo de la medicina forense?

—Creo que lo vimos en algún curso en la universidad, pero parece como si hubiera sido hace una eternidad.

—Ha cambiado mucho desde entonces. Es una especialidad en constante evolución. La genealogía forense es la ciencia que está detrás de la resolución de varios casos de alto perfil jamás resueltos que han estado en las noticias en los últimos años. El más conocido probablemente sea el del Asesino de California. ¿Lo conoces?

—He oído hablar de él, sí —respondió Sloan.

—En la década de los setenta, un sujeto se embarcó en una extensa ola de violaciones y asesinatos en el norte de California. En todos los casos, entró por la fuerza en los domicilios en medio de la noche. La policía logró conseguir muestras de ADN del sospechoso en varias de las escenas del crimen. En aquel entonces no había una base nacional de datos de ADN, así que no se logró identificarlo, pero se lo conservó como prueba. El asesino siguió con su reinado de terror hasta los años ochenta y luego, de repente, terminó. Su ADN quedó sin identificar durante décadas hasta que unos investigadores brillantes, en un intento por identificar al dueño de ese ADN de antiguas escenas del crimen, decidieron buscar en bases de datos genealógicas en línea.

—¿Bases de datos como Ancestry.com? ¿Esos sitios en línea donde la gente envía su ADN para crear árboles genealógicos y conocer el origen de sus ancestros?

—Exacto —dijo Livia—. Ancestry.com, Twenty Three and Me…, hay muchísimos, y contienen un tesoro de información genética más grande que cualquier base de datos que pudiera crear la policía.

—Pero ningún asesino en serie sería tan tonto como para enviar su propio ADN a uno de esos sitios.

Lidia negó con la cabeza.

—Ellos no, pero sus desprevenidos parientes sí. Los detectives que trabajaban en el caso del Asesino de California decidieron enviar el ADN del asesino, que había sido obtenido de una de las escenas del crimen y conservado durante décadas, a GEDmatch, un servicio gratuito que permite a los usuarios subir y analizar sus secuencias de ADN, con la esperanza de encontrar algo. Y, ¡sorpresa!, el ADN del asesino mostró un vínculo genético, una coincidencia, como se la llama, con un hombre que había subido su secuencia de ADN y fue identificado como primo segundo de quienquiera que fuera el Asesino de California. Entonces comenzó el trabajo de investigación. Un genealogista que trabajaba con los detectives rastreó al primo y fue hacia atrás para crear un árbol genealógico. Los primos segundos llevaron a los primos hermanos. Los primos hermanos llevaron a los tíos y tías. Y así sucesivamente a lo largo de la línea genética. Los detectives investigaron a cada pariente para ver si alguno de ellos vivía en las zonas donde habían ocurrido los crímenes. Después de un considerable trabajo de campo, redujeron la lista a solo un par de nombres. Luego montaron operativos de vigilancia y esperaron durante semanas a que cada uno de estos posibles sospechosos sacara los cubos de basura a la acera. Una muestra de ADN tomada de un pañuelo usado en uno de los cubos resultó ser una coincidencia exacta con el ADN obtenido de las escenas del crimen. Se procedió al arresto y quedó resuelto el caso del Asesino de California, que llevaba décadas archivado.

—Es fascinante.

—Me alegro de que lo pienses, porque estás a punto de pasar un año de tu vida investigando este tema y buscando la manera de lograr avances. —Livia empujó una carpeta de tres anillos por el escritorio—. Aquí está toda la información necesaria para completar el proyecto. Por supuesto, tu investigación culminará en una tesis que presentarás al final del año. La información sobre el "Día de Presentación", como lo llamamos, también está en la carpeta. La

presentación debe durar cuatro horas, divididas en dos segmentos de dos horas. Hay puntos de referencia que se espera que alcances a lo largo del año y están diseñados para que no te apartes del cronograma. Cada tres meses, nos reuniremos para ver cómo progresas. Y, por supuesto, tendrás que seguirle el ritmo al becario de segundo año al que has sido asignada y también alcanzar los objetivos establecidos que te prepararán para el segundo año de la beca, el año clínico.

—Entendido —dijo Sloan.

—Te he sobrecargado de información esta mañana. Tómate uno o dos días para revisarlo y procesarlo todo. Si tienes preguntas, ven a verme. Siempre estoy disponible. Y te daré un consejo que me dio mi mentor: el diablo te roba el tiempo tentándote para que dejes las obligaciones para el último momento. Evítalo a toda costa. Ponte a trabajar y mantente ocupada.

—De acuerdo, doctora.

CAPÍTULO 3

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Martes 2 de julio de 2024

Sloan recogió su correspondencia de una hilera de casilleros antes de subir los escalones hacia su apartamento: un piso de un dormitorio en Trinity Circle. Ya dentro, abrió una Diet Dr. Pepper, su bebida preferida y el arma secreta que, junto con su obsesión por el CrossFit, la había ayudado a sobrevivir tanto a la facultad de medicina como a la residencia. En la mesa de la cocina abrió su portátil. Había pasado el día anterior leyendo la información que contenía la enorme carpeta de tres anillas que le había dado la doctora Cutty, tomando notas y delineando el enfoque que elegiría para investigar y desentrañar el campo de la genealogía genética forense, para poder contribuir a su avance de alguna manera.

Lo primero que tenía que hacer era hallar un caso resuelto gracias al uso de perfiles de ADN almacenados en bases de datos de sitios de genealogía en línea. Sabía que no debía considerar el caso del Asesino de California. Era demasiado conocido y carecía por completo de originalidad. Hizo una lista de personas con las que necesitaría contactarse: detectives de homicidios, genealogistas y tal vez periodistas que hubieran cubierto crímenes y pudieran darle una pista sobre algún caso poco conocido que involucrara la genealogía forense.

Tomó un sorbo de Dr. Pepper; decidió que contactar con un genealogista sería la más fácil de las tres opciones y se puso a

trabajar en su portátil. Una búsqueda rápida la llevó al sitio web de la Asociación de Genealogistas Profesionales. Sloan pasó por decenas de perfiles hasta que encontró a uno llamado James Clayton que vivía en Carolina del Norte. El perfil incluía una dirección de correo electrónico, de manera que le escribió un rápido mensaje.

Estimado James:

Soy becaria en patología forense en la Jefatura de Medicina Forense de Carolina del Norte. Estoy investigando la genealogía forense y busco un genealogista que me dé una lección de "Genealogía 1". Encontré su nombre en el sitio web de la Asociación de Genealogistas Profesionales. Estoy en Raleigh, al igual que usted. Por favor, avíseme si estuviera dispuesto a responder algunas de mis preguntas.

Sloan Hastings

Incluyó su número telefónico y cerró el correo electrónico. Pasó el resto de la mañana investigando homicidios que habían sido resueltos recientemente gracias a bases de datos de genealogía en línea. Hizo una lista de los diez que parecían prometedores y pasó tres horas después de la comida leyendo e imprimiendo artículos sobre cada uno de ellos. Era media tarde cuando su teléfono vibró con un mensaje de texto. No reconoció el número, pero al abrir el mensaje vio que era de James, el genealogista.

Hola, Sloan, gracias por contactar conmigo. Me encantaría hablar. Sí, yo también estoy en Raleigh y puedo reunirme en cualquier momento.

Sloan escribió su respuesta.

SLOAN: ¿En cualquier momento? ¿Esta noche es muy pronto?

JAMES: Para nada. ¿Nos vemos en The Daily Drip a las 21?

SLOAN: ¡Nos vemos allí!

"El diablo te roba el tiempo tentándote para que dejes las obligaciones para el último momento". No tenía intención de perder un minuto. Sloan había empezado la beca hacía solo dos días y ya estaba en marcha y avanzando a buen ritmo. Lo que le esperaba sería la mayor sorpresa de su vida.

CAPÍTULO 4

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Martes 2 de julio de 2024

El café The Daily Drip estaba tan bullicioso como de costumbre, incluso a las nueve de la noche. La ciudad, al parecer, vivía de la cafeína y sus habitantes consumían grandes cantidades a todas horas del día y de la noche. Sloan se sentó en una mesa alta en el centro, con vistas a la entrada. No había una imagen de James el genealogista en el sitio web donde lo había encontrado. Esperaba a un hombre de mediana edad con gafas y un estuche para bolígrafos en el bolsillo, pero en cambio, justo a las nueve de la noche en punto, un joven de veintitantos años entró en el café, miró alrededor, levantó la mano en un saludo sutil y pronunció su nombre moviendo solo los labios. "¿Sloan?".

"James", respondió ella, imitándolo.

El hombre asintió y se acercó.

—Soy James Clayton.

Le tendió la mano y Sloan se la estrechó.

—Sloan Hastings —dijo, mirándolo con los ojos entornados—. No pareces un genealogista.

—¿En serio? ¿Qué aspecto debería tener?

—No lo sé. ¿Más mayor, tal vez? ¿Más intelectual?

—¿De friki, quieres decir?

James lucía una barba desaliñada y un peinado de universitario. Se parecía mucho más a un estudiante que a alguien que estudiara árboles genealógicos para ganarse la vida.

—No pasa nada —añadió—. Me lo dicen mucho. Todos esperan encontrarse con un tipo de setenta años con pelo blanco y gafas. Pero no te preocupes, no soy un novato.

—Te creo. Gracias de nuevo por aceptar reunirte tan pronto.

—De nada. La mayor parte de mi trabajo la hago en línea o por teléfono. Es raro que me encuentre con un cliente en persona. Cuando dijiste que estabas en Raleigh, aproveché la oportunidad para salir de mi apartamento y hablar cara a cara con un cliente.

Instantes después, tenían sendas tazas de café frente a ellos.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó James.

Sloan abrió su ordenador.

—Acabo de comenzar una beca en patología forense.

—¿Qué significa eso? ¿Eres médica forense?

—Todavía no. Pero lo seré en un par de años. Mi primer año de formación estará dedicado a la investigación. Mi tema de interés es la genealogía forense y necesito que alguien que sepa del tema me guíe por los vericuetos de la cuestión.

James sonrió.

—Lo puedo hacer.

—Necesito aprender cómo se están utilizando las bases de datos de genealogía en línea y la información genética que contienen para resolver casos ocurridos hace años que no fueron resueltos en su momento. Me pusieron como ejemplo el del Asesino de California.

James arqueó las cejas.

—Ese fue el primero. Al menos, el primer caso que se hizo conocido. Y sentó un precedente.

—Bien —dijo Sloan, tomando nota en su ordenador—. Empecemos por ahí. Explícame cómo funciona. Dime cómo atraparon al asesino cuarenta años después de que cometiese los crímenes, solo porque un pariente envió su ADN a un sitio web.

—Por supuesto —dijo James—. ¿Cuánto sabes del caso?

—Anoche la jefa de mi departamento me hizo un resumen rápido, pero estoy buscando una explicación más profunda de cómo funciona por dentro la genealogía forense.

—Entiendo. Bien, avísame si me voy demasiado por las ramas.

Sloan asintió y siguió tecleando en el ordenador mientras James hablaba.

—El Asesino de California fue un violador y asesino en serie que asoló el norte de California durante varios años, en los setenta y los ochenta. Allá por los setenta, la tecnología del ADN no era lo que es hoy. Aun así, los investigadores ya sabían lo suficiente como para preservar pruebas de ADN para uso futuro. En el caso del Asesino de California, se extrajo de los kits de pruebas para exámenes de violación.

—Entonces, se les practicaron exámenes de violación a las víctimas y esas muestras se preservaron como pruebas durante décadas.

—Correcto. No fue hasta el año 2017 cuando los detectives de casos no resueltos pisaron el acelerador en su investigación. Eso significa que las muestras obtenidas de los exámenes de violación se habían conservado durante casi cuarenta años en esos kits antes de que se extrajera el ADN de las células de esperma contenidas en ellos.

—Increíble. —Sloan seguía tecleando—. Explícame el proceso. ¿Cómo es que el ADN del asesino, que había estado en poder de la policía durante décadas, de pronto llevó a que se lo identificara cuarenta años después de que cometiese los crímenes?

—En 2017 el caso todavía seguía sin resolverse; un investigador ingenioso decidió enviar a un sitio web de genealogía el ADN del asesino, tomado de uno de esos kits de exámenes de violación, y crear un perfil genético "falso", en el sentido de que el ADN no pertenecía al detective que creó el perfil. Desde allí, el investigador intentó encontrar coincidencias de ADN con otros usuarios que con total inocencia estaban buscando construir árboles genealógicos y explorar su linaje. Cualquier coincidencia que apareciera, obviamente, pertenecería a un pariente del asesino.

—Ah, ahora lo entiendo. —Sloan continuó tecleando.

—Los investigadores tuvieron que superar muchos obs-

táculos legales y, finalmente, lograron convencer a los ejecutivos del sitio web de genealogía de que les permitieran acceso a los datos, aunque todavía hay mucho debate sobre si lo que hizo aquel detective fue ético, por no decir legal. De todos modos, el genealogista finalmente encontró una coincidencia entre el ADN del asesino y el de un pariente, primo segundo, que había enviado su propio ADN y había creado un perfil con el único propósito de investigar sus orígenes. Una vez que las autoridades identificaron al asesino como descendiente de una familia en particular, investigaron a todos los hombres que podían estar emparentados con ese primo segundo. Con el tiempo, se decidieron por un sospechoso.

—¿Cómo hicieron para reducir la búsqueda?

—Al principio fue por zona geográfica. De todos los parientes, solo uno vivía en el norte de California en el momento en el que se cometieron los crímenes. Pero además, los detectives sabían por el perfil de ADN que el asesino tenía ojos azules. Buscaron en los registros de la Dirección General de Tráfico y en la información de los permisos de conducir para confirmar que el hombre al que tenían en la mira también tuviera los ojos azules. Eso fue suficiente para asegurarse una orden judicial. Luego trabajaron discretamente con la empresa de gestión de residuos que recogía la basura del sospechoso y la revisaron hasta encontrar una buena fuente de ADN. Cuando lo analizaron, vieron que coincidía exactamente con el ADN extraído del kit de violación. Listo, caso cerrado.

Sloan tecleó unas últimas palabras.

—Hablaste de problemas legales o éticos por la forma en la que las autoridades manejaron el caso.

—Así es. Uno es que se invade la privacidad de los individuos si las autoridades acceden a estas bases de datos de ADN en línea, ya que las personas que envían su ADN no están dando permiso a las fuerzas del orden para usar sus perfiles. El caso del Asesino de California hizo que muchos de los sitios web de genealogía cambiaran sus políticas de privacidad y algunos incluso han restringido el acceso de las fuerzas del orden a sus bases de datos. Se está convirtiendo en un conflicto complicado y estoy seguro de que pronto habrá legislación al respecto.

—Bien —dijo Sloan, mientras revisaba sus notas—. Necesito entender cómo funcionan estos sitios de genealogía en línea. Si yo quisiera crear un perfil genético o construir un árbol genealógico, ¿qué tendría que hacer?

James asintió.

—Lo primero sería registrarte en línea en uno de los sitios web de genealogía y pagar la tarifa que cobran; luego te enviarían por correo un kit con el equipo necesario. En esencia, se requiere que envíes tu saliva, por lo que te proporcionan un tubo de ensayo en el que escupes varias veces y luego lo devuelves. Luego, la compañía extrae tu ADN de la muestra de saliva. Una vez que tienes un perfil de ADN, inicias la sesión en tu cuenta y buscas si hay coincidencia con otros usuarios, que pueden ser parientes cercanos o lejanos. Desde allí comienzas a construir tu árbol genealógico. Es mucho más complicado, y para ser sincero, la mejor manera de demostrar cómo funciona sería que enviaras una muestra y yo te guiara a través del proceso de construir tu árbol genealógico.

Sloan vaciló.

—Hum, bueno, no sé si quiero llegar tan lejos.

—No es difícil. Solo escupes en un tubo de ensayo. Yo me encargaré del resto.

—No es eso. Lo que pasa es que…

La realidad sacudió a Sloan con la violencia y el estruendo de un tráiler que apareciese de la nada, sin luces, en plena noche y pasase a toda velocidad en dirección contraria.

—¿Pasa algo? —preguntó James.

—Soy adoptada —dijo Sloan por fin—. Creo que no me había puesto a pensar bien en todo esto, pero no tenía intención de rastrear a mis parientes biológicos.

—Ya. —James ladeó la cabeza—. Trabajo con muchos clientes adoptados. Podría ser divertido. Yo te facilitaría todo el proceso y te guiaría una vez que tuvieras los resultados.

Sloan consideró la oferta y pensó en si existirían formas de aprender sobre genealogía en línea sin tener que crear su propio perfil de ADN.

—Supongamos que acepto: ¿cuánto tardan en responder después de que haya enviado mi ADN?

—El primer paso sería crear un perfil en línea. Eso no lleva nada de tiempo. Podrías hacerlo hoy. Luego, por lo general, recibes el kit en una semana y tal vez en seis u ocho semanas ya está listo tu perfil de ADN.

—¿Dos meses? —preguntó Sloan con los ojos muy abiertos.

—Eso es si sigues los canales normales.

Sloan levantó las cejas.

—¿Tienes una manera de evitarlos?

—Por supuesto. Es lo que hago. Soy uno de los genealogistas principales de TuLinaje.com.

—¿Y eso cómo me ayuda?

—Puedo agilizar las cosas. Podríamos tener tu perfil de ADN listo en, digamos, una semana. Y luego podría guiarte con todo el proceso de cómo crear un árbol genealógico, usar tu perfil de ADN para conectarte con parientes lejanos y rastrear tu linaje hasta tiempos antiguos.

Sloan frunció el labio inferior, pensando en sus padres y en cómo se tomarían que investigara su ascendencia y encontrara a sus padres biológicos. Luego pensó en la doctora Cutty y su advertencia sobre postergar las obligaciones. Finalmente asintió.

—De acuerdo, acepto.

CAPÍTULO 5

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Miércoles 3 de julio de 2024

A la mañana siguiente, Sloan pasó por la casa de sus padres antes de dirigirse a la morgue para encontrarse con el becario de segundo año al que había sido asignada. Aparcó en la entrada y entró por la puerta principal.

—¿Hola?

Con un padre ortodoncista y una madre odontóloga que trabajaban en el mismo centro dental, sus mañanas de la infancia siempre habían sido un caos controlado. Los desayunos que Sloan veía en la televisión, con beicon y huevos servidos en un acogedor rincón en la cocina, mientras papá bebía café y leía el periódico, eran inexistentes en casa de los Hastings. En lugar de esas mañanas televisivas perfectas, Sloan desayunaba con un rápido tazón de cereales o una barrita energética mientras recogía su mochila y subía al coche de sus padres para que la llevaran al colegio antes de dirigirse al centro odontológico.

—¿Hola? —volvió a gritar desde el vestíbulo.

—En la cocina, cariño —escuchó decir a su madre.

—Hola —saludó Sloan al cruzar la puerta.

—¿Qué haces por aquí?

Dolly Hastings estaba junto a la encimera de la cocina, untando una tostada con mantequilla. Llevaba puesto un uniforme quirúrgico verde. Nunca había habido corbatas ni blusas ni escenas en las que su madre se ponía a toda prisa unos tacones para salir por la puerta. En casa de los Hastings, lo único que Sloan recordaba que sus padres usaran para trabajar eran uniformes quirúrgicos y zapatillas de deporte. De vez en cuando cambiaba el color, pero no mucho más.

—Quería pasar a saludar.

—Mi radar de mentiras detecta algo —anunció su padre bajando por la escalera de servicio.

Todd Hastings también llevaba uniforme quirúrgico, aunque los suyos eran azul claro y tenían imágenes de aparatos de ortodoncia y dientes.

Los doctores Dolly y Todd Hastings, del Centro Hastings de Odontología y Ortodoncia Familiar, no ocultaban su decepción porque Sloan no hubiera seguido sus pasos en la odontología.

—¿Tu primera semana de becaria y pasas a saludar?

Sloan sonrió.

—Así es. Hola, papá.

—No "pasas a saludar" desde que estudiabas Medicina. Solo vienes cuando quieres algo. ¿Será dinero? Creí que esta beca en medicina forense te pagaba una suma decente.

—No. Pero no necesito dinero.

—No le hagas caso a tu padre —dijo su madre—. Se ha vuelto muy pesimista desde que tenemos el nido vacío.

—Pero si eso fue como hace diez años.

—Pues no ha mejorado nada.

—Lo he investigado —dijo su padre—. Los becarios ganan unos setenta mil dólares al año. A estas alturas, estarías ganando el triple si hubieras venido a trabajar con nosotros en cuanto hubieses terminado Odontología.

—Papá, siempre lo olvidas: no estudié Odontología.

—No me lo recuerdes. Pero al menos podrías haber estudiado Cirugía Bucal. Nos vendría bien un buen cirujano en el equipo. ¿Tienes idea de la cantidad de trabajo que le derivamos al cirujano local?

Dolly palmeó el hombro de su esposo.

—Deja en paz a mi hija. ¿Quieres una taza de café, cariño?

—¿Pero, cómo, acaso el café no mancha los dientes? —preguntó Sloan.

—Las bebidas gaseosas son peores —le aseguró su padre—. Lo habrías aprendido si hubieras estudiado Odontología, y tal vez no serías tan adicta al Dr. Pepper.

—Diet —lo corrigió Sloan—. Dr. Pepper Diet.

—Los carbonatos te estropean el esmalte.

—Ay, por favor, basta, los dos —suplicó Dolly.

Sloan sabía que las bromas continuarían durante toda su vida.

Su madre ya lo había superado, pero estaba segura de que su padre nunca aceptaría completamente la idea de que su próspero centro dental algún día sería vendido a alguien que no era de la familia.

Sloan se sentó frente a la isla de la cocina y su madre le entregó una humeante taza de café.

—En serio, cariño —dijo, mirando su reloj—. ¿Pasa algo? Tengo pacientes a las nueve.

—Puede ser —respondió Sloan.

Sus padres esperaron a que continuara.

—Pues, el asunto es este: recibí mi tema de investigación y…

—¿Y qué? —preguntó su madre.

—Es que… tiene que ver con la genealogía forense y eso va a requerir que me zambulla de lleno en los sitios web de genealogía.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó su madre con voz medida.

—Bueno, es que…, la mejor manera de empezar la investigación y ver de primera mano cómo funcionan los sitios web es enviar mi ADN. Ya lo he enviado, de hecho, y el genealogista con el que estoy trabajando me va a crear un perfil de ADN. No quería que pensarais que lo estaba haciendo por mi cuenta o a vuestras espaldas.

—Tesoro, creí que pasaba algo malo—dijo su padre.

—¿Entonces, estáis de acuerdo con que investigue mi árbol genealógico?

—Por supuesto. Sabemos muy poco sobre tus padres biológicos —respondió su padre—. Vimos a tu madre en dos ocasiones, pero tu padre biológico no formó parte del proceso. Así que cualquier cosa que descubras sería tan nueva para nosotros como para ti. No nos

importa si rastreas a tus padres biológicos. Encuentres lo que encuentres, eres nuestra hija, lisa y llanamente.

La infancia de Sloan —la perfecta, inmaculada experiencia de su niñez— pasó por su mente en destellos aleatorios. Vacaciones familiares en Florida, fiestas de barrio que marcaban las raras ocasiones en las que su padre bebía una copa, los años en el equipo de vóleibol del instituto en los que sus padres la animaban desde las gradas. Recordó cuando iba de pesca con su padre y no se atrevía a tocar los peces que atrapaba, pero sonreía mientras su padre sostenía el pez para la cámara. Sloan había tenido la experiencia única de pasar por la fase incómoda de la ortodoncia adolescente con su propio padre como especialista.

Recordó el verano de viajes en coche que había hecho con su madre para visitar universidades por toda la Costa Este. Su infancia había sido tan normal como podía imaginar. Se había enterado de su adopción a una edad temprana, pero para ella, Dolly y Todd Hastings nunca habían sido otra cosa que su madre y su padre.

—No tengo intención de rastrear a mis padres biológicos. Solo necesito entender cómo funciona el sistema. Cómo la policía y otras fuerzas del orden están utilizando estas enormes bases de datos de ADN para identificar asesinos de crímenes que han quedado sin resolver.

—Lo entendemos, Sloan —le aseguró su madre—. Tal vez, no lo sé, quieras compartir con nosotros lo que descubras. Si de verdad los encuentras… —Dolly miró a Todd—. Nos gustaría saberlo. Hemos pensado en ello a lo largo de los años.

Sloan asintió despacio.

—Supongo que dependerá de lo que encuentre. No hay garantías de que enviar mi ADN lleve a encontrar a mis padres biológicos. Puede que mi perfil no coincida con el de nadie del sitio. Solo quería que supierais que voy a comenzar el proceso.

Su padre asintió.

—Entonces, ¿de verdad no necesitas dinero?

—Ay, papá, eres tan…

—Ya lo sabe, cariño. Ya lo sabe.

CAPÍTULO 6

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Miércoles 10 de julio de 2024

Sloan estaba junto al doctor Hayden Cox, observando cómo cerraba la incisión en forma de Y que se extendía desde los hombros del cadáver hasta unirse en el esternón y descender luego hasta debajo del ombligo. El doctor Cox era el becario de segundo año que estaría a cargo de supervisarla. Utilizaba grapas gruesas y poco estéticas para cerrar la incisión, un espectáculo que revolvería el estómago de un cirujano plástico. Pero dado que el próximo destino era un ataúd, donde el cuerpo estaría completamente vestido y la incisión irregular no quedaría a la vista, la estética no se tomaba en cuenta en esta etapa del proceso.

—Listo, terminado —dijo el doctor Cox, mientras se quitaba los guantes quirúrgicos con un chasquido—. Llévalo al frigorífico y luego prepararemos el informe.

Sloan acababa de observar la primera autopsia de su carrera. Con ayuda de dos técnicos, trasladó el cadáver a una camilla y lo llevó a la fila de frigoríficos en la parte posterior de la morgue. Verificó que estuviera debidamente etiquetado y empujó la camilla adentro. Desde el pasillo, miró hacia la morgue a través de la ventana de observación. A diferencia de la mesa en la que ella y el doctor Cox acababan de terminar, que estaba vacía y aislada, el resto estaban llenas. Becarios, residentes y asistentes se agrupaban alrededor de cada mesa de autopsias, estudiando los cadáveres que yacían sobre

ellas. Las luces superiores iluminaban los espacios de trabajo; Sloan se imaginó allí al año siguiente, realizando sus propias autopsias y descubriendo las pistas ocultas en cada cuerpo que explicarían cómo había ocurrido la muerte.

En el vestuario, Sloan dejó su uniforme de quirófano en el cesto de la lavandería y se cambió con ropa de calle. Su teléfono vibró sobre el estante superior de su taquilla. Revisó el identificador de llamadas. James, el genealogista. Había pasado poco más de una semana desde que Sloan había enviado su ADN. Una corriente de energía nerviosa le recorrió el cuerpo, seguida de una punzada de culpa. La adopción había sido un tema del que sus padres habían hablado abiertamente desde que Sloan era una niña, lo cual había disipado cualquier deseo de buscar a sus padres biológicos. Sin embargo, poco a poco, durante los últimos días, un entusiasmo desconocido había comenzado a agitarse en su interior ante la idea de descubrir quién la había dado a luz y por qué habían decidido darla en adopción.

Sloan se llevó el teléfono a la oreja.

—Hola, James, ¿todo bien?

—Sí, bueno…, por eso te llamaba. Encontré algo… raro en tu perfil de ADN. Quedemos para hablarlo. Estoy libre más tarde esta noche. ¿Nos vemos en el café otra vez?

Sloan sintió que le sudaban las manos y le subía el calor por el cuello y las mejillas.

—¿Qué te parece si vienes a mi casa? O voy yo a la tuya.

—Iré yo —respondió James—. Envíame tu dirección por mensaje. Estaré libre a las ocho.

—James —dijo Sloan—. ¿Es algo malo?

Hubo una larga pausa.

—Todavía no lo sé con certeza. Nos vemos esta noche.

CAPÍTULO 7

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Miércoles 10 de julio de 2024

Sloan esperó ansiosamente mientras el reloj avanzaba. Trató de terminar su informe sobre la autopsia en la que había participado esa mañana, pero su mente se negaba a concentrarse en los detalles del paciente con sobredosis, los resultados toxicológicos, el peso del bazo o cualquier otra cosa que no fuera lo que James había descubierto sobre su perfil de ADN. Misericordiosamente, el timbre sonó a las ocho y media de la noche.

—Hola —dijo ella tras abrir la puerta—. Pensé que te habías perdido.

—Perdón, me he retrasado.

—Pasa. ¿Quieres una cerveza o alguna otra cosa? Ya tienes edad como para beber alcohol, ¿no?

James sonrió.

—¿Quieres que te enseñe el carnet?

—Te creo.

Sloan cerró la puerta de su apartamento, que consistía en una cocina con desayunador, una sala y un dormitorio.

—Podemos trabajar en la mesa de la cocina.

Buscó en la nevera mientras James sacaba su portátil y unos papeles de la mochila.

—Tengo cerveza Coors Light o un refresco con alcohol.

—La Coors me va bien, gracias.

Le entregó una lata de cerveza, abrió su propia bebida alcohólica y se sentó frente a James.

—La llamada me puso bastante nerviosa, no te voy a mentir —dijo —. ¿Qué has encontrado?

James abrió su portátil y tecleó su contraseña; luego miró a Sloan.

—Por lo general, empiezo las consultas haciendo preguntas sobre la familia del cliente. Como eres adoptada, no tenemos acceso a esa información de antecedentes, pero no es un problema. Trabajo con muchos clientes adoptados que buscan a sus padres biológicos. Pero en tu caso…

—¿Sí?

—Tu perfil de ADN —dijo James, tecleando en su portátil— cuenta una historia interesante.

—¿Interesante en qué sentido?

—Empecemos por lo que sabemos con certeza. Eres adoptada. Parte de mis servicios incluyen confirmar este hecho comparando tu ADN con el de tus padres adoptivos y cualquier miembro de la familia Hastings. No tengo acceso al ADN de tus padres, pero me diste suficiente información sobre ellos como para hacer una buena investigación sobre la familia Hastings en general. Creé un árbol genealógico parcial y puedo decirte con certeza que no tienes conexiones ancestrales con la familia Hastings.

Sloan asintió.

—Eso lo sabíamos; entonces, ¿qué te tiene tan preocupado?

James inspiró hondo.

—Después de crear tu perfil de ADN y comenzar a compararlo con los usuarios de la base de datos, encontré algo… raro.

Giró su portátil para que Sloan pudiera ver la pantalla.

—Mi búsqueda muestra que eres descendiente de la familia Margolis. Mi investigación y la búsqueda de tus parientes biológicos, sumadas a las coincidencias que aparecieron en tu perfil genético, sugieren que tu nombre de nacimiento era Charlotte Margolis.

Sloan entornó los ojos.

—¿Mi nombre de nacimiento? —Negó con la cabeza—. ¿Pero qué estás diciendo? ¿Que mis padres biológicos me dieron un nombre antes de entregarme en adopción?

—Ojalá fuera tan sencillo. —James señaló la pantalla—. Mira, así es como funciona el sistema: envío tu perfil de ADN a la base de datos para ver si muestra coincidencias con el de la familia de algún usuario del sitio web de genealogía. A veces obtenemos una coincidencia con un pariente lejano como un primo tercero o cuarto, otras veces damos en el blanco y coincidimos directamente con los padres biológicos. En tu caso, tu perfil tuvo coincidencias con Ellis y Nora Margolis. Ellis Margolis es tu tío biológico. Su esposa, Nora Davies Margolis, es tu tía política. O sea que Ellis es hermano de tu padre biológico.

"Margolis. Margolis. Margolis".

El apellido resonaba en la mente de Sloan como si alguien hubiera tocado una campana cerca de su oído.

—Nora Margolis es muy activa en la web de genealogía en línea —continuó James—. Ha hecho público su perfil y ha creado un árbol genealógico extenso tanto de su propia familia biológica como de la familia Margolis, con la que se unió por matrimonio.

—Bien —dijo Sloan, moviendo la cabeza—. Entonces mi perfil de ADN coincidió con Nora y Ellis Margolis. ¿A partir de ahí encontraste a mis padres biológicos?

—Exacto. Tus padres biológicos se llaman Preston y Annabelle Margolis.

Sloan tragó saliva con dificultad. "Preston y Annabelle". Estaba entrando por un portal en un pasado que nunca había tenido intención de explorar y no podía comprender del todo las emociones que aparecían con el descubrimiento de los nombres de sus verdaderos padres.

Parpadeó varias veces para contener las lágrimas que se habían acumulado en sus ojos.

—Pero…, entonces, ¿cómo llegaste a la conclusión de que mi nombre de nacimiento era Charlotte Margolis?

—Hice algunas investigaciones sobre Preston y Annabelle Margolis, y también sobre su hija. Charlotte nació el 11 de mayo de 1995, en la localidad de Cedar Creek, en el estado de Nevada. Los registros del condado de Harrison tienen una copia del certificado de nacimiento de Charlotte Margolis, donde figuran Preston y Annabelle como los padres. También hay un número de seguridad social en el archivo.

Sloan negó con la cabeza.

—No lo entiendo. Si mis padres biológicos me dieron en adopción, ¿por qué me darían un nombre? ¿Y por qué me habrían registrado como su hija en ese condado, o lo que sea? No tiene ningún sentido si pensaban darme en adopción.

—Esa es la cuestión. Tus padres no te dieron en adopción.

Una repentina sensación de vértigo hizo que todo diera vueltas en la cabeza de Sloan.

—Entonces, ¿cómo terminé adoptada por mis padres?

—No lo sé —respondió James, mirándola a los ojos—. Pero según el árbol genealógico de Nora Margolis —señaló nuevamente la pantalla de su ordenador—, Preston, Annabelle y su hija de dos meses, Charlotte, desaparecieron el 4 de julio de 1995.

Sloan se acercó el ordenador.

—¿Desaparecieron?

—Correcto.

James deslizó su dedo por el monitor, donde aparecía el árbol genealógico de Nora Margolis. Sloan siguió el dedo hasta que vio los nombres de sus padres biológicos.

Preston Margolis = Annabelle Akers

|

Charlotte

(Familia desaparecida en 1995, presuntamente muerta)

—¿Presuntamente muerta? —Sloan miró a James.

Él asintió.

—Preston y Annabelle Margolis, junto con su hija recién nacida, desaparecieron hace casi treinta años. Según toda la información que he podido conseguir, ambos siguen desaparecidos hoy día. Y tú eres su hija.

CAPÍTULO 8

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Miércoles 10 de julio de 2024

A medida que se acercaba la medianoche, Sloan pasó del refresco con alcohol a beber Diet Dr. Pepper mientras ella y James profundizaban en su ascendencia. La pequeña mesa de la cocina estaba cubierta de páginas que habían impreso de internet en su búsqueda de información sobre la familia Margolis, desaparecida en 1995. La noticia había salido en las portadas de todo el país y había sido material sensacionalista para todas las revistas del corazón.

—"La pequeña Charlotte" —dijo James, mirando su pantalla—. Los tabloides te llamaban "la pequeña Charlotte". Mira esto.

En el monitor de James había una imagen antigua de la portada de la revista Eventos Nacionales, una de las publicaciones más vendidas del país. En ella se veía a Preston y Annabelle Margolis sosteniendo a su hija recién nacida, Charlotte. A Sloan se le revolvió el estómago al ver a Annabelle Margolis. El parecido entre ambas era impactante.

El titular decía:

Desaparecidos

¿Dónde están la pequeña Charlotte y sus padres?

Sloan volvió a mirar su ordenador. Ella también había encontrado fotos y artículos de 1995.

—No fue solo Eventos Nacionales —dijo—. La familia Margolis estuvo en las portadas de People, National Enquirer y The Globe, por nombrar solo algunas que veo aquí.

—¿Tus padres adoptivos nunca mencionaron nada de esto?

—No, por supuesto que no —respondió Sloan—. Cuando les dije que estaba haciendo una búsqueda genealógica, se mostraron completamente de acuerdo. Incluso me pidieron que les contara todo lo que encontrara sobre mis padres biológicos. —Sloan levantó la vista del portátil—. Por cierto, ¿cómo de precisa es la búsqueda de ADN que hiciste?

—Muy precisa. Hay un noventa y nueve coma nueve por ciento de probabilidades de que seas descendiente de la familia Margolis.

Ambos volvieron a sus pantallas.

—No fueron solo las revistas —dijo James—. La historia también llegó a las portadas de periódicos serios como The New York Times, Chicago Tribune, LA Times y The Washington Post.

Giró su ordenador para que Sloan pudiera ver las portadas de los periódicos que había encontrado. Ella acercó su portátil y clicó en un enlace a un artículo de The New York Times.

La misteriosa desaparición de la familia Margolis

7 de julio de 1995

CEDAR CREEK, ESTADO DE NEVADA– Después de tres días del comienzo de la investigación, continúa el misterio que rodea la desaparición de Preston y Annabelle Margolis, junto con su hija de dos meses, Charlotte. La Oficina del Sheriff del condado de Harrison ha solicitado la asistencia de investigadores del estado de Nevada y del FBI para la búsqueda de la familia desaparecida.

"En este momento estamos siguiendo varias pistas", dijo el sheriff Sandy Stamos, del condado de Harrison. "Y estamos utilizando todas las herramientas disponibles para buscar a esta joven pareja y su hija".

La última vez que se vio a la familia Margolis fue el 4 de julio durante la celebración del Día de la Independencia en Cedar Creek. Han pasado tres días y aún no hay pistas sobre lo que le sucedió a la familia o dónde podrían estar.

"Vimos a Preston y Annabelle en los festejos", manifestó Nora Margolis, cuñada de Preston y conocida fotógrafa de Cedar Creek. "Estaban tomando helado con Charlotte y pasaron por mi estudio. Cada Cuatro de Julio, monto una gran exposición al aire libre. Hablamos brevemente y luego se dirigieron a disfrutar de la fiesta".

Preston Margolis pertenece a la conocida familia Margolis del condado de Harrison, en el estado de Nevada, y trabaja como abogado en el bufete de la familia, Margolis y Margolis. Según un certificado de matrimonio presentado en el juzgado del condado de Harrison, Preston y Annabelle se casaron recientemente, el 30 de mayo. La pequeña Charlotte tiene solo dos meses.

El Departamento del Sheriff del condado de Harrison, la Policía Estatal de Nevada y miembros de la división de personas desaparecidas del FBI han proporcionado pocos detalles sobre la investigación. Para añadir más misterio a la historia, The New York Times ha descubierto que Annabelle Margolis es sospechosa de un atropello mortal y fuga de un residente de Cedar Creek a principios

del verano. El coche de Annabelle Margolis fue hallado abandonado cerca de la escena del accidente, hecho que alimenta la especulación de que la familia puede estar huyendo para evitar un juicio.

"El atropello y la posterior fuga de principios del verano se está tratando como una investigación completamente independiente, no relacionada con la desaparición de la familia Margolis", aseguró el sheriff Sandy Stamos. "El caso sigue abierto y no hemos retirado ningún recurso de la investigación; seguimos buscando a la familia Margolis. Confiamos en que alguien en Cedar Creek tenga información que nos lleve a encontrarlos. Solicitamos que cualquier persona que sepa algo sobre el paradero de Preston, Annabelle o la pequeña Charlotte Margolis se contacte con la Oficina del Sheriff del condado de Harrison.

Es una investigación en curso.

Sloan levantó la mirada.

—Esto no puede ser real.

—No te habría venido a ver si no estuviera seguro al respecto.

Ambos se quedaron en silencio durante unos minutos.

—Mira, Sloan, he descubierto historias interesantes trabajando con clientes, pero esto me sobrepasa. Sobrepasa hasta al sitio de genealogía para el cual trabajo. Creo que…, es decir…, tienes que hablar con alguien sobre el asunto. Creo que tienes que ir a ver a la policía.

—Creo que empezaré por mis padres.

El trabajo de investigación de Sloan se desvaneció en los rincones más lejanos de su mente. Estaba completamente absorbida por el

misterio de lo que les había sucedido a sus padres biológicos y cómo la pequeña Charlotte había terminado siendo Sloan Hastings.

CAPÍTULO 9

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Jueves 11 de julio de 2024

Se dijo que esperaría hasta el final del día, hasta que sus padres hubieran vuelto a casa del trabajo, pero la energía nerviosa que le zumbaba por el cuerpo no se lo permitió. Entró en la clínica odontológica de sus padres, sonrió al personal de detrás del mostrador de recepción y se dirigió al consultorio de su madre. El de su padre estaba del otro lado del edificio, en el área de ortodoncia, que tenía su propia entrada y una segunda recepción. En la mochila de Sloan, que le colgaba del hombro, había copias de todo lo que ella y James habían averiguado la noche anterior sobre Preston y Annabelle Margolis y su pequeña hija, Charlotte.

Sloan comenzó a sacar algunos papeles: las portadas de las revistas People y Eventos Nacionales, que mostraban a la feliz familia de tres miembros. En la foto de Eventos Nacionales, la bebé Charlotte estaba en brazos de su madre, que junto a Preston, su padre, la miraban con ternura. La foto parecía haber sido tomada por un profesional, tal vez en la celebración del nacimiento de la niña.

—¿Cariño? —dijo Dolly Hastings al entrar en su despacho. Llevaba su habitual uniforme verde y de su cuello colgaban lupas dentales.

—Hola, mamá.

—¿Qué haces por aquí?

—Necesito hablar de algo contigo y con papá.

—¿Ahora mismo? Ambos tenemos las salas de espera llenas de pacientes.

—Lo sé. No quería complicaros el día, pero necesito mostraros algo.

El tono de Sloan denotaba suficiente urgencia como para que su madre cerrara despacio la puerta de su despacho. Dolly Hastings se sentó detrás de su escritorio y levantó el teléfono.

—Hola —dijo—. ¿Podrías pedirle al doctor Hastings que venga a mi oficina? Gracias. —Dolly miró a su hija—. Tu padre está en camino.

Sloan asintió.

—Gracias.

Su padre llegó un minuto después.

—¿Qué pasa?

—Sloan quiere hablar de algo con nosotros.

—Perdón por irrumpir así en una mañana tan ocupada —dijo Sloan —, pero esto no puede esperar.

—¿Qué sucede, cariño?

—Ha llegado mi perfil de ADN.

Dolly y Todd Hastings se miraron. Luego, él preguntó:

—¿Has encontrado a tus padres biológicos?

Sloan asintió, levantando las cejas.

—Más o menos. Mi perfil de ADN coincidió con el de una familia del estado de Nevada llamada Margolis. ¿Os suena ese nombre?

Dolly y Todd Hastings volvieron a mirarse y negaron con la cabeza.

—No —respondió Dolly.

—Tuvimos un contacto limitado con tu madre biológica —explicó Todd—. Nunca conocimos a tu padre. Nos dijeron que se había desentendido. Pero el apellido de tu madre biológica era Downing, no Margolis. Wendy Downing. Tenemos los papeles, si los necesitas.

—¿Qué más has averiguado? —preguntó Dolly.

Sloan deslizó la portada de la revista Eventos Nacionales por el escritorio para que quedara frente a su madre. Le entregó la portada de People a su padre.

—Esos son mis padres biológicos —dijo—. Preston y Annabelle Margolis.

—¿Desaparecidos? —dijo Todd Hastings, convirtiendo el titular de la revista en una pregunta—. Recuerdo esa historia…

—Yo también la recuerdo —intervino Dolly—. Conmocionó al país entero. La familia desapareció sin dejar rastro.

—¿Por qué nos lo cuentas, cariño? —quiso saber su padre—. ¿Tu perfil de ADN sugiere que estas personas son tus padres biológicos?

—No solo eso —respondió Sloan—. Yo soy el bebé que tienen en brazos.

CAPÍTULO 10

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Jueves 11 de julio de 2024

Los Hastings cancelaron sus citas para el resto del día y se fueron a casa con Sloan. Los tres se sentaron a la mesa de la cocina, rodeados de todos los documentos de la investigación de Sloan: portadas de revistas, artículos de periódicos y el detallado árbol genealógico que James había elaborado. Aunque Sloan nunca había considerado seriamente que sus padres supieran más sobre sus orígenes de lo que ya le habían contado, el asombro en sus rostros mientras revisaban sus hallazgos era suficiente para disipar cualquier duda que pudiera esconderse en los rincones oscuros de su mente.

—¿Qué precisión tienen estos sitios web de ADN? —preguntó su padre.

—Le hice la misma pregunta a James. Su respuesta fue noventa y nueve coma nueve de precisión. —Sloan cogió otra imagen de la pequeña Charlotte en brazos de sus padres—. O sea, que esta niña soy yo. O yo soy ella, es lo mismo. —Presa de frustración, arrojó la foto sobre la mesa—. La agencia de adopción por la que pasasteis… ¿es posible conseguir todos mis documentos?

Sloan vio que sus padres intercambiaban una mirada nerviosa.

—Tenemos los documentos —dijo su padre—. Pero no son de una agencia de adopción. Al principio estábamos inscritos en una agencia

y formábamos parte de su lista, pero después de que fallaran varias adopciones posibles, decidimos buscar fuera de la agencia.

—¿Fuera de la agencia? ¿Qué significa eso?

—Una adopción privada —explicó su madre—. Seguíamos estando en la lista de la agencia, pero como el proceso había sido tan largo y trabajoso, con muchas pistas que terminaron en decepción, empezamos a buscar otras opciones. Habíamos oído hablar de otras parejas que buscaban padres biológicos por su cuenta y trabajaban directamente con ellos en lugar de pasar por una agencia. Muchas de esas historias tenían finales felices y el proceso de adopción privada era mucho más rápido cuando se eliminaba al intermediario.

—Entonces, si no fue a través de una agencia de adopción, ¿cómo me encontrasteis?

—Estamos hablando de 1995 —dijo su padre—. Internet era nuevo y estaba despegando. Lo conocido para ti, Sloan, son la World Wide Web y los teléfonos móviles y mensajes de texto, pero cuando comenzamos el proceso de adopción, internet era algo nuevo y extraño. Con el uso generalizado de internet, los futuros adoptantes sentimos la urgencia de aprovechar esta nueva tecnología. No queríamos perdernos la oportunidad de eliminar la intermediación de una agencia, agilizar el proceso y conocer por internet a padres biológicos que buscaban directamente a padres adoptivos. Fue como la fiebre del oro. Una vez que se corrió la voz sobre las adopciones exitosas, todos se volcaron en masa en internet para intentar lograrlas por privado. Hacía tres años que trabajábamos con la agencia y no nos habían asignado a ninguna madre biológica, así que decidimos recurrir a internet. Conocimos a tu madre biológica bastante rápido. Dos meses después, firmamos los papeles y pasaste a ser nuestra.

—¿La conocisteis? —preguntó entonces Sloan—. ¿A mi madre biológica?

Dolly asintió.

—Por supuesto.

Sloan cogió la foto de la portada de Eventos Nacionales y señaló a Annabelle Margolis.

—¿Era ella?

Sloan vio que sus padres volvían a mirarse; su madre negó con la cabeza.

—No.

Sloan respiró hondo.

—Dios mío, ¿qué coño está pasando?

—Tenemos los documentos —murmuró Dolly Hastings.

Sloan inspiró hondo.

—Entonces, o está mal mi perfil de ADN, que es estadísticamente imposible que haya coincidido por error con el de esta familia, o algo realmente turbio sucedió cuando me adoptasteis. Por ejemplo, esta tal Wendy Downing que alegaba ser mi madre biológica me secuestró o algo así. ¡Joder, no lo sé!

Su padre se acercó y le acarició la espalda.

—Tranquila, tesoro. Vamos a desentrañar todo esto. Pero creo que… —Todd Hastings miró a su esposa—. Con todo esto que has descubierto, creo que debemos informar a la policía.

CAPÍTULO 11

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Viernes 19 de julio de 2024

Había sido una semana vertiginosa. El primer día comenzó con un agente que se acercó a la casa de los Hastings para escuchar la historia de Sloan y tomar una declaración formal. El segundo día trajo la visita de un detective de la división de personas desaparecidas del Departamento de Policía de Raleigh. El tercer día regresó el mismo detective, acompañado de un agente del FBI que trabajaba con el Centro Nacional para Niños Desaparecidos y Explotados y de un técnico en pruebas que le pidió a Sloan que firmara un formulario de consentimiento antes de tomarle una muestra del interior de su mejilla y extraerle sangre. Como prueba de que el FBI trabajaba aún más rápido que James, el genealogista, dos agentes de la Unidad de Investigación Criminal se presentaron en casa de los Hastings setenta y dos horas más tarde con la confirmación de que el ADN de Sloan coincidía, efectivamente, con la muestra de ADN de Charlotte Margolis que había permanecido intacta en un depósito de pruebas en la Oficina del Sheriff del condado de Harrison en Cedar Creek, estado de Nevada, durante casi treinta años.

Durante los tres días siguientes, los agentes del FBI interrogaron a Dolly y Todd Hastings de manera cortés pero formal. Las preguntas iniciales se centraron en cómo exactamente habían adoptado a Sloan en noviembre de 1995, cuatro meses después de que la pequeña Charlotte Margolis desapareciera. Tras las preguntas

preliminares, los agentes separaron a Dolly y Todd y los sondearon con más profundidad. Sloan se había refugiado en su habitación durante el primer día, cuando la casa se convirtió en un centro de interrogatorios. Al día siguiente, sus padres tuvieron que ir a responder preguntas en la sede del Departamento de Investigación del Estado de Carolina del Norte en Raleigh, dejando a Sloan paseando de un lado a otro por su apartamento, nerviosa, mientras esperaba. El viernes, el tercer día de interrogatorios a sus padres, los escoltaron a la sede del FBI en Charlotte, a dos horas y media de distancia. Sloan intentó aguantar, pero las paredes de su apartamento comenzaron a venírsele encima y sintió una necesidad desesperada de espacio.

Buscando distraer su mente y escapar de los pensamientos obsesivos sobre sus padres, las preguntas que estaban respondiendo y las sospechas del FBI sobre su posible papel en la desaparición de décadas atrás, decidió que el mejor lugar para estar era el trabajo. Tras coger sus llaves, se marchó del apartamento y se dirigió a la morgue. Al salir del aparcamiento de su edificio, con la mente acelerada y distraída, no vio el coche que se incorporó al tráfico detrás de ella.

CAPÍTULO 12

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Viernes 19 de julio de 2024

Cuando llegó a la Jefatura de Medicina Forense, Sloan pasó su tarjeta de identificación por el lector para abrir la puerta junto a la zona de recepción. Bajó en el ascensor al sótano y pudo oler el formol aun antes de que se abrieran las puertas. Le habían dicho que el olor de la morgue —una mezcla entre un laboratorio de anatomía macroscópica y el ambiente estéril de un hospital— con el tiempo pasaría inadvertido. Terminaba su tercera semana como becaria y su olfato todavía seguía en estado de alerta máxima.

De camino hacia allí le había enviado un mensaje al doctor Cox para saber si tenía algún caso ese día. Lo tenía: un suicidio. La autopsia estaba programada para las once. Sloan debía presenciar cinco autopsias en su primer mes como becaria y esta sería la segunda. Por estar sumida en las revelaciones de su perfil de ADN se había retrasado.

En el vestuario, se puso el uniforme de quirófano, se cubrió la cabeza con un gorro y la cara con una mascarilla antes de entrar en la morgue. El zumbido agudo de una sierra quirúrgica le llenó los oídos cuando abrió la puerta. El ruido provenía de la mesa del doctor Cox, que estaba serrando el esternón del paciente para tener acceso a la cavidad torácica.

—Llévate esto, ¿quieres? —dijo Hayden, y le entregó la sierra cuando ella se acercó a la mesa de autopsias.

Sloan colocó la herramienta sobre la bandeja junto a los otros instrumentos; el olor a hueso quemado flotaba en el aire.

—Mujer de cuarenta y seis años. Se sospecha que fue un suicidio —dijo Hayden—. Se tragó un frasco de Valium.

Sloan miró el cadáver que yacía sobre la fría mesa de metal. Desnuda como el día en que había nacido, la mujer tenía un tono azulado de muerte en la piel.

—La toxicología es clave cuando se trata de suicidios —explicó Hayden—. Extraeremos sangre de varias zonas: la vena femoral y el corazón siempre. También haremos un examen de orina. Mediremos la concentración de droga en distintas partes del cuerpo y determinaremos hasta qué punto se metabolizó y si la víctima mezcló el Valium con otras drogas o alcohol. También tomaremos muestras de tejidos y los enviaremos a analizar para que el toxicólogo forense pueda darnos un cuadro más completo. ¿Cuáles son las cuatro zonas de las que deberíamos tomar muestras?

Sloan se apresuró a despejar la niebla de los últimos días y aclaró la mente.

—Hígado, cerebro, riñón y humor vítreo.

—Muy bien.

Sloan observó cómo Cox apoyaba un bisturí contra el hombro izquierdo de la mujer y comenzaba con la incisión en Y.

—El informe toxicológico completo tardará varios días. Para presentar los hallazgos esta tarde en la jaula, haremos un examen rápido llamado Quick-Tox. Los resultados son menos completos, pero los tendremos dentro de una hora más o menos.

—Bien —dijo Sloan.

—El diazepam deprime la respiración. Ingerido en dosis altas, puede detenerla por completo. El proceso se acelera si se mezcla la droga con otros depresores como el alcohol. Primero, extraeremos los pulmones e inspeccionaremos los alvéolos para verificar si hay señales de asfixia.

Veinte minutos más tarde, Sloan ayudaba al doctor Cox a extirpar los pulmones; pesaron y le tomaron fotos a cada uno antes de comenzar la disección. Había ido a la morgue para dejar de pensar en sus padres y en lo que estarían teniendo que soportar en la central del FBI. La idea estaba funcionando.

Una hora y media más tarde, Sloan cerró la incisión en Y con grapas. Guardó el cadáver en el frigorífico y se dirigió al vestuario. Ya con su ropa habitual, pasó una hora escribiendo en el ordenador sus observaciones de la autopsia, las cuales adjuntó a un correo electrónico y envió a la doctora Cutty. Sloan estaba segura de que ella no debía de leer las notas de los humildes becarios de primer año. Seguramente era una distinción que se reservaba para los médicos asistentes. O tal vez nadie leía los resúmenes, sino que se acumulaban en un cementerio de documentos que existía nada más para asegurarse de que los novatos cumplieran con las reglas.

Eran poco más de las tres y calculó que tendría unas cuantas horas más antes de que sus padres terminaran con el FBI. Salió del aparcamiento de la JEMEFO, tomó por District Drive y luego por Blue Ridge Road. Después de haber estado confinada en la morgue durante la mañana, el gimnasio de CrossFit sería su próxima distracción. Miró por el espejo retrovisor y vio un Toyota detrás de ella. Algo sonó en su mente, una advertencia sutil que habría pasado inadvertida de no haber sido porque los últimos días habían puesto su sistema nervioso en estado de alerta máxima. Se veían utilitarios deportivos por todos lados y trató de decidir qué le había llamado la atención del que tenía detrás. Era un modelo reciente de Toyota

4Runner gris plateado que podría haberse perdido entre los cientos de otros que conformaban el tráfico de Raleigh. Sin embargo, algo del vehículo captó su atención.

Sloan giró y tomó la subida a la autopista 40. En el último momento, subió por la rampa y se incorporó al tráfico. Por el espejo retrovisor, vio que el 4Runner subía también y pasaba a varios coches para mantenerse cerca. Sloan pasó al carril central y aumentó la velocidad para sobrepasar a varios coches antes de tomar el carril de la izquierda, donde aceleró aún más para dejar atrás a un tráiler. Una vez que lo hubo adelantado, atravesó los tres carriles para salir justo a tiempo por la rampa. La temeraria maniobra provocó una cacofonía de bocinas. Mientras salía de la autopista, vio cómo el Toyota gris continuaba en el carril del medio sin mostrar interés alguno por su alocada salida, dirigiéndose hacia el norte por la autopista 40 como cualquier otro vehículo en la carretera.

Sloan recuperó el aliento y giró al llegar al final de la rampa de salida. Los últimos días la tenían muy tensa. Retrocedió hasta el gimnasio, se puso unos pantalones cortos de deporte y una camiseta con tirantes y se ató las zapatillas como preparación para la rigurosa sesión de entrenamiento llamada TRCP, tantas repeticiones como puedas, que figuraba en la pizarra del gimnasio para ese día. Era justo lo que necesitaba: una rutina de CrossFit muy apreciada que condensaba un intenso trabajo con todo el cuerpo en poco tiempo. La música atronaba desde los altavoces y el entrenador se movía de un lado a otro para poner a todos en acción. Tras una cuenta regresiva de tres, dos, uno, comenzó la sesión. Junto con otras diez personas, Sloan empezó en la máquina de remo, pasó por los lanzamientos de balón medicinal y cargas de potencia para terminar con un ciclo intenso de montadas con barra que la dejaron empapada en sudor, con los pulmones ardientes y los hombros y brazos llenos de sangre y ácido láctico. Se dio una ducha fría, se puso unos vaqueros y una blusa y revisó el teléfono para ver si había mensajes de sus padres. Nada.

Fuera, observó el aparcamiento del gimnasio y no vio nada fuera de lo común. Diez minutos más tarde, sin embargo, divisó el Toyota aparcado bajo un arce al otro lado de la calle de su apartamento. Cuando pasó junto al vehículo a poca velocidad, comprendió por fin lo que le había llamado la atención. Era la matrícula. No tenía el clásico diseño de las de Carolina del Norte, sino que el Toyota ostentaba coloridas montañas en la parte inferior de la placa y en la parte superior se leía "NEVADA".

CAPÍTULO 13

Raleigh, Carolina del Norte

Viernes 19 de julio de 2024

Al pasar junto al Toyota, vio que estaba vacío. Giró hacia el aparcamiento de su edificio, estacionó y miró a su alrededor. Varias opciones cruzaron por su mente. La primera era huir de allí, dirigirse a casa de sus padres y esperar a que volvieran. O podía regresar a la JEMEFO y esperar allí. Joder, hasta podría ir en coche a la sede del FBI y contarles a los agentes que alguien con matrícula del estado de Nevada la estaba siguiendo. Nevada. Ella y sus padres biológicos habían desaparecido en Cedar Creek, en Nevada.

Al final, salió del coche y se dirigió deprisa hacia las escaleras de su apartamento, sintiendo todavía el ardor en los cuádriceps por el entrenamiento. Vivía en el tercer piso. Subió corriendo las escaleras y al girar en la esquina se encontró con un hombre junto a la puerta de su apartamento. Apoyado contra la pared, con una pierna cruzada sobre la otra, revisaba tranquilamente su teléfono. Pero el lenguaje corporal relajado del hombre no hizo nada para calmar su miedo. Sloan abrió mucho los ojos y una oleada de temor le paralizó momentáneamente el cuerpo. Tras unos segundos, logró dar un paso atrás mientras buscaba a tientas su bolso.

—¿Sloan? —preguntó el hombre; se separó de la pared y guardó el teléfono en el bolsillo delantero de sus vaqueros. Dio unos pasos hacia ella—. ¿Sloan Hastings?

Con manos temblorosas, Sloan abrió el bolso; intentó gritar, pero no tenía aire en los pulmones porque estaba hiperventilando. El hombre se acercó un paso más y luego otro antes de que Sloan encontrara el envase en el fondo del bolso. Levantó la vista justo cuando el hombre estaba metiendo la mano en el bolsillo superior de su chaqueta. Con un movimiento rápido, Sloan levantó el aerosol de gas pimienta y lanzó un potente chorro hacia la cara del hombre.

Lo roció con tanta fuerza que el gas pimienta rebotó contra la cara del hombre y fue directamente a los ojos de Sloan. El hombre cayó al suelo doblado en dos, gimiendo y frotándose los ojos. Un segundo después Sloan sintió el ardor en sus propios ojos. Soltó el aerosol y también cayó de rodillas. Justo antes de que un espasmo le hiciera cerrar los ojos, vio lo que el hombre había sacado de su bolsillo. Estaba en el suelo frente a la puerta de su apartamento. No era ni una pistola ni un cuchillo, como ella había imaginado. Era una placa de policía.

CAPÍTULO 14

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Viernes 19 de julio de 2024

Aunque era evidente que el hombre había recibido de lleno el impacto del gas pimienta, acudió en ayuda de Sloan cuando el rebote de bruma le selló los ojos. La ayudó a entrar en el apartamento y abrió la ducha. Sloan puso el rostro bajo el chorro de agua fría. El hombre fue al fregadero; ambos gemían y tosían.

—Listo —dijo Sloan después de unos minutos—. Cambiemos. El fregadero es demasiado pequeño para usted. Creo que estoy bien. O mejor, al menos.

El hombre aceptó de buen grado y metió la cara bajo la ducha, usando los dedos para separarse los párpados. Pasaron treinta minutos antes de que cualquiera de los dos pudiera abrir los ojos y otros treinta antes de que sus narices dejaran de gotear. Una hora después de que Sloan había disparado el gas pimienta, ella y el hombre estaban sentados a la mesa de la cocina, con los ojos enrojecidos, las mejillas irritadas y la garganta dolorida.

El hombre sostenía una bolsa con hielo sobre su ojo derecho.

—No tenía idea de que fuera policía —dijo Sloan—. Lo lamento mucho. Creí que alguien me estaba siguiendo.

Al ver que el hombre no respondía, sintió la necesidad de dar explicaciones.

—Vi un coche con matrícula de Nevada. —Negó con la cabeza—. No importa. Lo siento mucho. Soy una idiota.

—No —dijo el hombre—. El idiota soy yo. Debería haber mostrado mi placa de inmediato. Joder, en primer lugar no debería haberla seguido. El coche del que habla es mi Toyota.

Sloan entornó los párpados hinchados.

El hombre asintió.

—Me di cuenta de que me había descubierto cuando hizo su maniobra de carreras de automóviles en la autopista. Necesitaba hablar con usted, así que pensé en esperarla en su apartamento, pero antes de que tuviera la oportunidad de explicarle quién era, bueno…, como dije, soy un idiota. Es realmente una estupidez seguir a una mujer y luego esperar fuera de su apartamento. Créame, me lo merezco. Solo lamento que usted también haya recibido una parte.

Sloan sonrió.

—Las instrucciones no dicen que el gas rebote.

Ambos se rieron.

—¿Qué narices era eso? ¿Aerosol contra osos?

—No. Gas pimienta común y corriente. Lo compré por internet. Supongo que funciona, a pesar del detalle del rebote.

—Soy testimonio viviente de que funciona. Durante el entrenamiento policial nos rociaron con gas pimienta y no recuerdo que fuera tan doloroso.

—Estoy bastante segura de que le di directamente en el ojo.

—Sí, puntería perfecta.

El otro ojo del hombre era de un cálido color caramelo que hacía juego con su cabello oscuro y su piel bronceada. Tenía un aspecto atlético y no era difícil imaginarlo como policía.

Sloan levantó la placa.

—Muy bien, sheriff Stamos —dijo, leyendo el nombre en la identificación—. ¿Por qué me seguía? —Deslizó la identificación y la placa por encima de la mesa—. Las dejó caer cuando lo…, bueno, las cogí mientras se enjuagaba los ojos.

—Gracias. —Cogió la placa y la enganchó en su cinturón, luego guardó la identificación en el bolsillo sobre el pecho—. Soy Eric Stamos. Sheriff de un pequeño pueblo en Nevada llamado…

—Cedar Creek —dijo Sloan, terminando la frase.

—Correcto.

—Así que esto tiene que ver con mi búsqueda de ADN en línea.

Eric se quitó la bolsa de hielo del ojo.

—No sé nada sobre una búsqueda de ADN en línea. Solo sé que el FBI apareció en mi oficina hace unos días preguntando sobre un caso sin resolver que involucra a una familia desaparecida en Cedar Creek hace casi treinta años. Un matrimonio y su hija. El FBI quería toda la información que tuviéramos sobre el caso, porque había habido un avance en la investigación. Dijeron que la niña, que era un bebé en el momento de la desaparición, había reaparecido en Carolina del Norte y con el nombre de Sloan Hastings.

Sloan sonrió como para decir “Aquí estoy”.

—Esa sería yo. ¿Así que vino desde Nevada para buscarme?

—Los del FBI no me dijeron casi nada. Estoy buscando información sobre el caso.

—¿O sea, que vino hasta Carolina del Norte para obtener información?

—Sí, y estaría encantado de contarle mis motivos si está dispuesta a compartir lo que sabe.

—¿Sobre qué?

—Sobre la desaparecida familia Margolis.

Sloan asintió lentamente mientras pensaba en el intercambio que le ofrecía el sheriff.

—No sé mucho, pero todo empezó porque hice una de esas búsquedas de genealogía en línea por una razón que no tenía nada que ver con encontrar a parientes lejanos. Mi perfil de ADN reveló que soy una niña desaparecida en 1995. Una vez que fuimos conscientes de la magnitud de todo esto, mis padres… mis padres adoptivos y yo llamamos a la policía. La policía se puso en contacto con los detectives de personas desaparecidas. Ellos llamaron al FBI. Y ahora aquí estamos, casi una semana después. Mis padres están en su tercer día de interrogatorios, el FBI está rastreando viejos archivos del caso, y tengo a un sheriff de Cedar Creek, Nevada, sentado en mi cocina.

Eric inclinó la cabeza hacia delante, presionando el hielo contra el lado derecho de su cara.

—Mi padre trabajó en el caso Margolis cuando era sheriff del condado de Harrison. Su nombre era Sandy Stamos.

Sloan recordó el nombre que había leído en los artículos de periódicos.

—¿Su padre investigó… mi desaparición?

Eric asintió.

—Empezó a hacerlo, pero… murió en circunstancias sospechosas justo después de que usted y sus padres desaparecieran.

—¿Qué pasó?

—¿La versión oficial? —Eric se apoyó contra el respaldo de su silla—. Mi padre, drogado con heroína, condujo su coche patrulla hasta el río Cedar y se ahogó.

—Qué… qué terrible.

—Es una gran mentira. Mi padre no era drogadicto. Por Dios, el pobre no había tomado un sorbo de alcohol en su vida. No me creo ni por un segundo que fuera adicto a la heroína.

—Entonces… —Sloan eligió las palabras con cuidado—. ¿Cree que su muerte no fue un accidente?

—Creo que lo mataron. —Eric volvió a quitarse el hielo de la cara—. Creo que mi padre estaba cerca de descubrir qué le pasó a Charlotte Margolis y a sus padres. Alguien no quería que la verdad saliera a la luz, así que lo mataron e hicieron que pareciera una sobredosis de heroína.

Sloan trató de encontrar una pregunta que hacer, pero eran demasiadas las que corrían por su mente. Terminó decidiéndose por la más obvia.

—¿Por qué cree eso? Quiero decir, ¿sabe algo sobre la desaparición de mis padres biológicos?

—No. Y hasta hace poco, nunca pensé demasiado en la muerte de mi padre. Tenía nueve años entonces y nunca entendí realmente nada de lo que sucedió en aquel momento. Cuando pierdes a tu padre tan joven, te desconectas del resto del mundo. Lo cierto es que nunca investigué demasiado cómo murió, solo sabía que mi padre se había ido. Provengo de una larga estirpe de policías. Mi padre era sheriff del condado de Harrison y mi abuelo lo fue antes que él. Fue mi abuelo quien me llevó por este camino de investigar la muerte de mi padre. Él nunca creyó la versión oficial de lo que le pasó a su hijo.

—¿No hubo una autopsia? Soy becaria de patología y lo primero que me viene a la mente es que a su padre deben de haberle hecho una autopsia.

—Sí, se la hicieron.

—¿Encontraron heroína en su organismo?

—Sí. Pero no creo nada de lo que dice ese informe de la autopsia.

—¿No cree en un informe oficial de autopsia?

—Ni una palabra.

—Entonces, ¿cree que la autopsia estuvo mal hecha?

—Creo que manipularon la información para que mostrara lo que los poderosos querían que mostrara.

—¿Quién tiene poder suficiente como para hacer algo así?

—La familia Margolis. Mire, mi abuelo murió el año pasado a los noventa y dos años. Pasó casi treinta años buscando respuestas sobre lo que le pasó a su hijo. Nunca encontró nada. Cuando se acercaba el final y mi abuelo se dio cuenta de que no podría seguir buscando, me contó sus sospechas y me dio todo lo que había

recopilado a lo largo de los años sobre la muerte de mi padre. Mucha de esa información contiene detalles sobre la investigación que hizo mi padre sobre la desaparición de la familia Margolis. Justo antes de morir, mi abuelo me hizo prometer que seguiría buscando una vez que él no estuviera. He estado indagando en el caso durante el último año y la primera pista que ha aparecido es la noticia de que la bebé Charlotte Margolis está vivita y coleando en Raleigh, Carolina del Norte.

—Entonces vino a buscarme.

—Sí.

Sloan entornó los ojos mientras una idea le cruzaba por la mente.

—¿Por qué vino en coche? —preguntó—. ¿Por qué hizo el viaje en coche desde Nevada solo para hablar conmigo?

—Porque los billetes de avión dejan rastro y es importante que nadie sepa que vine a verla.

—¿A quién podría interesarle?

—A la familia Margolis. Y ninguno de ellos puede enterarse de que usted y yo nos hemos conocido.

CAPÍTULO 15

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Viernes 19 de julio de 2024

Sloan decidió que además de quemar las membranas mucosas y causar una rinitis interminable, otro efecto secundario que tenía la oleorresina de capsicum, el ingrediente activo en el gas pimienta, era que abría el apetito. Eric y ella se dirigieron a la pizzería de la esquina para continuar la conversación, ignorando las miradas de soslayo de la camarera, que los miró con disgusto al ver sus rostros enrojecidos y ojos inyectados en sangre. Le aseguraron que no se estaban muriendo ni tenían ninguna enfermedad contagiosa y pidieron una pizza grande de pepperoni. Eric bebía agua y rellenaba su vaso de la jarra que la camarera había dejado.

Incluso con el ojo derecho hinchado y las mejillas enrojecidas, Sloan notó que Eric Stamos era un hombre apuesto. Hizo cálculos a partir de la información que él le había proporcionado y dedujo que tendría treinta y ocho años. Su cuerpo musculoso y su mandíbula bien marcada lo hacían parecer más joven.

—¿Te encuentras bien, seguro? —preguntó Sloan.

Eric asintió mientras masticaba un cubito de hielo. La hinchazón en su ojo derecho se había estabilizado, dejando una delgada rendija que le permitía una visión parcial.

—Me estoy recuperando, pero me quiero rehidratar. ¿Y tú?

—Estoy empezando a sentir ardor otra vez en los ojos, pero no voy a quejarme. Tu ojo derecho parece estar a punto de sangrar.

—Me pondré bien. Nadie ha muerto por el gas pimienta. —Eric bebió otro sorbo de agua—. Debe de haber sido muy impactante cuando te llegó el perfil de ADN.

—Aún estoy tratando de procesarlo. Dijiste que tenías nueve años cuando mis padres biológicos y yo desaparecimos.

—Así es. Y todavía recuerdo la repercusión que tuvo la noticia en aquel entonces.

—¿Porque tu padre formaba parte de la investigación?

—En parte sí, pero también porque el caso estaba por todos lados. No podías ir a la tienda sin ver a la pequeña Charlotte y sus padres en las portadas de las revistas. Además, saber que todo el país tenía la mirada puesta en nuestro pequeño pueblo era una locura, incluso para un niño de nueve años. Pero, sin duda, yo sentía que estaba sentado en primera fila por el trabajo de mi padre. De niño, nunca me había puesto a pensar que mi padre se dedicaba a resolver crímenes, sino más a asegurarse de que todos los habitantes del pueblo se sintieran protegidos. De pronto, durante aquel verano, mi padre tuvo que lidiar con ese caso importante de personas desaparecidas, conocido a nivel nacional. Yo era demasiado pequeño para comprender lo que fue para él, pero a lo largo del tiempo, mi abuelo me ha contado los detalles. Me dijo que mi padre hizo las cosas muy bien durante la investigación. Y de repente, murió. Cuando él ya no estuvo, la policía estatal se hizo cargo.

—Creo que lo que me cuesta entender es por qué has venido hasta Raleigh para buscarme. Como sheriff, ¿no puedes simplemente solicitar todos los archivos del caso y hablar con los investigadores que estuvieron a cargo? Seguramente deben de tener más información que yo.

—Puede que sea así en cualquier otra parte del país. Pero no en el condado de Harrison. Es un lugar complicado para ser sheriff.

—¿Complicado en qué sentido? —preguntó Sloan.

—La familia Margolis es poderosa. Son dueños de casi todo en el condado y lo controlan todo. Durante décadas, han logrado colocar a miembros de la familia en puestos cruciales. No solo en la dirección de empresas influyentes, sino también en cargos políticos importantes. La Oficina del Fiscal de Distrito está completamente bajo el control de la familia. El fiscal principal es un Margolis. Uno de los dos senadores de Nevada es de la familia Margolis. El jefe de la Policía Estatal de Nevada es Margolis. Desde los niveles locales de gobierno hasta algunos de los puestos más altos del estado, la familia tiene gente que los ayuda a controlar todo lo que sucede en nuestro pequeño condado. Así que cada vez que mi padre tenía que investigar algo que lo llevaba a cruzarse con los Margolis, ya fuera directa o indirectamente, tenía que andar con cuidado. Igual que yo hoy en día.

—O sea, que la familia lo controla todo, pero ¿todavía no ha encontrado la manera de infiltrarse en la Oficina del Sheriff?

Eric sonrió.

—Todavía no. Si los Margolis quieren a uno de los suyos de sheriff, tendrán que encontrar la manera de lograr que su candidato sea elegido. Y, créeme, lo han intentado. Cada cuatro años, la familia gasta millones para apoyar a un nuevo candidato a sheriff, pero es casi como si la gente de Cedar Creek y el condado de Harrison entendiera que la familia Margolis ya es demasiado poderosa, y lo que menos necesita el pueblo es que controlen la policía local. Mi padre fue sheriff durante casi veinte años, reelegido cuatro veces. Y como te dije, mi abuelo fue sheriff antes que él. Yo ya estoy en mi segundo mandato.

—A tu padre lo mencionan en algunos de los artículos que he leído sobre la desaparición de… mis padres biológicos y yo.

Eric sonrió.

—El viejo Sandy Stamos, un grande. Ha estado muerto más tiempo de lo que lo conocí. Era el típico sheriff de pueblo pequeño, querido por todos.

—Entonces, ¿por qué alguien querría matarlo?

—¿Sabes cuál es la teoría de mi abuelo? Que descubrió pruebas sobre lo que os sucedió a ti y a tus padres y alguien no quería que esa verdad saliera a la luz.

—¿De dónde sacó esa teoría tu abuelo?

—Mi padre hablaba con mi abuelo del caso en aquel entonces, le pedía consejos. Estaba intentando entender lo que había descubierto. Y mi abuelo estaba totalmente convencido de que mi padre descubrió algo sobre la noche en que tú y tus padres desaparecisteis y eso llevó a su muerte. El momento en el que murió fue demasiado sospechoso.

—¿Qué descubrió?

—Buena pregunta. Espero que tú me ayudes a encontrar la respuesta.

—¿Yo? Era solo un bebé cuando sucedió todo eso. No tengo idea de qué les pasó a mis padres biológicos. Ni a tu padre.

—Pero puedes ayudarme a averiguarlo. Es más, eres la única que puede hacerlo.

La camarera se acercó y colocó una pizza grande de pepperoni entre ellos, junto con platos y servilletas.

—¿Les traigo algo más?

—Estamos bien, gracias —respondió Eric.

—Me he perdido —dijo Sloan una vez que la camarera se fue—. ¿Cómo puedo ayudarte a descubrir qué le pasó a tu padre?

Eric tomó una porción de pizza y dio un mordisco.

—Pronto se sabrá que Charlotte Margolis ha reaparecido casi treinta años después. Estoy seguro de que el FBI informará a la familia. Cuando lo hagan, los Margolis querrán conocerte. Será la oportunidad perfecta para ir a Cedar Creek.

—¿A Nevada?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para trabajar conmigo, en secreto. Nadie puede enterarse de que estamos en contacto.

—¿Trabajar contigo en qué?

Eric hizo a un lado su plato y apoyó los codos sobre la mesa, acercando su cara a la de Sloan.

—Me preguntaste por qué no puedo ir simplemente a la policía estatal, solicitar todos los archivos y empezar a investigar. Es porque eso llegaría a la familia Margolis. Y si empiezo a hacer preguntas abiertamente, ellos sabrán que estoy investigando la muerte de mi padre.

—¿Y eso es malo? ¿Por qué?

—Alguien de la familia Margolis sabe lo que le pasó a mi padre y tal vez incluso a ti y a tus padres biológicos. Según mi abuelo, mi padre

estaba convencido de que otro crimen que estaba investigando estaba relacionado con la desaparición de tus padres.

—¿Qué otro crimen?

—Un accidente en el que un conductor atropelló mortalmente a un vecino de Cedar Creek y se dio a la fuga.

Sloan hizo una pausa mientras su mente volvía a los artículos que narraban la desaparición de sus padres y de ella.

—Leí algo sobre eso.

Eric asintió.

—Yo también lo he investigado y es real. Antes de morir, mi abuelo sufría de demencia senil. Yo no sabía si todo lo que me contaba sobre mi padre era cierto o eran los desvaríos de un anciano senil. Pero estaba en lo cierto. Revisé casos antiguos en los archivos de la comisaría del condado de Harrison y descubrí que mi padre había estado investigando realmente un accidente de atropello mortal y fuga que sucedió el verano que vosotros desaparecisteis. Según mi abuelo, el caso tenía relación directa con vuestra desaparición.

—¿Lo has investigado?

—Sí. No llegó a haber acusaciones formales y el caso sigue sin resolverse hasta el día de hoy. Pero cuando Annabelle y Preston desaparecieron, Annabelle era la sospechosa principal del caso. Y el tipo al que atropelló era un socio del bufete de abogados Margolis y Margolis. El caso quedó sin resolverse después de vuestra desaparición.

Sloan se echó hacia atrás en la silla y dejó sobre el plato la porción de pizza que se estaba comiendo.

—Alguien de la familia Margolis sabe qué sucedió aquel verano —dijo Eric—. Con ese accidente. Y contigo y tus padres. Y con mi padre. Tenemos que dar con esa persona y convencerla de que hable.

—¿Por qué no los buscas y los interrogas, o los citas a declarar?

—¿Tantos años después? No sabría por dónde empezar. Y aun si lo supiera, no serviría. La familia tiene un código, como el de los Kennedy o tal vez más fuerte. No hablan con nadie de fuera.

Sloan levantó levemente la barbilla. Por fin comenzaba a entender el plan de Eric y la razón por la que había cruzado el país para buscarla.

—Pero yo no soy alguien de fuera.

—Exacto. Eres Margolis de pura sangre. Te recibirán con los brazos abiertos.

Eric inspiró hondo y Sloan supo que insistiría por última vez.

—Te estoy pidiendo que vayas a Cedar Creek y te reúnas con la familia Margolis. Eres el caballo de Troya perfecto. Podrás infiltrarte en la familia como nadie más podría hacerlo.

Sloan tomó la pizza y le dio un mordisco mientras pensaba en el plan de Eric.

—¿Estuviste investigando el caso del atropello y la fuga? —preguntó por fin.

—Sí.

—Empecemos por ahí. Cuéntame todo lo que sabes.

EL PASADO

Cedar Creek,

estado de Nevada

Sábado 24 de junio de 1995

Diez días antes…

Dale Pickett era un camionero de larga distancia, dueño de su propio camión, y vendía las horas de su vida de la misma manera en que una prostituta vende su cuerpo. Pero conducir su tráiler por todo el país era lo único que conocía y durante treinta años le había servido para pagar las facturas. Aparcaba el camión en la entrada de su casa cada diciembre y se tomaba el mes para pasar las fiestas con su familia: su mujer, tres hijos y ocho nietos. Luego, a partir del 2 de enero, se mataba trabajando durante los siguientes once meses transportando cargas durante largas y solitarias horas. Su trabajo actual requería que viajara ida y vuelta de Boise a Reno. A la una de la mañana estaba trabajando con poco descanso, ayudado por estimulantes y bebidas energéticas, y dudó de lo que veía cuando divisó por primera vez el cuerpo en la carretera.

Estaba en medio de la carretera de dos carriles, y primero pensó que se trataba de algún animal atropellado. Disminuyó la velocidad al acercarse. El arcén en esa parte de la carretera era demasiado estrecho para su camión y, debido al tamaño del bulto en la carretera, temía que pasar sobre él a gran velocidad causara un desastre en los bajos del vehículo. Pero cuando se acercó lo

suficiente como para que los faros iluminaran la carretera, vio que no era un animal, sino un cuerpo humano.

Los frenos chillaron en la noche cuando se desvió parcialmente al arcén y detuvo el camión. Abrió la puerta y bajó de la cabina. Su linterna Maglite era casi tan potente como los faros del camión, y cuando se acercó al cuerpo, movió el haz de luz por los oscuros matorrales y el desierto que flanqueaban ese tramo vacío de carretera.

No vio nada, y solo se escuchaba el ronroneo del motor diésel de su camión. Pero más adelante, quizás a unos cien metros de donde estaba él, había un coche detenido en el arcén. Apuntó la linterna hacia la oscuridad y vio que la puerta del conductor estaba abierta.

Registró el coche en un compartimento de su mente, luego volvió a centrar su atención en el cuerpo, iluminándolo con la linterna. Estaba como caído sobre sí mismo; las piernas del hombre estaban abiertas en un ángulo extraño y sobre el asfalto había una aureola de sangre alrededor de la cabeza del sujeto. Dale ni se tomó la molestia de buscarle el pulso. Ese hombre estaba muerto como cualquier animal atropellado que había visto en sus viajes. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y marcó.

—Nueve-uno-uno, ¿cuál es su emergencia? —preguntó una voz femenina.

—No soy yo la emergencia, pero hay un cadáver en el medio de la carretera 67 justo al norte de Cedar Creek.

—¿Un cadáver en la carretera?

—Sí, alguien ha atropellado a un pobre tipo.

—¿Respira?

—Lo dudo.

—¿Le ha revisado el pulso?

—De ninguna manera. Envíe a la policía. Esperaré aquí y ellos podrán revisarle todo lo que quieran.

Sin más, Dale cortó la llamada y volvió a su camión. Buscó las balizas y los conos en el compartimento lateral y bloqueó la carretera. Luego subió a la cabina, metió la mano entre los asientos y sacó la pistola SIG Sauer que siempre guardaba allí. No era necesario revisarla, sabía que estaba cargada.

Lentamente, empezó a caminar hacia el coche en la distancia; los faros del camión alargaban su sombra delgada delante de él.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Sábado 24 de junio de 1995

Diez días antes…

El sheriff Sandy Stamos condujo hacia el norte por la carretera 67 con las luces del techo encendidas. Mantuvo la sirena apagada. No había tráfico a la hora fantasmal de la una y media de la madrugada ni motivos para despertar al condado. Unos seis kilómetros al norte del pueblo, vio las luces de un camión a lo lejos. El enorme vehículo estaba detenido en el arcén del lado sur. Redujo la velocidad y vio que la puerta del conductor estaba abierta y la cabina, vacía.

Sandy siguió conduciendo hasta que vio el brillo de las balizas rojas en la noche. Aparcó el coche patrulla en el arcén, lo puso en punto muerto, pero dejó el motor en marcha. Movió el reflector montado en el lateral del coche y dirigió la luz hacia el hombre que estaba junto al camión. Delgado y fibroso, parecía tener unos sesenta años. Vestía vaqueros y una camisa de franela y estaba apoyado contra el costado del camión con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos. Tuvo el sentido común de sacar las manos de los bolsillos, pero no las levantó. Sandy redirigió el reflector hacia el centro de la carretera, donde estaba el cuerpo, antes de salir del coche.

—¿Fue usted quien hizo la llamada sobre un atropello?

—Sí, señor. Me llamo Dale Pickett. Estoy haciendo un viaje de Boise a Reno. Pensé que era un ciervo hasta que me acerqué.

El sheriff cruzó la carretera.

—Soy Sandy Stamos. —Le tendió la mano—. Gracias por señalizar la zona, Dale.

—De nada.

—¿Ha tocado el cadáver?

—No, señor.

—¿Ni siquiera para comprobar si tenía pulso?

—Supuse que ese era su trabajo. Además, no hay duda de que está muerto, así que no me pareció necesario.

Sandy asintió.

—¿Qué puede decirme sobre el coche que está más abajo en la carretera? Tengo un buen amigo que se dedica al transporte. No es la clase de persona que se queda junto a su camión en este tipo de situaciones.

Dale sonrió.

—No, señor, yo tampoco. Quiero ser completamente sincero: tengo un arma de fuego en mi cabina. Registrada y legal, y tengo los papeles que lo demuestran. Después de señalizar la zona, vi el coche más arriba en la carretera y tomé el arma para ir a echar un vistazo. No toqué nada, no quería alterar pruebas. Pero quería ver si había alguien en el vehículo.

—¿Y?

—Está vacío. La puerta del conductor estaba abierta, el motor apagado y las luces interiores también, así que supongo que la batería se ha agotado. El parachoques delantero está abollado y el faro, completamente destrozado.

"Lo atropelló y se fugó", pensó Sandy.

Se tomó un momento para mirar hacia ambos lados de la carretera; luego hizo un movimiento de cabeza hacia el cadáver.

—Le echaré un vistazo a este pobre tipo.

El reflector del coche patrulla iluminaba bien, pero de todos modos, Sandy desabrochó la linterna de su cinturón. El hombre estaba tumbado boca arriba con las piernas abiertas, un brazo aprisionado e invisible debajo de él y el otro extendido hacia un lado. Había mucha sangre. Un charco circular alrededor de la cabeza del hombre y una raya en el pavimento que se extendía unos diez metros de norte a sur, en la misma dirección en que había ido el coche abandonado.

—¿Qué se hace en un caso como este? —preguntó Dale—. Llamar a una ambulancia parece bastante inútil.

—Tendré que traer al médico forense para que mueva el cadáver. Y vamos a tener que cerrar la carretera. También llamaré a la Patrulla de Carreteras. Querrán que intervenga su equipo de investigación de accidentes. ¿Me da un minuto para hacer las llamadas? Luego le tomaré una declaración formal y podrá volver a la carretera.

—Por supuesto.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Sábado 24 de junio de 1995

Diez días antes…

Para las seis de la mañana, casi cinco horas después de que se informara del accidente, los investigadores de la Patrulla de Carreteras de Nevada habían tomado control de la escena, cerrando la carretera 67 dos kilómetros hacia el norte y hacia el sur desde el sitio del accidente. Mientras continuaban con el tedioso proceso de recogida de pruebas —tomando cientos de fotos y horas de vídeo que documentaban todo sobre la escena y el cadáver—, Sandy se sentó en su vehículo y esperó a que llegara la información de la matrícula del coche abandonado.

—¿Está ahí, jefe? —La voz de la operadora sonó desde la radio que tenía montada en el hombro.

—Sí, adelante. ¿Tienes identificación de la matrícula?

—Sí, señor. El coche está registrado a nombre de Annabelle Margolis.

El pulso de Sandy se aceleró. Una situación ya de por sí desagradable acababa de complicarse aún más. Annabelle era la joven esposa de Preston Margolis; se habían casado recientemente.

Sandy caminaba sobre una línea delgada en lo que se refería al trato con la familia Margolis. Durante el último siglo, el clan Margolis había adquirido tal dominio sobre el condado de Harrison que la familia creía estar por encima de la ley. No existía problema que no pudiera resolverse con influencia y dinero. Y en las raras ocasiones en las que ninguna de esas dos cosas funcionaba, la familia recurría a la intimidación a la antigua usanza o a algo peor.

Pero Sandy Stamos, al igual que su padre antes que él, había mantenido el Departamento del Sheriff del condado de Harrison libre de la sombra de los Margolis. Tras ganar recientemente su cuarta campaña de reelección, Sandy se aseguró de que el último vestigio de poder en el condado permanecería libre de la corrupción Margolis por al menos unos años más. El resto del condado de Harrison era otra historia. Desde la policía estatal hasta la fiscalía, la mayor parte del sector público estaba bajo el firme control de la familia Margolis.

—¿Sigue ahí, jefe? —preguntó la operadora.

—Sí, gracias. Iré a la casa. Guárdate esta información por ahora, ¿quieres?

—Entendido, jefe.

Sandy sabía que tendría que ser cuidadoso con los detalles de su investigación. A su alrededor había miembros de las fuerzas del orden que podrían ser manipulados e influenciados por los Margolis, incluyendo a la Patrulla de Carreteras y la Unidad de Investigación de Accidentes. Tendría que ser selectivo al compartir los detalles de su investigación, porque tan pronto se supiera que habían encontrado el coche de Annabelle Margolis cerca del lugar del atropello mortal, comenzaría a sentir presión desde todas las direcciones.

Poco después de las seis de la mañana, mientras el sol iluminaba el horizonte, Sandy dio media vuelta con su coche patrulla y regresó al

pueblo para ir a ver a Annabelle. Estaba a punto de enfrentarse cara a cara con la mafia Margolis.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Sábado 24 de junio de 1995

Diez días antes…

Detuvo el coche patrulla frente a la casa de Annabelle y Preston Margolis, una construcción nueva de estilo victoriano moderno que dominaba el lago Harmony en el extremo sur de Cedar Creek. Tan nueva, de hecho, que aún no estaba terminada. Preston era el hijo menor de Reid y Tilly Margolis, recién graduado en la Facultad de Derecho de Stanford y una estrella en ascenso en el bufete Margolis y Margolis. Que se estuviera construyendo una ostentosa casa sobre el lago no era sorprendente. Como asociado júnior del bufete, era imposible que tuviera ingresos que respaldaran la casa que Sandy tenía delante. Pero él sabía que la construcción estaba financiada por el dinero familiar, no por los ingresos de Preston.

La casa en sí parecía terminada, pero había maquinaria pesada —excavadoras y volquetes— en el jardín posterior. Sandy supuso que estarían instalando una piscina. El garaje independiente para cuatro vehículos aún estaba en construcción. Al lado del garaje se apoyaba una escalera extensible y un hombre estaba en los peldaños superiores pintando los aleros.

Aún era temprano, pasadas las seis de la mañana; una tranquilidad extraña recibió a Sandy cuando salió del coche. Los azulejos y los cardenales cantaban suavemente, las nubes inmóviles se reflejaban sobre la calmada superficie del lago y soplaba una suave brisa veraniega. Pero Sandy sabía que la calma estaba a punto de romperse. Se dirigió hacia el garaje.

—Empieza a trabajar temprano —le dijo al hombre de la escalera.

—Le prometí a la señora Margolis que terminaría de pintarlos mañana.

—Soy Sandy Stamos.

—Lester Strange.

Llevaba pantalones con bolsillos a los lados y una camiseta bajo un delantal manchado por toda una vida de pintura. No podía tener más de veinte años.

—¿Los Margolis están en casa?

Lester se encogió de hombros.

—No lo sé. Acabo de empezar.

Sandy sonrió.

—Que tenga un buen día.

Lester tomó su brocha y volvió al trabajo.

Sandy subió los escalones del frente y llamó con fuerza a la puerta. Esperó un minuto entero antes de volver a llamar, notando que Lester, el pintor, miraba hacia allí unas cuantas veces. Finalmente, Preston Margolis apareció y se asomó por el cristal junto a la puerta principal antes de abrirla.

—Sheriff —dijo—. ¿Hay algún problema?

—Por desgracia, sí. ¿Está tu esposa en casa?

—Está en la cama.

—¿Podrías avisarla de que necesito hablar con ella?

Preston, abogado en todo momento, salió al porche, cerrando la puerta detrás de sí.

—¿Qué pasa, Sandy?

—Solo necesito hablar con Annabelle. ¿Puedes decirle que estoy aquí?

—No si no me informas de por qué necesitas hablar con ella.

Sandy no tenía intención de entrar en una discusión legal con Preston Margolis, quien se presentaría como el abogado de Annabelle y negaría a Sandy el acceso a menos que la llevara a la comisaría para un interrogatorio formal.

—Mira, Preston, ha ocurrido algo durante la noche. Un atropello mortal en la carretera 67, el conductor se dio a la fuga. El coche de Annabelle fue encontrado a unos cien metros del cuerpo. Hay daños evidentes en el faro delantero.

—¿Un atropello mortal?

Sandy asintió.

Preston negó con la cabeza, como intentando aclarar su mente.

—¿Cuándo ocurrió?

—A primera hora de la madrugada. La llamada entró alrededor de la una. Acabo de llegar. He estado allí toda la noche. La carretera 67

está cerrada y los investigadores estatales están en el lugar.

—¿La persona…?

—Sí, está muerta.

—Annabelle ha estado aquí, Sandy. Ha estado aquí toda la noche.

Sandy asintió.

—Aun así, necesito hablar con ella.

—¿No me crees?

—No importa si te creo, Preston. Igualmente necesito hablar con Annabelle.

—¿Ella…? —Preston dio un paso hacia él—. No pensarás arrestar a mi mujer, ¿verdad, Sandy?

Las palabras sonaron como un desafío. Los hijos de Reid Margolis se habían criado creyendo que estaban por encima de la ley. Sandy no tenía intención de morder el anzuelo.

—No he venido para arrestar a nadie, Preston. Solo a hacer algunas preguntas. Su coche fue encontrado en la escena del crimen. Necesito saber cómo llegó allí.

Sandy vio que Preston miraba hacia el horizonte, hacia el lago, mientras sopesaba sus opciones. El hombre estaba genuinamente confundido por las noticias que le había dado Sandy o era un actor consumado.

—¿Te molesta si primero echo un vistazo al garaje? —dijo Preston por fin—. Para ver si está el coche de Annabelle. Tal vez se trate de un error.

—Por supuesto, hazlo —respondió Sandy; bajó los escalones detrás de Preston y lo siguió hasta el garaje.

—¿Los obreros siempre empiezan a trabajar tan temprano los fines de semana?

—¿Lester? —dijo Preston—. Es el encargado de mantenimiento de la familia; hace un poco de todo. Siempre está por aquí. Annabelle le pidió que terminara el garaje, así que durante toda esta semana ha venido a trabajar al amanecer.

—Buenos días, señor Margolis —saludó Lester cuando pasaron junto a la base de la escalera.

El "señor Margolis" era un mocoso de veinticinco años recién salido de la Facultad de Derecho y a Sandy le resultó extraño que alguien solo unos años menor lo tratara con tanta formalidad. Bienvenido a la vida de un Margolis.

—Buenos día, Lester —saludó Preston.

—¿Hay algún problema, señor Margolis?

—Ninguno.

Preston abrió la puerta lateral del garaje y encendió el interruptor. Las luces fluorescentes del techo dieron vida al garaje. De las cuatro plazas, solo la primera estaba ocupada por un vehículo: el sedán BMW de Preston. La segunda estaba vacía, la tercera contenía un tractor Gator 4x4 y en la cuarta había una mesa de trabajo; de la pared colgaban herramientas pulcramente ordenadas.

—¿Qué…? —le oyó exclamar por lo bajo Sandy.

Por fin, Preston se volvió hacia Sandy y asintió.

—Despertaré a Annabelle y hablaremos en la cocina.

—Gracias.

Diez minutos después, Sandy estaba en la cocina de la casa de Preston y Annabelle Margolis, que daba al lago. Cuando el matrimonio bajó, Sandy vio que Annabelle, al igual que Preston, parecía recién levantada. Normalmente, no resultaría sorprendente para una mañana de sábado, pero Sandy no lograba entender cómo la mujer podía haber atropellado a un hombre horas antes, abandonado su coche junto a la carretera, vuelto a pie a su casa y luego haberse dormido profundamente hasta la llegada del sheriff.

—Buenos días, Annabelle —dijo Sandy.

—Sheriff —respondió ella con voz ronca—. Preston me contó algo sobre una persona atropellada o algo así.

—Sí. Fue en la carretera 67, a primera hora de la madrugada. Encontraron el cuerpo de un hombre muerto en medio de la carretera. Tu coche fue encontrado abandonado a un costado del camino, a unos cien metros del cadáver.

—¿Mi coche?

—Así es.

—¿Estás…? —Annabelle miró de Sandy a Preston, luego de nuevo a Sandy—. ¿Estás seguro de que era mi coche?

—Un Audi gris plateado. La matrícula está a tu nombre.

Annabelle volvió a mirar a Preston.

—La plaza de garaje está vacía —le susurró él—. Tu coche no está.

—¿Estuvo conduciendo por la carretera 67 anoche? —preguntó Sandy.

—No. Estuve aquí. En casa.

—¿Quizás saliste un rato a comprar algo?

—No. Estuve con Charlotte toda la noche. Tiene laringitis y estuvimos vigilándola de cerca.

—¿Charlotte? —preguntó Sandy.

—Nuestra hija —aclaró Preston—. Tiene mucha tos. Nos turnamos para vigilarla toda la noche. —Sandy asintió. Había olvidado que los recién casados tenían un bebé.

—Entonces, ¿ambos estuvisteis despiertos toda la noche u os turnasteis?

—Un poco de ambas cosas —respondió Preston.

—¿Annabelle? —preguntó Sandy, tratando de mantener la conversación entre ellos dos.

—No recuerdo cada minuto de la noche, pero Preston y yo estuvimos despiertos en diferentes momentos. También nos turnamos para vigilarla y dormir en su habitación.

Sandy asintió, pero no mencionó que su explicación incluía momentos durante la noche en los que Annabelle estaba despierta mientras Preston dormía, lo que hacía posible que hubiera salido sin que él lo supiera. Guardaría esta teoría para más adelante, si llegaba a ser necesario.

—¿Alguien más tiene llaves de tu coche?

—No. Es más… —dijo Annabelle, y fue hasta un bol que estaba en la esquina de la encimera de la cocina. Tomó un juego de llaves—. Estas son mis llaves.

—¿Cuándo fue la última vez que condujiste el coche?

Annabelle se encogió de hombros.

—Hace algunos días que Charlotte está enferma, así que he estado metida en casa. No he salido en un par de días.

—¿Un par de días?

Annabelle miró al techo mientras pensaba.

—El miércoles. La última vez que salí de casa fue el miércoles. Fui al pueblo con Charlotte. Paré en la farmacia para comprar el medicamento para las nebulizaciones.

Mientras Sandy escuchaba a Annabelle, sintió que algo no cuadraba en la situación y, no por primera vez desde que había llamado a la puerta, dudó de que ella hubiera estado conduciendo el coche abandonado en la carretera 67.

—Necesito que estés disponible durante los próximos días mientras intentamos llegar al fondo de esto. Así que si teníais planes de viaje, por favor, canceladlos.

—No iremos a ninguna parte —dijo Preston.

Sandy asintió.

—Estaremos en contacto. Espero que vuestra hija se mejore.

—Gracias —dijo Annabelle.

Sentado en el coche patrulla unos momentos después, Sandy miró de nuevo hacia la casa de los Margolis. Preston y Annabelle seguían en el porche. Preston tenía un brazo sobre el hombro de Annabelle. Al verlos, Sandy intuyó que Annabelle Margolis no tenía nada que ver con el atropello. Los muchos enemigos de la familia Margolis pasaron, fugaces, por su mente y las posibilidades de que se tratara

de un caso claro y de resolución simple se evaporaron como una fragancia en el viento.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Lunes 26 de junio de 1995

Ocho días antes…

La doctora Rachel Crane era la jefa de Medicina Forense del condado de Washoe. La morgue estaba ubicada en Reno y Sandy la conocía bien. A lo largo de su mandato como sheriff del vecino condado de Harrison, la había visitado en varias ocasiones. La doctora Crane se encargaba de las autopsias cuando la Patrulla de Carreteras del estado de Nevada se involucraba en un caso. Baker Jauncey, el hombre que había sido encontrado muerto en la carretera 67, había sido trasladado a la morgue de Reno después de que la zona se acordonara y se recogieran todas las pruebas. El descubrimiento de que el señor Jauncey era socio del bufete de abogados Margolis aumentaba todavía más el conflicto en el que Sandy se encontraba con la familia, por lo que se alegró de que alguien imparcial como Rachel Crane estuviera a cargo de la autopsia fuera del condado de Harrison.

Tras viajar a Reno, Sandy ahora paseaba de un lado a otro por la oficina de la doctora Crane mientras esperaba; finalmente, se detuvo para mirar por la ventana. Recordó la visita del sábado por la mañana a Annabelle Margolis y lo absurdo que resultaba que su coche hubiera estado en la escena del accidente si, de hecho, ella no

lo había conducido. Un hilo de sudor se formó en la base de su cuello y resbaló por su columna vertebral.

—Sandy —dijo la doctora Crane cuando entró en la oficina—. No lo esperaba tan pronto.

Sandy volvió al presente y se apartó de la ventana.

—Disculpe. Vine directamente tras recibir su llamada. Este caso me está resultando muy complicado y necesito respuestas antes de que la maquinaria política del condado de Harrison empiece a funcionar.

Crane asintió.

—He intentado mantenerme al margen.

—Qué suerte la suya. Yo estoy siempre en medio de todo.

—Me temo que mis hallazgos no van a facilitarle el trabajo. Terminé la autopsia esta mañana. Todavía estoy recopilando mis notas, pero lo pondré al tanto.

—¿Algo interesante?

—Lamentablemente, sí. Venga, será más fácil de entender si le muestro lo que he encontrado.

Sandy salió con ella de la oficina y la siguió por un largo pasillo. El olor a formol le invadió las fosas nasales a medida que se acercaban a las puertas dobles que él sabía que llevaban a la morgue. La doctora Crane empujó las puertas y Sandy entró tras ella. En el vestíbulo anterior a la sala de autopsias, ambos se colocaron mascarillas quirúrgicas para entrar. Las seis mesas de acero inoxidable estaban vacías; Sandy miró con curiosidad los artefactos que colgaban del techo sobre cada una de ellas: un reflector quirúrgico, una máquina de rayos X y varias mangueras para rociar,

lavar o aspirar, o cualquier otra acción infernal que se llevara a cabo cuando los cadáveres ocupaban las mesas.

Se dirigió con Crane hasta una fila de cámaras frigoríficas donde se guardaban los cadáveres antes de la autopsia y después, mientras esperaban el transporte a la funeraria. Ella abrió una de las puertas y Sandy vio que unos pies pálidos asomaban bajo una sábana blanca, con una etiqueta de identificación colgada del dedo gordo. La doctora Crane deslizó la bandeja y retiró la sábana sin ceremonias ni preámbulo. Para ella, ver un cadáver era un ritual cotidiano que le generaba la misma indiferencia que a Sandy colocarse el arma en el cinturón.

—¿No puede simplemente decirme lo que ha encontrado, doctora?

—No ha venido hasta Reno solo para que se lo cuente. Necesita verlo para entenderlo.

—¿Entender qué?

—El gran problema que tiene entre manos.

A Sandy le dolía la cabeza de solo pensar en enfrentarse a la familia Margolis.

—Ya tengo demasiados problemas como para contarlos. ¿Va a añadir otro a mi lista?

—Sí. Y este será el mayor —respondió Crane—. Porque a este tipo no lo atropelló un coche.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Lunes 26 de junio de 1995

Ocho días antes…

—Lo encontré en la carretera, literalmente —dijo Sandy—. Había una línea de sangre sobre el asfalto. Tenía todo el aspecto de que un coche lo había atropellado. Además, los investigadores encontraron su sangre en el chasis del coche que estaba abandonado en la carretera.

—Discúlpeme —dijo Crane—. Lo explicaré mejor. A este tipo lo atropelló un vehículo, sin duda alguna. Pero eso no fue lo que lo mató.

Sandy observó mientras Crane giraba el cuerpo de Baker Jauncey para ponerlo de lado, tarea que logró tirando de la sábana de debajo con una mano mientras al mismo tiempo ejercía presión sobre el omóplato. La maniobra hizo que el brazo derecho del hombre cayera sobre la camilla de metal antes de quedar colgando, inerte, del borde. Por más veces que lo viera, el peso inerte de los muertos lo seguía sorprendiendo, como si tuvieran hierro en las entrañas y el mundo fuera un imán.

—¿Ve esto? —preguntó la doctora Crane, señalando la parte posterior de la cabeza de Baker Jauncey.

—¿Qué cosa? —dijo Sandy, mirando a medias, con los ojos entrecerrados—. El gran agujero negro en su cabeza. Sí, lo veo.

—La herida desgarró la piel y formó un cráter en el cráneo.

Sandy miró a Crane.

—Supongo que las fracturas de cráneo son comunes cuando a alguien lo embiste un coche a alta velocidad.

—No. Son posibles, pero no comunes. La lesión más común es la fractura femoral, suponiendo que la víctima estaba de pie cuando el vehículo la golpeó. En este caso, no fue así, no hay fracturas en su cuerpo aparte de la del cráneo. Pero volviendo a su pregunta, después del impacto con el vehículo, pueden seguir muchas otras lesiones, según cómo reaccione el cuerpo. Por lo general, se ven daños internos en los órganos y hemorragias. Las lesiones en la cabeza pueden ocurrir si el coche lanza a la víctima al aire, esta da una voltereta y choca contra el parabrisas. Este no fue el caso aquí, ya que no hubo daños en el parabrisas del vehículo.

Con las manos enguantadas, Crane expuso la lesión en la parte posterior de la cabeza de Baker Jauncey, apartando el cuero cabelludo que había cortado durante la autopsia, para que el cráneo quedara a la vista. El ruido de chapoteo revolvió el estómago de Sandy.

—Una fractura de cráneo tan extensa seguramente habría roto el parabrisas. Pero incluso si, milagrosamente, el cristal no se rompiera, esta herida decididamente no corresponde a un impacto contra una superficie lisa y plana como un parabrisas.

—¿Y si el coche lo levantó en el aire y cayó de cabeza?

—Es una observación aceptable, pero la dinámica de la fractura del cráneo refuta la teoría. De nuevo, esta fractura no fue causada por un impacto contra una superficie plana, como podría ser el

parabrisas o el pavimento. Además —añadió Crane, encogiéndose de hombros con gesto comprensivo—, para seguir con su teoría, la víctima debería haber sido lanzada hacia arriba, caer al pavimento, sufrir la lesión en la cabeza y luego ser atropellada por el coche a gran velocidad. En esencia, su teoría requiere que el coche golpee a la víctima dos veces, lo cual es imposible según las leyes de la física.

—Entonces, ¿qué le causó la lesión en la cabeza?

—¿Mi mejor suposición? Un bate de béisbol.

Sandy parpadeó varias veces.

—¿Un bate de béisbol?

—Teniendo en cuenta la forma y la profundidad de la fractura, así como el hecho de que haya fragmentos de madera en la herida, el cráneo fue golpeado con algún objeto de madera redondeada que se movía a gran velocidad. Lo más probable es que haya sido un bate de béisbol.

—¿Qué me quiere decir, doctora Crane?

—Le estoy diciendo que a este tipo lo golpearon en la parte posterior de la cabeza, probablemente con un bate, lo que le causó un traumatismo contundente que le fracturó el cráneo y le provocó una hemorragia cerebral que lo mató. Y una vez que estaba muerto, lo atropellaron con un coche.

La mente de Sandy volvió a su visita a Preston y Annabelle Margolis y recordó lo genuinamente sorprendida que había parecido la pareja al escuchar que el coche de Annabelle había estado involucrado en un accidente mortal.

La doctora Crane volvió a señalar la cabeza de Baker Jauncey.

—Mi opinión oficial sobre la causa de la muerte será traumatismo contundente que dio como resultado una hemorragia cerebral mortal. Forma de muerte: homicidio.

Sandy se pasó la mano por el pelo mientras digería la noticia.

—Todas las otras lesiones que documenté fueron causadas post mortem —prosiguió Crane.

—¿Una vez que ya estaba muerto?

—Correcto.

Sandy se pasó la lengua por el interior del labio inferior mientras pensaba en sus próximos pasos.

—Necesito que se guarde los resultados de la autopsia por un tiempo —dijo por fin—. No los comparta con nadie. ¿Puede hacerlo?

—Aún no he escrito el informe. Puedo demorarme unos días. Tal vez incluso una semana o dos. Pero la policía estatal está involucrada, así que recibiré cierta presión.

—Retráselo todo lo que pueda. Y no hable con nadie más sobre este asunto, ¿de acuerdo? Sobre todo, con nadie del condado de Harrison.

—¿Qué pasa, Sandy?

Sandy soltó un largo suspiro.

—El coche que se encontró en la escena pertenecía a un miembro de la familia Margolis. Y la víctima era socio del bufete de abogados Margolis.

—Por el amor de Dios —susurró la doctora Crane.

—Exacto. Una vez que se haga público que esto se considera homicidio en lugar de un atropello, se va a desatar el caos y necesito prepararme. ¿Puede darme una semana?

—Lo intentaré.

Sandy asintió y se marchó de la morgue. Sabía que no había impermeable ni paraguas lo suficientemente fuertes para protegerlo de la tormenta que se avecinaba.

Reno, estado de Nevada

Martes 27 de junio de 1995

Siete días antes…

Poco después de la medianoche, la furgoneta sin ventanas entró por el callejón y se detuvo frente a la puerta posterior de la morgue del condado de Washoe en Reno. Bajaron dos hombres. Llevaban chaquetas oscuras que ocultaban sus cuerpos y gorras de béisbol bien bajas sobre la frente para que las cámaras de vigilancia no pudieran captar sus rostros. Aunque tenían un juego de llaves maestras por si las necesitaban, cuando el primer hombre movió el pomo de la puerta de la morgue, esta se abrió con un simple giro. Tenían un contacto dentro que había prometido que la morgue no estaría cerrada con llave y hasta ahora había cumplido con su palabra.

Entraron sigilosamente, sacaron linternas y avanzaron por el pasillo. Bajaron hasta el sótano; sus zapatillas de deporte de suela blanda casi no hacían ruido. Encontraron la sala de autopsias y se dirigieron a una fila de cámaras frigoríficas en la pared del fondo. Abrieron la tercera puerta, la única que estaba desbloqueada. Sacaron la camilla y el cadáver de la cámara; el aire frío inundó la sala. Uno de los hombres tiró de la sábana para dejar al descubierto los pies del difunto, buscó la etiqueta que colgaba del dedo gordo del pie y confirmó el nombre.

"Baker Jauncey".

Para estar seguros, bajaron la sábana hasta descubrir el rostro del hombre y lo compararon con una foto que tenían. Tras confirmar su identidad, sacaron el cadáver de la sala y salieron al pasillo. Esta vez optaron por el ascensor en lugar de las escaleras. De nuevo en la planta baja, empujaron la camilla por los pasillos hasta la puerta abierta y hacia la noche. Abrieron las puertas traseras de la furgoneta y metieron adentro el cadáver de Jauncey. Unos minutos más tarde, estaban en la autopista con rumbo al norte.

Una hora y media después llegaron a Cedar Creek, donde se detuvieron frente a la puerta trasera de la morgue del pueblo. Entraron y empujaron la camilla con el cuerpo de Baker Jauncey por los oscuros pasillos hasta llegar a la sala de autopsias, donde lo depositaron en una cámara frigorífica. Cambiaron la etiqueta de la morgue de Washoe que colgaba del dedo gordo del pie derecho de Baker.

Poco antes de las dos de la mañana, Baker Jauncey pasó a ser propiedad de la Oficina del Médico Forense del condado de Harrison en Cedar Creek, estado de Nevada. El forense prometió a su jefe que realizaría la autopsia a primera hora de la mañana.

SEGUNDA PARTE

Infiltrada

CAPÍTULO 16

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Viernes 19 de julio de 2024

Eran las ocho y media de la noche cuando Sloan salió de la pizzería. Había pasado dos horas con Eric, hablando sobre sus padres biológicos desaparecidos, la misteriosa muerte de Sandy Stamos y el antiguo y olvidado caso de atropello mortal que Eric creía que estaba relacionado con la desaparición de Sloan y sus padres en 1995. Sentada frente a él, pudo sentir su desesperación: tras las revelaciones de su abuelo, él realmente creía que Sloan era su única esperanza para descubrir qué le había sucedido a su padre.

Le prometió a Eric que estarían en contacto, pero había demasiadas variables como para comprometerse a ayudarlo. Se disculpó de nuevo por el incidente con el gas pimienta y se quedó mirando cómo el sheriff Stamos se alejaba en su Toyota con matrícula de Nevada. Subió corriendo las escaleras de su apartamento, cerró la puerta con llave después de entrar y abrió su portátil en cuanto se sentó a la mesa de la cocina. Sus dedos volaron sobre el teclado mientras escribía en el motor de búsqueda: "Eric Stamos Cedar Creek, Nevada".

Una avalancha de información apareció en su pantalla y Sloan hizo clic en el primer enlace. Era un artículo del Harrison County Post.

Stamos gana la reelección por aplastante mayoría

CEDAR CREEK, Nevada, 9 de noviembre de 2022: Eric Stamos fue reelegido sheriff del condado de Harrison anoche con el 72 % de los votos. Lo que originalmente se creía que sería una contienda reñida terminó siendo una victoria aplastante. Las encuestas más recientes mostraban resultados variables en la previa de las elecciones del martes. La mayoría mostraba a Stamos con una leve ventaja, mientras que otras favorecían a Trent Dilbert, quien llevó a cabo una campaña agresiva impulsada por enormes donaciones de algunos de los residentes más acaudalados del condado de Harrison. Dilbert tenía el apoyo de varias figuras políticas importantes, así como de la Oficina del Fiscal de Distrito. Pero Stamos y su enfoque sin concesiones hacia la aplicación de la ley, como también la larga tradición de su familia como guardianes de la paz en el condado, calaron más hondo en los votantes que la costosa campaña de Dilbert. Este será el segundo mandato de Stamos como sheriff del condado. Sucede a su padre y a su abuelo, quienes también cumplieron varios mandatos consecutivos. El padre de Stamos, Sanford Stamos, murió en 1995. Eric Stamos tenía solo nueve años en aquel momento.

Sloan tecleó el nombre del padre de Eric en el motor de búsqueda y encontró páginas de artículos sobre él. Hizo clic en uno del Harrison County Post.

Encuentran muerto al sheriff Stamos. Se sospecha que se trató de una muerte por sobredosis

CEDAR CREEK, Nevada, 15 de julio de 1995: Sandy Stamos, el sheriff del condado de Harrison que había servido durante varios mandatos, se ahogó cuando su coche cayó al río en la noche del jueves. Los informes toxicológicos preliminares de la Oficina del Forense del condado de Harrison revelaron la presencia de heroína en el organismo de Stamos. Fuentes cercanas a la investigación informaron al Post que se encontró una jeringa en el brazo de Stamos cuando su cuerpo fue sacado del río.

Stamos estaba de servicio la noche del jueves y no respondió a varias llamadas de su despacho. El viernes, temprano por la mañana, un corredor vio el coche patrulla de Stamos sumergido en el río Cedar; solo las luces traseras sobresalían del agua. Finalmente, se recurrió a buzos para recuperar el cuerpo de Stamos. El coche patrulla pudo sacarse del río el viernes por la mañana.

El artículo mostraba una foto del vehículo policial de Sandy Stamos mientras una grúa lo sacaba del agua. Sloan leyó varios artículos más sobre el padre de Eric. Luego buscó "accidente de atropello y fuga en Cedar Creek, Nevada, 1995" e hizo clic en el primer enlace que apareció.

Muere un vecino atropellado por un conductor que se dio a la fuga

CEDAR CREEK, NEVADA, 26 de junio de 1995: La policía debió acudir a la escena de un accidente mortal en la carretera 67, al norte de Cedar Creek, en las primeras horas de la madrugada del 24 de junio. La víctima, identificada como Baker Jauncey, fue descubierta por un camionero de fuera del estado que realizaba un viaje de Boise a Reno.

“Vi un bulto en medio de la carretera”, dijo Dale Pickett, el camionero que vio el cuerpo de Jauncey y llamó al 911. “Pensé que era un ciervo u otro animal grande hasta que me acerqué. Entonces me di cuenta de que se trataba de una persona”.

El sheriff del condado de Harrison, Sandy Stamos, fue el primer policía en llegar al lugar. Se cerró la carretera y se dio aviso a la unidad de investigación de accidentes de la Patrulla de Carreteras de Nevada. Fuentes informan al Post que se encontró un coche cerca del cuerpo de Baker Jauncey, pero ni la Oficina del Sheriff ni la Patrulla de Carreteras brindaron detalles.

“La investigación sigue en curso”, afirmó Sandy Stamos. “Tanto mi departamento como las autoridades estatales están trabajando incansablemente para determinar cómo ocurrió este accidente y quiénes son los involucrados”.

Hasta el momento, sin embargo, no se han producido arrestos. Baker Jauncey era socio del bufete de abogados Margolis y Margolis, de Cedar Creek.

Sloan cerró su ordenador. Podía pasarse toda la noche explorando los laberintos de Eric Stamos, su padre, el misterioso accidente de atropello y especulando sobre qué podía tener que ver cualquiera de esos temas con su desaparición hace treinta años. Pero no tenía tiempo para eso. Todavía tenía que ver a sus padres. La habían llamado varias veces mientras estaba cenando con Eric y escuchando su idea descabellada.

Alejó al atormentado sheriff de Cedar Creek de su mente, cogió las llaves y salió por la puerta. En los pocos días transcurridos desde que envió la muestra de ADN, su mundo se había puesto patas arriba.

—¿Dónde has estado? —preguntó su padre cuando Sloan entró por la puerta.

—Es una historia larga. Primero vosotros. ¿Qué ha pasado hoy con el FBI?

—Han terminado con los interrogatorios formales —le informó su padre—. Les contamos todo lo que sabíamos, comenzando con cómo te adoptamos y quién te dio en adopción. Les entregamos toda la documentación que teníamos. Investigaron a fondo nuestros antecedentes y después de tres días, estamos limpios.

—¿Limpios? —preguntó Sloan.

—El FBI está convencido de que no sabemos nada sobre la desaparición de tus padres biológicos.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Sloan.

—Quieren hablar contigo mañana por la mañana.

—¿Qué quieren? Sé todavía menos que tú o mamá.

—Quieren hablar sobre tus próximos pasos —respondió su madre.

—El agente se llama John Michaels —acotó su padre—. Es un buen tipo.

—¿Os dijeron cómo van a investigar el asunto?

—Creo que quieren hablarlo contigo mañana por la mañana. ¿Vas a decirnos dónde has estado?

Sloan sopesó la idea de contarles a sus padres la visita de Eric Stamos, pero decidió que era mejor no hacerlo.

—Trajeron un cadáver a la morgue —respondió—. Estoy con todo ese lío.

Evitó mencionar que no era su morgue y que el cadáver era de 1995. La omisión le pareció menos engañosa que una mentira descarada. De vuelta en su apartamento, pasó las primeras horas de la noche frente a su ordenador, leyendo sobre Eric Stamos, su padre muerto y la familia Margolis de Cedar Creek.

CAPÍTULO 17

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Sábado 20 de julio de 2024

A la mañana siguiente, Sloan llegó temprano a casa de sus padres. Su madre había puesto la cafetera y todos esperaban ansiosamente la llegada del FBI. Puntualmente, a las nueve, sonó el timbre; el agente especial John Michaels estaba en el umbral, vestido de impecable traje y corbata.

—Buenos días —saludó Michaels cuando Dolly Hastings abrió la puerta.

—Pase, por favor.

Entraron en la cocina.

—Sloan, este es el agente Michaels. Esta es Sloan, nuestra hija.

—Hola —dijo Sloan.

—Mucho gusto —dijo Michaels, y le estrechó la mano.

—Podemos hablar en la mesa de la cocina —propuso Todd Hastings —. ¿Café?

—Sería genial, gracias.

Una vez que los cuatro estuvieron sentados alrededor de la mesa con tazas de café, Michaels fue directo al grano.

—Quería hablar con usted sobre el rumbo que tomará nuestra investigación, y de algunos peligros potenciales a los que nos enfrentamos y de los que querrá estar al tanto.

—¿Peligros? —preguntó Sloan.

—Creemos que la clave, o una de ellas, es localizar a la mujer que la dio a usted en adopción. A partir de los documentos que proporcionaron sus padres, tenemos algunas pistas. Veremos adónde nos llevan. La mujer que figura en los documentos es Wendy Downing. Solo hay dos conclusiones posibles sobre su adopción. La primera es que su madre biológica, Annabelle Margolis, se haya hecho pasar por Wendy Downing. Pero sus padres —el agente Michaels hizo un gesto hacia Dolly y Todd— niegan rotundamente que la mujer que se hacía llamar Wendy Downing sea la de las fotos que les mostramos de Annabelle Margolis. Siempre existe la posibilidad de que Annabelle llevara un disfraz, pero es un poco rebuscada. Aun así, lo investigaremos.

—¿Y la segunda conclusión? —quiso saber Sloan.

—Que Wendy Downing no tenga ninguna relación con usted ni con sus padres biológicos.

—¿Cree que me secuestraron?

—Llevará tiempo determinarlo. Pero sí, es lo que sospechamos. Hay muchas Wendy Downing en el mundo y creemos que el nombre fue un alias desde el primer momento. El abogado que mencionan los documentos de adopción, el hombre que negoció el trato, era alguien llamado Guy Menendez. También sospechamos, basándonos en algunas investigaciones preliminares, que era un nombre falso.

Sloan registró ambos nombres. Wendy Downing. Guy Menendez.

—En la adopción, lamentablemente, existe un mercado negro muy importante y activo —continuó el agente Michaels—. Creemos que usted ha sido producto de él.

—¿Pero por qué motivo? —preguntó Sloan.

—Sus padres pagaron cerca de veinticinco mil dólares por la adopción privada, así que hubo un motivo financiero para ese delito.

—Por todo lo que he investigado sobre la familia Margolis, son ricos. Preston Margolis era abogado en el bufete de su familia. Estudió en la Universidad de Stanford. No tiene sentido pensar que él y Annabelle entregarían fraudulentamente a su hija para hacerse con dinero rápido.

—Estamos de acuerdo en eso —dijo Michaels—. Por eso sospechamos que usted fue víctima de un secuestro.

La palabra dejó a Sloan al borde de las lágrimas.

—Entonces… —Sloan levantó la mirada hacia sus padres, parpadeando para contener las lágrimas, y luego volvió a fijarla en el agente Michaels—. Si eso es cierto, si alguien me secuestró…, ¿qué pasó con mis padres biológicos?

—Intentaremos averiguarlo.

Sloan volvió a mirar a sus padres y sintió pena por las cosas de las que se estaban enterando y por la situación en que los había metido accidentalmente. También, por primera vez en su vida, se sintió desligada de ellos. Ya no era solo la hija adoptiva a quien amaban incondicionalmente. Ahora era el producto de un fraude y un engaño. Dolly y Todd Hastings no habían sacado a una niña del mundo para darle amor y una vida maravillosa; habían participado, sin saberlo, de un delito que privó a una niña de padres amorosos. Saber eso creaba una división entre ellos, como si un tornado hubiera tocado tierra y abierto un abismo entre sus mundos.

Sloan pensó en Eric Stamos y la historia sobre su padre. ¿Habría tropezado Sandy Stamos con información que hubiera arrojado luz sobre quién la secuestró y qué les sucedió a sus padres biológicos? ¿Habría muerto a causa de esa información? Y ¿podría ser cierto que alguien dentro de la familia Margolis supiera la verdad? Los pensamientos traían consigo una ola de urgencia que la abrumaba. La sensación la impulsaba, de alguna manera, hacia sus padres biológicos, personas en las que casi no había pensado antes de esa semana y con quienes nunca antes había sentido una conexión. Pero esa mañana no solo se sentía ligada a ellos, sino con una profunda obligación de averiguar qué les había pasado. Las palabras de Eric Stamos resonaron en su cabeza.

"Alguien de la familia Margolis sabe qué os pasó a ti y a tus padres. Eres el caballo de Troya perfecto".

—El otro asunto del que quería hablarle —dijo el agente Michaels, sacando a Sloan de sus pensamientos— es que hemos notificado a la familia Margolis de los avances en el caso. Específicamente, que las pruebas de ADN han confirmado que hemos encontrado a Charlotte Margolis. No hemos compartido su información personal, pero teníamos el deber de informar a los Margolis sobre las novedades, ya que esta investigación nunca se cerró formalmente. Los padres de Annabelle Margolis han muerto y ella era hija única. No hay nadie de su familia a quien informar. No está obligada a hablar con la familia Margolis, pero quería que supiera que han sido informados. A menos que usted nos lo pida, no le daremos a la familia ningún otro detalle personal suyo.

"Quiero que vayas a Cedar Creek. La familia te recibiría con los brazos abiertos".

Sloan negó con la cabeza.

—Necesito un par de días para pensar si quiero ponerme en contacto con los Margolis o no. Quiero hablarlo con mis padres.

—Por supuesto —dijo el agente Michaels—. Hay una última cosa que debo advertirle. Cuando usted y sus padres biológicos desaparecieron, en 1995, la noticia tuvo cobertura nacional.

Sloan asintió.

—He visto las portadas de las revistas.

—Si se difunde ahora la noticia de que la pequeña Charlotte ha aparecido, estoy seguro de que se desatará un huracán mediático. Mi oficina hará todo lo posible por no revelar nada, pero debo advertirle que si los medios descubren esta historia es probable que la busquen y la acosen para conseguir entrevistas. La prensa puede ser implacable. Comenzarán con llamadas telefónicas, pero también se presentarán en su casa, en su trabajo, en el gimnasio. Allí donde piensen que estará usted, irán ellos.

Sloan nunca había pensado en esa posibilidad. Se preguntó si al país todavía le interesaría su historia después de tres décadas. Pero esto es Estados Unidos, se dijo. Por supuesto que el público seguiría teniendo curiosidad. La suya era una historia sensacionalista de un crimen que las revistas del corazón estarían encantadas de explotar por segunda vez. Santo cielo, los fanáticos de los crímenes reales se agolparían en Raleigh para buscarla y los creadores de pódcast se lanzarían a producir una serie sobre la historia.

Si no tenía cuidado, le advirtió el agente Michaels, podría terminar de nuevo en la portada de todas las revistas del corazón del país.

CAPÍTULO 18

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Domingo 21 de julio de 2024

Dormir se le hacía difícil. La conversación con el agente Michaels daba vueltas y vueltas en sus pensamientos, en un bucle repetitivo. En su mente aleteaban temores sobre haber sido arrancada de sus padres biológicos y vendida a una pareja incauta tan desesperada por un hijo que evitaron los canales convencionales para recurrir a algo más turbio. Sloan no sentía ningún rencor hacia sus padres. Los quería y siempre los querría. Pero también sentía una atracción desconocida hacia Preston y Annabelle Margolis y una creciente necesidad de averiguar qué les había pasado.

Finalmente, apartó la sábana y se levantó de la cama. El reloj despertador indicaba que eran las dos y media de la madrugada. En la cocina, cogió el teléfono y escribió un breve mensaje a James, el genealogista.

James,

¿Hay alguna manera de que puedas conseguirme la dirección de Nora Margolis? Es la mujer cuyo perfil de ADN coincidió con el mío.

Solo por curiosidad.

Sloan

Abrió su portátil, lista para pasar otro rato incómodo leyendo sobre la familia Margolis, la muerte de Sandy Stamos y el misterioso atropello mortal de 1995. Pero antes de que pudiera empezar, su teléfono vibró con una respuesta de James.

Sloan,

Como administrador del sitio, tengo acceso a la información personal de los usuarios. Pero podría perder mi trabajo si la compartiera contigo. Además, en mi opinión, presentarte en la casa de tu tía y anunciar que tu perfil de ADN coincide con el de su sobrina desaparecida es una pésima idea.

Sloan escribió de nuevo.

James, la oportunidad para hacer eso ya ha pasado. Si no puedes darme su dirección, ¿hay alguna otra manera de que pueda ponerme en contacto con ella?

La respuesta fue instantánea.

Sí, puedes enviarle un mensaje directo a través del sitio.

Sloan se quedó mirando el teléfono y pensó otra vez en sus padres biológicos. Tomó una de las hojas impresas que estaban sobre la mesa. Era una foto de Preston y Annabelle Margolis en la portada de una revista. Era difícil imaginarlos como sus padres, ya que Annabelle Margolis era más joven en la foto que Sloan en la actualidad. Aun así, ver a esa joven pareja la conmovía. Sentía pena por Preston y Annabelle Margolis, cuyo bebé de dos meses les había sido arrebatado y lo habían vendido a través del mercado negro de adopciones. Solo Dios sabía qué les había pasado.

Miró otra vez el teléfono y escribió una breve respuesta a James.

Gracias.

Con un nuevo sentido de determinación y responsabilidad, fue de nuevo a su portátil y abrió la página de su perfil en TuLinaje.com. Antes de tener la oportunidad de acceder al árbol genealógico que James había creado y buscar el perfil de Nora Margolis, Sloan vio un círculo rojo en la parte superior derecha de la pantalla que indicaba que otro usuario le había enviado un mensaje.

Una sensación extraña le contrajo el estómago. Miró a su alrededor en el apartamento a oscuras y se tomó un momento para sacudirse de encima la sensación de que no estaba sola. Finalmente, abrió el mensaje.

Querida Sloan,

Mi nombre es Nora Margolis; voy a arriesgarme con esto, pero veo que tu perfil coincide con el de mi esposo, Ellis, lo que indica que eres su sobrina. Una pregunta extraña, pero a la luz de las noticias

que las autoridades nos dieron hace solo un par de días… ¿eres Charlotte?

Nora

El perfil de ADN de Sloan era público. Esa era la única manera en que James podía configurar la cuenta para ver si coincidía con otros usuarios. A Nora Margolis se le habría informado sobre la conexión, como la llamaba el sitio, cuando el perfil de ADN de Sloan coincidió con el de la familia Margolis. Era probable que fuera la única coincidencia que Nora Margolis hubiera recibido en la última semana. Y después de que el FBI informara a la familia que habían encontrado a Charlotte Margolis, no había que ser detective experimentado para deducir cómo sucedió, sino solo usuario asiduo de sitios de genealogía en línea, como Nora Margolis.

Se quedó mirando el mensaje durante varios minutos. No tenía idea de adónde se dirigía la situación. Solo sabía que empezaba a experimentar un creciente sentido del deber que la llamaba a investigar qué les había pasado a sus padres biológicos. Buscó la tarjeta de Eric Stamos en su bolso y le envió un rápido mensaje.

Eric, soy Sloan Hastings. Creo que he encontrado una manera de acercarme a la familia Margolis.

CAPÍTULO 19

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Domingo 21 de julio de 2024

Sloan pasó el domingo en la biblioteca. Reservó una salita privada con paredes de vidrio oculta en un rincón detrás de hileras de libros, donde nadie la molestaría. Sobre la mesa delante de ella estaba el producto de su investigación: páginas y páginas de artículos periodísticos de archivo, notas de revistas y fotos relativas a la desaparición de Preston y Annabelle Margolis y su pequeña hija, Charlotte, que había obtenido de los microfilms de la biblioteca. Todos los principales periódicos del país habían cubierto la historia. No solo con una mención inicial, sino con notas posteriores sobre las circunstancias sospechosas que rodeaban la desaparición de la familia. A medida que la investigación se prolongaba y no se encontraban sospechosos, las notas periodísticas pasaron de hablar de un crimen a la teoría de que la familia Margolis había desaparecido por su propia voluntad. De hecho, se decía que Annabelle Margolis, que era sospechosa en la muerte por atropello de un vecino de Cedar Creek ocurrida en fecha cercana a su desaparición, había huido con su familia para evitar que la procesaran.

Sloan había investigado todo lo que pudo sobre el atropello, pero había poca información sobre el caso. Tendría que depender de Eric Stamos en ese aspecto. Decidió centrarse en la familia Margolis. Su portátil estaba rodeado de montañas de papeles de sitios web que detallaban la historia de la localidad de Cedar Creek, de la familia

Margolis y su reinado de poder sobre el condado de Harrison, en Nevada, durante el último siglo. Cuando se enteró de su perfil de ADN, había hecho una búsqueda superficial sobre la familia con James, el genealogista. Aquel día Sloan estaba investigando en profundidad.

Horas de averiguaciones habían pintado una imagen compleja del imperio Margolis. Los miembros de la familia ocupaban varios puestos en la junta del condado, controlaban la Oficina del Fiscal de Distrito y formaban parte del bufete de abogados especializados en daños personales más importante del condado, denominado con acierto Margolis y Margolis. El mayor empleador del condado de Harrison era Maderas Margolis, una empresa de explotación forestal que vendía madera a gran parte de la Costa Oeste. Una revisión de los registros del condado le hizo saber a Sloan que gran parte de la tierra y muchos de los edificios del pueblo eran propiedad de Margolis Bienes Raíces, SRL. La familia era la definición misma de un monopolio. Habían tomado un pueblo tranquilo enclavado en las estribaciones de las montañas de Sierra Nevada y lo habían hecho suyo. La familia hasta poseía y gestionaba su propia bodega, Finca Margolis, ubicada en Oregón, que producía vinos que se exportaban a todo el mundo. Con una familia tan poderosa, rica y conocida como los Margolis, no era sorprendente que la desaparición de tres miembros hubiera atraído tanta atención nacional.

Hasta donde pudo investigar Sloan, su desaparición y la de sus padres se mantuvo en el ciclo de noticias durante dieciocho meses hasta que finalmente se desvaneció. Pero cada diez años, desde el 4 de julio de 1995, algún medio de comunicación revisaba el crimen. En años sin aniversarios importantes, aparecía un breve artículo en el periódico local o un reportaje en el Reno Gazette. En fechas más significativas, como el vigésimo quinto aniversario, The New York Times había publicado un reportaje. El pasado 4 de julio había marcado el vigésimo noveno año desde que Sloan y sus padres desaparecieron.

Sloan apartó el ordenador y se frotó los ojos. Llevaba horas trabajando y necesitaba un descanso. Mirando la montaña de información que tenía delante, se preguntó, no por primera vez desde que había enviado el mensaje a Eric Stamos, si era una locura creer que podía ir a Cedar Creek y encontrar respuestas a un misterio de décadas que había eludido a tantos otros que habían intentado resolverlo.

Agotada tras su investigación sobre la familia Margolis, se dirigió al gimnasio para darle un descanso a su mente. Ahora, junto con otras diez personas, de pie frente a la barra con un disco de veinte kilos a cada lado, sentía el corazón al galope. Se frotó las manos y una nube de polvo blanco de tiza se elevó en el aire; en los altavoces del gimnasio atronaba la música de Aerosmith. Se agachó sobre la barra, la agarró con las manos empolvadas de tiza y la levantó hasta los hombros mientras hacía una sentadilla. Tras una pausa, salió de la sentadilla, sintiendo el ardor en los cuádriceps y empujó la barra sobre su cabeza al tiempo que saltaba y caía con un pie delante y otro detrás. Mantuvo la barra en alto, bloqueando los codos para controlar el temblor de los brazos mientras estabilizaba su núcleo, completando así el ejercicio. Dejó caer la barra al suelo, donde rebotó hasta quedar quieta. Repitió el proceso catorce veces; en la última casi no logró bloquear los codos. Soltó la barra por última vez y se inclinó sobre las rodillas, extenuada. Sentía los cuádriceps saturados de ácido láctico y los hombros entumecidos. El corazón le latía contra las costillas; estaba bañada en sudor y le caían gotas por la barbilla.

Algunos compañeros aplaudieron su esfuerzo, conscientes de que Sloan había alcanzado un RP, récord personal, durante la última repetición de la noche. Se dirigió a la bicicleta estática para quemar cualquier nerviosismo restante. Mientras pedaleaba con las piernas y empujaba y tiraba del manillar, pensó en la próxima semana. Tenía pensado volar a Reno el viernes por la tarde y llegar a Cedar Creek en algún momento de la noche. Había comprado un billete de ida, sin saber cuándo regresaría a Raleigh. Tendría al menos un mes

antes de tener que volver a la Jefatura de Medicina Forense para cumplir con las observaciones de autopsias correspondientes a agosto. Para compensar su ausencia prolongada, Sloan tenía intención de ayudar a Hayden Cox todos los días de esa semana, lo que le daría algo de margen mientras iba a Cedar Creek a conocer a los Margolis y buscar respuestas.

Sonó el temporizador de la bicicleta, pero como tenía tantos pensamientos en la cabeza, Sloan pulsó el botón para otros veinte minutos. Se derritió en la bicicleta, sudando hasta quedarse sin aliento y con los músculos fatigados. Pero ni siquiera ese arduo entrenamiento logró calmar los nervios que le causaba su inminente viaje para conocer a Nora Margolis.

CAPÍTULO 20

Cedar Creek, estado de Nevada

Viernes 26 de julio de 2024

El vuelo de cinco horas desde Raleigh a Reno transcurrió sin incidentes; Sloan buscó su coche de alquiler y salió del Aeropuerto Internacional de Reno a la hora planeada. Cedar Creek estaba enclavada en las estribaciones de las montañas de Sierra Nevada, una hora y media hacia el norte. La localidad más grande del condado de Harrison, Cedar Creek era una ciudad en miniatura flanqueada por la Gran Cuenca al este y los altos picos de Sierra Nevada al oeste. El río que daba nombre al pueblo nacía en un gran lago de Oregón, se fusionaba con afluentes que descendían de los picos nevados y dividía la ciudad en dos antes de desembocar en el lago Harmony al sur de Cedar Creek.

Cuando Sloan llegó a la cima de la cuesta, observó la vista panorámica. El pintoresco pueblo se extendía debajo, revelando preciosas casas alineadas a ambos lados del río y tres puentes con arcos —uno al norte, otro al sur y el tercero justo en el centro del pueblo— que se elevaban sobre el agua para conectar un lado de la ciudad con el otro. Si Sloan hubiera estado de visita por motivos que no fueran reunirse con la familia que le habían arrebatado para tratar de ganarse su confianza y encontrar respuestas sobre lo ocurrido a sus padres biológicos casi treinta años antes, podría haber pensado que era un hermoso lugar. En cambio, adoptó un enfoque científico hacia la ciudad de Cedar Creek del mismo modo que lo había hecho con las cinco autopsias en las que había

participado la semana anterior. Igual que los cadáveres y las pistas que brindaban, Cedar Creek contenía algo más profundo que su belleza. El pueblo guardaba secretos y la misión de Sloan era extirparlos de donde fuera que se ocultaran.

Durante cien años y tres generaciones la familia Margolis había gobernado ese pequeño rincón del país, había controlado el gobierno local y extendido su influencia en industrias y oficinas estatales. Sloan no tenía certeza de qué peligros acechaban en Cedar Creek. Solo sabía que desde que descubrió que era la pequeña Charlotte, una niña que había desaparecido cuando tenía dos meses y se había separado de sus padres que la amaban, ardía en ella el deseo de buscar respuestas. Mientras bajaba hacia el valle y la localidad de Cedar Creek, supo que se dirigía al único lugar en el mundo donde podría encontrarlas.

El camino de dos carriles serpenteaba durante unos dos kilómetros hasta bordear el río, que según los cálculos de Sloan, tendría el ancho de dos campos de fútbol americano. En la entrada del pueblo, un letrero le dio la bienvenida a Cedar Creek: "UN LUGAR DONDE LOS SUEÑOS SE HACEN REALIDAD". Por lo que sabía hasta el momento sobre las cosas que habían sucedido allí, no estaba tan segura de que fuera cierto.

Condujo hacia el norte con una vista perfecta hacia el otro lado del río, donde el sol poniente iluminaba las casas que daban al agua con el fulgurante resplandor de la tarde. Cuando llegó al centro, se tomó unos minutos para explorar, pasando una serie de rotondas hasta que la última la llevó al corazón del pueblo, un lugar conocido localmente como La Manzana. Observó las tiendas, galerías y restaurantes que la pintoresca localidad ofrecía. En el lado norte encontró el puente Louis-Bullat, llamado así, según había leído, en honor a los ingenieros de estructuras que lo habían diseñado, que se extendía sobre el río Cedar, llevándola al lado este del pueblo. Giró por una calle lateral y encontró la casa de Vrbo que había alquilado hasta septiembre. De repente, le pareció que un mes sería

insuficiente para averiguar qué había sucedido con sus padres treinta años atrás.

Aparcó en la entrada y sacó la maleta del asiento trasero. Miró hacia las montañas al oeste, que proyectaban largas sombras sobre el pueblo a medida que el sol comenzaba a descender detrás de sus picos. De pronto se sintió pequeña e insignificante en ese valle del norte de Nevada, pero también como si estuviera destinada a estar allí. Como si el universo la hubiera llevado a ese lugar exacto, en ese preciso momento, para de alguna manera corregir una injusticia de décadas anteriores. Para encontrar respuestas para la familia Margolis, Eric Stamos y para sí misma.

Escuchó el graznido de un pájaro, un largo chillido que resonó en la tarde. Al volverse, vio un gavilán de Cooper posado sobre la cima de un pino. El ave graznó de nuevo antes de emprender el vuelo, batiendo sus poderosas alas y elevándose alto sobre la cabeza de Sloan. Siguió el vuelo del halcón hacia el oeste, hacia el sol poniente, hasta que se convirtió en una pequeña mancha en el horizonte y desapareció. Su teléfono vibró con un mensaje de texto de Nora Margolis.

¿Ya has llegado?

Sloan miró el teléfono y trató de serenarse. Más que mariposas en el estómago sentía que tenía polillas nocturnas rebotando por el interior de sus costillas, intentando escapar de su pecho.

Sloan escribió:

Acabo de llegar a la casa de alquiler.

NORA: Estoy temblando de emoción, literalmente. ¿A qué hora podemos vernos?

SLOAN: Necesito un rato para arreglarme. Ha sido un largo día de viaje.

NORA: Tómate tu tiempo. Puedo ir a verte o puedes venir aquí. Estoy en el lado norte del pueblo.

SLOAN: ¿Dirección?

NORA: 378 Chestnut Circle.

SLOAN: Nos vemos pronto.

NORA: ¡No veo la hora!

Sloan respiró hondo. Ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 21

Cedar Creek, estado de Nevada

Viernes 26 de julio de 2024

A las ocho de la noche había deshecho su maleta y llenado los cajones del armario del dormitorio con ropa para un mes. Se quitó la ropa de viaje y se vistió con unos vaqueros y una camiseta blanca sin mangas. Se tomó un momento para peinarse y retocarse el maquillaje antes de volver al coche y —sintiendo aún el aleteo contra las costillas— dirigirse a la casa de Nora Margolis. Siguió el río hacia el norte hasta que encontró Chestnut Circle y tomó por una calle protegida por las ramas arqueadas de los pinos, hasta que llegó a la casa.

Era una hermosa casa victoriana de dos pisos con un porche alrededor y un jardín meticulosamente cuidado. Una oleada de adrenalina le recorrió las venas mientras aparcaba en la entrada. Inspiró profundamente antes de bajar del coche y alisar la parte delantera de sus vaqueros, un gesto nervioso que había hecho toda su vida: antes de exámenes importantes, antes de su primer día en la morgue y ahora, antes de conocer a un miembro de su familia biológica. Subió los escalones del porche, observando las plantas en macetas que colgaban a ambos lados de la puerta principal y tocó el timbre.

La puerta se abrió un momento después y, tras solo un segundo, Nora Margolis se echó a llorar.

—Ay, Dios mío —dijo desde el umbral, con los ojos fijos en Sloan—. Eres idéntica a Annabelle.

La mujer se acercó para abrazarla y Sloan no solo sintió la obligación de aceptar el gesto, sino también de devolverlo. No entendía del todo por qué las emociones de Nora eran tan contagiosas, pero antes de darse cuenta de lo que sucedía, ella también estaba llorando. No sentía conexión emocional con esta familia, pero comprendía que, por un breve lapso, había sido parte de ella. La reacción de Nora Margolis al ver a la sobrina biológica de su marido era lógica y Sloan no iba a luchar contra ello.

Nora se apartó del abrazo y se quedó mirando a Sloan.

—El parecido es increíble —dijo.

Sloan había visto decenas de fotos de su madre biológica en los últimos días y también había notado el inquietante parecido entre ella y la Annabelle Margolis de treinta años atrás.

—Y tienes sus ojos. Los ojos de Preston.

Nora se emocionó otra vez y se secó las mejillas con el dorso de las manos.

—Ay, por Dios, me dije que me mantendría entera y aquí estoy, hecha pedazos en cuanto te vi.

Sloan se secó sus propias lágrimas.

—No pasa nada. Entiendo lo impactante que debe ser este momento.

Nora Margolis, según calculó Sloan, tendría unos cincuenta y tantos años, más o menos la misma edad que Annabelle Margolis tendría en la actualidad. Suponiendo, pensó Sloan, que su madre biológica aún estuviera viva.

—No solo para nosotros —dijo Nora—. También para ti.

Sloan sonrió.

—Han sido unas semanas interesantes. Y debo admitir que ahora mismo estoy supernerviosa.

—Pues no lo estés. Esta noche no, al menos. Hoy solo somos nosotras. Mañana conocerás a todos los demás. Ven, pasa. ¿Encontraste la casa con facilidad?

—Sí. Tienes una casa preciosa.

—Ah… —Nora levantó las cejas—. Es de estilo victoriano Margolis.

Sloan la siguió por el vestíbulo.

—¿Victoriano Margolis?

Nora esbozó una sonrisa forzada.

—No se nos permite otra cosa. Como la casa se compró a través del fideicomiso de mi marido, tenía que combinar con todas las otras residencias Margolis. Todas de estilo victoriano, todas construidas por el mismo constructor y todas diseñadas por Tilly y Reid Margolis. Mis suegros. Dios no permita que nos construyamos nuestra propia casa. —Nora puso los ojos en blanco—. Ay, por favor. Ya estoy chismorreando sobre la familia y acabas de entrar por la puerta. De todos modos, gracias. La decoramos Ellis y yo y siempre nos ha encantado. ¿Te puedo ofrecer algo de beber? ¿Vino?

—Sí, gracias.

Sloan siguió a Nora hasta la cocina, donde sirvió dos copas de vino blanco.

—A juzgar por tu físico —dijo Nora, mientras le entregaba la copa—, aseguraría que debes de ser fanática de la vida saludable, ¿verdad?

—CrossFit —respondió Sloan con una sonrisa.

Nora levantó las cejas con aire interrogante.

—Es un tipo de entrenamiento, con levantamiento de pesas y cardio. Ejercicios de alta intensidad. Es un poco sádico, pero también adictivo. Lo descubrí mientras estudiaba Medicina y me he enganchado. Me ayuda a despejar la mente cuando se me llena de cosas, lo cual sucede a menudo.

—¿Estás casada?

Sloan sonrió.

—No.

—¿Tienes pareja?

—Negativo en todos los frentes relacionados con los hombres.

—¿Eres lesbiana?

—No. Simplemente todavía no estoy lista para atarme a nadie.

—Bueno, supongo que así son las cosas hoy en día. Me casé con Ellis cuando era joven, pero los chicos de hoy no se casan hasta mucho más tarde. A veces ni se casan, directamente.

—No tengo un calendario. Supongo que simplemente no he conocido al hombre adecuado.

—Hay muchos peces en el mar y eres un gran partido, así que sucederá cuando tenga que suceder. Además, eres médica, ¿no?

Las palabras de Nora llevaban un aura de orgullo.

—Sí. Patóloga.

—Creo que es la primera vez. Esta familia está llena de abogados y políticos, pero eres la primera médica que ha dado.

A Sloan le costaba asimilar la idea de que Nora Margolis la considerara parte de la familia. La mujer le hizo preguntas sobre su vida durante una hora: su infancia, sus padres adoptivos, la facultad de medicina y la residencia. Había algo gentil y agradable en Nora Margolis y en su manera de ser. Tenía un carisma que hacía que Sloan sintiera que la conocía desde hacía mucho más tiempo que una hora.

—Háblame de tu interés por la genealogía —dijo Sloan—. Ya que así fue como comenzó todo esto.

—Ha sido un pasatiempo durante años. Comenzó cuando mi hijo tuvo que elaborar un árbol genealógico para una de sus asignaturas de secundaria. Me fascinó tanto la ciencia y la historia de la genealogía que seguí investigando incluso después de que él entregara el proyecto. Rastreé mis propios ancestros hasta Gales, varias generaciones atrás. El proceso me cautivó. Luego se me ocurrió que podría ser divertido sorprender a mi marido con un árbol genealógico de su familia, los Margolis. Estoy tan metida en el tema que no puedo parar. Por el amor de Dios, ¡mira lo que ha sucedido gracias a esto!

—Déjame ver si tengo la información correcta —dijo Sloan—. ¿Tu apellido de soltera es Davies y eres Margolis de casada?

—Así es. Mi marido es Ellis Margolis, el hermano de Preston. Espera, te lo enseñaré.

Nora cogió su portátil y abrió la web de genealogía. Con otra copa de vino, Sloan escuchó a Nora Margolis explicar su ascendencia. No había duda de que era una aficionada a la genealogía y su búsqueda de los orígenes de sus antepasados era algo más que un pasatiempo.

Nora señaló el árbol genealógico que aparecía en la pantalla.

—Me casé con Ellis Margolis, quien junto con Preston, tu padre biológico, eran los únicos descendientes de Reid y Tilly Margolis. Ellis y yo tenemos dos hijos, sin nietos aún. Preston se casó con Annabelle Akers y tuvo una hija…, obviamente sabes esa parte. Así que mis hijos están en la base del árbol genealógico de los Margolis, pero he rastreado a nuestros ancestros hasta hace más de cien años. Y aún sigo investigando.

Durante treinta minutos. Sloan escuchó a Nora desglosar el árbol genealógico de la familia. Finalmente, se detuvo en algún punto del siglo xvii.

—Perdona, debo de estar matándote de aburrimiento con todo esto.

—Para nada. Es parte de la razón por la que vine hasta Cedar Creek. Quería ver cómo un simple sitio de genealogía pudo reunirnos después de tantos años.

—Es asombroso, realmente. Aunque… —Nora se mostró vacilante—. Supongo que la genealogía puede explicar cómo te encontramos después de tantos años, pero nunca podrá decirnos qué os pasó a tus padres y a ti hace casi treinta años. Debo admitir que parte de la razón por la que me puse en contacto contigo fue egoísta. Espero que tu historia pueda arrojar luz sobre lo que les sucedió a Preston y Annabelle.

Sloan sonrió.

—Esa es la cuestión, Nora. No sé qué me pasó. Hasta hace un par de semanas, pensaba que había tenido una infancia bastante normal. Sabía que era adoptada, pero eso era parte de mi identidad. Mis padres me querían y yo los quería a ellos. Me dieron una infancia maravillosa. Eso es todo lo que sabía. Pero después de lo que he descubierto, espero poder saber más sobre mis padres biológicos y

qué les pasó. Espero que puedas ayudarme, tal vez tanto como tú debes de esperar que pueda ayudarte a ti.

—Lo que os sucedió a ti y a tus padres ha sido un misterio durante treinta años. Lamentablemente, no creo que sepa más que tú.

—No puede ser. Conocías a mis padres biológicos, así que eso ya te da una ventaja sobre mí. ¿Podemos empezar por ahí? ¿Puedes contarme todo sobre ellos?

—Claro —respondió Nora—. Tu madre era una amiga muy querida. Te contaré cualquier cosa que quieras saber.

"Tu madre".

Por la mente de Sloan cruzó la imagen de su madre, que estaba en Raleigh recuperándose de una semana de interrogatorios por parte del FBI. Era difícil encontrar lugar en su cabeza para otra figura materna, pero de algún modo Annabelle Margolis había echado raíces en sus pensamientos y había pasado de ser una desconocida, a la que Sloan había visto por primera vez en la portada de una revista del corazón, a convertirse en otra cosa. Qué representaba exactamente Annabelle, no estaba claro. Pero ya no era una desconocida.

—Aquel verano eras la luz de su vida —dijo Nora—. Annabelle estaba feliz de ser mamá y estaba completamente embobada contigo.

Sloan intentó tragar, pero su esófago se contrajo. Inspiró hondo para contener sus emociones, y con esfuerzo pudo reprimir las lágrimas que se formaron en sus ojos.

—¿Tú y mi madre biológica teníais una relación estrecha?

—La nuestra fue una amistad corta pero fuerte. Nos conocimos un año antes, y durante ese tiempo fuimos inseparables. Creo que sobre todo fue porque ambas éramos de fuera en lo que respecta a

la familia Margolis. Quiero decir, cuando Annabelle apareció en escena, yo ya me había ganado un lugar y me habían aceptado. Pero con Annabelle fue diferente.

—¿La familia no la aceptó?

—Uy, no. Y yo entendía perfectamente cómo se sentía porque había estado en ese mismo lugar cuando inicié mi relación con Ellis. Así que Annabelle y yo nos hicimos muy amigas. Yo era la persona con la que podía contar cuando las cosas se ponían tensas con la familia.

—Cuando dices que no la aceptaban, ¿a quién te refieres?

—A Reid y a Tilly.

—¿Por qué no aceptaban a Annabelle?

Nora levantó las cejas.

—Por muchas razones. Pero la principal era que Preston comenzó a verse con Annabelle mientras estaba comprometido con otra mujer.

CAPÍTULO 22

Cedar Creek, estado de Nevada

Viernes 26 de julio de 2024

—¿Mi padre estaba comprometido cuando conoció a mi madre?

Nora asintió.

—Con Stella Connelly. Era la pareja perfecta para Preston. Al menos en teoría. Contaba con la plena aprobación de Reid y Tilly. Stella, al igual que Preston, era una joven abogada prometedora en otro importante bufete del condado de Harrison. Provenía de una familia rica y poderosa, por lo que a Reid y Tilly les cayó sumamente bien desde el primer momento.

Sloan cruzó los brazos, incómoda.

—¿Mi padre le fue infiel con mi madre?

—Stella Connelly pensaba que sí, sin ninguna duda.

—¿Y tú qué piensas?

—Creo que Preston y Annabelle se enamoraron. Un amor mucho más profundo del que Preston sentía por Stella Connelly. Yo tuve una relación muy estrecha con Annabelle durante todo ese tiempo, el fin del compromiso de Preston, su embarazo y el rechazo general que sufrió por parte del resto de la familia. Entendía muy bien cómo se sentía porque yo también había estado en ese lugar.

—¿A ti tampoco te aceptaron?

—Al principio no. Pero yo tenía una ventaja en relación a Annabelle. Venía de una familia con dinero. Mis padres eran dueños de una cadena de franquicias de restaurantes. Cuando Tilly y Reid se enteraron de que mi familia estaba en el negocio de la comida rápida, me bajaron el pulgar. Pero cuando vieron que mis padres tenían más de cien franquicias y habían hecho una fortuna, me recibieron con los brazos abiertos.

—¿Solo porque tu familia tenía dinero?

—Exacto. Antes de saber que mis padres eran ricos, me consideraban una humilde fotógrafa que había atrapado a su hijo para colgarme de los Margolis de por vida.

—Qué espanto. ¿Te dijeron eso?

—No con tantas palabras. Pero es lo que pensaban, sobre todo Reid. Cuida mucho la fortuna de la familia y siempre está atento para alejar a quienes cree que andan detrás de ella. Ellis y yo nos reíamos de eso por lo absurdo que era. Ser hijo de los Margolis te daba poder y prestigio, pero también tenías la carga de unos padres dominantes que se metían en cada aspecto de tu vida.

—Como decidir el tipo de casa que puedes tener.

Nora abrió los brazos para mostrar la encantadora casa victoriana, idéntica a la que poseía cada miembro de la familia Margolis.

—En fin, cuando Preston rompió su compromiso con Stella, hubo bastante revuelo. Y cuando empezó a traer a Annabelle, el ambiente aquí se tornó gélido. Y cuando anunciaron que Annabelle estaba embarazada de… ti, bueno, digamos que se desató el infierno. Cedar Creek es un pueblo pequeño y lo era todavía más hace treinta años. Preston y Annabelle estuvieron envueltos en muchos rumores antes de desaparecer. Y después también.

—¿Qué clase de rumores?

—Bueno, los que suelen correr cuando una relación termina porque empieza otra. Que Annabelle era una destrozahogares. Que Annabelle era una cazafortunas. Que se quedó embarazada para atrapar a Preston. Esa clase de cosas. Esa pobre muchacha entró directamente en el infierno cuando se casó con un miembro de esta familia y yo me sentía muy mal por ella. Además de Preston, yo era la única en quien confiaba cuando se trataba de la familia. Como dije, por eso nos hicimos amigas tan rápido.

—Y luego desapareció.

Nora esbozó una sonrisa triste.

—Y luego desapareció.

Tras un breve silencio, Sloan dijo:

—He leído mucho sobre la desaparición de mis padres biológicos. Una de las cuestiones que aparecían con frecuencia en los artículos era que Annabelle era sospechosa en una investigación por atropello mortal.

Nora asintió.

—Ese fue otro rumor importante que circuló. Lo sigue siendo, en realidad, porque cada cierto tiempo vuelve a surgir el tema de la desaparición y se empieza a hablar de ello en el pueblo otra vez. Yo tengo un estudio de fotografía en el centro. Hablo con mucha gente y escucho todas las teorías sobre la desaparición de Annabelle, Preston y la pequeña Charlotte. El principal rumor es el de ese accidente.

—¿Me puedes contar cómo fue?

—Han pasado décadas, así que no lo recuerdo todo a la perfección. Pero en el verano del 95, justo un par de semanas antes de que tú y tus padres desaparecierais, a uno de los socios del bufete de Reid Margolis lo atropellaron en la carretera 67. Encontraron el coche de Annabelle en la zona y se determinó que fue el coche que atropelló a este hombre. Se llamaba Baker Jauncey. El sheriff estaba investigando el caso. Interrogó a Annabelle unas cuantas veces y corrieron rumores en el pueblo de que iban a arrestarla por homicidio involuntario.

—¿Y luego desapareció?

—Así es. Salió una foto del coche en todos los periódicos, con el faro delantero destrozado y el guardabarros abollado. Uno de los rumores de aquel entonces, y también de ahora, es que Annabelle se fugó para evitar que la arrestaran por la muerte de Baker Jauncey y convenció a Preston de huir con ella. Siempre dudé de esa teoría, pero ahora sé con certeza que no tenía base ninguna.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estás sentada frente a mí. El FBI les dijo a Reid y Tilly que fuiste entregada en adopción. Y aunque no tengo ni idea de cómo sucedió, sé que Annabelle y Preston no fueron parte de eso. Todo su mundo giraba alrededor de ti. Te querían con locura y jamás te habrían entregado voluntariamente.

Otro nudo se formó en la garganta de Sloan, un tumor hecho de culpa y angustia. En el transcurso de solo un par de semanas, sus padres biológicos habían pasado de ser figuras míticas que solo cruzaban por su cabeza en pensamientos fugaces a ser personas con las que sentía una profunda conexión. Su deber con ellos era como una bola de nieve que rodaba cuesta abajo cada vez más rápido, agrandándose a medida que avanzaba, convirtiéndose en una fuerza arrolladora que solo las respuestas podrían detener.

—Entonces, si la teoría de que Annabelle y Preston huyeron no es cierta, significa lo que siempre he temido que fuera cierto —dijo Nora.

—¿Qué?

—Que les pasó algo muy grave.

CAPÍTULO 23

Cedar Creek, estado de Nevada

Viernes 26 de julio de 2024

—¿Hubo sospechosos, en algún momento?

—Sí, claro —respondió Nora—. Pero no se llegó a nada con ninguno. Con la cobertura mediática que generó vuestra desaparición, no hubo nunca demasiadas respuestas. El sheriff del condado de Harrison que investigaba el caso al principio daba actualizaciones diarias, o cada dos días. Pero una vez que la policía estatal se hizo cargo, no hubo más información.

—¿Por qué se hizo cargo la policía estatal?

—Por muchos motivos, probablemente. Era un caso importante y el departamento de policía de este condado no había manejado muchos casos de personas desaparecidas. Y desde luego ninguno de tan alto perfil como el vuestro. Pero también porque el sheriff murió poco tiempo después de que empezó a investigar. Se drogó con heroína y cayó con su coche al río Cedar.

Sloan recordó las palabras de Eric Stamos.

"El pobre no había tomado un sorbo de alcohol en su vida. No me creo ni por un segundo que fuera adicto a la heroína".

—Después de que la policía estatal se hizo cargo, la investigación se volvió muy formal y distante. El pueblo se enteraba de las novedades por los medios de comunicación. Yo tenía acceso a algunos fragmentos porque la policía estatal hablaba con Reid y Tilly y algunos detalles me llegaban a través de Ellis.

—¿Interrogaron alguna vez a Stella Connelly? Lo primero que me viene a la cabeza es que esa mujer tenía buenos motivos para hacerles daño a Preston y Annabelle.

—Por supuesto, pero estaba protegida por el dinero de sus padres y por su bufete de abogados. A Stella nunca se la consideró sospechosa ni que estuviera involucrada de algún modo.

—¿Surgió algún otro nombre en relación al caso?

—Depende de a quién se lo preguntes. El pueblo estaba muy dividido. La mitad de la gente pensaba que Annabelle y Preston se habían fugado para evitar que los acusaran de la muerte de Baker Jauncey. La otra mitad sospechaba que se trató de un crimen. En ese sentido, el único otro nombre que surgió fue el de Lester Strange.

Sloan entornó los ojos. En toda su investigación, nunca se había encontrado con ese nombre.

—¿Quién era?

—El empleado de mantenimiento de la familia. En aquel entonces era un joven que trabajaba en la casa de Preston y Annabelle, que estaba en construcción cuando vosotros desaparecisteis. Hubo rumores de que Lester estaba enamorado de Annabelle. Incluso se llegó a insinuar que mantenían un romance tórrido.

—¿Y qué le pasó a este hombre?

—Nada. Era un muchacho en aquel entonces, tendría diecinueve o veinte años. Hoy en día tiene cincuenta y sigue trabajando para la familia. Los Margolis siempre están construyendo algo, casas, edificios, cercas, lo que sea. Y Lester Strange sigue dirigiendo cada proyecto. También trabaja mucho en la bodega, Finca Margolis, en Oregón. Usamos la casa principal de allí como refugio de vez en cuando. Lester mantiene la propiedad. Es un trabajo de tiempo completo.

Sloan tomó nota mental sobre Stella Connelly y Lester Strange. Pistas que seguiría con Eric Stamos.

—Bueno, escucha —dijo, mirando su reloj—. Se está haciendo tarde y no quiero quitarte más tiempo esta noche. Además, estoy agotada de viajar todo el día. Gracias por toda la información sobre mis padres biológicos y perdóname por hacer tantas preguntas.

—Pero, por favor. Ha sido un placer. Y me alegra mucho que decidieras venir a Cedar Creek. Reid y Tilly saben que iba a reunirme contigo esta noche. No quieren presionarte, pero me pidieron que te transmitiera el mensaje de que les encantaría conocerte, si es que te sientes cómoda con la idea.

—Por supuesto. A mí también me encantaría conocerlos.

—Trata de no juzgarlos demasiado —dijo Nora—; me quejo mucho de ellos, pero son buenas personas. Y unos excelentes abuelos con mis hijos.

Sloan sonrió.

—No veo la hora de conocerlos.

—Esperaban que pudiera ser mañana. ¿Te parece bien?

Sloan asintió.

—Claro, sería genial.

—A ver qué te parece —Nora le entregó una tarjeta de presentación —. Es mi estudio de fotografía. Está en el centro del pueblo, en La Manzana. Pasa mañana por la tarde. Annabelle era como mi protegida. Ella y yo nos unimos por nuestro gusto por la fotografía. Le estaba enseñando todo lo que sabía. Durante su embarazo, se dedicó a la fotografía y tomó unas fotos estupendas de ti poco después de que nacieses. Durante todo ese verano, en realidad. Estoy segura de que aún las tengo en algún lugar. Si te gustaría verlas, buscaré en casa. Sé que las guardamos en algún lado.

—Me encantaría.

Nora sonrió.

—Las buscaré esta noche.

Señaló la tarjeta que Sloan tenía en la mano.

—La dirección de mi estudio está allí. ¿A la una mañana? Les diré a Reid y a Tilly que se encuentren con nosotros allí.

Sloan sonrió.

—Nos vemos entonces.

—Sloan —dijo Nora, antes de que ella saliera por la puerta—. No sé si alguna vez sabremos qué os pasó a ti y a tus padres, pero me alegra mucho haberte encontrado.

—A mí también —respondió Sloan con una sonrisa.

Saludó a Nora, se despidió con la mano mientras retrocedía con el coche por la entrada y cayó en la cuenta de que, sin demasiado esfuerzo, había logrado meter el pie en la puerta de la esquiva

familia Margolis. Estaba por verse si habría algo que encontrar una vez que estuviera dentro.

CAPÍTULO 24

Cedar Creek, estado de Nevada

Sábado 27 de julio de 2024

A la mañana siguiente, antes de que amaneciera, Sloan salió a correr y explorar el pueblo de Cedar Creek. Llevaba cuarenta minutos de ejercicio cuando el sol comenzó a salir. Tomó por el sendero que bordeaba el agua y se detuvo para cruzar el puente Louis-Bullat, que se arqueaba sobre el río Cedar. Debajo, la superficie del agua estaba en calma y reflejaba las nubes de algodón teñidas de lavanda por el sol naciente. Hacia el sur, vio los otros dos puentes que cruzaban el río y conectaban las dos mitades del pueblo. Al oeste, Sierra Nevada absorbía el resplandor del amanecer. Desde su posición en la cima del puente, vio el edificio blanco del juzgado en el centro del pueblo y reanudó su carrera en esa dirección.

Comenzó a sudar y sentir ardor en los pulmones y las piernas a medida que se acercaba al centro del pueblo; aumentó la velocidad y subió la veintena de escalones del edificio levantando con fuerza las rodillas, lo que terminó de drenar la última energía de sus cuádriceps. Cuando llegó a la cima, se puso las manos sobre la cabeza e inspiró el aire matinal mientras caminaba lentamente frente al acceso del edificio del juzgado, compuesto por dos enormes puertas redondeadas, flanqueadas por cuatro pilares gruesos a cada lado.

Cuando logró controlar la respiración, leyó una placa cerca de la puerta principal que nombraba al alcalde de Cedar Creek, al fiscal de distrito del condado de Harrison y a varios miembros de la junta del condado. De los doce apellidos, nueve eran Margolis. Allí, frente al palacio de justicia del pueblo que era propiedad de la familia Margolis y estaba dirigido por ella, se dio cuenta de que su repentina reaparición podía llegar a poner a Cedar Creek patas arriba.

Echó un último vistazo a La Manzana, luego bajó la escalinata y corrió de regreso hasta la casa que había alquilado. Una hora después, duchada y vestida, salió de Cedar Creek, y se adentró en las estribaciones de las montañas de Sierra Nevada, siguiendo el GPS hasta la dirección que Eric Stamos le había dado. Le llevó treinta minutos recorrer los caminos sinuosos y sortear las curvas cerradas que serpenteaban por la montaña. Finalmente encontró el puente de madera que cruzaba el desfiladero que Eric le había dicho que se encontraba al final del trayecto hasta su cabaña.

Giró a la derecha después de cruzar el puente y unos quinientos metros más tarde llegó al camino de entrada. El buzón estaba escondido y la dirección no se veía bien. Giró y condujo bajo el dosel de árboles hasta que llegó a la cabaña y encontró a Eric sentado en el porche delantero. Él levantó la mano cuando Sloan aparcó y salió del vehículo. La cabaña alpina estaba rodeada por un denso bosque y daba al desfiladero que ella había cruzado en el coche. El puente se veía a lo lejos, detrás de la cabaña. Era la definición misma de la palabra "aislada".

—¿Te ha costado encontrar la casa? —preguntó Eric desde el porche.

—No demasiado. ¿Te gusta vivir aquí, tan lejos de la civilización?

—Es la cabaña de mi familia. Ven, pasa, te la enseñaré.

Sloan subió los escalones del porche.

—Me alegro de volver a verte —dijo Eric.

—Lo mismo digo. Y te prometo que esta vez no te rociaré con gas pimienta.

Ambos rieron. Eric se había recuperado por completo del incidente y Sloan pudo ver sus ojos: seguían siendo del suave color caramelo que acentuaba su tez aceitunada, prueba de una vida pasada al aire libre. Llevaba una camiseta que se tensaba alrededor de sus anchos hombros y revelaba los músculos fuertes de sus brazos, lo que sugería que frecuentaba el gimnasio tanto como Sloan.

—Mi abuelo la construyó en los años cincuenta —dijo Eric, mientras Sloan lo seguía adentro de la cabaña—. La usaba como refugio familiar y cabaña de caza. Está a solo media hora del pueblo, pero parece como si estuvieras en otra dimensión.

—De eso no hay duda.

—La heredé cuando murió mi abuelo, el año pasado. Desde entonces, la he convertido en el centro de mi investigación sobre la muerte de mi padre.

Sloan siguió a Eric por la cabaña. Todo era de roble y de cuero. El techo de la cabaña en forma de A se elevaba nueve metros sobre sus cabezas y estaba sostenido por anchas vigas de madera. La mesa de comedor, una pesada tabla de roble macizo lustrado con un banco largo de un lado y cuatro sillas del otro, estaba cubierta de cajas y papeles.

—Aquí está todo lo que he reunido sobre el caso de mi padre. Incluye lo que pude conseguir sobre vuestra desaparición, así como el caso de atropello que estaba relacionado con tu madre biológica.

Sloan se acercó a la mesa y observó las pilas de papeles que contenía.

—¿Todo esto es de la oficina del sheriff?

—No. Una parte estaba allí y lo copié todo antes de que el FBI viniera a llevárselo el otro día. Otra parte la obtuve a través de solicitudes de acceso público a información. Una tercera parte vino de contactos que tengo en la unidad de investigación de la Policía Estatal de Nevada. También hay una buena parte que fue lo que recopiló mi abuelo a lo largo de los años mientras buscaba respuestas sobre la muerte de mi padre. Me ha mantenido ocupado desde que él murió. He pasado largos períodos en los que lo único que hago en mi tiempo libre es trabajar en el caso y leer los archivos. Luego me tomo un descanso y no miro nada durante semanas. Pero desde que el FBI me informó que Charlotte Margolis había reaparecido, me he vuelto a sumergir en todo esto.

En vista de lo reservado que había sido Eric para rastrear a Sloan en Raleigh la semana anterior, no era de extrañar que hubiera convertido la remota cabaña de su familia en el centro de su investigación sobre la muerte de su padre.

Sloan miró el reloj.

—Estoy lista para empezar. Tengo que estar en el pueblo a la una de la tarde. Voy a conocer a los Margolis.

Eric levantó las cejas.

—¡Qué velocidad!

—Estuve con Nora Margolis anoche. Tuvimos una buena conversación y me enteré de varias cosas. Hoy voy a conocer a Reid y a Tilly Margolis. No creo que sea difícil ganarme el acceso a la familia. Nora debe de ser la mujer más encantadora que he conocido y me dice que Tilly y Reid están ansiosos por conocerme. También me dio información sobre mis padres biológicos.

—Ah, ¿sí? ¿Qué, por ejemplo?

Sloan se sentó a la mesa. Eric lo hizo frente a ella.

—Mi padre estaba comprometido con otra mujer cuando conoció a mi madre, así que el verano en que desaparecieron, circularon rumores sobre que su exprometida estaba furiosa. Naturalmente, me interesa investigarla.

Eric buscó algo en un montón de papeles.

—Stella Connelly. Hallé algo sobre ella en las notas de mi padre. Con sus asistentes, acudieron a casa de Preston y Annabelle por llamadas de molestias domésticas y todas las veces fue porque se presentó Stella Connelly y armó jaleo.

Encontró los papeles y se los entregó a Sloan. Leyó los informes manuscritos sobre incidentes fechados en el verano de 1995: cuatro en total. En cada uno se describía una llamada al 911 hecha desde la casa de Preston y Annabelle para denunciar que Stella Connelly estaba invadiendo su propiedad, se mostraba beligerante y se negaba a marcharse. Todos los incidentes terminaron cuando Sandy Stamos o uno de sus asistentes escoltaron a Stella Connelly fuera de la propiedad. No se produjeron arrestos, pero durante el último incidente, el 30 de junio de 1995, la policía del condado de Harrison estuvo muy cerca de llevarse detenida a Stella Connelly. Su padre, un importante abogado de Cedar Creek, fue llamado a la escena para llevarse a su hija bajo la amenaza de arresto si no lograba calmarla. Preston, Annabelle y la bebé Charlotte desaparecieron cuatro días más tarde, el 4 de julio de 1995.

Sloan levantó la vista del informe policial.

—Nora Margolis dijo que en ningún momento Stella Connelly estuvo bajo sospecha por la desaparición de mis padres. —Levantó el informe—. Sería la primera persona a quien investigaría.

—Sigue viviendo aquí en el pueblo. Deberíamos buscar la forma de hablar con ella.

Sloan asintió.

—Tal vez la llame y le proponga encontrarnos con la excusa de que quiero averiguar más sobre mi padre.

—Creo que sería el pretexto menos arriesgado. ¿Qué más te contó Nora Margolis?

—Me habló de un encargado de mantenimiento que estaba trabajando para los Margolis aquel verano. Sigue siendo empleado de la familia, por lo que dijo Nora.

—Lester Strange. Mi padre tenía una carpeta de archivo sobre él, pero nunca logró avanzar. No va a ser tan fácil acercarse a él porque sigue muy ligado a la familia. Pero ahí es donde entras tú; dependerá de cuánto logres meterte dentro de la maquinaria Margolis.

—Nora dijo que ese hombre estaba casi obsesionado con Annabelle aquel verano. Vale la pena hablar con él. O al menos, investigarlo.

—Lo añadiré a la lista. ¿Qué más?

—¿Que me haya dicho Nora? No mucho, salvo que a Reid y Tilly Margolis no les caía bien Annabelle.

—¿Por qué?

—Según Nora, no estaba a la altura. Su familia no tenía dinero y Reid Margolis sospechaba que quería atrapar a Preston para acceder al dinero de la familia. Y que se hubiera quedado embarazada de mí sin haberse casado reforzaba la teoría. Te repito, todo esto según Nora Margolis, que era y técnicamente sigue siendo alguien de fuera con un sabor amargo por cómo la trataron Reid y Tilly cuando era novia de Ellis. Le creo, pero es solo el punto de vista de una persona.

Eric asintió.

—Dijiste que te reuniste con el FBI.

—Sí. Antes de salir de Raleigh, me reuní con el agente que tiene a cargo la investigación.

—¿Y?

—En primer lugar, dejaron libres de toda sospecha a mis padres adoptivos. Tardaron tres días, pero llegaron a la conclusión de que fueron víctimas de una adopción fraudulenta.

—¿Una adopción fraudulenta?

—Mis padres tienen documentos de adopción legales, o que parecen serlo, redactados por un abogado contratado por mi supuesta madre biológica. El único problema es que la señora que dijo ser mi madre no era Annabelle Margolis.

Eric levantó las cejas.

—¿Quién era?

—Wendy Downing. Están tratando de localizarla, pero no saben mucho más que el nombre y están seguros de que era un nombre falso. El FBI tiene la teoría de que me raptaron y me vendieron al mercado negro de la adopción. El abogado que negoció el trato y redactó los documentos se llamaba Guy Menendez.

Eric tomó un cuaderno y anotó los nombres.

—Mi oficina cuenta con recursos, pero no tenemos el poder del FBI. Podríamos pasar mucho tiempo investigando a esos dos sin llegar a ningún lado. Dejemos a Wendy Downing y Guy Menendez para el FBI; tú y yo nos concentraremos en las pistas de aquí, de Cedar Creek.

—Perfecto. Anoche Nora también mencionó la investigación por el accidente en el que estuvo involucrada Annabelle.

—Ajá. Encontré algo raro cuando revisé los archivos sobre eso.

Eric buscó entre las páginas que cubrían la mesa y encontró el montón que buscaba.

—Mira esto.

Sloan cogió la hoja impresa. Tenía membrete de la oficina de medicina forense del condado de Washoe.

—Como el cuerpo de Baker Jauncey se encontró en una carretera estatal —explicó Eric— y se involucró la Patrulla de Carreteras de Nevada, llevaron el cadáver a la morgue de Reno. Pero tras un par de días, fue trasladado al condado de Harrison para la autopsia.

—Si llevaron el cadáver a Reno por una formalidad, debido a que la Patrulla de Carreteras del estado de Nevada estaba involucrada, ¿por qué lo trasladan a una morgue a cientos de kilómetros para hacerle la autopsia?

—Buena pregunta. Lo primero que pensé fue que Baker Jauncey era socio en el bufete de los Margolis y alguien quería que la autopsia la realizara un médico sobre quien tuviera control. El forense del condado de Harrison sin duda cumplía ese requisito. No he podido encontrar documentos sobre el traslado, ni por qué se hizo ni quién lo solicitó.

—Suena sospechoso.

—Es habitual aquí. Si los Margolis querían tener control de la información, se asegurarían de que su médico hiciera la autopsia.

—¿Tener el control de qué información? —quiso saber Sloan.

—Uno de sus socios importantes había sido asesinado. Querían tener el control de cómo se relataba el hecho y cómo dejaba a la familia y al bufete. Así es como hacen las cosas en el pueblo. Traer el cadáver a Cedar Creek les permitía asegurarse de que la autopsia dijera lo que los Margolis querían que dijera.

—¿Y qué decía el informe?

—Que Baker Jauncey murió de trauma en el cráneo producido por el coche de Annabelle Margolis. Causa de muerte, hemorragia cerebral traumática. Forma de muerte, homicidio involuntario.

—Si esa fue la conclusión de la autopsia, ¿por qué tu padre no arrestó enseguida a Annabelle?

—Otra buena pregunta, que no tengo ni idea de cómo responder. Pero ¿entiendes ahora por qué creo que este caso está relacionado con la desaparición de tus padres?

Sloan se quedó pensando unos instantes antes de responder.

—Pero si Preston temía que Annabelle fuera procesada por la muerte de Baker Jauncey, habría utilizado la influencia de la familia para presionar al forense para que encontrara otra forma de explicar la muerte de Baker que no tuviera que ver con haber sido atropellado por el coche de Annabelle.

—Exacto —coincidió Eric—. Eso es lo que no entiendo. Si los Margolis estuvieron detrás del traslado no autorizado del cadáver de Baker Jauncey para que su forense hiciera la autopsia y determinara oficialmente la causa y la forma de la muerte, entonces, ¿por qué la autopsia dejó tan en claro que lo atropelló y lo mató el coche de Annabelle? La única respuesta que se me ocurre es que alguien quería culpar a Annabelle por la muerte de Baker Jauncey. Y tenemos que averiguar quién era.

Sloan tomó la carpeta de archivo del forense del condado de Harrison. Contenía el informe formal sobre Baker Jauncey además de fotos tomadas durante el examen y aquellas hechas en la escena por los investigadores antes de que se trasladara el cadáver a la morgue.

—Ya sé a quién llamar —dijo Sloan—. Conozco a alguien que podría estudiar este informe en detalle y decirnos cuál es su precisión.

—¿Quién es?

—La jefa de mi departamento en Raleigh. La doctora Livia Cutty.

Eric frunció el entrecejo.

—¿No es la mujer que sale todo el tiempo en la televisión en Eventos Nacionales?

—Exacto. Es una experta en patología forense y podrá decirnos si hay algo extraño en el examen post mortem.

Eric tomó otra carpeta que estaba entre los montones sobre la mesa.

—¿Puedes pedirle que también vea esto? Es el informe de la autopsia de mi padre.

Unos minutos más tarde Sloan cruzaba de nuevo el puente de madera que conectaba la aislada cabaña de Eric con el resto del mundo. En el asiento del acompañante estaban los informes de autopsia de Baker Jauncey y Sandy Stamos.

CAPÍTULO 25

Charlotte, estado de Carolina del Norte

Sábado 27 de julio de 2024

El agente especial John Michaels estaba sentado a su escritorio en el cuartel general del FBI, terminando de escribir un informe sobre el caso de Charlotte Margolis. Su supervisor le había pedido un resumen completo de los avances, incluyendo el plan de Michaels para la fase inicial de la investigación. Michaels dedicó una buena parte del resumen a Wendy Downing y Guy Menendez, el dúo cuyos nombres estaban en los documentos de adopción suministrados por los Hastings.

Michaels había pasado la semana revisando la investigación original de la desaparición, llevada a cabo inicialmente por la Oficina del Sheriff del condado de Harrison y luego asumida por la Policía Estatal de Nevada y sus detectives. Finalmente, según leyó Michaels, se involucraron también agentes del FBI. La reaparición de Charlotte Margolis era el primer movimiento que tenía el caso en décadas y la información sobre la adopción brindada por Dolly y Todd Hastings era la pista más importante que había tenido el caso. La investigación original se había centrado en dos teorías: la primera era que Annabelle Margolis desapareció con su familia para evitar que la procesaran por la muerte de Baker Jauncey. La segunda apuntaba a un crimen.

La aparición de Sloan Hastings y la información de que la pequeña Charlotte había sido adoptada por una pareja desprevenida volvía

mucho más probable la segunda teoría: Annabelle y Preston Margolis habían sido asesinados y una mujer que se hacía llamar Wendy Downing había raptado a la niña con la complicidad de un sujeto llamado Guy Menendez. Michaels estaba convencido de que la mejor oportunidad que tenía para averiguar lo que le había sucedido a Charlotte Margolis y a sus padres era encontrar a esas dos personas.

Terminó el informe y lo imprimió. Cogió las páginas de la impresora y las llevó al escritorio de su asistente.

—¿Ha terminado por hoy, jefe? —preguntó Zoë Simpson.

—Sí. Y gracias otra vez por venir un sábado. Este caso nuevo me tiene abrumado y te agradezco el tiempo extra que has trabajado en las últimas semanas.

Zoë Simpson era su nueva asistente. Se la habían asignado cuando su mano derecha durante mucho tiempo se jubiló, a principios de año. Nancy había estado tanto tiempo con él como para que la llamaran "secretaria" cuando comenzó y nunca le había gustado demasiado ser "asistente ejecutiva". Michaels adoraba a Nancy y todavía estaba tratando de acostumbrarse a su sustituta.

—De nada, no hay problema —dijo Zoë.

—Te dejaré irte a disfrutar el fin de semana, pero necesito una cosa más.

Michaels le entregó el informe.

—¿Te importaría revisarlo? Haré las correcciones el lunes antes de enviarlo.

Nancy solía revisar todos los informes de Michaels y era una experta correctora. Escribir nunca había sido su fuerte, pero por algún extraño motivo, Michaels había elegido una profesión en la que prácticamente cada pensamiento que cruzaba por su cabeza debía

resumirse por escrito. Le parecía raro pedirle a esta muchacha de veintitantos años que le corrigiera los errores. Nancy era veinte años mayor que él y las correcciones o sugerencias que le hacía provenían de un lugar de sabiduría y experiencia.

—Yo me encargo —dijo Zoë—. Que tenga un buen fin de semana.

—Gracias —respondió Michaels—. Nos vemos el lunes.

Salió de la central del FBI y decidió tomarse el domingo libre. Su primer día de descanso desde que Charlotte Margolis había reaparecido.

Zoë Simpson terminó el correo electrónico que estaba redactando, miró el reloj y decidió quedarse unos quince minutos más para asegurarse de que el agente Michaels hubiera abandonado el edificio antes de que ella hiciera lo mismo. Se suponía que tenía que estar hasta las cinco de la tarde, cosa que hacía casi todos los días. Pero cuando su jefe se marchaba temprano o se retiraba de la sede por una llamada y no planeaba volver ese día, siempre se escapaba temprano. Y trabajar los sábados era una lata. De haber sabido que John Michaels era tan adicto al trabajo, lo habría pensado dos veces antes de aceptar el empleo.

Tomó el informe de tres páginas que él le había dado para revisar. Pensó en guardarlo en un cajón hasta la semana siguiente, pero eso requeriría que se levantara más temprano el lunes. Decidió que pasaría los últimos quince minutos de su sábado leyéndolo. Unos párrafos después, se alegró de haberlo hecho. La pequeña Charlotte Margolis, desaparecida en 1995, había reaparecido y el agente Michaels estaba a cargo de la investigación. Zoë conocía muy bien el caso. Era una aficionada a los crímenes reales y había aceptado un trabajo en la sede del FBI —tras soportar la serie de rigurosas entrevistas y verificación de antecedentes— específicamente por la emoción de estar cerca de investigaciones criminales. Ahora, tres

meses después de haber empezado a trabajar allí, estaba echando un vistazo a su primer caso jugoso.

Zoë participaba activamente en varios sitios web de crímenes reales y era oyente fiel del pódcast Sin Pistas, de Ryder Hillier. Ryder había cubierto los asesinatos del Instituto Westmont, en el estado de Indiana, un par de años antes y desde entonces había alcanzado estatus de estrella en el universo de los crímenes reales. Ryder recurría a sus oyentes para que le proporcionaran pistas y consejos sobre los casos que cubría en su pódcast. La pequeña Charlotte y sus padres, desaparecidos en 1995, habían sido parte de Sin Pistas. Ryder Hillier prometió mantener el caso en alta prioridad y revisarlo para el trigésimo aniversario, que sería el próximo año. Ryder también alentaba a su ejército de fieles oyentes a ponerse en contacto con ella si encontraban alguna pista nueva sobre el caso. Zoë había encontrado más que una pista. Charlotte Margolis había reaparecido en Raleigh y su jefe estaba trabajando en el caso. Oro puro.

Zoë no solo podía revelarle una pista nueva a Ryder Hillier para Sin Pistas, sino que si jugaba bien sus cartas, podría seguir el caso en secreto desde su escritorio, sin que su jefe lo supiera. Presa de entusiasmo, pensó en enviarle un correo electrónico a Ryder Hillier, pero lo pensó mejor. El FBI no toleraba filtraciones, por lo que tendría que tener cuidado. No debía utilizar su ordenador de trabajo para ponerse en contacto con una conocida periodista. Esperaría hasta estar en su casa. O mejor aún, iría a una cafetería y se conectaría a través de la wifi gratuita, utilizando una VPN segura. Entonces sí, revelaría la historia del milagroso regreso de la pequeña Charlotte.

EL PASADO

Cedar Creek,

estado de Nevada

Miércoles 28 de junio de 1995

Seis días antes…

Cuatro días después de que robaran el cadáver de Baker Jauncey de la morgue de Reno en plena noche, el periódico Harrison County Post publicó una nota sobre la muerte del importante abogado. Desde que Sandy había llamado a la Patrulla de Carreteras de Nevada, le habían relegado al banquillo de suplentes como un jugador de fútbol americano de segunda los viernes por la noche. Aun dirigía su parte de la investigación desde la Oficina del Sheriff en Cedar Creek, pero obtener detalles sobre la investigación estatal se había vuelto cada vez más difícil. No tenía fuentes fiables dentro de la Policía Estatal de Nevada y ninguno de sus conocidos en la Patrulla de Carreteras abría la boca sobre el caso.

Algo raro estaba sucediendo y Sandy trabajaba arduamente para descubrir qué era. Había hecho varias llamadas a la oficina del doctor Rubenstein, el forense del condado de Harrison, para pedir que lo pusiera al tanto y le explicara los hallazgos de la autopsia. Sandy quería saber cómo el forense —que era médico clínico por formación, pero había sido elegido forense del condado de Harrison por la maquinaria política de los Margolis— podía realizar una autopsia en un cuerpo que ya había sido sometido a un examen post

mortem en Reno. Y Sandy también sentía curiosidad por saber cómo Rubenstein había llegado a una conclusión sobre la causa y forma de muerte que contradecía directamente el análisis de Rachel Crane.

Como no obtenía respuesta a sus llamadas, Sandy se veía obligado a obtener información del periódico. Abrió el Post y leyó el artículo.

La muerte por atropello revela nuevos detalles

CEDAR CREEK: La investigación sobre la muerte de Baker Jauncey, el vecino de Cedar Creek atropellado por un conductor que se dio a la fuga, ha sido asumida por la Policía Estatal de Nevada. Baker Jauncey era socio del bufete de abogados Margolis y Margolis y fue encontrado muerto en la carretera 67 en las primeras horas de la madrugada del 24 de junio. Los investigadores de la Patrulla de Carreteras de Nevada localizaron cerca de la escena del accidente un automóvil que se cree que golpeó a la víctima. Dicho vehículo estaba registrado a nombre de Annabelle Margolis, esposa de Preston Margolis, abogado de Margolis y Margolis, y nuera de Reid y Tilly Margolis.

La autopsia realizada por el doctor Barry Rubenstein, forense del condado de Harrison, confirmó que la muerte de Baker Jauncey se produjo después de que fuera atropellado por un vehículo a alta velocidad.

"Estamos considerando todas y cada una de las posibilidades del caso", dijo el jefe de la Policía Estatal de Nevada, Patrick O'Day.

Cuando se le preguntó si tenía dudas sobre el caso que involucraba a la poderosa familia Margolis, el jefe O'Day respondió: "Mi oficina seguirá las pruebas, dondequiera que conduzcan. Annabelle Margolis

está siendo investigada, pero de momento, es todo lo que voy a compartir".

Dobló el periódico y cogió el teléfono de su escritorio. Rachel Crane respondió enseguida.

—¿Ha visto el Post esta mañana? —preguntó Sandy.

—Así es.

—Rubenstein alega que su autopsia demostró que la muerte se debió a que fue atropellado.

—Lo que significa que es un incompetente total, lo que es posible… ¡Joder, es solo un médico clínico que jamás se ha formado en patología forense! O es un mentiroso compulsivo.

—Un poco de ambas cosas, sospecho.

—Le informé del traslado a mi jefe —comentó la doctora Crane—. Me dijo que la orden vino de arriba y que no me metiera.

—No se meta, doctora. Esta es mi lucha y yo me enfrentaré a ella. Manténgase al margen de las locuras de aquí, no necesita ese dolor de cabeza.

—Lamento no haber podido guardar el secreto, Sandy.

—No es culpa suya. Pero ahora que el secreto está suelto y al acecho, quiero saber a quién planea devorar a continuación.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Miércoles 28 de junio de 1995

Seis días antes…

Marvin Mann había sido investigador legal para Margolis y Margolis durante más de una década. Según la política del bufete, después de cinco años, los investigadores eran asignados a uno de los socios. Marvin había sido asignado a Baker Jauncey y los dos habían establecido no solo una gran relación laboral, sino también una buena amistad. La brecha socioeconómica que los separaba era innegable: Baker Jauncey era un socio blanco de cincuenta y dos años en uno de los bufetes más importantes de Nevada y ganaba cerca de un millón de dólares al año. Marvin era un investigador negro de treinta y cuatro años que ganaba treinta y seis mil dólares al año. Pero a pesar de sus diferencias, su jefe emitía un aura de humildad que le gustaba a Marvin.

Baker Jauncey no era presuntuoso ni condescendiente, como sucedía con otros socios, según la experiencia de Marvin. Al contrario, Baker lo trataba como un igual y nunca lo había hecho sentirse inferior. Baker había invitado a Marvin y a su esposa a cenar en su casa, una mansión palaciega en la montaña, tres veces más grande que la casa de Marvin en la ciudad. Unas semanas más tarde, Marvin le devolvió la invitación. No fue nada lujoso:

hamburguesas a la parrilla y cervezas en el jardín trasero, pero todos se divirtieron mucho y terminaron la noche jugando a las cartas hasta altas horas de la madrugada.

Había florecido una amistad y Marvin sentía que nunca había sido tan feliz como en los años que trabajó para Baker Jauncey. Margolis y Margolis era un entorno despiadado, especialmente antes de que los investigadores fueran asignados a los socios. Los nuevos contratados trabajaban durante dos años como investigadores independientes; aceptaban cualquier trabajo que Margolis y Margolis les asignara con el fin de destacarse y hacerse un nombre. Los que superaban los dos años de antigüedad comenzaban una pasantía de tres años que requería que los investigadores de menor experiencia trabajaran bajo la supervisión de los más antiguos. Aquellos que resistían y llegaban a la meta ganaban el privilegio de ser asignados a un socio como su único investigador.

Marvin había pasado por todas las etapas y cumplido con los tiempos. Pero ahora se había quedado huérfano. La muerte de Baker Jauncey había impactado al personal de Margolis y Margolis. La asistente legal de Baker no había vuelto a trabajar desde que se supo la noticia y Marvin había visto a la secretaria de Jauncey llorar mientras recogía sus cosas tras haber sido asignada a otro socio. Marvin se sentó en su escritorio, un cubículo en el primer piso donde los investigadores pasaban el tiempo cuando no estaban en la calle. No estaba seguro de cuál sería su futuro en Margolis y Margolis. Nunca antes había muerto un socio, por lo que no había precedentes para su situación.

Por supuesto, más de un socio se había jubilado, pero para ese momento, el abogado por lo general había disminuido su ritmo lo suficiente como para que reasignaran su investigador a otra persona. Marvin sospechaba que pronto lo reasignarían. Pero si, en cambio, los socios decidían que no había sitio para él en Margolis y Margolis, no se sentiría decepcionado. Aceptaría su indemnización, recogería sus cosas y con su esposa embarazada se iría lejos de

Cedar Creek. Se llevaría sus secretos con él y rogaría que nadie fuera a buscarlo.

Marvin cogió el sobre de papel manila del escritorio y lo sostuvo en sus manos. Según él, tenía dos opciones. Podía quemar el sobre y los documentos que contenía, ir al funeral de Baker y fingir que no sabía nada. Esa era la opción más segura. La otra era entregar los documentos al único hombre honesto del pueblo que haría con ellos lo que correspondiera.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Miércoles 28 de junio de 1995

Seis días antes…

Sus años como investigador habían agudizado sus habilidades de vigilancia. Aunque su trabajo a menudo lo enviaba afuera del condado de Harrison, Marvin Mann había tenido que seguir muchas veces a un vecino de Cedar Creek por el pueblo. Seguir a alguien en un pueblo pequeño requería de un esfuerzo hercúleo y una habilidad considerable para permanecer en el anonimato. A lo largo de los años, Marvin se había convertido en un maestro. Aunque seguir al sheriff Sandy Stamos afuera de la ciudad y hacia las montañas era peligroso, no era difícil. Sabía que la familia de Stamos poseía una cabaña remota en las montañas. Sin embargo, los detalles de la ubicación nunca se habían hecho públicos.

Marvin no iba a poder elegir dónde acorralar a Sandy Stamos; solo sabía que no podía ser en Cedar Creek. El sheriff Stamos estaba investigando la muerte de Baker Jauncey y Marvin estaba seguro de que lo vigilaban de cerca. Llamarlo no era una opción. Marvin había intervenido demasiados teléfonos como para creer que el apartamento del sheriff estuviera limpio. Además, no podía predecir cómo reaccionaría Sandy Stamos si le contaba lo que sabía por teléfono. El sheriff podría presentarse en la puerta de Marvin para

hacer preguntas, lo que lo pondría en el mismo nivel de peligro que el que había corrido Baker Jauncey antes de su muerte. Hablar con Stamos en la cabaña remota de su familia era la única opción.

Cuando el sol comenzaba a ponerse y pintar el horizonte con un resplandor púrpura que iluminaba la cordillera de Sierra Nevada, Marvin vio que los faros del sheriff se encendían. Mantuvo sus propias luces apagadas, se quedó a una distancia segura y lo siguió.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Miércoles 28 de junio de 1995

Seis días antes…

La cabaña de Stamos estaba en un claro en la ladera de la montaña, al otro lado de un desfiladero, al que se accedía por un puente de madera de un solo carril que cruzaba la garganta. Marvin mantuvo los faros apagados y se detuvo en el arcén mientras la camioneta Suburban de Stamos cruzaba el puente. Estaba paralizado por la indecisión. Quería acelerar y atravesar el puente, pero temía ser visto ahora que estaban fuera de la carretera. Vio que la Suburban giraba a la derecha al final del puente, esperó otros treinta segundos y luego avanzó.

El crepúsculo envolvía el cielo y cuando Marvin salió del puente vio las luces traseras de Stamos. Se detuvo en medio del camino y sacó unos prismáticos. El sheriff bajó de su camioneta y fue hasta un buzón del otro lado del camino. Recogió la correspondencia, volvió a subir al vehículo y giró por un camino de entrada antes de desaparecer entre la vegetación que lo protegía. Detenido en el arcén, Marvin esperó veinte minutos. Luego avanzó despacio hasta llegar al largo camino de entrada que llevaba a la cabaña de Stamos.

Ya estaba oscuro y solo un tenue color lila pintaba el cielo; de las ventanas de la cabaña brotaba una suave luz ámbar. Marvin estaba a punto de girar hacia el camino de entrada cuando oyó tres golpes fuertes en el maletero del coche. Cuando miró por el retrovisor, vio a Sandy Stamos apuntándole con el arma a través del cristal trasero.

El sheriff se dirigió rápidamente hacia el lado del conductor, manteniendo el arma apuntada hacia Marvin.

—¡Pon las manos sobre el volante! —gritó.

Marvin no dudó. Ambas manos fueron al volante. El sheriff abrió la puerta del lado de Marvin.

—Sal —ordenó—. Y ponte de rodillas.

Marvin siguió las instrucciones, salió del coche y se arrodilló de inmediato.

—Esto no es lo que cree, sheriff.

—¡Boca abajo, ahora!

Marvin se tumbó sobre el asfalto. Sintió que el sheriff le colocaba una rodilla en la espalda y luego tiraba de sus manos hacia atrás. Un instante después, estaba esposado.

—¿Por qué me estás siguiendo? —preguntó Stamos.

Marvin cerró los ojos. Tal vez no era tan bueno como pensaba. El sheriff presionó el revólver contra la parte posterior de su cabeza.

—¡¿Por qué?!

—Porque necesito hablar con usted y no podía arriesgarme a hacerlo en Cedar Creek.

—¿Hablar de qué?

—De Baker Jauncey. Ese atropello no fue un accidente.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Miércoles 28 de junio de 1995

Seis días antes…

Sandy Stamos estaba sentado a la mesa de la cocina de la cabaña familiar. Frente a él se encontraba Marvin Mann. Sendas botellas de cerveza Sierra Nevada Pale Ale transpiraban gotas de condensación sobre la mesa frente a ellos. Sandy se había dado cuenta de que lo estaban siguiendo justo al norte del pueblo y decidió que tenía dos opciones. La primera era intentar quitarse de encima al que lo estuviera siguiendo. La segunda era atraerlo a la cabaña donde Sandy conocía el terreno y tendría una ventaja táctica. Como estaba seguro de que la persona que lo seguía estaba involucrada en el caso de Baker Jauncey, decidió atraerla hacia las montañas.

Cuando llegó a la cabaña, encendió las luces, salió por la puerta trasera y retrocedió por el bosque, por senderos que había recorrido cientos de veces. Encontró el coche aparcado en el camino de acceso, justo fuera de su entrada. Ahora, estaba sentado frente al hombre que lo seguía.

—Dime lo que sabes —le ordenó.

—La muerte de Baker Jauncey no fue un accidente.

Sandy tomó un sorbo de cerveza.

—Dime algo que no sepa.

Marvin se sorprendió.

—¿Ya sabes que lo mataron?

—Sí. Pero hasta ahí he llegado.

—Sí, bueno, el que lo atropelló lo hizo adrede.

—Me retracto —dijo Sandy—. Sé un poco más de lo que publicaron los periódicos. Baker Jauncey no murió atropellado. Alguien le rompió la cabeza con un bate de béisbol primero. Solo después de matarlo, lo atropellaron con un coche.

—¿Qué? Todo lo que he leído sobre el caso decía que murió atropellado.

—Todo lo que has leído es falso. Me reuní con la médica forense de Reno y su opinión extraoficial es que Baker murió por una hemorragia cerebral causada por un traumatismo contundente en la parte posterior de la cabeza. Todas las lesiones causadas por un vehículo ocurrieron después de su muerte.

—¡Santo Dios! Es peor de lo que pensaba.

—La policía estatal quiere que esto sea un atropello cuyo conductor se dio a la fuga, nada más. No entiendo por qué, y esa es la razón por la que estás sentado en mi casa bebiendo una cerveza y no desangrándote en la calle. Espero que puedas llenar algunas lagunas de información.

Marvin negó con la cabeza.

—Esto es lo que sé: trabajo para…, trabajaba para Baker Jauncey. Él era socio en Margolis y Margolis; yo era su investigador. Hace unos

días, la noche antes de que muriera, me dijo que había descubierto una malversación de fondos en el bufete y estaba investigando.

Sandy se inclinó hacia delante en su silla y apoyó los codos sobre la mesa. Esto era nuevo.

—¿Qué tipo de malversación de fondos?

—Alguien del bufete estaba robando dinero de los acuerdos con clientes…, un montón de dinero.

—¿Cómo?

—Desviándolo antes de que quedara registrado. No sé exactamente cómo se hacía. Tampoco lo sabía Baker, pero me pidió que lo ayudara a averiguarlo. Al día siguiente estaba muerto.

Una maraña de pensamientos se atascó en la mente de Sandy. Si alguien dentro de Margolis y Margolis había descubierto que Baker Jauncey estaba a punto de destapar un fraude financiero en el bufete y lo mató antes de que pudiera hacerlo, ¿cómo es posible que el coche de Annabelle Margolis terminara en la carretera 67?

—Empieza desde el principio —dijo Sandy.

—Ya lo he hecho. Ese es el principio, el medio y el final. Es lo único que sé.

—¿Qué hizo Baker al respecto?

—Hizo una investigación profunda en las finanzas del bufete. Como era socio, tenía acceso a todo. Una vez que descubrió el fraude y encontró pruebas, empezó a recopilarlas. Imprimió cada detalle sórdido de las maniobras fraudulentas y creó un gran archivo. El problema fue que Baker no pudo averiguar cuál o cuáles abogados estaban involucrados ni cómo lo hacían. Sabía que faltaba dinero, pero no logró averiguar cómo se había robado o quién lo había

hecho. Había empresas ficticias y entidades fantasma y cuentas bancarias numeradas, pero ningún nombre asociado al fraude. Al menos, no lo encontró. Entonces me pidió ayuda. Quería que pusiera mis habilidades de investigador en uso y me dijo que buscara pruebas de que uno o más de los abogados del bufete estaban viviendo por encima de sus posibilidades. Tenía las cantidades de dinero que se habían robado. Mi trabajo era averiguar adónde fue ese dinero y en qué se había gastado. Se suponía que debía investigar la vida privada de los abogados del bufete, empezando por los socios, y ver quién había comprado barcos, segundas casas o se había tomado vacaciones ostentosas. Si descubría que alguien estaba viviendo con exceso de lujos, él lo agregaría a las pruebas que había recopilado, rastrearía los archivos del bufete y vería si podía identificar quién era el que estaba desviando el dinero.

—¿Y qué encontraste?

—Nada. Nunca tuve la oportunidad de investigar. Baker me dijo lo que necesitaba un día, y al día siguiente estaba muerto. Por eso estoy aquí, sheriff. Baker me dio todos los documentos de prueba que había sacado del bufete y me dijo que los guardara en un lugar seguro. Después murió y yo me quedé con las pruebas que lo mataron.

—Joder…

—¿Entiendes por qué no quería hablar contigo en el pueblo?

Sandy inclinó la cabeza.

—Ahora me siento mal por haberte apuntado con el arma.

—Yo habría hecho lo mismo si alguien me hubiera seguido hasta mi casa.

—¿Tienes los documentos que te dio Baker?

—En el coche.

—¿Los has revisado?

—Sí, pero soy investigador legal, no perito contable. No entiendo nada de eso. Pero si los revisaran las personas idóneas, podrían averiguar quién estaba desviando el dinero. El que robaba el dinero mató a Baker e hizo que pareciera un atropello.

—¿Estás dispuesto a entregarme los archivos?

—Sheriff, no veo la hora de deshacerme de ellos.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Jueves 29 de junio de 1995

Cinco días antes…

Sandy pasó toda la noche haciendo una lista de todos los abogados que trabajaban en Margolis y Margolis. Reid Margolis, junto con su hermano Jameson, eran los socios principales. Había veintidós socios más, sin contar a Baker Jauncey, que había muerto, y casi cien abogados asociados. Revisar los archivos que Marvin Mann le había entregado la noche anterior para determinar quién estaba involucrado era una tarea monumental.

Sandy adjuntó la lista de nombres a los documentos que le había entregado Marvin Mann. Sospechaba que alguien de la lista había matado a Baker Jauncey. Necesitaba ayuda para averiguar quién era y no se atrevía a pedírsela a nadie dentro de la Policía Estatal de Nevada. Era reacio a mencionar el asunto hasta en su propio departamento por temor a que de alguna manera se filtrara y llegara a un miembro de la familia Margolis. Su plan era esconder los archivos en un lugar seguro hasta que pudiera reclutar ayuda de confianza. Tenía un viejo amigo de la universidad que había trabajado para la agencia tributaria nacional durante veinte años antes de irse al sector privado. Ahora manejaba dinero de otras personas y era un genio financiero. Si alguien podía descifrar las

páginas de pruebas que Baker Jauncey había sacado de Margolis y Margolis era su amigo.

Sandy llegó al Banco Nacional de Reno poco después de las nueve de la mañana. Aparcó el coche y se volvió hacia Marvin Mann, que estaba sentado en el asiento del copiloto.

—¿Listo?

Marvin asintió.

—Cuanto antes me deshaga de estos archivos, más seguro me sentiré.

Entraron en el banco y le dijeron a la recepcionista que querían abrir una caja de seguridad. Ella los guio hasta los ascensores; descendieron al sótano y rellenaron la documentación. Por seguridad, Sandy pidió que Marvin fuera el titular principal de la caja de seguridad y que Sandy fuera añadido como la única otra persona con acceso permitido.

Una mujer amable recogió la documentación y les entregó dos llaves antes de llevarlos a la cámara acorazada donde estaban las cajas. La de ellos era la número 311. La empleada del banco insertó su llave maestra en la ranura superior y Sandy la suya en la inferior. Una vez que sacaron la caja del nicho, la empleada sonrió y los dejó solos. Marvin Mann cogió las carpetas y las guardó en la caja. Unos minutos más tarde, estaban en camino de regreso a Cedar Creek.

TERCERA PARTE

El reencuentro

CAPÍTULO 26

Cedar Creek, estado de Nevada

Sábado 27 de julio de 2024

Sloan bajó de la montaña, donde había pasado la mañana revisando los archivos de Eric sobre la muerte de su padre, el atropello que mató a Baker Jauncey y la desaparición de la pequeña Charlotte y sus padres biológicos. Debía encontrarse con Nora en su estudio a la una en punto y disponía de treinta minutos para arreglarse. Cruzó el puente Louis-Bullat, llegó a su tranquila calle sin salida y aparcó en la entrada de la casa. Los informes de autopsia de Baker Jauncey y Sandy Stamos estaban sobre el asiento del copiloto. Los recogió y se apresuró a entrar en la casa.

Abrió una lata de Diet Dr. Pepper, sacó el teléfono y envió un mensaje de texto.

Hola, Dra. Cutty,

¿Tendría tiempo para hacerme el favor de revisar un par de informes de autopsias? Tienen que ver con mi investigación sobre genealogía forense. Avíseme, por favor. ¡Gracias!

Sloan tardó diez minutos para pasarse un cepillo por el pelo y retocarse el maquillaje. Mientras se aplicaba el pintalabios notó que le temblaba la mano. No tenía ni idea de qué le esperaba con Reid y Tilly Margolis en el estudio de Nora, pero había cruzado todo el país para averiguarlo. Terminó el Dr. Pepper de camino al pueblo, encontró el local de Nora Margolis Fotografía en una esquina y aparcó.

Dirigió una rápida mirada al espejo retrovisor para calmar sus nervios. Había pasado veintinueve años como Sloan Hastings; nunca había pensado en sí misma de ninguna otra manera. Y sin embargo ahora, en las últimas dos semanas, su identidad había cambiado. Se había convertido en parte —pequeña o grande, no lo sabía— de otra familia. No buscaba aceptación. Buscaba respuestas. Pero una parte de ella comprendía que para los abuelos a los que estaba a punto de conocer, ella era algo más que una desconocida. En un tiempo la habían conocido como Charlotte Margolis, aunque fuera por un breve período. La habían tenido en brazos, la habían alimentado y luego esa niña había desaparecido. Ahora, casi treinta años después, volvía como alguien diferente. Por más nerviosa que estuviera, solo podía imaginar lo que estarían sintiendo Tilly y Reid Margolis. Decidió que las respuestas podían esperar. Esa tarde solo pensaría en estar presente.

Por fin salió del coche y se dirigió al estudio de Nora. En cuanto abrió la puerta, una multitud gritó:

—¡Sorpresa!

Sloan se quedó paralizada en el umbral. Delante de ella había cincuenta desconocidos; todos sonreían y aplaudían. Nora se separó del grupo y la abrazó.

—No fue idea mía —le susurró al oído—. Pero Tilly y Reid estaban demasiado entusiasmados. Invitaron a toda la familia. Tengo una

botella de vino rosado en la nevera para cuando todo esto haya terminado.

—Maravilloso. No me abandones.

—No me alejaré de ti.

Nora se apartó y tomó la mano de Sloan a medida que el bullicio se acallaba. Sloan sintió que todos los ojos se posaban en ella.

—Escuchad, todos —dijo Nora en voz alta, por encima de los susurros que llenaban el estudio—. Esta es Sloan. Sloan, esta es la familia Margolis.

—¡Tu familia! —gritó una mujer desde el fondo del estudio.

—¡Eso, eso! —exclamó un hombre, y todos lanzaron vítores.

Ese mismo hombre se separó del grupo con una mujer a su lado. Sloan supo sin necesidad de presentaciones que estaba mirando a Reid y a Tilly Margolis. No sabía qué había imaginado de sus abuelos biológicos, pero la pareja frente a ella no era lo que tenía en mente. Había hecho las cuentas y sabía que Reid y Tilly tenían más de ochenta años, pero el dinero, el privilegio y lo que parecía ser una buena cantidad de bótox los hacían parecer más jóvenes. Reid Margolis llevaba una camisa blanca impecable bajo una chaqueta azul marino. Alto, con hombros anchos, tenía pelo blanco como la nieve que contrastaba con su piel bronceada. El pantalón caqui y los mocasines le daban el aspecto de un hombre que acababa de bajar de un yate en el Caribe.

Tilly era más baja y de apariencia más dulce. Menos intimidante, sin duda. Alta y delgada, también lucía una cabellera blanca perfectamente peinada en un corte pixie. Tenía relleno en los labios y la cara tensa, pero el tiempo había suavizado el estiramiento. A pesar de las intervenciones quirúrgicas, había algo sincero en la apariencia de la mujer. A diferencia de la sonrisa de su esposo, que

era plástica y falsa —y que seguro había mostrado durante incontables negocios a lo largo de los años—, la de Tilly era franca y genuina.

La mujer se acercó y sin vacilar, llevó una mano a la mejilla de Sloan.

—Mi dulce Charlotte —logró decir antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Sorprendida tanto por la demostración de emoción como porque la llamara Charlotte, Sloan tomó la mano de Tilly, sintiendo la suave piel que delataba la verdadera edad de la mujer y la abrazó.

—No llore —dijo—, porque si lo hace, yo también lloraré.

El abrazo duró un minuto entero, mientras la familia aplaudía el reencuentro. Finalmente, Tilly la soltó y miró a su marido.

—Sus ojos, Reid. Lo veo a él en sus ojos.

—Es una locura, ¿no? —dijo Nora—. Fue lo primero que noté. Tienes los ojos de Preston.

—Y la sonrisa de Annabelle —intervino Reid—. Es preciosa.

Sloan se encogió de hombros.

—Solo he visto fotos de los periódicos.

—Pues vamos a arreglarlo —dijo Nora—. Mi marido sacó las fotos de Annabelle del desván. Te las enseñaré. Son mucho mejores que las fotos de archivo que usaron los medios.

—Me encantaría verlas.

—Creo que no son necesarias las presentaciones, pero Sloan, estos son Tilly y Reid Margolis.

—Hola —saludó Sloan.

—No puedo creerlo —dijo Tilly, que seguía mirando los ojos de Sloan, que, según ella, le recordaban a su hijo.

—Me encantaría contarles todo —dijo Sloan—. Cómo los encontré y cómo ayudó Nora y…, bueno, ya saben, toda la historia.

—Nos gustaría mucho —le aseguró Reid—. Sentimos mucha curiosidad, como te imaginarás.

Se hizo un silencio incómodo; Sloan miró a Tilly y a Reid. Detrás de ellos, sintió que la familia la observaba.

—Bien —dijo Nora, dirigiéndose a la sala en general—, no nos quedemos mirando a la pobre chica como si estuviera expuesta en un museo. Os la iré presentando uno a uno. Recordad, todos vosotros os conocéis y desde hace algunos días sabéis de la existencia de Sloan. Ella, sin embargo, no conoce a nadie. Así que no hagamos que esto sea más abrumador para ella de lo que ya debe de ser.

Por primera vez Sloan se fijó en las etiquetas con nombres, cuadraditos autoadhesivos blancos escritos con marcador azul indeleble adheridos al pecho de cada uno.

—Permitidme llevarme a Sloan para presentársela al resto —dijo Nora a Tilly y Reid—. Luego volveremos para que podáis conversar.

Tilly alargó el brazo otra vez y acarició la mejilla de Sloan.

—No se irá a ninguna parte, Tilly.

Sloan sonrió y permitió que Nora la guiara. Durante dos horas intensas, conoció a la familia Margolis: tías y tíos, primos hermanos y primos segundos. Cada uno de ellos desempeñaba algún papel en el imperio familiar, ya fuera en las propiedades inmobiliarias, la

empresa maderera o el bufete de abogados acertadamente llamado Margolis y Margolis. Mientras desfilaban las personas para hablar con ella, Sloan escuchó cada recuerdo que los miembros de la familia tenían de Preston y Annabelle, desde breves comentarios hasta largas historias. También hablaban de ella, cuando era bebé, y lo que recordaban sobre sus dos breves meses en Cedar Creek antes de que la familia desapareciera. Habían contratado un servicio de catering y almorzaron en mesas instaladas por todo el estudio de Nora, como si estuvieran en una fiesta de nacimiento de un bebé. A las tres de la tarde, la multitud comenzó a reducirse. A las cuatro, las únicas personas que quedaban en el estudio eran Sloan y Nora, sentadas con Reid y Tilly.

Sloan relató la historia del pasado mes, desde que envió su ADN al sitio web en línea hasta que descubrió que era Charlotte Margolis, pasando por cuando se había enterado de que sus padres biológicos seguían desaparecidos, cuando el FBI había interrogado a sus padres y, finalmente, cuando Nora se puso en contacto con ella y la invitó a Cedar Creek. No mencionó la parte en la que Eric Stamos la buscó en Raleigh y la convenció de que infiltrarse en la familia Margolis era la única manera de descubrir qué les había sucedido a sus padres y a ella hacía casi treinta años.

Tilly hizo cientos de preguntas. Reid escuchaba, pero añadía poco. Observaba, sentado, guiando las preguntas de Tilly de vez en cuando, como si fuera su abogado, presente solo para asegurarse de que no dijera algo inadecuado. Su mirada ponía nerviosa a Sloan; Reid Margolis solo se relajó cuando llegó el marido de Nora.

—¡Por fin! —exclamó Nora cuando entró en el estudio.

—Este chico llegará tarde a su propio funeral —dijo Reid.

Ellis Margolis entró tirando de un carrito en el que había apiladas varias cajas de cartón.

—Perdón por llegar tan tarde. Me quedé atrapado en la oficina y después Nora me pidió que buscara en el desván estas fotos viejas.

Sloan se levantó y Nora enseguida le cogió la mano.

—Cariño, esta es Sloan. Sloan, este es mi marido, Ellis.

—Encantada de conocerte —dijo Sloan.

Ellis, como casi todos los demás Margolis que Sloan había conocido ese día, la miró con curiosidad. Se llevó una mano a la boca y luchó por contener sus emociones.

—Cielos… —Ellis sonrió con torpeza—. Te pareces mucho a Preston.

—Eso me han dicho.

—Sloan acaba de sobrevivir a dos horas en las que todos la miraban boquiabiertos —dijo Nora—. ¿Vas a hacer lo mismo?

Ellis se rio.

—Perdona. Seguro que fue abrumador.

—No, fue… algo especial. No puedo recordar los nombres de todos, pero me conmovió que vinieran a conocerme.

—Le he tomado el pelo a Nora sobre la genealogía a lo largo de los años, ¿sabes? ¿Cuántos tíos lejanos y sus tierras de cultivo necesito conocer? Pero supongo que tengo que tragarme mis palabras, porque ella fue la que hizo posible este reencuentro.

Sloan sonrió a Nora.

—Así es.

Nora señaló las cajas apiladas en la carretilla.

—¿Las has encontrado?

Ellis se encogió de hombros.

—Creo que sí. No he revisado cada caja, pero las que miré tenían las fotos.

Nora se volvió hacia Sloan.

—Las fotos de Annabelle.

—Mira estas —dijo Ellis.

Abrió la tapa de la primera caja y sacó un sobre lleno de fotos.

—Esta primera tiene muchas de Preston. Toma…

Ellis sacó una foto y se la entregó a Sloan.

—Mira los ojos de mi hermano.

Sloan cogió la foto. Al mirar a Preston Margolis, vio el parecido. Los ojos de su padre biológico la miraban desde la foto, inquietantes, como si los ojos de la propia Sloan hubieran sido retocados en la imagen. Pasaron una hora hojeando la primera caja y mirando fotos, recordando las imágenes que encontraban. Sloan escuchaba las historias sobre Preston y Annabelle.

Por fin, Ellis miró su reloj.

—Son poco más de las seis. ¿Por qué no salimos a navegar? Es una tarde preciosa.

—Sí —dijo Nora; recogió las fotos y las devolvió a la caja—. Creo que Sloan necesita un descanso—. ¿Qué te parece un paseo en nuestro barco? Mañana podremos ver el resto de las fotos.

—Te mostraremos el pueblo desde el río —acotó Tilly—. Es la mejor manera de verlo y Ellis es un excelente guía turístico.

—Llevaré esa botella de vino rosado —dijo Nora.

Sloan sonrió.

—Me encantaría.

CAPÍTULO 27

Indianápolis, estado de Indiana

Domingo 28 de julio de 2024

Ryder Hillier estaba sentada en la terminal del Aeropuerto Internacional de Indianápolis. Era la presentadora de Sin Pistas, el pódcast de crímenes reales más escuchado del país. Cada semana lanzaba un nuevo episodio que millones de devotos oyentes descargaban y escuchaban. Ryder generalmente investigaba antiguos casos poco conocidos y no resueltos de cuyas víctimas sus oyentes nunca habían oído hablar. Pero ocasionalmente abordaba historias muy conocidas, como el asesinato de JonBenét Ramsey y la trágica muerte de Julian Crist, el estudiante de Medicina estadounidense que cayó de un acantilado bajo circunstancias sospechosas en Santa Lucía. Su historia más importante hasta la fecha había sido destapar e investigar el caso de los asesinatos del Instituto Westmont en 2020, para luego desempeñar un papel fundamental en su resolución. La muerte de dos alumnos de un prestigioso internado en Peppermill, en el estado de Indiana, había sacudido al país. La resolución del caso, gracias a las pruebas que Ryder descubrió a través de su pódcast, cautivó a la nación y convirtió a Ryder Hillier en una celebridad. Poco después, y aprovechando una ola de popularidad única, Ryder firmó un contrato jugoso con el servicio de streaming más importante del mundo para los derechos exclusivos de Sin Pistas. Desde entonces, se había convertido en una de las presentadoras de pódcast más conocidas del país y Sin Pistas no mostraba signos de desaceleración.

Junto con el contrato venía una audaz promesa: Ryder entregaría contenido emocionante y seguiría encontrando respuestas a casos aparentemente imposibles de resolver. Había recorrido un largo camino desde que escribía artículos triviales para el Indianapolis Star. Pero su éxito no llegó sin esfuerzo. Ponía alma y corazón en su trabajo, por lo que ahora estaba sentada en una terminal de aeropuerto un domingo, trabajando sin dormir y tomando su enésimo Red Bull.

La enorme popularidad de Sin Pistas y una gran parte de su atractivo radicaban en que Ryder solicitaba la ayuda de sus oyentes para desentrañar los casos que presentaba en el pódcast. Reclutaba a su ejército de fans, llamados "Adictos a Sin Pistas", para que la ayudaran a encontrar respuestas a crímenes que la policía y los detectives habían dejado de lado años atrás. Confiaba en su audiencia de detectives aficionados para que proporcionaran información sobre casos no resueltos, y la tarde anterior había recibido una pista increíble. Una mujer llamada Zoë Simpson le había enviado un mensaje directo para contarle una historia fantástica sobre la familia Margolis, desaparecida en los años noventa. Tan fantástica, de hecho, que Ryder no se la había creído. Pero tras treinta y seis horas verificando información, había cambiado de opinión.

Era cierto que Zoë Simpson trabajaba para la oficina del FBI en Charlotte, en el estado de Carolina del Norte. Y el agente especial John Michaels era realmente su jefe. Ryder había confirmado esa información y otros detalles sobre Zoë Simpson y luego había leído con atención el informe que la joven le había enviado. Si era cierto —y hasta el momento parecía serlo, a pesar de los esfuerzos denodados de Ryder para comprobar lo contrario—, la pequeña Charlotte Margolis, que había desaparecido de un día para el otro con sus padres casi treinta años atrás y desatado una de las tormentas mediáticas más importantes de la historia, había reaparecido en Raleigh bajo el nombre de Sloan Hastings.

A Ryder le habían ofrecido un contrato y los millones de dólares que venían con él porque prometía destapar grandes historias como esta. Pero un caso de tal magnitud no permanecería en la oscuridad durante mucho tiempo y Ryder estaba decidida a ser la periodista que lo sacaría a la luz. Se dirigía a Raleigh para buscar a Sloan Hastings, también conocida como la pequeña Charlotte, y convencerla de participar del pódcast.

La voz de un empleado de la aerolínea sonó por los altavoces de la puerta de embarque, invitando a abordar a los pasajeros de primera clase. Ryder se levantó de su asiento y se dirigió hacia el pasillo de embarque, lista para destapar la mayor historia de su carrera.

CAPÍTULO 28

Cedar Creek, estado de Nevada

Domingo 28 de julio de 2024

El domingo por la mañana, Sloan regresó al estudio de fotografía de Nora. A pesar de la abrumadora recepción que había recibido el día anterior y las emociones que había despertado, había podido recuperar su energía cuando volvió a su casa de alquiler. Trabajando con la lista que Eric y ella habían elaborado, hizo una búsqueda en línea sobre Stella Connelly, la antigua prometida de Preston Margolis, y en la web del bufete de abogados donde trabajaba la mujer encontró un mensaje para los clientes que decía que había tomado recientemente una excedencia. Se ofrecía una lista de los abogados que se estaban ocupando de sus casos. Sloan encontró el número del móvil de Stella, pero cuando llamó, saltó el buzón de voz. La situación era extraña y decidió hablar con Eric sobre el asunto la próxima vez que se vieran.

Se detuvo en una cafetería en el pueblo y compró dos cafés americanos y una bolsa de bagels. Mientras se acercaba al estudio de Nora, recordó el día anterior cuando había abierto la puerta y se había encontrado con un coro de vítores de la familia Margolis. Se sintió aliviada al ver que el estudio estaba vacío esa mañana, con excepción de Nora, que revisaba su teléfono apoyada sobre el mostrador.

—He comprado café y bagels —anunció Sloan al entrar.

Nora levantó la vista del teléfono.

—Ay, eres un ángel. Vayamos a sentarnos.

Señaló una mesa en la esquina del estudio donde estaban apiladas las cajas de cartón. Nora las había descargado del carrito en el que las había traído Ellis la tarde anterior.

—Tengo muchas ganas de ver las fotos —dijo Nora.

—¿Las hizo todas Annabelle?

—Sí.

—El verano…

—En que desapareció, sí.

Se sentaron a la mesa y se olvidaron de los bagels.

—Ya te dije que Annabelle y yo nos hicimos muy amigas en el poco tiempo que nos conocimos. Y que ella se fascinó con la fotografía.

Nora quitó la tapa de la primera caja.

—En aquel entonces, cuando conocí a Annabelle, acababa de empezar mi negocio de fotografía y estaba tratando de hacerme un nombre.

Sloan miró alrededor del enorme estudio, que parecía tener todos los dispositivos modernos de fotografía que existían.

—Diría que te ha ido bastante bien.

—Gracias. Pero me ha llevado años. Y para disgusto de Tilly y Reid, nunca permití que Ellis me financiara. Todo lo que ves es mío, construido poco a poco desde cero.

—Anoche, después de volver a casa de nuestro paseo en barco, te busqué en internet e investigué un poco. Eres prácticamente la única opción en el pueblo. Si la gente quiere fotos o retratos, llaman a Nora Margolis Fotografía.

—Me encantan los habitantes de este pueblo, las familias. He tomado fotos de los hijos de algunos de mis clientes cuando nacieron, cuando se graduaron de secundaria y de la universidad, cuando se casaron y luego cuando esos hijos también tuvieron hijos propios.

—Debe de ser gratificante ser parte de sus vidas de esa manera.

—Es mi pasión.

Nora colocó la tapa a un lado y acercó la caja.

—Pensé que te gustaría ver estas fotos, porque en los pocos meses que Annabelle y yo fuimos amigas, la fotografía también se convirtió en su pasión. Quería que le enseñara todo sobre el oficio. No con fines profesionales. Nunca estuvo interesada en el negocio de la fotografía, solo en el arte. Y tenía talento.

Sacó un sobre lleno de fotos de la caja y se lo entregó a Sloan. Contenía una gran cantidad de brillantes imágenes de diez por quince centímetros.

—Le regalé una de mis cámaras para su cumpleaños aquel verano y tomó cientos de fotos con ella. Fotos del pueblo. Del río. De veleros. Fotos de ella y Preston. Fotos de su casa en construcción. Y, por supuesto, fotos de ti.

Sloan sonrió y sintió ese mismo nudo en la garganta al pensar en su madre biológica haciéndole fotos cuando era bebé.

—Obviamente eres muy joven, pero en los noventa la fotografía comenzó a hacer la transición de analógica a digital. Las primeras

cámaras digitales eran caras y el cambio fue lento. En el 95, yo todavía trabajaba casi exclusivamente con rollos de película de treinta y cinco milímetros. ¿Te suena?

—¿La fotografía analógica? No mucho. Soy una chica de iPhone.

Nora sonrió.

—En aquellos días, un rollo de película tenía veinticuatro exposiciones, a veces más, según la marca y el modelo de la cámara y la película. No había teléfonos inteligentes. La gente no andaba con una cámara en el bolsillo, lista para fotografiar cada evento de cada día. En aquel entonces usabas una cámara real, tomabas un montón de fotos y esperabas haber capturado algo interesante.

—¿Esperabas?

Nora sonrió.

—Dios, qué joven eres. Sí, había que esperar. No sabías si habías sacado una buena foto hasta que revelabas la película; eso era lo que más le gustaba a Annabelle del proceso. El cuarto oscuro.

—¿El cuarto oscuro? ¿Donde revelas las fotos?

—Sí. Donde los negativos de un rollo de película se convierten en las fotos brillantes que tienes en la mano. La película no puede exponerse a la luz ambiental o se estropearán las imágenes que contiene. Así que tienes que entrar en un "cuarto oscuro" —explicó Nora, haciendo comillas en el aire— para revelarlas. Todas las fotos que están en ese sobre y las que llenan estas cajas fueron reveladas en un cuarto oscuro. En el mío, de hecho, aquí en el estudio.

Señaló detrás de ella.

—De vez en cuando, todavía lo uso, más que nada por nostalgia. Disfruto el proceso, pero a Annabelle le encantaba y no se cansaba

de revelar fotos.

—Explícamelo.

Nora sonrió, y mientras explicaba los matices de la fotografía, Sloan tuvo la impresión de que echaba de menos a su antigua amiga.

—Hoy en día tomas una foto con la cámara de tu teléfono y obtienes resultados instantáneos. De inmediato ves si la imagen es buena o mala. Lo mismo ocurre con las cámaras digitales modernas. Tienen una pantalla que muestra al fotógrafo si la imagen es nítida o borrosa, si está sobreexpuesta o con la iluminación adecuada y muchísimos otros factores que permiten al usuario decidir si guarda o elimina la foto. Pero en aquellos días tenías que presionar el obturador y rezar. Mirabas a través del visor, enmarcabas la imagen, presionabas el obturador y rezabas para que todo saliera perfecto. Sin embargo, no lo sabías hasta que revelabas la película. La mayoría de la gente dejaba sus rollos fotográficos en estudios para que se los revelaran. Unos días después, sus fotos volvían y entonces abrían un sobre como el que tienes en la mano para ver cómo habían salido las fotos.

—Suena arcaico.

—Comparado con la tecnología de hoy, lo era. Pero también era emocionante. Para el consumidor general, era emocionante recibir las fotos y ver cómo habían salido. Para mí, y para Annabelle cuando entraba en el cuarto oscuro, era una obsesión. En el cuarto oscuro, las imágenes capturadas en la película se proyectaban en papel fotográfico y solo se volvían visibles cuando el papel se sumergía en un baño de productos químicos. Luego la imagen comenzaba a cobrar vida, a aparecer como algo vivo, algo que respiraba y nacía. Y cuando la foto era de algo especial o magnífico, el proceso era electrizante. Como dije, Annabelle tenía pasión por el cuarto oscuro.

Nora sonrió y negó con la cabeza.

—Me escucho a mí misma y no me lo puedo creer. Debo de estar matándote de aburrimiento.

—En absoluto —respondió Sloan—. Me intriga escuchar sobre lo que apasionaba tanto a mi madre.

Nora levantó las cejas.

—Podría mostrártelo, si te interesa.

—¿Cómo revelar una película?

Nora asintió.

—Sí. En el cuarto oscuro.

—Me encantaría.

—Espera —dijo Nora.

Fue deprisa hasta el mostrador y cogió una cámara.

—Ponte de pie —dijo, mientras regresaba hacia Sloan.

Sloan se levantó y Nora miró a través del visor de la cámara y la apuntó hacia ella.

—Sonríe.

Sloan dedicó una gran sonrisa a la cámara y escuchó el chasquido del obturador cuando Nora tomó la foto.

—Vamos —dijo Nora—. Te mostraré cómo lo hacíamos antes.

CAPÍTULO 29

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Domingo 28 de julio de 2024

Ryder Hillier conducía el coche alquiler desde el Aeropuerto Internacional de Raleigh. Había investigado, consultado a sus fuentes y tenía la dirección del apartamento de Sloan Hastings en su GPS. Un trayecto de veinte minutos la llevó a una calle arbolada y al aparcamiento del edificio de tres plantas. Se tomó un minuto para prepararse: se abrochó el micrófono a la ropa a la altura del cuello y configuró la pantalla de vídeo de su teléfono inteligente antes de salir del vehículo y subir las escaleras hasta el apartamento de Sloan Hastings.

Después de llamar a la puerta tres veces, Ryder miró por el cristal junto a la puerta. Las persianas estaban abiertas y podía ver dentro del pequeño apartamento. Las luces estaban apagadas y no había actividad en el interior. Volvió a su coche para esperar. Al ver que pasaban las horas sin noticias de la pequeña Charlotte, Ryder supo que debía pasar al plan B.

CAPÍTULO 30

Cedar Creek, estado de Nevada

Domingo 28 de julio de 2024

Una luz roja en un rincón de la zona de trabajo bañaba el cuarto oscuro de carmesí.

—La luz ambiental estropea el papel fotográfico y destruye las imágenes capturadas en la película —explicó Nora—. La luz roja es inocua, así que la usamos para trabajar aquí dentro.

Sloan estaba de pie junto a Nora. Frente a ellas había una mesa larga de trabajo cubierta de equipos de fotografía y revelado.

—Esta es la ampliadora —dijo Nora, mientras ajustaba la máquina frente a ella—. El carrete de la cámara se coloca en el portanegativos, aquí.

Sloan observó cómo colocaba el carrete en la máquina.

—Luego, la ampliadora proyecta la imagen en el carrete sobre una hoja de papel fotográfico que colocamos aquí.

Nora aseguró una hoja de papel brillante en la ampliadora y luego usó el visor de enfoque para verificar la nitidez de la imagen proyectada.

—Una vez que la imagen se ha expuesto durante varios segundos, lo que la imprime de manera invisible en el papel fotográfico, pasamos

el papel por una serie de productos químicos.

El proceso de exposición tomó casi un minuto antes de que Nora desenganchara del soporte la hoja de papel aún en blanco y usara unas pinzas para sumergirla en una bandeja con líquido.

—Esta primera bandeja es la solución reveladora. La dejamos aquí durante unos sesenta segundos.

Sloan se acercó y observó por encima del hombro de Nora.

—Luego, la pasamos al baño de paro. La dejamos solo unos segundos y la transferimos a la bandeja final, que contiene el fijador.

Sloan mantenía la vista fija en el papel fotográfico que descansaba bajo la superficie del líquido. En una foto de colores vibrantes, vio la imagen de ella misma sonriendo a la cámara.

Nora usó las pinzas para sacar la foto, que luego colgó con una pinza de una cuerda tensada para que se secara. Mientras la foto goteaba, la imagen de la cara de Sloan se terminaba de enfocar por completo.

—Ahí la tienes. Una bonita foto de una joven hermosa. Lleva mucho tiempo y es mucho trabajo comparado con el mundo de gratificación instantánea de hoy en día.

—Es cierto —dijo Sloan—, pero entiendo por qué te gusta tanto. Sabía lo que había en el carrete y aun así estaba emocionada por ver cómo saldría.

Nora sonrió. Su rostro brillaba bajo la luz roja del cuarto oscuro.

—A tu madre también le encantaba.

De vuelta en el estudio, Sloan y Nora terminaron de revisar la primera caja. Pasaron la mañana examinando las fotos que

Annabelle había tomado el verano en que desapareció. Nora le explicó qué era cada parte del pueblo capturada en las fotos y le dio detalles sobre las técnicas que Annabelle había utilizado con pericia. Annabelle, le dijo Nora, se estaba convirtiendo en una gran fotógrafa. Después de un par de horas, decidieron guardar las otras dos cajas para la próxima vez.

—He pasado una mañana muy especial —dijo Sloan—. Gracias por mostrarme las fotos. De alguna manera, siento que me han ayudado a conectarme con mi madre biológica.

Nora sonrió.

—Y todavía quedan dos cajas más. Podemos revisarlas esta semana.

—No veo la hora de hacerlo.

—Los próximos dos días los tengo ocupados con sesiones de fotos, pero luego estoy libre.

—Tilly y Reid querían verme otra vez esta semana. ¿Te llamo el miércoles o el jueves?

—Perfecto.

Un minuto después, Sloan estaba sentada en su coche de alquiler. Antes de alejarse del estudio, sacó el teléfono y buscó "Nora Margolis" en sus contactos. Pulsó el botón de editar y cambió el nombre a "Tía Nora".

CAPÍTULO 31

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Lunes 29 de julio de 2024

Ryder Hillier había construido su reputación como reportera de crímenes reales y presentadora de un pódcast de noticias de última hora en parte gracias a su habilidad para brindarles a sus seguidores nuevos detalles sobre algunos de los casos más antiguos del país. Pero no solo revelaba noticias: también encontraba respuestas. Y en cuanto ella destapara la historia de Charlotte Margolis, los medios tradicionales se sumarían a la ola y Ryder tendría que competir con nombres famosos como Dante Campbell y Avery Mason y con todos los reporteros de las grandes cadenas que contaban con presupuestos ilimitados y equipos de gente para seguir la historia. Ryder había pasado la noche en su coche, en el aparcamiento del edificio de Sloan. El apartamento había permanecido a oscuras toda la noche. Si quería encontrar a Sloan Hastings, tendría que ser creativa.

En un giro extraño de la historia, Ryder había descubierto que Sloan Hastings estaba estudiando con la doctora Livia Cutty, quien era consultora médica para NBC, HAP News y otras cadenas, lo que significaba que esos medios tendrían una ventaja sobre Ryder. La presión iba en aumento. Conseguir la primera entrevista con Sloan Hastings, incluso si solo era un vídeo improvisado en su teléfono móvil, sería un hito para Sin Pistas y generaría millones de vistas en su canal de YouTube. Si Ryder lograba ser la primera en capturar una imagen de Charlotte, a su voraz audiencia se le haría agua la

boca. Tenía que jugarse el todo por el todo para que sucediera algo, y pronto, lo que la llevó a solicitar una cita en el Centro Hastings de Odontología Familiar y Ortodoncia bajo el pretexto de tener una muela picada.

Ahora estaba reclinada en la silla con la luz brillante en los ojos y la boca abierta mientras la doctora Dolly Hastings le examinaba el molar superior derecho.

—Por favor, gírese hacia mí —dijo la Dra. Hastings, con la voz amortiguada por una mascarilla quirúrgica, mientras examinaba los dientes de Ryder con gafas de aumento—. No aparece nada en las radiografías y la muela está en buen estado. No veo ninguna caries, recesión ni cuerpo extraño. Tampoco hay absceso.

La doctora Hastings se alejó de la silla, colocó el espejo y la sonda en la bandeja y se quitó las gafas. Pisó un pedal y levantó la silla mientras Ryder se enjuagaba la boca.

—El dolor no proviene del diente. Puede ser un problema de sinusitis, y si no mejora con antihistamínicos y descongestionantes, tendrá que hacerse una tomografía para examinar más de cerca el seno maxilar.

—Lo haré —dijo Ryder—. Me pondré en contacto con mi médico de cabecera si sigo sintiendo dolor en unos días.

—Le enviaré un informe a su médico si lo necesita.

—Gracias.

Cuando la doctora Hastings estaba a punto irse, Ryder le entregó su tarjeta del pódcast Sin Pistas.

—Doctora, una cosa más. Soy la presentadora de un pódcast de crímenes reales y me gustaría hacerle una propuesta.

Ryder vio la confusión en el rostro de la mujer y supo que solo tenía unos segundos para hacer su oferta.

—Estoy segura de que sabe que la historia de su hija está a punto de hacerse pública. Cuando eso suceda, los reporteros de todas las grandes cadenas se pondrán en contacto con usted. Me gustaría ofrecerle una oportunidad de evitar todo el alboroto que se avecina. Quisiera entrevistarla en mi pódcast. La entrevista no tendrá nada del sensacionalismo que las grandes cadenas intentarán echarle encima a usted, a su marido y a Sloan. Será una entrevista serena en la que podrá contar su historia sin la influencia corporativa y sin que los grandes medios de comunicación den forma a su relato.

—No estoy interesada —dijo la doctora Hastings, devolviéndole la tarjeta.

Ryder se negó a cogerla.

—Entiendo si no está lista para dar una entrevista —se apresuró a decir—. Pero me encantaría hablar con Sloan y darle la oportunidad de contar su historia. Una vez que la historia se haga pública, los medios ejercerán mucha presión sobre ella para conseguir la primera entrevista. Estoy aquí para ayudar, doctora Hastings, para quitarle la presión a su familia. Si puede decirme dónde está Sloan o ponerme en contacto con ella, prometo que podré alejar a los reporteros más insistentes al presentar la primera entrevista de Sloan en mi pódcast.

La doctora Hastings dejó la tarjeta de presentación de Ryder sobre el apoyabrazos del sillón dental.

—Creo que será mejor que se vaya.

—Sloan puede contar su historia con sus propias palabras o dejar que los medios la cuenten por ella. Una será precisa. La otra estará llena de rumores y detalles sensacionalistas. Su hija está en la posición única de decidir cómo quiere que se desarrollen los sucesos. Y, créame, los grandes medios no le harán la misma oferta.

Moldearán el relato según les convenga para atraer audiencia y publicidad, y si ese relato requiere que usted y su marido hayan tenido un papel perverso en la desaparición de Sloan, lo explotarán.

Cuando vio que la doctora Hastings no se marchaba, Ryder supo que la estaba convenciendo.

—En la tarjeta está mi número. Es el de mi móvil, no el de mi asistente ni el de mi productor ejecutivo, es el mío particular. Dígale a Sloan que me llame. Hablaré con ella directamente y me aseguraré de que cuente la historia que quiere contar y nada más.

—Un auxiliar la acompañará a la salida —dijo la doctora Hastings, antes de ponerse de pie y salir del consultorio.

Ryder vio que había cogido la tarjeta del apoyabrazos antes de irse.

CAPÍTULO 32

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Martes 30 de julio de 2024

Ryder Hillier había pasado otra noche aparcada fuera del apartamento de Sloan. Durante la tarde y la noche, este se mantuvo a oscuras, y Ryder comprendió que la mujer no estaba allí. Ahora estaba en la Jefatura de Medicina Forense de Raleigh con un plan distinto. La investigación que había hecho le informó que Sloan estaba trabajando con un becario de segundo año llamado Hayden Cox. Buscó una foto del doctor Cox en la web de la JEMEFO y la estaba mirando justo cuando el hombre salió del edificio en dirección a su coche. Ryder fue hacia él a toda prisa.

—¿Doctor Cox?

Hayden, que estaba abriendo la puerta del coche, se detuvo. Miró a Ryder con curiosidad.

—¿Sí?

—Hola. Soy amiga de Sloan Hastings y estoy de visita en la ciudad. Tenía esperanzas de verla antes de marcharme, pero no logro encontrarla.

El doctor Cox sonrió, pero no perdió la expresión de curiosidad… ¿o sería de sospecha? Los ojos entornados y la media sonrisa hacían que fuera difícil discernir.

—¿Por qué no la llama?

Ryder sonrió.

—Quería sorprenderla. Fuimos juntas a la universidad.

—Ah, ¿a Chapel Hill?

Sloan Hastings había ido a Duke. El doctor Cox la estaba poniendo a prueba.

—Sloan me dijo que era becario de segundo año y que ella estaba trabajando con usted.

—Así es.

—Entonces, ¿cómo puede ser que no sepa dónde estudió Sloan? —Ryder soltó una falsa risita nerviosa.

—Perdón, me confundí por un momento —dijo él—. Duke. Por supuesto. Mire, Sloan tuvo que salir de viaje. Lo sé porque la semana pasada cumplió con todos sus turnos de práctica en la misma semana para poder estar fuera un tiempo.

—¿Turnos de práctica?

—Se llama así a cuando me asiste con una autopsia. Tiene que participar en una cierta cantidad de casos por mes. Los hizo todos en una semana porque surgió algo y tuvo que salir de viaje, y no sabía cuándo volvería. No sé toda la historia.

—Qué pena. Realmente quería verla. Bueno, creo que ahora la llamaré para decirle que nos hemos cruzado. Gracias.

—No hay de qué.

El doctor Cox subió a su coche y Ryder se quedó mirándolo mientras se alejaba. No perdió el tiempo. Sloan Hastings no estaba en casa

de sus padres ni en ningún otro lugar en Raleigh. En cuanto Ryder subió al coche de alquiler, abrió la aplicación de American Airlines y compró un billete a Reno para el día siguiente. Según la aplicación que consultó, Cedar Creek, en el estado de Nevada, estaba una hora y media hacia el norte desde el Aeropuerto Internacional de Reno.

La noche del martes, Ryder Hillier se sentó en su habitación de hotel y miró la cámara de vídeo colocada sobre un trípode. Tenía la firme sospecha de que Sloan Hastings había viajado a Cedar Creek para reunirse con la familia Margolis. No tenía certeza de que fuera así, pero estaba desesperada por llegar a la historia antes que las cadenas de noticias. Para lograrlo, era hora de solicitar la ayuda de sus millones de oyentes y reclutarlos para la búsqueda de la pequeña Charlotte.

Cogió el mando a distancia, pulsó Grabar y habló a la cámara.

"Buenas noches, adictos a Sin Pistas. Soy Ryder Hillier desde la habitación de un hotel en Raleigh, en el estado de Carolina del Norte, con noticias de última hora y una petición urgente de ayuda".

CAPÍTULO 33

Cedar Creek, estado de Nevada

Miércoles 31 de julio de 2024

El segundo viaje a la cabaña de Eric resultó más sencillo que el primero. Cruzó el largo puente de madera, giró a la derecha y buscó el camino de entrada. Aparcó junto al Toyota 4Runner gris plata de Eric. Le parecía que habían pasado años desde que lo había rociado con gas pimienta en la puerta de su apartamento en Raleigh. Desde entonces, había accedido a trabajar en secreto con él para ver si juntos podían develar los secretos sobre el verano en que sus padres biológicos habían desaparecido y el padre de Eric había muerto. Luego había conocido a Nora, que se estaba convirtiendo en su amiga y confidente, y también un conducto a través del cual Sloan estaba conociendo a Annabelle Margolis.

Desde el domingo, cuando junto con Nora había revisado las fotos que Annabelle tomó el verano en que desapareció, Sloan pasó el lunes y martes con Tilly y Reid, en su casa, donde almorzaron e intercambiaron historias. Aunque Reid seguía pareciéndole distante, Sloan descubrió que Tilly Margolis no era para nada como Nora la había descrito. Quizás los años la habían suavizado. Tilly y Reid le preguntaron sobre su infancia e indagaron sutil pero deliberadamente sobre cómo sus padres adoptivos la habían encontrado en 1995. Los dos días que pasó con ellos habían sido emotivos pero agotadores, y Sloan estaba feliz de tomarse un descanso de la familia Margolis y subir a las montañas para ver a Eric.

Cuando apagó el motor, la puerta principal se abrió y Eric bajó a toda prisa los escalones.

—¿Pasa algo? —preguntó Sloan mientras abría la puerta del coche.

—He encontrado algo en los archivos —dijo Eric—. Tiene que ver con lo que la policía estatal descubrió en la casa de Annabelle y Preston.

Sloan siguió a Eric adentro y se sentó frente a él a la gran mesa de roble cubierta con cajas que contenían la información sobre la desaparición de sus padres y de ella. Eric abrió una carpeta y pasó unas cuantas páginas.

—Después de que llegara la policía estatal para investigar la desaparición de tus padres, según lo que me contó mi abuelo, se volvieron muy reservados sobre la investigación y dejaron de compartir detalles con la prensa y el público. Mientras revisaba el expediente del caso, encontré esto.

Eric deslizó un papel sobre la mesa para que Sloan lo leyera.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Un resumen de lo que los técnicos forenses encontraron en la casa de Annabelle y Preston. Mira el último párrafo.

Sloan leyó rápidamente mientras Eric seguía hablando.

—Los investigadores de la escena del crimen realizaron una prueba con luminol en la casa.

—¿Para buscar rastros de sangre?

—Sí. Los técnicos forenses utilizan un rociador de luminol para buscar sangre diluida. Es lo suficientemente sensible como para detectar sangre incluso si alguien hubiera tratado de limpiarla y

ocultar su presencia. Rocían una superficie, esperan un minuto y luego iluminan la zona con luz azul. Si esta brilla bajo la luz azul, saben que allí hubo sangre que se intentó limpiar.

Sloan siguió leyendo.

—¿Encontraron sangre en la cocina de la casa de Annabelle y Preston?

—No fue solo que encontraran sangre, sino mucha sangre —explicó Eric—. Aquí tienes, mira las fotos.

Eric deslizó otra página hacia ella.

—Mi contacto en el Departamento de Policía Estatal de Nevada no pudo conseguirme las fotos originales, pero me dio esta copia. Y están en color, para que puedas apreciar lo espectacular que fue este hallazgo.

Sloan se acercó la fotocopia, que contenía seis imágenes en una sola página. Mostraban la cocina de Annabelle y Preston. En el suelo había un gran círculo que resplandecía bajo la luz azul, indicando el lugar donde alguien había limpiado la sangre que se había acumulado allí. Sloan calculó que la circunferencia del área que brillaba tendría alrededor de un metro y medio de diámetro.

—¿Todo esto era sangre? —preguntó.

—Eso dijeron los técnicos, sí. Sangre que alguien intentó limpiar y ocultar.

—¿De quién era la sangre?

Eric señaló la parte inferior de la página y Sloan dirigió la vista hacia allí. La sangre pertenecía a Annabelle Margolis.

CAPÍTULO 34

Cedar Creek, estado de Nevada

Miércoles 31 de julio de 2024

A Sloan le tomó un minuto recuperar la compostura y procesar lo que Eric le había dicho. Conocía a su madre biológica solo a través de los artículos sensacionalistas que había leído, las historias que había escuchado durante el corto tiempo pasado con los Margolis y por la única caja de fotos que había revisado en el estudio de Nora. Pero durante esos pocos encuentros, había aprendido que Annabelle era una fotógrafa en ciernes, una esposa abnegada y una madre cariñosa que amaba a su recién nacida. Era suficiente para que se estableciera una conexión, aunque frágil. Y ahora, enterarse de que se había encontrado sangre de Annabelle en su casa, y que alguien había tratado de limpiarla, era desgarrador.

—¿La policía hizo algo con estas pruebas?

—No sé cómo lo manejaron. Solo cuento con esto que tenemos delante, y no he podido localizar a nadie que trabajara en el caso en aquel entonces. Pero no me cuesta nada imaginarme el conflicto que causó este descubrimiento.

—¿En qué sentido?

—Tengo que suponer que la policía estatal, por más presionada que hubiera estado por la familia Margolis, sospechaba que Preston tuvo algo que ver en esto.

—¿Preston?

—Es la conclusión más lógica y, por lo general, la primera a la que llegamos cuando una esposa desaparece o se la encuentra muerta. El marido es el principal sospechoso. En este caso, al haberse descubierto toda esta sangre, sumado al hecho de que se limpiase, los detectives debieron creer lo peor: que Annabelle estaba muerta. Y con su marido y su hija desaparecidos, es probable que hayan sospechado que Preston mató a Annabelle y desapareció con su hijita.

—¿Por qué? ¿Cuál sería el motivo? Por todo lo que he aprendido sobre mis padres biológicos, estaban locamente enamorados.

—No lo sé. Y esto es pura especulación, pero por lo que averigüé de aquel verano, todo sucedió muy rápido entre Preston y Annabelle. Lo sabes tú también por tu conversación con Nora. Tal vez él de verdad se sentía atrapado. Tal vez se arrepintió y quería volver con Stella Connelly. Mira, Sloan, no sé qué pensaron los investigadores en aquel entonces, pero si yo puedo encontrar un par de posibles motivos así, sin más, treinta años después del hecho, estate segura de que ellos encontraron algunos más en aquel entonces.

—Pero ahora, en retrospectiva —objetó Sloan—, tenemos nueva información. Estoy viva y sabemos que me dieron en adopción. Mis padres adoptivos me contaron que solo conocieron a la mujer que se hacía pasar por mi madre biológica: Wendy Downing. Agregaron que mi padre no se quiso hacer cargo de mí.

—El FBI te dijo que un abogado que se hacía llamar Guy Menendez ayudó a Wendy Downing a gestionar la adopción. Preston Margolis podría haber sido ese abogado.

—No —dijo Sloan—. No me lo creo. No puedo creérmelo.

Eric negó con la cabeza.

—Entonces tenemos que seguir investigando. Revisemos el resto del expediente y veamos qué más encontramos. Necesitamos averiguar cómo se vincula tu desaparición con la muerte de Baker Jauncey. La teoría de que Annabelle y Preston desaparecieron para evitar que a ella la procesaran por el atropello está respaldada por el hecho de que se llevaron todo, su casa estaba vacía.

Eric le acercó otra fotocopia que mostraba imágenes de los armarios de Preston y Annabelle. Estaban vacíos salvo por algunas perchas y algunos objetos: un zapato solitario, una sudadera caída, una bolsa de maquillaje en el suelo.

—Sus armarios estaban vacíos —dijo Eric—. Como si hubieran hecho las maletas con toda su ropa para salir de viaje.

—Pero la sangre de Annabelle… Si Preston la mató, ¿por qué se llevaría también las cosas de Annabelle?

—¿A modo de engaño, tal vez? ¿Para que pareciera que todos habían desaparecido juntos?

Eric señaló las cajas sobre la mesa.

—Tiene que haber algo más en los archivos que nos ayude a entender lo que sucedió.

Sloan asintió.

—Pongámonos a trabajar.

Pero antes de que pudieran empezar a buscar, sonó su teléfono. Cuando miró la pantalla, vio que era la doctora Cutty. Levantó un dedo hacia Eric y contestó:

—¿Hola?

—¿Sloan? Soy Livia Cutty. Pude revisar esos dos informes de autopsias que me enviaste. ¿Tienes tiempo para que hablemos de ello?

—Sí, gracias por llamar. ¿Encontró algo interesante?

—Mucho más que interesante. En mi humilde opinión, ambos informes son muy inexactos.

—¿En qué sentido?

—Baker Jauncey no murió en un accidente automovilístico y Sandy Stamos no se ahogó.

CAPÍTULO 35

Cedar Creek, estado de Nevada

Miércoles 31 de julio de 2024

Sloan configuró una videollamada con la doctora Cutty y colocó el teléfono en la cabecera de la mesa de roble, de manera que Eric y ella estuvieran en el encuadre. Se hicieron las presentaciones y ambos explicaron por qué necesitaban la experiencia de la doctora Cutty en los dos informes de autopsias que Sloan le había enviado.

—Entiendo —dijo Livia Cutty—. Entonces, ¿es probable que el forense que hizo estas autopsias estuviera políticamente comprometido o al menos motivado para llegar a conclusiones que se ajustaran a un relato específico?

—Algo así es muy posible en este pueblo, sí —dijo Eric.

La doctora Cutty asintió.

—Entonces eso, sumado a que el forense no es un patólogo capacitado, podría explicar las discrepancias.

—¿Qué encontró, doctora? —preguntó Sloan.

—Empecemos con Baker Jauncey. Queda claro por los hallazgos documentados del examen que este hombre no murió al ser atropellado por un vehículo, sino por un golpe en la cabeza que causó una hemorragia cerebral.

—Pero la causa de la muerte especifica que la hemorragia fue por trauma sufrido durante el atropello —replicó Eric.

—Sí. La causa y la forma de muerte oficiales se documentan con un breve resumen de los hallazgos del examen. Para un lego, sería difícil encontrar la verdad. Solo después de revisar las notas post mortem reales y examinar las fotos de la autopsia me di cuenta de que la causa de la muerte era incorrecta.

—¿La herida no podría haber sido causada por el coche que lo atropelló?

—¿Una herida en la cabeza? Por supuesto. ¿Esta herida en particular? Ni por asomo. Hay muchos factores que refutan la teoría de que un vehículo haya causado la herida en la cabeza, pero el más importante es que las heridas que el vehículo produjo en el cuerpo de este hombre fueron causadas post mortem.

Eric apoyó los codos sobre la mesa de roble para acercarse al teléfono de Sloan.

—¿Estaba muerto antes de que el coche lo golpeara?

—Es lo que indican los hallazgos de la autopsia, sí. Aparte de la herida en la cabeza, todas las demás lesiones fueron causadas después de que estuviera muerto. Y la herida en la cabeza es incompatible con un accidente de coche. Por lo que pude ver en las fotos y en las notas del forense, era imposible que un coche hubiera causado esa herida en la cabeza.

Livia Cutty dedicó varios minutos a explicar los detalles de la colisión entre una persona y un vehículo, y los hallazgos que revela la autopsia en tales circunstancias.

—Si a Baker Jauncey no lo mató el coche que lo arrolló, ¿cómo murió? —preguntó Sloan.

—Revisé detenidamente las fotos de la fractura del cráneo, junto con las mediciones que se tomaron, y me atrevo a decir que se utilizó un objeto redondeado de madera para golpear a Baker Jauncey en la parte posterior de la cabeza. El golpe causó una hemorragia cerebral que lo mató.

Sloan y Eric se miraron. No necesitaban hablar de lo que ambos estaban pensando. "De algún modo, Sandy Stamos se había enterado de que Annabelle Margolis no tenía nada que ver con la muerte de Baker Jauncey, lo que explicaba por qué no la llevó detenida en ningún momento. Y si Sandy sabía que alguien mató a Baker de un golpe en la cabeza y luego montó la escena del atropello, era probable que eso lo hubiera llevado a su muerte. La misma persona que mató a Baker Jauncey, ¿habría matado también a Annabelle Margolis?".

—Gracias, doctora Cutty —dijo Sloan, obligándose a volver al presente—. ¿Pudo leer el otro informe?

—Sí —respondió la doctora Cutty—. Era de la autopsia de su padre, sheriff.

—Así es.

—¿Y la versión oficial fue que se ahogó cuando su coche cayó al agua?

—El informe oficial decía que mi padre, bajo la influencia de heroína, perdió el control de su coche, cayó al río Cedar y se ahogó.

—Su padre no se ahogó, sheriff. Eso es seguro.

Sloan vio que Eric entrecerraba los ojos y tragaba saliva con fuerza ante la revelación. Alargó el brazo y le apoyó una mano en el antebrazo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Eric por fin.

—Porque no tenía agua en los pulmones. Si encontraron su cuerpo en el agua, y todavía estaba respirando al momento de morir, habría agua en sus pulmones. La triste realidad de los que mueren ahogados es que contienen la respiración durante todo lo que pueden. Sin embargo, finalmente inspiran. Y cuando lo hacen, entra agua en sus pulmones. Los pulmones sin agua de su padre significan que en ningún momento inspiró después de estar bajo el agua.

—Había una teoría de que él estuvo respirando en una burbuja de aire atrapada en el coche —dijo Eric—. ¿Eso es posible?

—Me temo que no —respondió la doctora Cutty—. Si hubiera estado atrapado en un vehículo bajo el agua y hubiera estado respirando aire de una burbuja, habría señales de intoxicación por dióxido de carbono con asfixia posterior. Se llama síndrome hipóxico de espacio confinado. Sloan lo sabe muy bien.

Sloan miró a Eric y habló.

—Si tu padre hubiera inspirado y espirado por última vez atrapado en un coche sumergido y tomando el aire de una bolsa de aire que se formó, en última instancia esta se habría llenado con el dióxido de carbono que exhalaba. Una vez que se consumió el oxígeno de la burbuja, él se habría asfixiado. Y cuando esto ocurre, hay signos claros en la autopsia, tales como hipercapnia y acidosis respiratoria. En esencia, su torrente sanguíneo habría estado saturado de dióxido de carbono y sus pulmones se habrían llenado con sangre espumosa, algo clásico en el envenenamiento por dióxido de carbono.

Sloan miró a la doctora Cutty.

—Supongo que los pulmones estaban limpios.

—Así es —dijo la doctora Cutty—. Y tampoco había una cantidad exagerada de dióxido de carbono en la sangre.

Sloan vio que a Eric le costaba digerir la información y mantuvo la mano sobre su antebrazo.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó él por fin.

—Significa que el último aliento de su padre fue normal, que respiró aire con una mezcla habitual de oxígeno. Significa que su padre ya estaba muerto cuando su coche cayó al agua. Al menos, estaba muerto antes de que el agua lo cubriera.

—¿Qué fue lo que lo mató? ¿Cómo murió?

—Murió por una sobredosis de heroína —respondió la doctora Cutty —. Una dosis tan grande, de hecho, que es imposible que se la haya inyectado él mismo.

La doctora Cutty revolvió algunos papeles mientras revisaba sus notas.

—Tomando en cuenta la heroína metabolizada en su organismo, se puede decir que la droga fue inyectada en dos dosis. El problema es que la primera dosis fue tan grande que habría dejado a su padre en coma. Inconsciente, al menos. La segunda dosis lo mató. Así que mi pregunta es esta, sheriff: si la primera dosis dejó a su padre inconsciente ¿cómo llegó la segunda a su torrente sanguíneo? Porque le aseguro que no se la pudo inyectar él mismo.

CAPÍTULO 36

Cedar Creek, estado de Nevada

Miércoles 31 de julio de 2024

Sloan estaba en el jardín detrás de la cabaña de Eric; los picos de Sierra Nevada la observaban desde lo alto. La revelación de que se había encontrado sangre de Annabelle en su casa y lo que eso significaba en cuanto al destino de su madre la había estremecido. La información que la doctora Cutty había brindado sobre cómo había muerto Sandy Stamos había puesto patas arriba el mundo de Eric. Sloan entendía que una parte de él siempre había sido escéptica respecto de las historias que su abuelo le había contado antes de morir. Eran relatos de corrupción y encubrimientos que decían que su padre había descubierto algo tan siniestro durante su investigación sobre Baker Jauncey y la desaparición de los Margolis que había terminado llevándolo a su muerte. Eric había estado buscando respuestas para satisfacer los deseos de su abuelo muerto. Pero ahora, con la interpretación de la doctora Cutty sobre la autopsia de Sandy Stamos, quedaba claro que la búsqueda de años que el abuelo de Eric había llevado a cabo para averiguar qué había pasado con su hijo no había sido la obsesión de un hombre moribundo con una teoría de conspiración.

Ambos necesitaban aclararse los pensamientos y calmar los nervios. Cuando Sloan mencionó una sesión de entrenamiento, la forma habitual en que recargaba su cerebro, Eric le mostró el jardín detrás de la cabaña. Había montado un circuito de CrossFit completo con un trineo de arrastre, cuerdas de batalla, barra de dominadas, pesas

rusas y pesas libres. Solo con ver el equipo, la mente de Sloan se alejó del probable destino de Annabelle Margolis.

Vestida con pantalones cortos y una camiseta sin mangas que tenía en el coche, se acercó al enorme neumático de tractor que estaba en medio del jardín de Eric. El sol estaba alto en el cielo despejado, en una inclinación hacia el oeste que bañaba las montañas de Sierra Nevada con un resplandor ámbar brillante. En cuclillas, metió las manos debajo del borde del neumático y activó los cuádriceps y glúteos mientras le daba la vuelta. Aterrizó a unos metros de distancia y Sloan corrió, se agachó nuevamente y repitió el proceso: levantar, tirar, empujar, levantar, tirar, empujar, veinticinco veces. Cuando terminó, Eric la emprendió con el neumático. Sloan saltó a la cuerda para mantener su ritmo cardíaco mientras Eric completaba sus repeticiones. Su reloj emitió un pitido justo cuando Eric terminó. Sloan fue hacia el neumático e intercambiaron lugares.

Después de quince minutos, ambos respiraban con dificultad y no podían hablar. Eric señaló las cuerdas de batalla: dos cuerdas gruesas, de unos siete metros de largo cada una, aseguradas a unos anclajes en el suelo. Sloan agarró el extremo libre de cada cuerda y comenzó a sacudirlas en un movimiento de arriba hacia abajo: brazo derecho arriba, brazo izquierdo abajo, haciendo zigzaguear las cuerdas durante dos minutos seguidos hasta sentir que le ardían los hombros y el pecho al respirar. Eric tomó el relevo mientras ella se recuperaba. Se turnaron con las cuerdas de batalla en rondas de dos minutos hasta completar diez repeticiones y caer al suelo rendidos.

Bebieron tragos desesperados de agua de sus botellas antes de dirigirse a las pesas rusas para completar un circuito extenuante de arranques y cargadas. Cuando terminaron, caminaron por el jardín con las manos en la cabeza, jadeando para recuperar el aliento.

—Veo que manejas el estrés casi tan bien como lo hago yo

—comentó Sloan.

—Es esto o el alcohol —dijo Eric—, y esto es mucho más saludable.

Eric había sudado tanto que tenía la camiseta pegada a la piel; debajo se marcaban los músculos esculpidos de los hombros y el pecho.

—Supongo que tú tampoco bebes —le dijo.

—Solo Diet Dr. Pepper y una copa de vino de vez en cuando. Más que nada, quemo mi ansiedad en el gimnasio. Gracias por dejarme participar de lo que supongo suele ser un espectáculo unipersonal.

—¿Bromeas? Estuvo genial. Me empujaste más de lo que yo mismo lo habría hecho. Y me distraje de lo que tu jefa dijo sobre mi padre.

Sloan bebió un sorbo de agua.

—Entonces, si el mismo médico forense hizo la autopsia de Baker Jauncey y de tu padre y ambos informes eran sumamente inexactos, el tipo era un inepto o… —comenzó a decir Sloan.

—O alguien le susurraba al oído lo que necesitaba que dijeran los informes —terminó Eric.

Sloan tomó otro trago de agua. El sudor le corría por el cuerpo, haciendo que sus hombros y brazos brillaran bajo el sol.

—O sea, que tenemos la confirmación de que alguien mató a Baker Jauncey y luego intentó que pareciera un atropello. El hecho de que dejaran el coche de Annabelle en la escena indica que quien mató a Baker quería que ella cargara con la culpa. Y el hallazgo de sangre de Annabelle en su casa, sumado al intento de limpiarla, demuestra que hubo un crimen.

—Y también, alguien le inyectó a mi padre, el hombre que investigaba ambos crímenes, suficiente heroína como para dejarlo en coma, o casi —añadió Eric—. Una segunda dosis lo mató. Después,

si no me equivoco, empujaron su coche al río Cedar para que pareciera un accidente.

—Y lo lograron, salvo que tu abuelo no se lo creyó.

—Ni tu jefa.

Sloan asintió.

—Así que tenemos tres asesinatos: el de Baker Jauncey, el de Annabelle Margolis y el de tu padre. Alguien quiso hacer pasar la muerte de Baker por un atropello y la de tu padre por una sobredosis. Y dado que tu padre investigaba la desaparición de mis padres y mía en aquel momento, es lógico concluir que los tres crímenes están relacionados. La pregunta es cómo.

Un pájaro cantó ruidosamente y tanto Eric como Sloan levantaron la mirada; un gavilán de cola negra se había posado sobre el techo de la cabaña. En cuanto lo vieron, emprendió el vuelo, surcando el cielo antes de lanzarse en picada hacia el desfiladero de detrás de la cabaña.

Después del ejercicio, tomaron sendas duchas y volvieron a trabajar frente a la gran mesa de roble. Pasaron horas revisando los archivos del caso, buscando en las páginas cualquier pista que los ayudara a armar el rompecabezas. Trabajaron hasta la medianoche sin descanso, leyendo página tras página de notas de detectives, revisando transcripciones de entrevistas y examinando la lista de pruebas recopiladas de la casa de Annabelle y Preston. Examinaron fotos de la escena del crimen de la casa, imágenes del coche patrulla de Sandy Stamos chorreando agua después de que lo hubieran sacado del río y fotos del coche de Annabelle y del cuerpo de Baker Jauncey tomadas por los investigadores de accidentes de la Patrulla de Carreteras del estado de Nevada. A pesar de sus

esfuerzos, cuando llegó la medianoche no estaban más cerca de encontrar respuestas que cuando habían comenzado.

Sloan levantó la vista del informe que estaba leyendo.

—¿Has encontrado algo?

Eric negó con la cabeza.

—No. Y creo que he tocado fondo. A estas alturas, ya no sé si mi cerebro registra lo que lee.

—Sí, yo también estoy agotada.

Sloan miró el teléfono.

—Madre mía, ¿ya es medianoche?

Eric miró su reloj.

—Vaya. El tiempo vuela cuando intentas resolver tres crímenes de hace treinta años.

Sloan sonrió.

—No es un tema agradable, pero se me ocurren peores formas de pasar el día. Hoy se nos han abierto los ojos.

—Sí, eso como mínimo.

Sloan se levantó y se desperezó. Eric también se puso de pie.

—Gracias de nuevo por conseguir la ayuda de tu jefa con la autopsia de mi padre.

—Lamento que haya confirmado lo que temías.

—Es mejor saberlo que vivir en la duda.

Sloan asintió y esbozó una sonrisa desanimada.

—Supongo que tienes razón. Mejor me voy.

—No puedo dejarte conducir por esos caminos de montaña tan tarde. No hay iluminación y son peligrosos en la oscuridad.

Sloan miró por la ventana e imaginó intentar el regreso por los caminos empinados y sinuosos en plena noche.

—Podría llevarte de vuelta al pueblo —dijo Eric—, pero tendrías que dejar tu coche aquí y recogerlo mañana. O —vaciló— puedes quedarte a pasar la noche. La segunda habitación está preparada: las sábanas están limpias y ya has visto que hay toallas limpias en el baño.

Sloan se apartó de la ventana.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

Limpiaron la mesa y apilaron las cajas llenas de papeles que habían estado leyendo toda la noche. Eric subió con ella las escaleras y le mostró la habitación de invitados. Sacó dos almohadas del estante superior del armario, les puso fundas y las colocó sobre la cama. Señaló el baño.

—El baño está allí, ya sabes. Hay agua en la nevera, abajo. Y si necesitas algo, estoy al otro lado del pasillo.

Sloan sonrió.

—Gracias. Y también por dejarme pasar la noche aquí.

—De nada.

Sloan se acercó a él.

—Siento mucho lo de tu padre. Sé que fue hace mucho tiempo y eras un niño, pero no debe de ser fácil escuchar esas cosas.

Eric asintió.

—No es fácil, pero por eso estoy buscando respuestas. Mi abuelo estaría orgulloso de que haya llegado hasta aquí.

—Te estoy acompañando en la búsqueda.

—Lo sé. Y te lo agradezco. —Eric se inclinó y la besó en la mejilla—. Seguiré buscando hasta que ambos tengamos respuestas sobre lo que sucedió aquel verano.

Sloan apoyó la mano en el pecho de él. En un momento diferente en el tiempo, en el que no hubieran pasado la noche revisando archivos sobre la muerte del padre de Eric y la desaparición de los padres biológicos de Sloan, podría haber sucedido algo más entre ellos. Pero esa noche, eran compañeros con un objetivo común. Nada más.

—Buenas noches —dijo Sloan por fin.

—Nos vemos por la mañana.

EL PASADO

Lago Tahoe,

estado de Nevada

Sábado 1 de julio de 1995

Tres días antes…

Sandy condujo su vieja Suburban por el largo camino de entrada de la cabaña familiar, giró a la izquierda y cruzó el puente que se curvaba sobre el desfiladero detrás de la casa. Siguió por los sinuosos caminos de montaña hasta salir a la autopista 67, donde se dirigió hacia el sur, pasando por alto la salida hacia Cedar Creek. Se dirigía al lago Tahoe.

El tráfico era un verdadero infierno debido a la fiesta del Cuatro de Julio y tardó más de dos horas en llegar a Incline Village, en el lado norte del Tahoe. Buscó un camino secundario llamado Beverdale Trail y disminuyó la velocidad por cada casa que pasaba. La dirección que buscaba estaba escrita en un pedazo de papel y pegada al salpicadero. Cuando vio los números en el buzón, torció por el camino de entrada.

—¡Sandy Stamos!

Sandy oyó la voz de su viejo amigo justo cuando abría la puerta del coche.

—Tom Quinn —dijo, con una sonrisa—. Me alegro de verte.

Sandy había crecido con Tom Quinn. A diferencia de Sandy, Tom se había marchado de Cedar Creek y del condado de Harrison tan pronto como había podido. Fue a la universidad en Los Ángeles y ahora vivía en el pequeño pueblo de Danville, en el este de la bahía. Tenía una casa de vacaciones en el lago Tahoe y había accedido a reunirse con Sandy allí por un asunto urgente.

Los dos hombres se abrazaron y luego Tom apartó a Sandy, tomándolo de los hombros.

—Joder, Cedar Creek debe de estar tratándote bien. Se te ve bien, colega. —Tom rodeó el bíceps de Sandy con un brazo—. Estás hecho un toro.

—Trabajo duro —respondió Sandy—. Tú también tienes buen aspecto. ¡Y esta casa es preciosa!

—Gracias. A Elaine y a mí nos encanta venir aquí.

—Gracias por recibirme y por hacerme este favor en un fin de semana festivo. Estoy en un aprieto; si no fuera así, no te lo habría pedido.

—No hay problema. Vamos adentro. Nos sentaremos en la terraza de atrás. Tiene una vista estupenda del lago.

Unos minutos más tarde, Sandy estaba sentado con su amigo de la infancia, contemplando el lago Tahoe rodeado de los altos pinos de la ladera de la montaña. Ambos bebían cervezas frías.

—No era broma —dijo Sandy, admirando las vistas—. Estoy impresionado.

—Gracias, amigo.

Tom Quinn había estudiado finanzas y contabilidad en USC y había pasado diez años trabajando para el gobierno, haciendo auditorías

para la Agencia Tributaria Nacional antes de pasar al sector privado y abrir su propia firma de planificación financiera. Tom Quinn tenía la mente financiera más aguda que Sandy conocía; necesitaba su ayuda.

—¿Qué está pasando en Cedar Creek que tiene al sheriff pidiendo favores a un tipo de finanzas?

Sandy sonrió.

—La gente va y viene, pero Cedar Creek nunca cambia.

Tom asintió.

—Eso significa que tienes problemas con la familia Margolis.

—Trato de que no sea así, pero en este caso particular es inevitable.

—¿Qué pasa?

—A comienzos del verano, uno de los socios de Margolis y Margolis murió en lo que pareció ser un atropello en la carretera 67; el conductor se dio a la fuga.

—¿Pareció ser?

—Esto queda entre tú y yo, pero parece que alguien mató al tipo de un golpe en la cabeza con un bate de béisbol y después lo puso en la carretera y lo arrolló con un coche.

—Madre mía. ¿En qué se ha convertido ese pueblo del infierno?

Sandy levantó las cejas.

—Ahora viene lo bueno. El coche que atropelló al cadáver del socio de Margolis y Margolis estaba registrado a nombre de la esposa de Preston Margolis.

Tom Quinn soltó un silbido.

—Tienes un buen lío entre manos.

—Y que lo digas. Pero espera, hay más.

—Pareces un anuncio de televisión.

—Sí, bueno, esta última parte es el motivo por el que te llamé. El socio del bufete que fue asesinado se llamaba Baker Jauncey. Hace un par de días su investigador legal vino a verme. Un tipo llamado Marvin Mann. Me dijo que Baker había descubierto una malversación de fondos en la firma Margolis y había reclutado a Marvin para investigarlo. Al día siguiente, Baker estaba muerto.

—¿Y el investigador cree que lo mataron porque estaba investigando el bufete Margolis?

Sandy asintió.

—Y aquí está la perla: la noche antes de que lo asesinaran, Baker le dio a Marvin una carpeta llena de documentos de archivos que había sacado de Margolis y Margolis que detallan el fraude financiero. Jauncey era socio, así que tenía acceso a todo si buscaba en los lugares indicados. Le dio los archivos a Marvin para que los guardara y al día siguiente estaba muerto. Marvin compartió los documentos conmigo. Los he revisado, pero no se me dan bien las finanzas. No los entiendo. Necesito que los revises y me expliques qué está pasando en el bufete.

—Olfateé muchos fraudes durante mis años con la Agencia Tributaria Nacional. Echaré un vistazo.

—Tengo los documentos completos en una caja de seguridad porque no quiero correr riesgos. Pero hice fotocopias de lo que creo son las partes relevantes. Están en el coche.

Lago Tahoe,

estado de Nevada

Sábado 1 de julio de 1995

Tres días antes…

Sentado en la terraza de la casa de su amigo, Sandy bebía cerveza y miraba hacia el lago Tahoe. Tom Quinn estaba en su estudio, revisando los documentos que le había entregado. Sandy estaba admirando el avance veloz de dos veleros por el centro del lago cuando Tom salió por las puertas correderas que daban a la cocina. Llevaba dos cervezas en la mano izquierda, los archivos en la derecha y el portátil debajo del brazo.

—Toma —dijo, y le entregó las cervezas.

—¿Has podido entender algo?

Tom asintió.

—Casi todo. Y es a gran escala, Sandy. Muchísimo dinero y muchísimas leyes violadas. No es de extrañar que ese tipo haya muerto por esta información.

Tom colocó las carpetas sobre la mesa. Sobre ellas, apoyó un cuaderno con hojas rayadas que contenían sus apuntes. Dejó la portátil junto a los documentos y volvió a entrar; instantes después,

reapareció con un cable largo que enchufó. Se sentó y encendió la portátil.

—Bien, esto es lo que pasa —dijo, mientras escribía en el teclado—. En pocas palabras, están robando dinero de los clientes, pero lo hacen de manera muy astuta. Reciben cheques de pago de casos que el bufete ha ganado o negociado exitosamente, depositan el importe total en una cuenta falsa, en esencia, una empresa fantasma adjunta al grupo legal Margolis, y luego emiten un cheque de liquidación formal a Margolis y Margolis, que se deposita en una cuenta de depósito en garantía. La clave está en que este pago formal al depósito en garantía es menor que la liquidación real.

”Supongamos que entra una liquidación de cinco millones de dólares. Alguien deposita los cinco millones en la cuenta falsa, luego transfiere cuatro millones novecientos mil a la cuenta de depósito en garantía del bufete. Es fácil pasar por alto cien mil dólares cuando ingresan sumas enormes y, por lo que puedo ver, Margolis y Margolis mueve esa clase de dinero con frecuencia. El cliente luego recibe su pago desde la cuenta de depósito en garantía. La matemática se complica porque el bufete se queda con el treinta y tres por ciento, más gastos. El cliente recibe el saldo. Y es en los gastos donde el bufete oculta el desfalco. En este ejemplo de una liquidación de cinco millones de dólares, los cien mil desviados se explican a través de una larga lista de gastos falsos y ningún cliente se da cuenta. Hasta que un día este tal Baker Jauncey detectó el fraude. Solo una vez, según lo que veo en estos archivos, un cliente se quejó del importe que recibió. Y en ese caso, la diferencia se atribuyó a un error contable y se corrigió. Ningún otro cliente abrió la boca. Según las fechas que figuran en los archivos, hace años que se lleva a cabo este fraude.

Tom acercó uno de los documentos para que Sandy pudiera verlo.

—Aquí tienes uno muy obvio. El grupo legal Margolis presentó una demanda en nombre de Janet Romo en 1993 contra una cadena de

supermercados; ella resbaló y cayó y se lesionó la cadera y la espalda. El caso se resolvió fuera de los tribunales por ciento cincuenta mil dólares.

Tom señaló la página.

—¿Lo ves? Aquí dice claramente el monto de la liquidación de ciento cincuenta mil y eso coincide con la cantidad depositada en esta cuenta falsa que figura aquí.

Sandy siguió el dedo índice de Tom mientras se deslizaba entre los dos números iguales.

—Pero aquí… —Tom pasó la página y señaló un nuevo importe— dice que se emitió un cheque de liquidación a Margolis y Margolis por ciento veinticinco mil dólares.

—¿Robaron veinticinco mil?

—Exacto. Los veinticinco mil van a la cuenta falsa, se registran gastos por esa misma suma y se emite un cheque al cliente. Y eso es solo el comienzo. Hay decenas de otros ejemplos en los archivos y las cantidades van desde diez mil hasta cien mil.

—¿Todos fondos robados?

Tom asintió.

—Sí. No he revisado todos los documentos, pero el total es poco más de cinco millones de dólares hasta ahora. Suficiente para matar a cualquiera que haya descubierto esto y amenace con denunciar a los involucrados.

Sandy asintió lentamente.

—¿Quiénes eran los abogados involucrados?

—Ahí está el problema. Para llevar a cabo este nivel de fraude, se crearon empresas fantasmas y cuentas numeradas. Una empresa principal donde se depositaban los cheques de liquidación originales y varias otras a través de las cuales blanqueaban los fondos robados. Hice una lista de todas las sociedades anónimas, corporaciones y empresas individuales mencionadas. Además de esas empresas, solo se nombran otras dos entidades en estos documentos. La primera es el bufete Margolis. La segunda es el tipo que firmaba los cheques que finalmente se emitían al bufete después de descontar un porcentaje.

—¿Quién era? —quiso saber Sandy.

—Aparece en todos los papeles como Guy Menendez.

—¿Guy Menendez?

—¿No te suena?

—No.

—No me sorprende. —Tom abrió la portátil—. ¿Conoces internet?

—Un poco. La oficina del sheriff tiene una página web, pero la configuraron los muchachos de tecnología del condado.

—Margolis y Margolis tiene una página —explicó Tom, mientras escribía en el teclado—, y allí hay una lista de todos los abogados del bufete. Ciento dieciséis en total. —Tom giró la portátil hacia Sandy—. Ninguno de ellos se llama Guy Menendez.

—Entonces, ¿quién demonios es? —preguntó Sandy.

—Supongo que es un nombre falso, un alias. Pero si averiguas quién es este tipo, estoy seguro de que sabrás quién mató a Baker Jauncey.

CUARTA PARTE

Desde las sombras

CAPÍTULO 37

Reno, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Margot Gray cogió dos platos de desayuno del mostrador y los llevó apresuradamente a la mesa número ocho. Eran las once de la mañana y en cuanto los dos camioneros terminaran de comer, su turno por fin habría acabado. Había trabajado una doble jornada y llevaba catorce horas seguidas, con pausas solo para ir al baño, unos cigarrillos y media hora en algún momento de la madrugada para comerse un bagel con queso crema y tomarse una bebida energizante para mantenerse en pie. Le dolían las rodillas y tenía los tobillos hinchados tras pasar tantas horas de pie.

Colocó los platos delante de sus últimos dos clientes con una sonrisa amable de la que ya ni era consciente. Hacía tantos años que la tenía fija en la cara que ya se le dibujaba de manera automática.

—¿Les traigo algo más?

—Café, por favor —dijo uno de los camioneros.

Margot fue hasta el mostrador, tomó la cafetera y rellenó las tazas de ambos hombres.

—Y luego la cuenta —pidió el camionero—. Tenemos que salir, así que comeremos rápido.

Margot sonrió, sacó la cuenta del bolsillo del delantal y la dejó sobre la mesa. Pasó veinte minutos registrando todas las cuentas de su turno y calculando las propinas: ciento trece dólares. Siempre sentía la tentación de calcular las horas de su vida que entregaba por el dinero que ganaba, pero ya había tomado ese camino antes y la llevaba a lugares oscuros a los que prefería no volver. Era una camarera de cincuenta y dos años sin otras habilidades. En este mundo no bastaba con desear algo diferente. Para que su vida cambiara, se necesitaba talento y Margot Gray había decidido que el único talento que poseía era una sonrisa falsa y la capacidad de pasarse horas de pie, yendo de una mesa a otra.

Para cuando terminó de cerrar la caja, los camioneros ya se habían ido. Tras catorce horas, no quedaba nadie a quien servir. El comedor estaba en una calma poco frecuente, ese momento de paz entre el desayuno y la comida. Se despidió de algunas de las otras camareras, ninguna de cuales era más que una conocida. Eran más jóvenes que Margot y todas pensaban lo mismo: que ni muertas seguirían trabajando en un sitio como ese, ni siquiera parecido, cuando tuvieran más de cincuenta años. Margot sabía que las veinteañeras pensaban eso porque en un tiempo había sido una de ellas. A los veinticinco años, ella también había estado segura de que ser camarera en una cafetería era solo un trabajo temporal. Se había convencido de que la situación mejoraría, que surgirían otras oportunidades y que todo sería más fácil cuando fuera "mayor". Una década más tarde, ya con más de treinta años, se repitió la misma historia. Pero su convicción se fue debilitando con el tiempo. Para cuando llegó a los cuarenta, esa vocecita en su cabeza se había vuelto muy tenue y hablaba poco. Todavía susurraba de vez en cuando que había más en la vida que cambiar horas por dólares, que las cosas aún podían cambiar y que en algún momento comenzaría a vivir la vida en lugar de simplemente sobrevivir. Desde que había cumplido cincuenta, ya no escuchaba esa voz. En gran parte porque ahora estaba tan segura de que esa vida sería permanente como lo había estado a los veinte años de que sería temporal. Pero también porque era demasiado doloroso escucharla.

En el aparcamiento, subió a su viejo Mazda, sintió el peso de los cien dólares de propinas en su bolsillo y pensó por un instante en detenerse en la licorería y alimentar la máquina tragaperras. Una vez había duplicado su dinero haciéndolo y esa victoria la ayudó a olvidar todas las otras veces en que trabajó diez horas seguidas solo para que las máquinas le robaran todo en menos tiempo del que tardan los camioneros en vaciar una cafetera.

Se resistió a la tentación y decidió que lo que más necesitaba era dormir. Llegó al recinto de casas móviles, aparcó delante de la suya y entró. Tomó una Coca-Cola de la nevera y abrió el portátil, un viejo Dell que milagrosamente arrancaba cada vez que lo encendía. No tenía televisión, y aunque la tuviera, no habría podido pagar el cable. Su conexión con el mundo era internet, y si el viejo ordenador alguna vez fallara, ella se quedaría aislada, salvo por CNN y FOX, que chillaban desde los televisores en las esquinas de la cafetería.

Abrió la aplicación de YouTube e hizo clic en el canal de Sin Pistas, su dosis preferida de crímenes reales presentada por Ryder Hillier. Margot había sido fanática de Sin Pistas desde que tenía memoria y le encantaba cómo Ryder Hillier abordaba las historias que contaba en su pódcast. Presentaba los hechos de un crimen y luego pedía a su audiencia que ayudara a encontrar respuestas para los casos sin resolver que cubría. La razón por la que su pódcast era tan exitoso era que el sistema funcionaba. A lo largo de los años, Margot había visto a Ryder resolver varios casos que la policía había abandonado o consideraba demasiado antiguos. Y lo hacía con la colaboración de su audiencia. Hay fuerza en los números, decía siempre Ryder.

Margot tomó un sorbo de Coca-Cola y clicó en el botón de reproducir para ver el último vídeo de Sin Pistas. El rostro de Ryder Hillier llenó la pantalla del ordenador.

—Buenas noches, Adictos a Sin Pistas. Soy Ryder Hillier desde la habitación de un hotel en Raleigh, en el estado de Carolina del Norte, con noticias de última hora y una petición urgente de ayuda.

Hoy traigo una historia que os hará enloquecer, Adictos. Estoy segura de que todos conocéis el caso de la familia Margolis, que desapareció en 1995.

Margot se acomodó en su sillón y acercó la portátil. Conocía el caso.

—He cubierto la desaparición de los Margolis en mi pódcast en el pasado —continuó Ryder—, y la he seguido en varias ocasiones. No obstante, para aquellos que no conocen la historia, os haré un breve resumen.

"Preston y Annabelle Margolis, junto con su hija de dos meses, una hermosa bebé a la que todo el mundo llamaba la pequeña Charlotte, desaparecieron de Cedar Creek, en el estado de Nevada, el 4 de julio de 1995. Preston era hijo del famoso abogado Reid Margolis y un joven prometedor en el bufete de la familia. Los Margolis son ricos y están establecidos en el condado de Harrison, donde se encuentra Cedar Creek. Aunque hubo una investigación a gran escala y meses de intensa cobertura mediática, nunca hubo sospechosos en la desaparición de los padres y la niña y el caso ha estado abandonado desde hace décadas.

"Pero ahora viene lo bueno, Adictos a Sin Pistas. Mis fuentes me informan que la pequeña Charlotte Margolis acaba de aparecer, casi treinta años después. Habéis escuchado bien, Adictos. Charlotte Margolis ha estado viviendo con el nombre de Sloan Hastings en Raleigh, en el estado de Carolina del Norte. Según mis fuentes, la pequeña Charlotte fue adoptada en noviembre de 1995, solo cuatro meses después de haber desaparecido. Los padres adoptivos, Todd y

Dolly Hastings, la llamaron Sloan y ha vivido una vida tranquila durante casi treinta años. Mis fuentes no tienen indicios de que Preston o Annabelle Margolis hayan aparecido, pero no hay duda de que este es el mayor avance que se ha visto en décadas.

"Las autoridades están investigando el método por el cual la pequeña Charlotte fue dada en adopción, y me han dicho que la pareja que adoptó a Charlotte Margolis no tuvo nada que ver. Repito, Adictos, no tuvo nada que ver con la desaparición de la pequeña Charlotte. Por favor, respetad la privacidad de estos padres adoptivos, ya que estoy segura de que sus vidas se han puesto patas arriba con la noticia.

"Pero tengo una tarea para vosotros. Mis fuentes me informan que el centro de la investigación del FBI es la mujer que se hizo pasar por la madre biológica de la pequeña durante la adopción fraudulenta. Según la información que tengo, sería una mujer llamada Wendy Downing, quien recibió la ayuda de un abogado llamado Guy Menendez.

"¡Es nuestro momento! ¡Convoco a todos los Adictos a Sin Pistas! Necesito vuestra ayuda. Os pido que inundéis mi bandeja de entrada con cualquier información que encontréis sobre estas dos personas, Wendy Downing y Guy Menendez. ¡Esta es una noticia de última hora y necesitamos actuar rápidamente, Adictos!

"Esta semana viajaré a Cedar Creek, en Nevada, para buscar y entrevistar a Sloan Hastings, también conocida como la pequeña Charlotte Margolis. Sloan, si estás escuchando o si algún Adicto a Sin Pistas sabe dónde podría encontrarla, enviadme un mensaje. Espero tener más información para vosotros pronto.

"Esto es todo por ahora, pero volved a conectaros a diario. Iré actualizando la historia aquí y pronto grabaré la primera parte de un pódcast de varios episodios. Hasta la próxima… ¡Cuidaos, mis Adictos!

La cara de Ryder Hillier se desvaneció y apareció el logo de Sin Pistas en la pantalla. Margot enderezó la espalda y cerró la portátil. Casi no podía creer lo que había escuchado. Cedar Creek estaba a solo una hora de Reno. Se tomó un momento para pensar antes de empujar la silla hasta la nevera y subirse a ella. En el armario más alto estaba su "reserva para algún día". Escondidos en un viejo envase de café había mil quinientos dólares que había logrado ahorrar a lo largo de los años. Algún día los usaría para irse de vacaciones. Algún día los usaría para comprar un portátil nuevo. Algún día los usaría para el pago inicial de un coche nuevo. Había tantas cosas para hacer algún día que Margot había perdido la cuenta. Pero siempre supo que algún día haría algo importante, y ese día había llegado.

Tomó el fajo de billetes del frasco y bajó de la silla. En los últimos años había empezado a creer que el destino era algo ficticio inventado por personas que tenían buena suerte. Ninguna persona con empleos sin futuro hablaba del destino, pensó Margot. El destino solo entraba en escena cuando a las personas con suerte y en ascenso les pasaban cosas buenas. Esa cosa mítica llamada destino jamás había tocado su vida. Desde que Margot había nacido, su vida se había ido cuesta abajo.

Durante toda su vida había rebotado por todo el país persiguiendo trabajos de camarera y la fantasía de una vida mejor. Sin saber cómo, terminó en Reno, sirviendo a camioneros en una cafetería de mala muerte. La última década no le había ofrecido demasiada estabilidad y se había llevado cualquier esperanza de un futuro mejor. Pero a pesar de que sabía desde hacía años que el destino no existía, la única manera de explicar por qué planeaba conducir hasta Cedar Creek con la esperanza de corregir una injusticia de toda una vida era que en el fondo creía en él.

CAPÍTULO 38

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Cuando Sloan abrió los ojos el jueves por la mañana, tardó un momento en recordar que había dormido en la cabaña de Eric. El aroma del café la sacó de la cama. Bajó las escaleras justo cuando Eric estaba sirviendo una taza.

—Buenos días —saludó Sloan, pasándose una mano por el pelo de manera inconsciente.

—Buenos días. ¿Café?

—Sí, por favor. ¡Qué bien huele!

Se sentaron a la mesa de la cocina. Sloan se alegró de haber resistido la tentación de la noche anterior. Si hubiera cedido a sus impulsos, su relación con Eric sería diferente esa mañana. Estaría distraída y confundida. En cambio, se sentía completamente centrada en la tarea que tenía entre manos. Había tenido un sueño vívido sobre su madre biológica. Annabelle estaba tomando fotos de su hijita y luego se dirigía al cuarto oscuro para revelarlas. Cuando salió con la foto en la mano, la pequeña Charlotte había desaparecido. En la niebla del sueño, Annabelle miraba a Sloan y le preguntaba dónde había ido su hija. Sloan se despertó sobresaltada. Cuando por fin volvió a quedarse dormida una hora después, lo hizo

con una determinación feroz de encontrar respuestas cuando despertara.

—Lamento haberte mantenido despierta hasta tan tarde anoche —dijo Eric.

—Ojalá hubiésemos encontrado algo útil en los archivos. Siento que en este momento tenemos más preguntas que respuestas.

—Voy a llamar a uno de mis contactos en la Policía Estatal de Nevada. Estoy tratando de localizar a uno de los detectives que trabajaron en tu caso para ver si puede darme más información sobre la escena del crimen y la sangre que se encontró allí. ¿Qué planes tienes tú para el resto de la semana?

—Hoy voy a reunirme con Nora Margolis para revisar cajas de fotos que Annabelle tomó el verano que desapareció.

—¿Qué clase de fotos?

—A Annabelle le gustaba la fotografía. Se podría decir que era la protegida de Nora Margolis. Pasó el verano y los primeros meses de maternidad tomando fotos.

—¿De qué?

—De todo. Del pueblo, de mí recién nacida, de la casa que estaban construyendo. Por las fotos que vi, me dio la impresión de que se sentía sola. Nos tenía a Preston y a mí, su recién nacida, pero por lo demás, estaba sola. Con excepción de Nora, la familia Margolis no la trataba demasiado bien. Las fotos que hizo son…, no lo sé, fascinantes, porque abren una ventana a su vida, pero también inquietantes y tristes.

Sloan tomó un sorbo de café.

—En fin, tengo planes para ver con Nora el resto de las fotos.

—Te avisaré si logro localizar al detective que trabajó en el caso. Fue hace treinta años, así que es posible que no tenga nada nuevo ni útil que contarme.

—Vale la pena intentarlo. ¿Te importa si me ducho antes de irme?

—Adelante. Prepararé el desayuno.

Quince minutos después Sloan salió del dormitorio de invitados con el pelo mojado y encontró a Eric sentado a la mesa de la cocina. Levantó un ejemplar del Harrison County Post. Sloan vio su imagen en la portada.

—¿Pero qué…?

Corrió a la mesa, cogió el periódico y leyó el artículo.

—El FBI me aseguró que mantendría la historia en secreto —dijo Sloan.

—Pues se ha filtrado. Y apareces en internet.

Eric giró su portátil. Otra imagen de Sloan aparecía en pantalla.

—Ay, por el amor de Dios.

—Parece que Ryder Hillier destapó la historia en su pódcast Sin Pistas.

—Fantástico.

Sonó el teléfono de Sloan y vio que era la doctora Cutty. Cerró los ojos antes de responder.

—¿Sí?

—Sloan, soy Livia Cutty. ¿Sabes que estás en las portadas de todos los periódicos del país?

—Me acabo de enterar, lo estoy viendo ahora.

—¿Son cier…?

La voz de la doctora Cutty se cortó y Sloan miró su teléfono.

—¿Hola?

—Uy, aquí a veces se va la cobertura, lo siento —dijo Eric—. La señal es débil en el mejor de los casos. Por lo general, el porche es el mejor lugar.

Sloan salió deprisa por la puerta principal.

—¿Sloan?

—Sí, disculpe, estoy en las montañas y no hay buena cobertura.

—¿Son ciertas las historias?

—Sí. Me enteré cuando hice una búsqueda en línea de mi ADN para el proyecto de genealogía forense.

—Vaya —dijo la doctora Cutty—. Lamento que se haya armado tanto alboroto por el proyecto.

—Lo bueno es que tendré material para una gran presentación si es que llego a hacerla.

—¿Necesitas algo?

—Ya me ha ayudado mucho con sus opiniones sobre los informes de autopsia. Están relacionados con mi historia.

—¿De qué manera?

—Estoy tratando de averiguarlo.

—Espero poder enterarme pronto.

—Por supuesto.

—Oye, Sloan, solo un aviso. Esta mañana había furgonetas de la televisión aparcadas fuera de la morgue. Estoy segura de que esperan pillarte entrando en el edificio. He recibido llamadas de NBC y HAP News. Se ha filtrado que estás estudiando bajo mi supervisión.

—Perdón por causar tantos problemas.

—Por favor. Nada de esto es tu culpa. Yo me encargaré del alboroto aquí, tú cuídate. Les dije a mis contactos que no haré comentarios sobre este asunto y que no hablaré de ello a menos que necesites mi ayuda.

—Gracias. Todavía no sé qué necesito, pero la llamaré cuando lo sepa.

—Conozco a gente, Sloan, así que cuando creas que debes contar tu historia, puedo ponerte en contacto con las personas indicadas. La historia tuvo mucho impacto en el público cuando sucedió y la gente mantendrá su interés hasta que obtengan respuestas. Podrías pensar en adelantarte y dar una entrevista a las personas adecuadas. Avery Mason o Dante Campbell. Yo podría arreglarlo, y eso detendría la estampida.

—Gracias, lo tendré en mente, una vez que tenga respuestas para darles.

—Entendido. Una cosa más —dijo la doctora Cutty—: me contó Hayden Cox que una mujer se le acercó en el aparcamiento el otro día y preguntó por ti. Dijo que era una amiga tuya de la universidad que estaba tratando de localizarte. Hayden le dijo que estabas de viaje. Ahora cree que la mujer era Ryder Hillier. Sospecho que será la primera periodista en viajar a Cedar Creek para buscarte.

—Ay, no… —masculló Sloan.

No había imaginado que tendría que esquivar a la prensa mientras buscaba respuestas para lo que les había sucedido a sus padres.

—Gracias, doctora Cutty.

—Mantenme al tanto y avísame si necesitas algo.

—Lo haré.

En cuanto terminó la llamada, el teléfono volvió a sonar. Era su madre. Miró a Eric a través de la puerta de tela mosquitera y levantó el teléfono.

—Disculpa, tengo que contestar.

Se volvió y bajó los escalones del porche.

—Hola.

—¿Has visto los periódicos? —preguntó su madre.

—Sí, hace unos minutos.

—Estás en The New York Times.

—Qué maravilla.

—Oye, Sloan. El lunes por la mañana pasó algo extraño en el consultorio.

Siguió un silencio, hasta que Sloan se dio cuenta de que se había cortado la llamada.

—¡Mierda!

Marcó rápidamente y escuchó el ruido de interferencias hasta que su madre contestó.

—Perdona. La cobertura es pésima aquí en las montañas. ¿Qué pasó el lunes?

—Una paciente me preguntó por ti.

—¿Una paciente?

—Fingió tener dolor de muelas y pidió que la atendiera de urgencia. Cuando me quedé sola con ella en el consultorio, dijo que era periodista y quería hablar contigo. Me dio su tarjeta y ahora veo que es la mujer del pódcast.

—¿Ryder Hillier?

—Sí, ella.

—¡Joder! Mamá, ¿por qué has tardado tanto en contármelo?

—No quería preocuparte. Pensé que era una reportera local en busca de información. No sabía quién era. Entonces, ¿has oído hablar de ella?

—Sí, mamá. Tiene el pódcast de crímenes reales más escuchado del país, con millones de oyentes. Es la que destapó la historia.

—¿Cómo lo hizo? El agente Michaels dijo que mantendrían la investigación en secreto.

—No tengo idea. ¿Le contaste algo?

—No. Pero ahora hay furgonetas de periodistas aparcadas en la calle.

—Ay, Dios mío —dijo Sloan—. Esto se está desmadrando. Perdón, mamá, he montado un lío terrible.

—Solo estamos preocupados por ti. ¿Estás bien?

—Sí. Nadie me ha descubierto aquí, es decir, ni la prensa ni la televisión. Pero parece que es solo una cuestión de tiempo.

—Ten cuidado, cariño. Si necesitas que vayamos allí, lo haremos.

—No, seguid con vuestra vida normal, mamá. Id a trabajar, decidles a los reporteros que no vais a hacer comentarios. Pensaré qué hacer y te llamaré más tarde.

—De acuerdo, mi vida. Te queremos.

—Gracias, mamá. Yo también os quiero.

Sloan volvió a entrar en la cabaña.

—Hay furgonetas de periodistas aparcadas frente a la casa de mis padres en Raleigh y en el edificio de la morgue.

—¿Cuánto crees que tardarán en venir a Cedar Creek?

—preguntó Eric.

—No mucho. Incluso si todavía no saben que estoy aquí, querrán hablar con Tilly y Reid Margolis. Será mejor que les advierta, y a Nora también.

—Si quieres, puedes quedarte aquí —dijo Eric—. Nadie te encontrará.

Sloan lo pensó y coincidió en que no había mejor lugar donde esconderse de la prensa que la cabaña aislada de Eric.

—Gracias. Iré a ver a Nora y la pondré al tanto de lo que sucede. Luego hablaré con Tilly y Reid. Trazaremos un plan y te llamaré.

—De acuerdo. Esperaré tu llamada.

Un minuto más tarde, Sloan salía por el camino de entrada y se dirigía a Cedar Creek. Temía que Ryder Hillier estuviera acechando por algún lado, pero no estaba en absoluto preparada para lo que la esperaba en su casa alquilada.

CAPÍTULO 39

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Margot Gray estaba sentada en la cafetería de Cedar Creek con una copia del Harrison County Post abierta frente a ella. Había viajado en coche desde Reno temprano esa mañana. Desde que Ryder Hillier había publicado su vídeo con la noticia sobre la aparición de la pequeña Charlotte, se filtraron fotos de Sloan Hastings. Por supuesto, fiel a su estilo, Ryder Hillier había creado la página de "La pequeña Charlotte" en el sitio web de Sin Pistas y había subido fotos de Sloan, comparándolas con las imágenes confeccionadas con tecnología de progresión de edad que habían aparecido a lo largo de los años, prediciendo el posible aspecto de Charlotte Margolis como niña, adolescente y adulta. Pero ahora tenían la imagen real y las fotos de Sloan estaban en todos lados. Las cadenas de noticias se habían enterado de la primicia y Sloan Hastings había llegado a los medios. De la noche a la mañana, los periódicos de todo el país habían recogido la noticia de la aparición de la pequeña Charlotte y Sloan estaba en todas las portadas.

Margot contempló la foto en blanco y negro de Sloan Hastings en el periódico local y leyó la historia. Sloan Hastings era patóloga y estaba cursando una beca en Patología Forense en Raleigh, en el estado de Carolina del Norte, para convertirse en médica forense. A pesar de las malas cartas que le habían tocado, pensó Margot, la chica se había desenvuelto bien.

Bebió un sorbo de café y abrió su portátil. Tecleó Sloan Hastings en el motor de búsqueda y vio cómo su pantalla se llenaba de enlaces. Clicó en un artículo de The New York Times y lo leyó por encima hasta que llegó a otra imagen de Sloan. La observó durante varios minutos y luego miró las otras fotos que habían comenzado a aparecer en internet: Sloan Hastings en su fiesta de graduación del instituto, Sloan Hastings en la universidad, Sloan Hastings en su graduación de la Facultad de Medicina, y la más reciente, Sloan Hastings como becaria en la Jefatura de Medicina Forense de Carolina del Norte.

Para cuando terminó el café, Margot confiaba en haber visto suficientes fotos de la mujer como para reconocerla si la veía, que era su plan. Sonó su teléfono y cogió la llamada.

—¿Has averiguado algo?

—Alquiló una casa en Cedar Creek.

—¿En serio?

A través de los años, Margot había conocido un elenco de personajes interesantes gracias a su trabajo como camarera. Uno de ellos, que solía frecuentar la cafetería de Reno, era Wiley Wagner, un tipo que se dedicaba a la tecnología; para Margot, nadie sabía tanto de ordenadores como él. Con el correr de los años, se habían hecho amigos y, de vez en cuando, más que amigos. Margot le había pedido a Wiley un favor: que utilizara sus conocimientos tecnológicos para encontrar a Sloan Hastings.

—Así es —respondió Wiley—. La alquiló por Vrbo, en Cedar Creek, a nombre de Sloan Hastings. El contrato de alquiler comenzó el 26 de julio y termina el 31 de agosto.

—¿Conseguiste la dirección?

—Por supuesto.

Wiley le dio la información y Margot la anotó en el margen del periódico.

—Está por todos lados en las noticias —dijo Wiley.

—Así es. Estoy leyendo un artículo sobre ella en este mismo momento.

—¿Por qué estás tan interesada? ¿Es por ese pódcast al que estás enganchada?

—Te debo una, Wiley —dijo Margot, a modo de respuesta—. Te invitaré a un café a cargo de la casa cuando esté de vuelta en Reno.

—Vaya, gracias. Esperaba más bien una cena y una película.

—Lo pensaré.

Margot colgó la llamada, guardó su portátil y arrancó la dirección de Sloan Hastings de la esquina del Harrison County Post antes de tirar el periódico a la basura al salir de la cafetería. Se subió a su viejo Mazda y giró la llave. El motor tosió y giró en falso varias veces antes de cobrar vida con un rugido. Lo puso en marcha y se partió en busca de la casa de alquiler donde Sloan Hastings se alojaba.

CAPÍTULO 40

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Sloan pasó junto al cartel de bienvenida a Cedar Creek en el lado norte de la ciudad y siguió las rotondas hasta cruzar el puente Louis-Bullat. Giró por una calle lateral, mirando con atención en busca de reporteros o furgonetas de noticias. No vio ninguna. Pero al hacer el último giro hacia su casa, divisó un viejo Mazda aparcado en el camino de entrada. Cuando se acercó a la casa, vio a una mujer sentada en el porche delantero, fumando un cigarrillo.

Sloan pensó en dar la vuelta, pero algo en la mujer despertó su interés. Aparcó junto al Mazda y vio que la mujer se ponía de pie. Sloan bajó del coche, pero no cerró la puerta. Mantuvo el motor encendido por si necesitaba una vía de escape rápida.

—¿Necesita algo? —preguntó desde el camino de entrada.

—¿Eres Sloan Hastings?

—¿Quién es usted?

—Me llamo Margot Gray.

La mujer bajó del porche y caminó hacia la entrada para coches. Le habló a Sloan por encima del techo del Mazda, que la separaba de ella.

—Soy Sloan Hastings. ¿Qué necesita?

A Sloan le pareció que la mujer tenía lágrimas en los ojos.

—Necesito hablar contigo y contarte algunas cosas.

El acento sureño de la mujer le recordaba su hogar. No era el acento nasal de Carolina, sino más bien la manera en que arrastraban las palabras los nativos de Alabama. Pero era muy distinto de la forma en que pronunciaban las vocales en el norte de California y en Nevada.

—¿Hablar conmigo de qué?

—De lo que te paso cuando eras un bebé.

Un escalofrío le corrió desde los omóplatos hasta la parte baja de la espalda.

—¿Es usted una de esas aficionadas a los crímenes reales?

La mujer movió la cabeza y luego se encogió de hombros.

—Sí, pero no estoy aquí por eso.

—¿Qué sabe sobre lo que me pasó cuando era bebé?

—Probablemente, tal vez no tanto como debería. Pero algo sé, seguro.

Sloan se mantuvo en el hueco de la puerta del coche abierta, lista para volver al asiento del conductor y salir disparada si era necesario.

—¿Cómo es que sabe algo de lo que me pasó?

Las lágrimas que se habían estado acumulando en los ojos de la mujer finalmente se derramaron y corrieron por sus mejillas.

—Porque yo fui la mujer que te entregó en adopción.

CAPÍTULO 41

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

El corazón se le aceleró y Sloan sintió una oleada de calor en el cuerpo, lo que le causó un mareo repentino. Se aferró a la puerta del coche para mantenerse en pie.

—Usted… —Entornó los ojos hasta que solo fueron dos rendijas— ¿Usted me dio en adopción?

—No estoy orgullosa de ello —dijo la mujer, que seguía del otro lado del Mazda—. Intenté huir del sentimiento de culpa diciéndome que lo único que hice fue ayudar a un bebé a hallar padres que la amaran. Pero una parte de mí sabía que había algo turbio en el asunto. Con los años, le dije a esa parte que aun si era un bebé que le habían robado a sus verdaderos padres, la criatura nunca lo sabría, igual la querrían. Yo no tuve padres que me quisieran. Así que me convencí de que no te estaba haciendo daño, que esa pareja que tanto ansiaba un bebé te querría igual. Los vi en las noticias esta mañana: Dolly y Todd. Aún recuerdo sus nombres.

La mujer se secó las mejillas con el dorso de las manos.

—En fin, me esforcé mucho para creerme la mentira que me decía a mí misma. Que yo no había hecho nada malo. En aquel entonces estaba tan desesperada por el dinero que me habría creído cualquier cosa.

—¿Cómo me encontró?

—¿En el pasado?

—No, bueno, eso también. Pero empiece por hoy. ¿Cómo me encontró aquí en Cedar Creek?

—La historia está en todas las noticias. Además, sigo el pódcast Sin Pistas y Ryder Hillier fue la que tuvo la primicia de la aparición de la pequeña Charlotte después de casi treinta años. Ya había oído la historia antes. Quiero decir, todo el mundo se enteró cuando ocurrió. Pero no lo relacioné hasta que oí el nombre de la mujer que te dio en adopción.

—Wendy Downing.

—Sí. Ese es el nombre que el abogado me dijo que usara.

Sloan parpadeó y trató de entender lo que la mujer le estaba diciendo.

—¿Usted es Wendy Downing?

—No, soy Margot Gray, pero en 1995, un abogado llamado Guy Menendez me pagó diez mil dólares para fingir que mi nombre era Wendy Downing; según me dijo en aquel momento, de ese modo él podría asegurarse de que una niña fuera adoptada por una pareja que la mereciese.

Sloan miró hacia la tranquila calle sin salida y finalmente apagó el motor y cerró la puerta del coche.

—¿Cómo me ha encontrado en Cedar Creek?

—Tengo un amigo que entiende de informática. Jaqueó el sistema, o, bueno, no sé qué hizo y obtuvo la información de que habías

alquilado esta casa. Sabía las fechas y todo. Así que decidí sentarme en tu porche hasta que aparecieras.

Si esta mujer había podido encontrarla, Sloan sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que aparecieran Ryder Hillier y el resto de la prensa. Esperaba tener al menos tiempo suficiente para escuchar la historia de Margot Gray.

—Hablemos dentro.

Unos minutos después, Sloan y Margot estaban sentadas en el rincón de la cocina donde estaba la mesa para desayunar.

—Empieza por el principio —dijo Sloan comenzando a tutearla—. ¿Cómo conociste a Guy Menendez?

—En 1995, yo tenía veintitrés años y trabajaba en una cafetería en Mobile.

—¿En el estado de Alabama?

—Sí. Empecé a ver que un tipo venía todas las mañanas. Siempre se sentaba en mi zona. Era muy amable y educado y dejaba buenas propinas. Pensé que tal vez me invitaría a salir o algo, pero nunca lo hizo. En cambio, me pidió un favor.

—¿Qué favor?

—Me dijo que era abogado. Me dio una tarjeta de presentación y todo. Dijo que trabajaba para una agencia de adopción y que había un problema con una de las adopciones que estaba supervisando. Tenía problemas burocráticos para lograr que una bebé fuera entregada a una pareja que la deseaba. Me dijo que necesitaba que cuidara a la pequeña durante un par de meses hasta que pudiera organizar la adopción. Me ofreció quince mil dólares por hacerlo. Y otros diez mil si me hacía pasar por la madre de la pequeña cuando se oficializara la adopción. En aquel entonces…, vamos, qué digo,

hoy también eso es un montón de dinero. Y yo lo necesitaba mucho. Así que le dije que lo haría.

—¿Así que tú me cuidaste?

—Sí, durante unos cuatro meses, hasta que él pudo oficializar la adopción.

—¿Y qué pasó al cabo de cuatro meses?

—Para que la adopción fuera legal, él tenía que hacerme unas fotos y mostrárselas a la pareja que quería adoptar a la niña. Así que me hizo varias fotos con fondo blanco. Un par de semanas después, nos volvimos a encontrar y me mostró un carné de conducir y un pasaporte con mi fotografía. Pero no con mi nombre. El nombre en ambos documentos era Wendy Downing. Me dijo que por seguridad, debía ocultar mi identidad real durante el proceso de adopción. Por supuesto, eso me puso nerviosa. Y despertó mis sospechas. Como que tal vez todo el asunto no era tan legítimo como creía. Pero cuando me dio los documentos con el nombre falso, también me dio otros cinco mil. Conseguiría el resto después de que termináramos.

Sloan vio que Margot Gray levantaba la mirada al techo. Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas.

—Sabía que estaba haciendo algo malo, pero me sentía atrapada. Después de tomar la primera mitad del dinero, me sentí… no lo sé, obligada, o algo así, a seguir adelante. Tras conocer a la pareja que quería adoptarte, me convencí de que había cosas peores en el mundo que ayudar a una pareja cariñosa a encontrar un bebé a quien amar. Como que bloqueé los pensamientos sobre de dónde te había sacado el señor Menendez. Bloqueé la idea de que era posible que ya tuvieras padres cariñosos.

—¿Cuándo fue esto? —preguntó Sloan—. ¿Cuándo conoció al abogado?

—En julio del 95. Recuerdo la fecha porque la primera vez que hablamos fue el día de mi cumpleaños. No fue hasta noviembre cuando se realizó la adopción. En septiembre y octubre de ese año, conocí a la pareja que te iba a adoptar. Nos encontramos dos veces para almorzar y les hice un montón de preguntas que anotó el señor Menendez, como si los estuviera entrevistando.

Sloan ladeó la cabeza lentamente.

—¿Yo estaba contigo cuando conociste a esa pareja?

—Sí —respondió Margot, y se encogió de hombros—. Se suponía que yo era tu madre, así que por supuesto que estabas conmigo.

Sloan tragó con fuerza. Se obligó a pensar con claridad, como si estuviera en el laboratorio de la facultad de medicina, siguiendo la ruta de un nervio craneal a través del cerebro de un cadáver. Se forzó a concentrarse y a sobreponerse a la oleada de adrenalina que la invadió ante lo que seguramente era el mayor avance en el caso en décadas.

—¿Y no tenías idea de cómo había llegado yo a estar bajo la custodia del señor Menendez?

—No. Solo me dijo que trabajaba para una agencia de adopción.

—¿Entonces, cómo llegaste a la conclusión de que yo era la bebé Charlotte Margolis?

—No lo supe en aquel entonces. En ningún momento até cabos. Recuerdo cuando desapareció la familia. Su historia estaba en todos los periódicos sensacionalistas. Pero por cómo lo contaron los medios, toda la familia había desaparecido. En ningún momento pensé que el favor que le estaba haciendo al señor Menendez tenía algo que ver con la desaparecida familia Margolis. Cuando todo terminó, cogí el dinero y me mudé de Mobile. Traté de olvidarme de todo el asunto. Pero no pude. Al principio, realmente me sentí mal y

me deprimí por lo que había hecho. Incluso pensé en ir a la policía. Pasaron un par de años y dejé de sentir tanta culpa. Durante un tiempo hasta creí que ese sentimiento había desaparecido. Pero esa clase de culpa nunca se va. Simplemente se convierte en parte de ti. Luego, el otro día, escuché el pódcast de Ryder Hillier y ella destapó la historia de que la bebé Charlotte de los noventa había aparecido después de casi treinta años. Entonces escuché el nombre de la mujer que la había dado en adopción, Wendy Downing.

Margot se encogió de hombros.

—Ahí lo entendí todo y supe que tenía que encontrarte. Necesitaba contarte la verdad sobre lo que había hecho.

—Este hombre, Guy Menendez. ¿Sabes algo más de él?

—Un poco. Se ha mantenido en contacto a lo largo de los años. Me llama cada dos años. Incluso si me mudo a otro estado, y lo he hecho muchas veces, de alguna manera me encuentra.

—¿Te encuentra? ¿Cómo?

—A veces me llama por teléfono. Otras veces se aparece en persona para preguntarme cómo estoy. En algunas ocasiones, me ha ayudado con dinero.

Sloan notó que tenía los dedos fríos, como si toda su sangre se hubiera retirado hacia la corteza cerebral mientras trataba de asimilar lo que sucedía. Comprendió de pronto que Guy Menendez era la pieza faltante del rompecabezas que había estado buscando. Y Margot Gray era el eslabón que llevaba a él.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez?

—Hace un año, más o menos. Me dio su número de móvil por si alguna vez necesitaba algo.

—¿Estarías dispuesta a darme su número?

Margot se encogió de hombros.

—Claro, sí.

Buscó en el bolso hasta dar con su teléfono y luego deslizó el dedo por la pantalla para buscar el número. Empujó el teléfono hacia Sloan. Ella miró la pantalla y vio que el código de área era 530. El mismo código de área que la tía Nora.

Guy Menendez estaba en el condado de Harrison. Guy Menendez probablemente estaba en Cedar Creek.

CAPÍTULO 42

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024.

—Escucha —dijo Sloan, mientras se ponía de pie, sintiendo la urgente necesidad de contarle a Eric lo que le había dicho Margot Gray. Hasta pensó en llamar a John Michaels, del FBI. Tenía el número de teléfono de Guy Menendez. Sin duda uno de los dos podría rastrear el número y encontrar a ese hombre—. No podemos quedarnos aquí mucho más tiempo. Quiero decir, me has encontrado por una búsqueda en los registros de mi reserva en Vrbo, así que la prensa no tardará mucho en aparecer. Todavía no estoy preparada para hablar con ellos.

—Claro —dijo Margot—. Tiene sentido. Ryder Hillier dijo que vendría a Cedar Creek a investigar.

—Tengo un amigo que es policía. Se llama Eric Stamos. Es el sheriff de aquí, de Cedar Creek. Y también conozco al agente del FBI que ha estado investigando mi caso desde que me enteré de que era Charlotte Margolis. ¿Estarías dispuesta a hablar con ellos?

Sloan vio que algo cambiaba en los ojos de Margot.

—Yo… no lo sé. ¿El FBI? ¿Me meteré en problemas? O sea, es probable que tenga algún tipo de problema por lo que hice, ¿no?

—No lo sé —respondió Sloan, y de inmediato se dio cuenta por la expresión de Margot de que no era la respuesta adecuada—. Mira, olvidémonos del FBI. Solo hablaremos con mi amigo. Es de aquí.

—¿El sheriff?

—Sí.

—Creo que actué sin pensarlo bien. Yo solo quería contártelo para… no lo sé, quitarme un peso de encima. Nunca pensé en contarle a la policía nada de esto.

—Lo entiendo. Y te agradezco que me hayas venido a buscar, Margot. Estoy muy muy agradecida. Pero las autoridades van a querer hablar contigo. Es probable que sea la pista más importante que este caso haya tenido. Confía en mí, no van detrás de ti. Si les cuentas todo lo que acabas de decirme, estoy segura de que trabajarán contigo.

Margot sonrió, nerviosa.

—¿Trabajar conmigo? ¿Cómo?

—No lo sé, Margot. No soy policía. Pero, créeme, la policía y el FBI estarán muy interesados en lo que puedas contarles.

—No quiero ir a la cárcel.

—No irás a la cárcel —dijo Sloan—. Seguramente exista un plazo de prescripción para lo que hiciste. A estas alturas, eres útil para el FBI por la información que puedes proporcionarles, nada más.

—El FBI me da miedo.

Sloan asintió.

—A mí también. Así que empecemos por mi amigo. Él podrá ayudarnos a decidir cómo seguir.

Margot asintió lentamente.

—De acuerdo. Hablaré con él.

—Perfecto. ¿Dónde te hospedas?

—En ningún lado. He venido en coche desde Reno.

Sloan pensó rápidamente en cuál era la forma de mantener a Margot Gray tranquila y cerca.

—Hagamos así. Reservaremos una habitación de hotel en el pueblo…

—¿Un hotel? Tengo que estar en Reno de vuelta para hacer mi turno de mañana por la noche.

—Entiendo. Pero esta noche estás disponible ¿verdad?

—Bueno, sí.

—Perfecto. Reservaré un hotel para esta noche. Podemos ir allí ahora y traeré a mi amigo para que puedas hablar con él. En privado.

Margot miró a su alrededor y asintió.

—Está bien. Lo haré.

Sloan sacó el teléfono y reservó una habitación en la Hostería Cedar Creek, y condujo hasta el pueblo; Margot la siguió en su Mazda. Se registraron en la recepción y cogieron dos tarjetas magnéticas para la habitación 303. El ascensor las dejó en el tercer piso y Sloan pasó su tarjeta para abrir la puerta.

—Quédate aquí —dijo desde la puerta, mientras Margot entraba con su bolso de viaje y se sentaba en la cama—. Volveré dentro de aproximadamente una hora.

—Prométeme que tu amigo no va a arrestarme ni nada.

Margot entrelazó las manos y se balanceó sobre el borde de la cama.

—Te lo prometo —dijo Sloan, aunque no sabía si estaba diciendo la verdad o mintiéndole descaradamente.

Sus años de universidad, en los que había estudiado criminología, le decían que era imposible que Margot Gray saliera airosa de la situación. Pero en ese momento, Sloan le habría dicho cualquier cosa a esa mujer, porque sabía que era una conexión con su pasado a través de la cual tal vez podría encontrar respuestas para todas las preguntas sobre la desaparición de sus padres.

Unos minutos después, Sloan estaba en el coche, dirigiéndose a la cabaña de Eric en la montaña. Intentó llamar a su móvil, como había hecho en camino hacia la Hostería Cedar Creek, pero la llamada pasó directamente al buzón de voz. Sin cobertura. En un mundo perfecto, Sloan habría convencido a Margot Gray para que la acompañara a la cabaña de Eric. Pero sabía que con lo nerviosa que estaba, la mujer nunca lo aceptaría. Dejarla era un riesgo. Pero incluso si escapaba, no llegaría lejos. De todos modos, Sloan esperaba haberse mostrado lo suficientemente convincente como para que Margot se quedara en la Hostería Cedar Creek, segura y tranquila.

CAPÍTULO 43

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Margot Gray siguió meciéndose sobre el borde de la cama después de que Sloan se hubiese marchado. Buscó los sentimientos que deberían estar inundando su cuerpo. Creyó que sentiría alivio después de quitarse el peso del secreto de encima finalmente. Trató de imaginar que le quitaban de los hombros el peso de una carga que había llevado durante treinta años. Pensó en la satisfacción de haber hecho lo que correspondía, por fin. En el orgullo que debería estar sintiendo por haber colocado las piezas de lo que había sucedido tantos años antes y haber tenido la integridad de buscar a Sloan Hastings para contarle la verdad. Buscó la paz interior que debería haber estado esperándola al otro lado de tres décadas de mentiras. Pero ninguna de esas emociones estaba allí con ella. Lo único que sentía en esa habitación de hotel era miedo.

No sabía mucho de leyes, pero era difícil imaginar que no fuera a tener problemas por lo que había hecho en el pasado. Incluso si la policía creía su historia de que no sabía que la pequeña había sido secuestrada en el momento en el que se llevó a cabo la adopción, igual se había hecho pasar fraudulentamente por la madre de la niña. Eso, por sí solo, seguro constituía algún tipo de delito.

Se mordió la uña del pulgar hasta la cutícula y sintió el sabor amargo de la sangre. Se le ocurrió la idea de huir. De subirse a su coche y alejarse lo más posible de Cedar Creek. Pero ¿adónde iría?

¿Y cómo de lejos llegaría? Le había dicho su verdadero nombre a Sloan Hastings y no sería difícil para la policía encontrarla, a cualquier lado que fuera. Además, todo el dinero que poseía en el mundo estaba en su bolsillo y como mucho le duraría una semana.

Se levantó de la cama y sacó el teléfono del bolsillo trasero. El número del señor Menendez todavía estaba en la pantalla desde que se lo había enviado a Sloan. Se le ocurrió una idea y le pareció sensata. En algún momento de este proceso iba a necesitar un abogado.

Miró el número del señor Menendez y llamó. Sonó tres veces antes de que el hombre respondiera.

—Soy Margot. Necesito su ayuda.

CAPÍTULO 44

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Sloan cruzó el puente Louis-Bullat por encima del río Cedar, pasó por la rotonda hasta salir hacia el norte por Harmony y trató de no superar la velocidad permitida al subir a la autopista 67. Volvió a marcar el número de Eric y escuchó cómo la llamada pasaba al buzón de voz. Siguió intentándolo, sin suerte, y se dio por vencida cuando salió de la carretera y se desvió por los caminos sinuosos que trepaban hacia las montañas. Ya había dejado dos mensajes de voz y enviado varios de texto pidiéndole que la llamara.

En algún lado, en el fondo de su mente, escuchaba con temor el tictac de un reloj que le informaba que Margot Gray no se quedaría demasiado tiempo en la Hostería Cedar Creek. Tras media hora, por fin llegó al puente que cruzaba la garganta cerca de la cabaña de Eric y enfiló el largo camino de entrada. Eric estaba guardando una bolsa en el maletero de la Toyota 4Runner y se giró cuando escuchó el ruido del coche de Sloan sobre la grava.

—Ha pasado algo —dijo Sloan, mientras detenía el coche junto a él —. Necesito que vengas al pueblo ahora mismo.

—¿Qué pasa?

—He encontrado a Wendy Downing.

CAPÍTULO 45

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Margot caminaba de un lado a otro de la habitación y seguía mordiéndose la uña del pulgar. Para cuando oyó unos golpecitos a la puerta, la tenía ensangrentada. Cruzó a toda prisa la habitación, miró por la mirilla y vio al señor Menendez en el pasillo. Vestía de traje, como todas las otras veces que se había aparecido de la nada, en el apartamento de ella o en cualquier restaurante donde estuviera trabajando. Había tardado solo quince minutos en llegar hasta la Hostería Cedar Creek y Margot se quedó pensando en por qué estaba en el pueblo él también. No se molestó en preguntarle si la había seguido, si vivía allí o si estaba en Cedar Creek, como ella, porque la historia del regreso de la pequeña Charlotte estaba en todos los medios.

Abrió la puerta y él entró en la habitación, arrastrando una maleta grande con ruedas.

—¿Estás sola? —preguntó.

—Sí. —Margot cerró la puerta—. No sabía a qué otra persona llamar. Estamos en todas las noticias.

—Hiciste lo correcto.

—La ha visto, ¿verdad? La historia de la pequeña Charlotte.

El señor Menendez asintió.

—Sí, la he visto.

—Wendy Downing. Saben quién soy. O al menos, saben qué nombre usé.

—Dime cómo has llegado aquí —dijo Menendez, golpeando suavemente el dedo índice contra el armario del hotel—. A este pueblo y a esta habitación de hotel.

Margot soltó el aire con fuerza; este rebotó contra su labio inferior y le agitó el flequillo.

—Se va a enfadar.

—Dímelo, Margot.

—El pódcast de crímenes reales que sigo tenía la primicia de que la pequeña Charlotte había aparecido. Conozco la historia de cuando ocurrió en los años noventa, así que me interesaron los detalles. De pronto escuché que la pequeña había sido dada en adopción por una mujer llamada Wendy Downing y que el FBI la estaba buscando. Esa soy yo, señor Menendez. Es el nombre que puso en los documentos que me dio.

Margot se quedó esperando una respuesta.

—Continúa.

—En fin, una vez que até cabos, sentí remordimientos. Le pedí ayuda a un amigo y él averiguó dónde se alojaba Sloan Hastings en Cedar Creek. Así que vine en coche desde Reno para hablar con ella.

—¿Hablaste con Sloan Hastings?

—Sí. Es el bebé que usted y yo entregamos en adopción, ¿verdad?

Menendez no respondió.

—Sé que es ella. No soy tonta. Hace treinta años que siento remordimientos por lo que hicimos. Usted dijo que ella necesitaba padres que la quisieran y eso es lo que me repetí durante todos estos años. Pero nunca me dijo que se la quitó a unos padres que la querían. ¡Nunca me dijo que la secuestró!

El señor Menendez miró hacia la puerta de la habitación. Se llevó un dedo a los labios para acallar a Margot.

—¿Qué le dijiste, Margot?

—¿A Sloan?

—Sí. ¿Qué le dijiste?

—Le conté todo. Es decir, todo lo que sé.

Margot vio que el señor Menendez cerraba los ojos.

—No deberías haberlo hecho, Margot.

—Sí, bueno, estoy empezando a arrepentirme. Pero lo vi en las noticias y quería quitarme un peso de encima.

Margot hizo una pausa antes de hacer otra pregunta:

—¿Usted la secuestró, señor Menendez?

No hubo respuesta.

—Porque soy la que tiene problemas ahora. Están buscando a Wendy Downing. No la van a encontrar porque no existe, pero me van a encontrar a mí y necesito ayuda. Van a creer que la secuestré yo, y necesito saber qué decirles. Cuando todo esto me vino a la cabeza, solo pensé en llamarlo.

—¿Dónde está Sloan Hastings ahora?

—Fue a buscar a su amigo. Dijo que era el sheriff. Stamos, creo que se llamaba. Lo iba a traer aquí para que yo le cuente lo que le dije a ella. Me puse a pensar en el asunto y decidí que quería hablar con un abogado antes de hacerlo con la policía.

Menendez movió la silla del escritorio hacia el centro de la habitación y la apuntó hacia la ventana.

—Esto es lo que haremos, Margot. Siéntate.

Margot se levantó del borde de la cama y se sentó en la silla mientras el señor Menendez caminaba de un lado a otro delante de la ventana. Se detuvo para mirar hacia fuera. Margot supuso que estaría contemplando el río mientras tamborileaba con los dedos sobre el marco y pensaba en la siguiente jugada. Por fin, metió la mano en el bolsillo superior de la chaqueta del traje y caminó hacia el otro lado de la habitación, sumido en sus pensamientos, dedujo Margot.

—Creo que sé cómo resolver esto —dijo el señor Menendez cuando pasó a su lado.

—¿Cómo? —quiso saber Margot. De pronto se sintió incómoda, sentada en una silla en el centro de la habitación.

El señor Menendez se inclinó hacia ella desde atrás y le susurró al oído:

—¿Te sientes mejor ahora que te has quitado el secreto de encima?

—No lo sé. Puede ser.

—Bien. Podrás descansar en paz.

Margot casi no entendió sus palabras antes de sentir un fuerte tirón en el cuello, como si un anillo de fuego se le hubiera cerrado alrededor de la garganta. Inspiró, pero el aire no entró en su tráquea. Se llevó las manos al cuello, hundiendo los dedos contra su piel para tratar de aflojar el cordel que la asfixiaba. Trató de levantarse de la silla, pero la presión de la cuerda la tiraba hacia atrás y le aplastaba los hombros contra el respaldo.

Durante treinta segundos, se arañó el cuello. Tras otros treinta segundos, abrió los ojos. Contempló la luz del sol que entraba por la ventana del hotel hasta que un anillo negro que avanzaba desde la periferia acaparó su visión, constriñendo lentamente su mundo hasta que todo desapareció.

CAPÍTULO 46

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Desde que Ryder Hillier había subido el vídeo a sus canales sociales el martes por la noche, los medios habían tomado nota. Se difundió el rumor de que la pequeña Charlotte había regresado a Cedar Creek y los periodistas, con la esperanza de obtener una primicia, se lanzaron en masa sobre el pequeño pueblo de montaña, esperando conseguir una entrevista exclusiva o al menos ser los primeros en ver a Sloan. Ryder vio que había cada vez más medios en el lugar y estaba desesperada por llegar antes que sus colegas a la historia.

Había aparcado su coche en la esquina donde daba la parte posterior de la Hostería Cedar Creek. Su cámara dormitaba en el asiento del copiloto. Ryder abrió la ventanilla cuando la empleada de la hostería salió por la puerta trasera y cruzó el aparcamiento.

—Reservó una habitación hace un rato —dijo la mujer al acercarse a la ventana de Ryder—. Estaba con otra mujer. Mayor que ella, de unos cincuenta años.

—¿Tienes el número de habitación? —quiso saber Ryder.

—Puede ser.

Ryder le entregó otro billete de cincuenta dólares. Era el tercero que le daba. La empleada lo guardó en su bolsillo.

—Es la 303. Aquí tienes una tarjeta magnética.

Dejó caer la tarjeta por la ventanilla, cruzó corriendo el aparcamiento y desapareció por la puerta trasera.

Ryder despertó a su cámara de una palmada.

—Vamos, Kerry.

Kerry se despertó sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—Tenemos el número de habitación. Coge tu cámara.

Un instante después, Kerry apuntaba con su cámara a Ryder, que estaba delante del letrero de la Hostería Cedar Creek.

—Estoy en Cedar Creek, en el estado de Nevada, donde se rumorea que la pequeña Charlotte ha venido a encontrarse con la familia Margolis. Mis fuentes me informan que está en este hotel, la Hostería Cedar Creek, y estamos a punto de ir a buscarla para conseguir la primera entrevista o al menos grabar sus primeras palabras.

Ryder corrió por el aparcamiento, seguida por Kerry. La grabación que más tarde publicarían no estaba controlada por un estabilizador. Era precaria y real; el vídeo rebotaba mientras Ryder corría hasta la puerta trasera del hotel y la abría. En las escaleras, subió tres pisos mientras Kerry la seguía, capturando todo. En el tercer piso, Ryder se detuvo y se volvió hacia la cámara para hablar en un susurro.

—Tengo información de buena fuente de que la pequeña Charlotte, conocida también como Sloan Hastings, está hospedada en la habitación 303.

Ryder abrió despacio la puerta que daba al pasillo y Kerry movió la cámara para filmar el número de la habitación que estaba a unos metros. Pero justo cuando Ryder estaba a punto de salir del descansillo de las escaleras, se abrió la puerta de la habitación 303. Ryder cerró rápidamente la puerta y Kerry apuntó la cámara hacia la ventana vertical en la puerta. La malla de alambre del cristal armado desenfocaba la imagen. Un hombre de traje salió de la habitación 303 arrastrando una maleta con ruedas detrás de él. Se dirigió al final del pasillo, pulsó el botón y luego subió al ascensor. Kerry pudo captar su rostro con el zoom justo cuando se cerraban las puertas.

Cuando el hombre se fue, Ryder corrió por el pasillo hasta la habitación 303. Miró a la cámara una última vez antes de acercar la tarjeta magnética y abrir la puerta.

—¿Sloan Hastings? —dijo mientras abría.

Entró en la habitación, seguida por Kerry.

—¿Sloan Hastings?

Cuando resultó evidente que la habitación estaba vacía, Ryder se volvió hacia Kerry.

—¡Rápido! —dijo. Corrió por el pasillo hasta la escalera y comenzó a bajar los escalones de dos en dos. Kerry la seguía, filmando imágenes que seguramente serían vertiginosas y poco nítidas.

Salieron por atrás y corrieron al aparcamiento, buscando al hombre de traje. No estaba por ningún lado.

CAPÍTULO 47

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Eric fue a toda prisa hasta el lado del copiloto y subió al coche de Sloan. Las llantas chirriaron sobre la gravilla mientras ella salía por el camino de entrada, al tiempo que ponía al día a Eric sobre lo sucedido con Margot Gray.

—¿Margot Gray?

—Es el nombre de la mujer. Wendy Downing era un alias.

—¿Pero por qué te hace la confesión a ti? O a mí, o lo que sea que esté pasando.

—Siente culpa. Por lo que me contó, tenía solo veintitrés años cuando un hombre se le acercó en el restaurante donde trabajaba como camarera y le hizo una oferta que no podía rechazar. El hombre le dijo que era abogado y necesitaba su ayuda con una adopción.

—¿Guy Menendez?

—Sí. Le dijo que necesitaba saltarse la burocracia para reunir a una niñita con una pareja que quería adoptarla. Margot me dijo que necesitaba el dinero y decidió no hacer preguntas. Cuando hace poco se supo que la pequeña Charlotte había aparecido y que la

policía estaba buscando a una mujer llamada Wendy Downing, finalmente lo entendió.

—¿Entonces, esta mujer te localizó aquí?

—Sí. El pódcast que escucha reveló que yo había venido a Cedar Creek a reencontrarme con la familia Margolis. Jaqueó la base de datos de Vrbo y me encontró.

—¿Y ahora está en la casa que alquilaste?

—No, le reservé una habitación en la Hostería Cedar Creek. Me imaginé que mi casa sería invadida por los periodistas. La convencí de que se quedara allí mientras yo iba a buscarte. Está muy nerviosa. Se le ocurrió que confesar su papel en mi secuestro podría meterla en problemas.

—Así es. A menos que pueda llevarnos hasta Menendez y ayudarnos a descubrir qué pasó con tus padres. Entonces es probable que se le ofrezca un trato.

Sloan asintió.

—No creo que sepa más de lo que me dijo. Guy Menendez sabía lo que hacía. Eligió a Margot porque era un blanco fácil. Y parece que el tipo ha estado vigilándola durante treinta años. Dijo que cada dos años, más o menos, él la llama o aparece para ver cómo está. Le da dinero y se asegura de que no necesite nada ni esté preocupada por algo.

—¿Ha estado en contacto con él últimamente?

—Al parecer, sí. Me dio su número de móvil. Espero que nos sirva para encontrar a este tipo.

Eric asintió.

—Mi oficina podrá rastrear el número. Pero antes hablaré con ella.

Sloan bajó de la montaña y entró en el pueblo. Cruzó el puente Louis-Bullat y cuando entró en el aparcamiento de la Hostería Cedar Creek, el alma se le cayó a los pies.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Su coche no está. Tenía un Mazda antiguo y lo aparcamos aquí. No está.

Sloan ocupó la plaza donde habían dejado el Mazda de Margot, sacó la tarjeta magnética del bolsillo y salió del coche. Eric y ella atravesaron el aparcamiento a toda prisa, entraron en el hotel y subieron en el ascensor hasta el tercer piso. Sloan recorrió el pasillo con la mirada y se acercó a la habitación 303. Abrió la puerta y entró. La habitación estaba vacía.

—¿Margot?

Eric miró en el baño.

—Está vacío.

Sloan fue hasta el borde de la cama donde la mujer había estado sentada cuando ella se marchó.

Margot Gray se había ido.

EL PASADO

Cedar Creek,

estado de Nevada

Domingo 2 de julio de 1995

Dos días antes…

Sandy Stamos condujo por el largo camino de entrada y se detuvo frente a la cabaña. Abrió la puerta trasera de la Suburban y tomó la larga bolsa acolchada que contenía el rifle que había llevado del Departamento del Sheriff del condado de Harrison. Tras visitar a Tom Quinn en el lago Tahoe, trazó el plan e hizo la llamada mientras regresaba a su casa. Abrió la puerta de la cabaña y comprobó la hora: las 16.05. Su visitante llegaría a las cinco y Sandy tenía toda la intención de cerciorarse de que el hombre hubiera seguido las instrucciones y estuviera solo.

Había tomado una decisión táctica al organizar el encuentro allí y tenía sus ventajas y desventajas. La cabaña estaba aislada en la montaña y era imposible que alguien los descubriera. También era su territorio y lo conocía a fondo. Si algo salía mal, tendría una ventaja. El inconveniente, por supuesto, era que podía haber invitado al enemigo a su casa, revelando la ubicación de la cabaña de su familia, un secreto guardado por los Stamos desde que su padre se había convertido en sheriff del condado de Harrison hacía décadas.

Buscó una lata de Gatorade en la nevera y subió a la planta alta con el rifle colgado del hombro. Abrió la ventana del dormitorio principal,

pasó la pierna por encima del alféizar hasta que su bota tocó las tejas y luego se agachó para pasar. Trepó por el techo alpino hasta la chimenea. Se puso detrás de los ladrillos rojos y observó el terreno. Desde donde estaba podía ver todo el valle y el pueblo de Cedar Creek a lo lejos. También tenía un buen panorama del camino que pasaba por detrás de la cabaña y corría paralelo a la garganta a la que daba su finca. Desde su ubicación en el tejado veía el puente de madera que cruzaba la garganta y se arqueaba sobre el río que corría debajo: era el único punto de acceso a la cabaña.

Sandy sacó el rifle del estuche blanco y lo posicionó sobre un bípode encima de la chimenea. Revisó la mira y ajustó el foco para que la retícula apuntara al puente. Levantó los prismáticos que colgaban de su cuello, los apuntó al puente y esperó; pasaron treinta minutos antes de que el vehículo apareciera en su visión.

El BMW cruzó despacio el puente y giró hacia el camino de acceso. Sandy mantuvo los prismáticos enfocados en el puente durante otro minuto, por si venían otros vehículos. No apareció ninguno. Volvió a la chimenea, giró el rifle y colocó el ojo en la mira. Ajustó la retícula para visualizar el largo camino de entrada a la cabaña. Al ver que el coche aminoraba la velocidad y cogía el camino de entrada, Sandy colocó la cruz en la ventana del lado del conductor.

Cuando Preston Margolis salió del coche, Sandy mantuvo al hombre en la mira.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Domingo 2 de julio de 1995

Dos días antes…

—¿Estás solo? —gritó Sandy desde el tejado.

Preston se giró para buscar el origen de la voz.

—¡Responde a la pregunta!

—¡Sí! —gritó Preston—. ¡Estoy solo!

—Quédate donde estás y no te muevas. ¿De acuerdo?

—¿Qué es todo esto, sheriff?

Sandy no respondió. Dejó el rifle sobre la chimenea y bajó por el tejado hasta un cobertizo que estaba junto a la cabaña. Saltó al tejado del cobertizo y cruzó hacia un extremo donde había colocado una escalera. Bajó al suelo, sacó su pistola Glock de la cartuchera y corrió hasta un lateral de la cabaña. Cuando miró por la esquina, vio que Preston Margolis seguía en el mismo lugar, en el camino de entrada. Sandy avanzó con el arma apuntando hacia delante.

Cuando Preston lo vio, levantó los brazos.

—¿Qué mierda pasa, Sandy?

—Abre el maletero.

—¿Qué?

—¡Ábrelo!

—Estoy solo, Sandy. ¿A quién crees que traigo conmigo?

—Hazme el favor.

Preston fue hasta la parte trasera del BMW y abrió el maletero. Sandy se acercó y apuntó el arma hacia el fondo del espacio vacío. Fue hasta la puerta del copiloto y la abrió. El coche estaba vacío.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Preston.

—Perdona, pero no confío en un Margolis.

Sandy enfundó el arma.

—¿Dónde mierda estamos?

—En la cabaña de mi familia.

—¿Por qué me has hecho venir hasta aquí?

—Porque alguien está tratando de incriminar a tu esposa por el asesinato de Baker Jauncey y necesito tu ayuda para averiguar quién es.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Domingo 2 de julio de 1995

Dos días antes…

Sandy supuso dos cosas cuando ideó su plan para reclutar la ayuda de Preston Margolis. La primera era que Preston no tenía nada que ver con el asesinato de Baker Jauncey y haría todo lo posible para proteger a Annabelle. La segunda era que, como abogado de Margolis y Margolis, tendría acceso completo a archivos e información que podrían ayudar a Sandy a descubrir quién era Guy Menendez.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó mientras entraban en la cabaña.

—Tal vez un whisky mejor. No todos los días me apuntan con un arma.

Sandy señaló la isla de la cocina para que Preston se sentara. Vertió dos dedos de Jameson en un vaso y buscó una cerveza en la nevera. Se sentó en un taburete junto a Preston y empujó el whisky hacia él.

Preston bebió un sorbo largo.

—Veamos, sheriff. Empieza desde el principio.

—Alguien en Margolis y Margolis mató a Baker Jauncey —dijo Sandy mientras tomaba un sorbo de cerveza.

—¿Qué?

Sandy asintió.

—Marvin Mann, el investigador de Baker, vino a verme hace unos días para contarme una historia interesante. Baker había encontrado pruebas de fraude financiero en tu bufete de abogados: lavado de dinero, malversación de fondos y más. Baker reclutó a su investigador de confianza para que lo ayudara a descubrir quién era el responsable y le entregó un montón de documentos que tomó del bufete. Al día siguiente, Baker murió, víctima de un aparente atropello. Marvin Mann vino a contarme sus sospechas de que la muerte de Baker no había sido un accidente. Me entregó todos los documentos que Baker le había dado y le pedí a mi contable que los revisara. La cuestión es que están sucediendo muchas cosas turbias en tu bufete. Baker Jauncey se enteró y lo mataron.

—¿Quién es? —preguntó Preston—. ¿Quién está involucrado en este fraude?

—Por eso te pedí que vinieras aquí. No sé quién está detrás de todo esto. Pero espero que, si te cuento lo que sé, puedas averiguarlo, ya que tienes acceso fácil a los archivos de Margolis y Margolis.

—¿Qué es lo que sabes?

Sandy fue hasta el armario que había sobre la nevera y sacó algunas páginas de los archivos que Marvin Mann le había dado; eran copias, pues los originales estaban guardados en la caja de seguridad en Reno.

—Esto es parte de lo que Baker encontró en el bufete. Es solo una muestra de lo que le dio a Marvin Mann.

Preston hojeó las páginas.

—Si esto es solo una parte de lo que descubrió Baker, ¿dónde está todo lo demás?

—Guardado en un lugar seguro, de momento. Y es todo lo que diré hasta saber si vas a ayudarme.

—Explícame lo que te dijo tu contable —dijo Preston.

Durante quince minutos, Sandy desglosó el complicado rompecabezas del fraude que se estaba llevando a cabo en el bufete.

Preston volvió a revisar los documentos.

—No hay nombres en ninguna de estas páginas. Son todas empresas fantasma anónimas y cuentas numeradas.

—Solo hay un nombre en alguno de los documentos: Guy Menendez.

—¿Quién?

—Guy Menendez.

—No hay nadie con ese nombre en Margolis y Margolis.

Sandy asintió.

—Ya me lo imaginaba.

—Dime qué tiene que ver esto con mi esposa.

Sandy tomó un sorbo de cerveza.

—Fue todo un montaje, Preston. Alguien mató a Baker y después hizo que pareciera que el coche de Annabelle lo atropelló.

—¿Por qué?

—No tengo idea. Pero esto es lo que no me cuadra: tu familia tiene influencia en casi todo el condado de Harrison y en gran parte de Nevada. La oficina del forense del condado está bajo la autoridad de tu familia y ellos robaron literalmente el cadáver de Baker de Reno en plena noche y llevaron a cabo su propia autopsia. Eso solo puede suceder si es que alguien decidió meter mano en el caso. Y cuando pasa algo así, por lo general esa mano tiene las huellas dactilares de los Margolis.

Preston levantó las palmas de las manos.

—Obviamente, no he sido yo.

—Por eso estás aquí, abogado. Necesito que me ayudes a descubrir qué está pasando. La Oficina del Médico Forense de Reno llegó a una conclusión completamente diferente sobre cómo murió Baker de la del forense del condado de Harrison. Según él, la causa oficial de la muerte fue un traumatismo craneal ocurrido cuando el coche lo atropelló. Reno dice que a Baker lo golpearon con un bate de béisbol. Así que hasta donde puedo adivinar, a alguien no le gustaba la idea de que se atribuyera la muerte de Baker a un golpe con un bate de béisbol y prefería que la versión oficial dijera que murió atropellado por el coche de Annabelle.

—Entonces, solo para que quede claro, ¿mi esposa ya no es sospechosa de la muerte de Baker?

—Mientras yo esté a cargo de la investigación, no.

—¿Qué necesitas de mí?

—Que averigües quién está detrás del fraude en Margolis y Margolis.

—¿Y crees que la respuesta está en los archivos del bufete?

—Exacto.

Preston apartó el whisky y se puso de pie.

—Entonces iré a investigar.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Domingo 2 de julio de 1995

Dos días antes…

Preston esperó hasta el anochecer para ir a las oficinas de Margolis y Margolis. Horas antes, había visto que el personal de limpieza dejaba el edificio, cargaba sus furgonetas y salía del estacionamiento tras dejar las oficinas impecables para la mañana del lunes. Bebió café para mantenerse alerta mientras esperaba. Cuando estuvo seguro de que el edificio estaba vacío, sin ni siquiera la presencia de un asociado júnior ansioso, salió del coche y entró por la puerta de atrás. Era cerca de la medianoche.

Su despacho estaba en el tercer piso y rápidamente se sentó ante su escritorio y encendió el ordenador. El bufete estaba a la vanguardia de la tecnología y había digitalizado todos sus archivos en los últimos veinticuatro meses. Margolis y Margolis había usado el correo electrónico interno durante años, pero se había zambullido de lleno en la nueva era de internet que se avecinaba. Preston era uno de los abogados jóvenes que impulsaban la transición a archivos digitalizados y registros electrónicos y era el encargado de implementar la conversión del bufete a la era tecnológica. Por ese motivo, estaba sumamente familiarizado con el funcionamiento interno de los archivos digitales del bufete y, aunque no era socio, tenía fácil acceso a todo.

Tardó solo treinta minutos en encontrar el nombre de Guy Menendez enterrado en los archivos. Una vez que tuvo la pista, no la soltó. Pasó horas escarbando entre los archivos del bufete y profundizando en los registros financieros. Las pistas estaban suficientemente bien cubiertas como para que un observador casual o un investigador perezoso las pasara por alto, pero con la información que le había proporcionado Sandy Stamos, Preston sabía qué buscar y lo encontró con facilidad. Tan obvio era el fraude y el robo que Preston se preguntó cómo pudo pasar inadvertido durante tanto tiempo. A menos que, se dijo, alguien en la cima estuviera involucrado.

Se tomó un café y siguió escarbando. Pasó toda la noche revisando archivos y desentrañando la red de corrupción. Poco después de las cuatro de la madrugada, con su escritorio cubierto de hojas impresas que detallaban minuciosamente el fraude financiero y cómo había sido encubierto, encontró el punto clave.

—Hijo de puta —susurró con los ojos enrojecidos fijos en la pantalla del ordenador.

A pesar de la hora que era, descolgó el teléfono del escritorio y tecleó el número de Sandy. Sonó una vez y el sheriff respondió.

—¿Has encontrado algo?

—Todo —respondió Preston—. Sé quién está desviando el dinero.

QUINTA PARTE

En foco

CAPÍTULO 48

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Tras marcharse de la Hostería Cedar Creek, Sloan dejó a Eric en la Oficina del Sheriff. Margot Gray no podía haber ido lejos. Eric pondría a sus asistentes en alerta para que buscaran un Mazda antiguo y alertaría a la Patrulla de Carreteras de Nevada. Si Margot todavía estaba en el pueblo, la encontrarían. Si estaba en la carretera, la traerían de vuelta. Eric también iba a rastrear el teléfono de Guy Menendez que Margot le había dado a Sloan.

Mientras tanto, Sloan dedujo que la prensa no tardaría mucho en encontrar la casa que había alquilado. Había aceptado el ofrecimiento de Eric de ocultarse en su cabaña, pero, como tenía que recoger algunas cosas, se dirigió a su casa, sintiéndose decepcionada y frustrada. Cuando se detuvo en la entrada, el sol comenzaba a ponerse, iluminando las nubes por encima de los picos de Sierra Nevada con un inquietante brillo carmesí que le gritaba a Sloan que la oportunidad de develar los secretos de su pasado se escurría como sangre de una herida.

Entró en la casa, tomó una Diet Dr. Pepper y se sentó a la mesa de la cocina. Buscó la tarjeta del agente especial John Michaels y lo llamó. Conversaron durante quince minutos, en los que le habló de Margot Gray, conocida también como Wendy Downing. Le dio una descripción de la mujer y la marca y el modelo del coche que conducía. Le dictó el número de teléfono que supuestamente

pertenecía a Guy Menendez y respondió a la andanada de preguntas del agente Michaels.

—¿Stamos es el sheriff del condado? —preguntó Michaels.

—Sí —explicó Sloan—. Él y yo hemos estado…, bueno, no trabajando juntos exactamente, pero sí en contacto estrecho desde que llegué.

—¿Hay algo que yo deba saber?

Sloan pensó en el padre de Eric y el misterioso vínculo entre la muerte de Baker Jauncey y la desaparición de los Margolis y su pequeña. No sabría por dónde empezar.

—Tal vez en algún momento, sí —respondió—, pero por ahora concentrémonos en Margot Gray.

—Dame tiempo durante el día de hoy. Te llamaré mañana por la mañana. ¿Algo más?

—Sí. ¿Cómo se filtró mi historia?

—Voy a hacer una investigación interna para averiguarlo. Pero ahora quiero ocuparme de seguir las pistas que me has dado.

—Manténgame al tanto.

—Sí.

Sloan cortó la llamada justo cuando oyó el ruido de la puerta de un coche al cerrarse. Fue hasta la ventana de la sala y miró por entre las persianas.

—¡Uy, mierda!

Una furgoneta del Canal 4 de CBS estaba aparcada fuera. Las puertas traseras estaban abiertas y un hombre bajaba equipos a la calle. Antes de que Sloan pudiera apartarse, otra camioneta entró en

la calle y aparcó junto a la acera de enfrente. Una periodista abrió la puerta y corrió por el jardín delantero. Sloan cerró las persianas justo cuando la mujer llegaba a la puerta y llamaba.

—Su puta madre —dijo Sloan por lo bajo.

—¿Sloan Hastings? —gritó la periodista—. ¡Soy Monica Campbell, de Noticias NBC! Queríamos hablar contigo sobre la supuesta conexión con la pequeña Charlotte y sus padres, que siguen desaparecidos.

El teléfono vibró en su mano y la sobresaltó. Miró la pantalla y vio que era Nora. Fue a la cocina y respondió en un susurro.

—¿Hola?

—Acabo de hablar con Tilly. Hay furgonetas de la televisión aparcadas fuera de su casa y periodistas por todas partes.

—Sí, aquí también. Estoy en la casa de alquiler y han aparecido dos furgonetas. Ahora mismo tengo una desquiciada golpeándome la puerta.

—Voy para allí —dijo Nora.

—¿Para qué?

—Para rescatarte. Quédate donde estás. Tardaré unos minutos. Y haz las maletas, no te quedarás allí.

Cortó la llamada y Sloan volvió a la ventana del frente. Una tercera furgoneta había aparcado en la calle. Mientras la periodista seguía llamando a la puerta principal, Sloan oyó movimientos en la puerta de la cocina.

—Son implacables —protestó por lo bajo.

Por un momento, sopesó la idea de abrir la puerta y decir algo para satisfacer la desesperación de los medios y también proporcionarles

las imágenes de vídeo que tanto ansiaban. Pero sabía que no terminaría con una simple declaración. Querrían respuestas que ella no tenía.

Subió corriendo a la primera planta y vació los cajones que había llenado pocos días antes, para hacer la maleta. Vació el baño y arrastró la maleta por las escaleras justo cuando el teléfono vibró con un mensaje de Nora.

Estoy llegando.

Sloan miró por la ventana y vio que Nora entraba en la calle sin salida a toda velocidad y frenaba en un ángulo extraño, con las ruedas delanteras sobre el césped. Abrió la puerta de su lado y se abrió paso por entre los periodistas que empujaban micrófonos contra su cara y le gritaban preguntas mientras las cámaras lo grababan todo. Nora los mantuvo a raya con la mano en alto y un movimiento negativo de la cabeza hasta que llegó al porche. Sloan abrió la puerta y la hizo entrar.

—¡Esto es una locura! —exclamó Sloan.

Comenzaba a entender el peso de la situación. La pequeña Charlotte Margolis había dominado las noticias y las revistas del corazón durante casi un año después de su desaparición, y tras casi tres décadas el público seguía obsesionado con la historia. Y ahora estaban desesperados por la secuela: el regreso de Charlotte Margolis.

—Pareces una estrella de cine que esquiva los paparazzi. —Nora bajó la mirada y vio la maleta de Sloan—. Ah, qué bien, ya la tienes hecha.

La levantó y dijo:

—Sígueme.

—¿Adónde vamos?

—Nos largamos.

—Nos seguirán.

—Lo dudo —dijo Nora—. Confía en mí. ¿Estás lista?

Sloan asintió. Nora abrió la puerta principal y bajó corriendo los escalones, arrastrando la maleta. Sloan la siguió de cerca.

—¡Sloan Hastings! —gritó una de las periodistas—. ¿Eres Charlotte Margolis?

—¿Dónde están Preston y Annabelle Margolis? —gritó otro.

Sloan hizo caso omiso de las preguntas y corrió hacia el coche de Nora, abrió la puerta del copiloto y entró a toda prisa. Nora arrojó la maleta en el asiento trasero, se puso detrás del volante y cerró la puerta con fuerza. El motor seguía encendido, por lo que puso la marcha atrás y retrocedió con un chirrido de neumáticos, dispersando a los cámaras que se habían acercado al vehículo. Cuando el camino estuvo despejado, metió la marcha y se alejó a toda velocidad. A los medios les llevó un instante arrojar los equipos adentro de las furgonetas y empezar la persecución. Pero para entonces, era demasiado tarde.

Mientras daban la vuelta en la pequeña rotonda al final de la calle, una Ford F150 frenó en la entrada a la calle, bloqueándoles la salida. Los conductores de las tres furgonetas empezaron a hacer sonar la bocina. Al ver que la camioneta no se movía, uno de los conductores se apeó y se acercó a ella.

—¡Quítate del camino!

La ventana se abrió y apareció la cara de Lester Strange, el encargado de mantenimiento de la familia Margolis.

—No va a ser posible —dijo Lester.

CAPÍTULO 49

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Nora tomó la calle de detrás del estudio y aparcó junto al contenedor de basura.

—¿Quién era ese, el de la camioneta? —quiso saber Sloan.

—Lester, nuestro hombre de mantenimiento. Es muy fiel. Le pedí un favor y no vaciló. Nos ha hecho ganar algo de tiempo. Anda, ven.

Sloan siguió a Nora por la calle y por la puerta trasera del estudio. Una vez dentro, Nora cerró las cortinas.

—Estarás a salvo aquí por ahora, pero el resto del pueblo es una lotería. Los periodistas creen que te hospedas en la Hostería Cedar Creek y hay un montón de equipos de noticias allí. Ahora, obviamente, han encontrado tu casa alquilada. También están al acecho fuera de las puertas de la casa de Tilly y Reid. Es probable que vayan a mi casa en algún momento, pero el estudio está demasiado alejado como para que alguien nos busque aquí. Al menos por un tiempo. Estamos trabajando en un plan B.

—Quizás debería hablar con ellos y ya.

—De ninguna manera. Antes necesitas ver a un abogado. Podrías obtener una buena suma si le das la exclusiva a la persona

adecuada. Incluso podrías pagar toda tu deuda universitaria. Además, en tu lugar, antes de empezar a dar entrevistas, yo hablaría con ese agente del FBI que mencionaste. Nunca se sabe lo que puedes o no puedes decir.

Sloan fue hasta la ventana y miró por entre las cortinas.

—Entonces, ¿vamos a ocultarnos en tu estudio? ¿Durante cuánto tiempo?

—No mucho, con suerte. Tilly dijo que todo debería estar listo en aproximadamente una hora.

—¿Qué es todo?

—Hasta que podamos ayudarte a decidir con qué periodista hablar y dónde, te sacaremos de Cedar Creek.

—¿Y adónde iremos?

—A la Finca Margolis. La bodega familiar es la única elección lógica. Está a pocas horas de aquí, pero bien podría ser en el otro extremo del mundo, porque una vez que estemos allí, nadie nos encontrará ni nos molestará. Incluso si de algún modo la prensa lograra seguirnos hasta allí, la finca es enorme y es imposible que alguien entre. Podremos quedarnos allí hasta que se calmen las cosas o al menos hasta que decidamos cuál es el mejor camino a seguir.

—¿Estás segura? Me siento muy mal por haber traído conmigo todo este sensacionalismo.

—Claro que sí. Fue idea de Reid. ¿Ochocientas hectáreas aisladas en Oregón, cubiertas de vides? Es el sitio perfecto. Reid está haciendo los arreglos necesarios y nos llamará cuando esté todo listo. Los medios que están fuera de los portones de la casa de Reid y Tilly complican las cosas de momento, pero él decidirá qué hacer. Mientras tanto, esperaremos aquí hasta que nos den luz verde.

Sloan se pasó la mano por la parte delantera de los pantalones. Sentía un zumbido nervioso en las entrañas. Tenía que encontrar una manera discreta de llamar a Eric y contarle lo que sucedía.

—Ay, pobrecita —dijo Nora—, eres un manojo de nervios.

Sloan esbozó una sonrisa forzada.

—Me siento muy mal por poneros a todos en una situación tan complicada.

—Mira, en la familia de Ellis hay muchas cosas que son difíciles de digerir, pero si hay algo en lo que Tilly y Reid se destacan es en proteger a sus seres queridos. Te ayudarán a manejarte con los medios. Tienen las relaciones y la influencia necesarias como para calmar este huracán y ponerte en contacto con las personas indicadas. Solo tomará algo de tiempo.

Nora señaló las cajas que contenían las fotos de Annabelle.

—Terminemos de revisar las últimas dos cajas —propuso—. Te distraerá de toda esta locura.

A pesar de la confusión que embargaba a Sloan y de lo nerviosa que estaba, una idea le cruzó por la mente. Ella y Eric habían pasado la noche anterior revisando los detalles de la desaparición de sus padres. La revelación más importante había sido el hallazgo de la sangre de Annabelle en la cocina de su casa, sumada al hecho de que alguien había tratado de limpiarla para ocultar pruebas. Los armarios de la casa estaban vacíos y faltaba la ropa de Preston y Annabelle, lo que sugería que se habían marchado por propia voluntad. La confesión de Margot Gray en cuanto a que alguien le había pagado para que se hiciera pasar por la madre de la pequeña Charlotte no hacía más que añadir confusión. Para la medianoche, Sloan y Eric tenían más preguntas que respuestas. Pero tal vez las cajas que tenía delante y las fotos que Annabelle había tomado aquel verano contuvieran las piezas faltantes del rompecabezas.

—¿Las fotos de Annabelle tienen la fecha impresa?

—Deberían tenerla, sí.

Nora fue hasta una de las cajas y sacó una foto. En el rincón inferior derecho se veía la fecha impresa con tinta roja. Nora levantó la foto.

—Sí. 22 de junio de 1995.

Sloan entornó los ojos y levantó la barbilla.

—¿Cuánto se acercan las fechas de las fotos al Cuatro de Julio?

Nora miró las cajas y luego a Sloan; en sus ojos se registró su comprensión.

—¿Al día en que desapareció?

—Sí. Has visto la mayoría de las fotos. ¿Cuánto se acercan al Cuatro de Julio?

—Si mal no recuerdo, las fotos llegan hasta esa misma mañana —respondió Nora.

—Veámoslas.

CAPÍTULO 50

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Sloan y Nora se turnaban para ver si había equipos de noticias en la calle. Llegaron a la segunda caja de fotos y encontraron, cerca del fondo, un sobre con imágenes fechadas el 4 de julio de 1995, el día que Annabelle Margolis desapareció con su marido y su hija de dos meses. El día que, según el expediente del caso que había visto Sloan, se limpió una gran cantidad de sangre de Annabelle del suelo de la cocina.

—Mira, estas son del 4 de julio —dijo Nora.

Revisó rápidamente las fotos.

—Sí. Recuerdo haberlas revelado. No lo hice yo, llevé el rollo de película al estudio. Los rollos estaban entre las pertenencias de Annabelle y Preston cuando finalmente limpiamos la casa semanas después de que desaparecieran contigo.

Le entregó las fotos a Sloan.

—¿Quién las ha visto? —preguntó Sloan.

—Yo, pero hace muchos años. Y los detectives que investigaban el caso también quisieron verlas. Pero nunca encontraron nada

interesante. Me las devolvieron y han estado en mi desván desde entonces. Hasta que Ellis las buscó y me las trajo el otro día.

Sloan y Nora sacaron las fotos, decenas de brillantes imágenes de diez centímetros por quince, y las desparramaron sobre la mesa. Sloan sentía un hormigueo en los dedos mientras ordenaba las fotos. Contaban la historia de su último día con sus padres biológicos en Cedar Creek a través del lente de la cámara de Annabelle. Las imágenes comenzaban por la mañana, con hermosas tomas del amanecer desde el jardín de la casa nueva de Preston y Annabelle. Luego seguían en la celebración del Cuatro de Julio en el pueblo.

—Aquí estás en tu cochecito —dijo Nora y le pasó una foto de la pequeña Charlotte en un cochecito, protegida del sol por la visera—. ¡Eras tan bonita!

Había varias fotos de la niña sola y algunas en brazos de Preston.

—Todas estas fueron tomadas con la Nikon FM10 que le regalé a Annabelle aquel verano —agregó Nora—. Llevaba la cámara a todas partes. Se la colgaba del cuello y fotografiaba todo lo que le resultaba fotogénico.

Nora sacó la última foto del sobre.

—Qué talento tenía, madre mía —dijo—. Mira como encuadró esta foto de ti.

Nora levantó una foto de la pequeña Charlotte tumbada sobre una manta roja, blanca y azul extendida sobre el césped junto al río, con imágenes borrosas de veleros en el fondo.

Sloan cogió la foto y la miró con atención. La fecha estaba estampada en rojo en el extremo inferior.

—La Fiesta del Río del Cuatro de Julio —dijo Sloan—. ¿Todavía la celebran aquí?

—Sí, claro. Se celebra desde que tengo memoria. Este julio pasado tuvo la mayor asistencia en la historia de Cedar Creek.

—¿Es una fiesta que dura todo el día?

—Sí, empieza por la mañana y dura hasta el anochecer. Se cierra por la noche con un gran espectáculo de fuegos artificiales.

Sloan levantó la foto de ella misma sobre la manta.

—Entonces esto es en algún momento de la mañana o temprano por la tarde, a juzgar por la luz del sol. Y esta es la última foto del grupo. ¿Hay más de ese día? Es el día en que desaparecimos. Vale la pena ver cuáles fueron las últimas fotos de Annabelle. A menos que esto sea todo, y entonces no nos dice mucho.

Nora negó con la cabeza.

—Estas son del último rollo de película que encontramos. No había más en la casa.

—¿Qué hay en la última caja? —preguntó Sloan, señalando la que estaba en el extremo de la mesa.

—Piezas de equipos de fotografía que quedaron en la casa de Preston y Annabelle. Nadie sabía qué hacer con las cosas cuando vaciamos la casa, así que me las llevé.

Nora se puso de pie y fue hasta el otro lado de la mesa. Levantó la caja y la llevó hasta donde estaba Sloan. Levantó la tapa y frunció el entrecejo.

—¿Y esto?

—¿Qué pasa? —preguntó Sloan—. ¿Hay más fotos?

—No, solo esto.

Nora metió la mano en la caja y entre las piezas sacó una cámara.

—Es la de Annabelle. La Nikon FM10 que le regalé ese verano.

—¿Qué tiene de extraño?

—Que no estaba entre sus pertenencias cuando vaciamos la casa.

—¿Estás segura? Fue hace casi treinta años.

—Estoy segura, sí. Se la regalé para su cumpleaños y me preguntaba dónde habría ido a parar. Pensé que, si Annabelle había huido, se la habría llevado.

—Sabemos que ella no se fugó.

Nora asintió.

—Entonces, ¿cómo terminó su cámara en la caja si no la dejó en su casa?

Nora miró a Sloan y luego otra vez a la cámara; la hizo girar como si sostuviera una reliquia antigua.

—No lo sé.

Nora giró la cámara una vez más y luego la inspeccionó de cerca.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Todavía tiene un rollo de película.

—¿En la cámara?

—Sí.

Sloan se levantó.

—¿Hay fotos?

—Indica que quedan tres fotos. Eso significa que hay veintiuna fotos sin revelar.

—Una continuación de lo que tenemos aquí —dijo Sloan, señalando las imágenes que cubrían la mesa—. Del día en que desaparecimos, ¿no? Tienen que ser del mismo día.

Nora estaba boquiabierta ante lo que habían descubierto.

—Averigüémoslo.

Sloan sintió que se le revolvía el estómago por los nervios y una fatal sensación de que el misterio de su vida estaba a punto de ser revelado.

—¿Qué pasa?

Sloan negó con la cabeza.

—Nada. Solo estoy nerviosa, supongo. Por ver qué hay en las fotos.

—No tenemos por qué verlas.

—Por supuesto que sí. ¿Podemos revelarlas en el cuarto oscuro?

—Sí. Pero solo si estás segura.

—Vamos.

Oyeron que se abría la puerta trasera.

—¿Nora? —dijo Ellis mientras entraba en el estudio—. Estamos listos, pero hay que partir ya. Los medios siguen apostados fuera de la casa, pero mis padres están saliendo por el camino auxiliar que hay detrás de la finca.

—Le dije a Sloan que recogiera sus cosas —explicó Nora, señalando la maleta.

—Perfecto —dijo Ellis. Llevó la maleta a la puerta trasera—. La meteré en el coche.

—¿Y las fotos de Annabelle? —preguntó Sloan en voz baja.

Nora cogió la cámara y la metió en su bolso.

—Tengo un cuarto oscuro en la casa de la finca. Las revelaremos allí.

—¿En la bodega?

—Sí, es de los viejos tiempos.

—¿Listas? —preguntó Ellis un instante después.

Nora asintió.

—¿Iremos todos en el mismo coche?

—No, en coche no —respondió Ellis—. Mi padre ha alquilado un helicóptero para sacarnos de aquí.

CAPÍTULO 51

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Sloan podría haber estado soñando y, de hecho, pensaba que lo estaba, mientras, aferrada a la mano de Nora, corría hacia un helicóptero que esperaba recortado contra el resplandor del horizonte; los rotores giraban y las vibraciones retumbaban en su pecho. Ellis las seguía de cerca y cuando Sloan subió a bordo, vio a Tilly y Reid Margolis en sus asientos, con los cinturones de seguridad abrochados.

—¡Bienvenida! —gritó Reid por encima del ruido ensordecedor de las hélices—. Sé que nos conocemos poco, pero no permito que nadie trate tan mal a los miembros de mi familia. Eso incluye a los todopoderosos medios de comunicación estadounidenses.

El copiloto las ayudó a subir y a ponerse los cinturones.

—Aquí tiene, señorita. —El joven le entregó unos auriculares con cancelación de ruidos—. Es un vuelo de aproximadamente dos horas, los va a necesitar.

Sloan trató de sonreír mientras se colocaba los auriculares. El ruido de los rotores se atenuó de inmediato. Miró a Nora, que le apretó la mano y sonrió. No terminaba de entender cómo esa mujer se había convertido en una amiga tan cercana en solo unos días. Pero estaba feliz de que lo fuera.

Ellis se sentó frente a ellas mientras el copiloto cerraba la puerta antes de volver a su asiento en la cabina. A través de los auriculares, Sloan escuchó la voz del piloto.

—Bien, pasajeros: prepárense para un vuelo de dos horas. El clima está despejado y el cielo, tranquilo. No debería haber ningún contratiempo.

Sloan miró por la ventanilla mientras el helicóptero despegaba; la hierba se aplanaba con la presión descendente de los rotores. El impulso la empujó hacia atrás en su asiento cuando el helicóptero aceleró y tomó rumbo noroeste, hacia Oregón.

CAPÍTULO 52

Bend, estado de Oregón

Jueves 1 de agosto de 2024

La Finca Margolis era una vasta propiedad de unas ochocientas hectáreas en Bend, en el estado de Oregón. Ya era de noche cuando llegaron y la casa de los Margolis se veía bien iluminada desde arriba. Nora señaló algunos puntos de referencia a medida que se acercaban: la casa principal, la cabaña para invitados, la pista de tenis, la bodega y el viñedo. Cuando el helicóptero aterrizó en un claro a unos cien metros de la piscina, Sloan tuvo la impresión de que no era la primera vez que la familia llegaba a la finca de esa manera.

El piloto apagó el motor, el copiloto abrió la puerta y todos salieron. Sloan tomó la mano de Ellis, que las ayudó a bajar los escalones a ella y a Nora antes de dedicarse a su madre, que descendió con cuidado, apoyándose en su hijo. Aparecieron dos hombres y hablaron brevemente con Reid antes de sacar el equipaje del compartimento. Reid Margolis tomó la delantera por el césped, pasando junto a la piscina y la terraza y entraron por la puerta trasera de la casa. Al entrar en la cocina, Sloan pudo ver lo imponente que era el lugar: las encimeras de hormigón, las alacenas de madera de cerezo, los techos de seis metros, todo era magnífico en la casa.

—Bienvenida a la Finca Margolis —dijo Reid.

—Gracias —respondió Sloan—. Lo siento, estoy un poco abrumada.

—Discúlpanos por sacarte de allí a toda prisa —dijo Tilly—. Es que no podíamos creer la cantidad de furgonetas de medios de comunicación que había aparcadas fuera de casa. Sabíamos que se iría a peor y todavía no estamos preparados para hablar con los medios.

—Me asombra que haya tanto interés —dijo Sloan.

—Pues no es de extrañar —respondió Reid—. Cuando tú y tus padres desaparecisteis aquel verano, la noticia impactó a todo el país. Tú te estás enterando hoy al leer los registros y archivos. Nosotros lo vivimos. La prensa fue implacable en aquel entonces y siguió siéndolo durante años. No nos sorprende que tu aparición haya causado tanto revuelo y no tenemos intención de meternos a ciegas en la trampa mediática en la que caímos hace décadas. Fue, perdona la expresión, un puto manicomio. Acusaciones, teorías conspirativas, rumores y mentiras descaradas. No permitiremos que suceda lo mismo. Esta vez controlaremos el relato y la mejor manera de hacerlo es relacionarnos con los medios en nuestros propios términos. Al venir aquí hemos ganado unos días y nos tomaremos el fin de semana para encontrar la mejor manera de abordar el asunto.

No era difícil, pensó Sloan, darse cuenta de que Reid Margolis era el patriarca de la familia, el que tomaba las decisiones y daba las órdenes.

—Lamento mucho los problemas que esto pueda haber causado —se disculpó Sloan.

—Ay, basta —exclamó Tilly; se acercó y tomó el antebrazo de Sloan en sus suaves manos—. No es tu culpa y estamos contentos de tenerte aquí.

—Coincido en que debemos tomarnos un tiempo para evaluar las opciones, pero tendremos que hablar con la prensa en algún

momento —dijo Ellis—. Sobre todo, querrán escuchar a Sloan, pero todos tendremos que hacer declaraciones. Deberíamos pensar en qué diremos para estar todos en la misma línea.

—Por el amor de Dios, Ellis —dijo Reid—, esto no es la preparación para un juicio. Estaremos en la misma línea mañana después de que haga unas llamadas a las cadenas de noticias y averigüe algo sobre las entrevistas.

—No sé si esto ayuda —dijo Sloan—, pero mi jefa en Raleigh es consultora médica para NBC y HAP News. Podría hablar con ella y preguntarle si puede ponernos en contacto con alguien.

Reid asintió.

—Es un excelente comienzo. Yo también haré unas llamadas y veremos qué sucede. Pero eso queda para mañana. Ahora mismo, después de esa huida estresante, ¿puedo ofreceros algo de beber? Yo necesito un trago.

Unos minutos más tarde, abrieron dos botellas de cabernet Finca Margolis y todos se sentaron en la sala para ver Eventos Nacionales; durante el programa, Avery Mason recapituló los detalles de la milagrosa reaparición de la pequeña Charlotte después de casi treinta años. Un rápido vistazo a los canales les permitió comprobar que todas las principales cadenas, así como los canales de noticias por cable, estaban informando sobre el regreso de Charlotte Margolis.

CAPÍTULO 53

Bend, estado de Oregón

Jueves 1 de agosto de 2024

Durante dos horas, y cuatro botellas de vino, Sloan estuvo viendo las noticias con los Margolis. Había explorado superficialmente la historia de su desaparición leyendo viejos artículos periodísticos y notas de revistas sensacionalistas, pero las cadenas de televisión se sumergían hasta lo más profundo. En la pantalla se sucedían imágenes de archivo de 1995: Tilly y Reid Margolis, de cincuenta y tantos años, respondiendo preguntas en la puerta de su residencia. Otra escena mostraba una conferencia de prensa llevada a cabo por los detectives de la Policía Estatal de Nevada; Reid y Tilly suplicaban a la comunidad que aportara cualquier información sobre la desaparición de su hijo, su nuera y su nieta.

Sloan vio imágenes de detectives sacando cajas de la casa de Preston y Annabelle, del coche de Annabelle con el frontal dañado, de Baker Jauncey, y escuchó la teoría de que la familia había huido para evitar una acusación judicial. Cuando los presentadores comenzaron a repetir lo mismo, Reid apagó el televisor.

—No lo soporto más —dijo.

Tilly lloraba por lo bajo en el sofá. Al ver que ni Reid ni Ellis la consolaban, Nora y Sloan le tomaron las manos.

—Vayámonos a la cama —propuso Ellis—. Nos reuniremos para desayunar y planearemos una estrategia.

Tilly asintió y dejó que Sloan y Nora la ayudaran a levantarse. Reid se acercó y la tomó del brazo.

—Ellis, ¿puedes mostrarle a Sloan su habitación?

—Nosotros nos ocupamos —respondió Nora.

Reid y Tilly salieron de la sala al pasillo y desaparecieron hacia el dormitorio de la planta baja.

—El servicio ha llevado tu equipaje a la casa de invitados —dijo Ellis —. Pensamos que estarías más cómoda en tu propio espacio.

Sloan sonrió y asintió.

—Claro. Lo que sea menos complicado.

—Acompañaré a Sloan —dijo Nora—. Tú ve a dormir. Subiré en un rato.

Ellis asintió y besó a Nora antes de subir a la planta alta. Sloan salió detrás de Nora por la puerta principal y tomaron por un sendero iluminado. La cabaña para invitados era más grande que el apartamento de Sloan en Raleigh. Tenía una cocina completa, una sala de estar amplia, un dormitorio con cama matrimonial extragrande y un baño gigantesco. La puerta corredera de la sala llevaba a la terraza donde estaba la piscina.

—Espero que estés bien aquí.

—¿Bromeas? Es increíble.

—¿Necesitas algo antes de irte a la cama?

—Nada. Ah, una cosa, sí. Me gustaría revelar esas fotos.

—Por supuesto. Podemos hacerlo mañana.

—¿Dijiste que hay un cuarto oscuro aquí?

—Sí. Ellis lo montó para mí después de que nos casamos. Solíamos venir todos los fines de semana. Yo necesitaba un lugar donde revelar mis fotos, así que Ellis le pidió a Lester que convirtiera un viejo vestidor del sótano en un cuarto oscuro. Está en la casa principal. Tiene todo lo que necesitamos. ¿Lo vemos mañana?

—Sí, perfecto —asintió Sloan.

Instantes después estaba sola en la cabaña para invitados. Observó por la ventana del frente cómo Nora regresaba a la casa principal y desaparecía en la oscuridad. Sacó el teléfono e hizo una rápida llamada a sus padres para contarles dónde estaba y escuchar las novedades del frenesí mediático en Raleigh. Seguía habiendo furgonetas de televisión aparcadas fuera de la casa y de la clínica de sus padres, pero Todd y Dolly no habían dicho una palabra a los periodistas.

Su siguiente llamada fue a Eric.

—¿Estás en la cabaña? —preguntó Eric cuando contestó—. Yo sigo en la oficina, pero el pueblo está invadido por periodistas.

—No. Estoy en Oregón.

—¿Qué?

—Los periodistas se me echaron encima en la casa de alquiler. Es una historia larga, pero Reid y Tilly Margolis me trajeron, te juro que es verdad, en helicóptero a su bodega en Oregón.

—Bromeas.

—No. Estoy con Nora y Ellis. Reid y Tilly también están aquí y todos están tratando de encontrar la mejor forma de lidiar con la prensa. El plan es ganar tiempo durante el fin de semana. ¿Alguna novedad sobre Margot Gray?

—No. Si sigue en Cedar Creek, es un águila para esquivar a mis agentes. Y si está viajando, nadie de la Policía Estatal de Nevada ha podido dar con ella.

—Fantástico.

—Ah, y el número de Guy Menendez que te dio era de un teléfono de prepago, así que no hay forma de rastrearlo.

—¡Mierda!

—No hemos abandonado la búsqueda. La encontraremos.

—Gracias, Eric.

Sloan colgó y fue al baño a lavarse los dientes y a asearse para irse a la cama. Mientras corría el agua y zumbaba su cepillo eléctrico, creyó oír algo en la sala, como si se hubiera abierto la puerta principal. Cerró el grifo y apagó el cepillo. Escuchó unos instantes, pero no oyó nada. Salió del baño y fue hasta la puerta. Movió las cortinas hacia un lado y miró la noche. La casa principal estaba a oscuras, con excepción de una única ventana en la planta alta. Una figura apareció detrás de las cortinas justo antes de que se apagara la luz y toda la casa quedara a oscuras.

Sloan giró el cerrojo y cerró la puerta.

CAPÍTULO 54

Cedar Creek, estado de Nevada

Jueves 1 de agosto de 2024

Marvin Mann puso las noticias de la noche por cable, llenó su pipa de tabaco y se acomodó en su sillón reclinable. A los sesenta y tres años, estaba en su mejor momento. De no ser por una cadera artrítica que protestaba cuando hacía mal tiempo, y una incipiente catarata en el ojo derecho, estaba en excelente forma. Jugaba al golf dos veces por semana y también a las cartas en una liga de cribbage los jueves por la noche. Sus hijos ya eran adultos y estaban dispersos, y gran parte de su agenda de viajes consistía en volar por el país con su esposa para visitarlos a ellos y a sus cuatro nietos a lugares tan lejanos como Nueva York o tan cercanos como San Francisco.

Aunque Marvin y su esposa habían pensado en mudarse a lo largo de los años, siempre terminaban volviendo a Cedar Creek. Habían probado residir temporalmente en Phoenix, en el estado de Arizona, en Santa Fe, en el estado de Nuevo México, e incluso habían pasado seis meses en St. Petersburg para ver qué tal era vivir en el bullicio de Florida. Ninguno de los destinos les resultó convincente y tras años de búsqueda, decidieron que Cedar Creek era el sitio donde querían terminar su vida. No era solo su hogar ni su lugar de nacimiento, era donde se había ganado la vida. Su ocupación no era fácil de llevar a cabo en otro estado. Marvin había pasado más de diez años como investigador legal para Margolis y Margolis, y cuando

su etapa terminó con la muerte de Baker Jauncey, se retiró de la investigación legal para establecerse como investigador privado.

En la actualidad, su agencia empleaba a veintiséis investigadores, y aunque había disminuido el ritmo con los años, Marvin todavía no se había jubilado. Con más de sesenta años, ya no hacía trabajo de campo; eso era para los jóvenes que podían esconderse entre los setos y mantenerse despiertos durante toda una noche de vigilancia. Su papel actual era ser la cara visible de la agencia. Cultivaba su red de contactos, que incluía abogados, personal policial, detectives de la Policía Estatal de Nevada y una lista corta de exconvictos a los que mantenía en nómina para asuntos complicados. La realidad era que hasta que alguien pudiera tomar el control de la agencia de manera más eficiente, Marvin seguiría trabajando. No le molestaba hacerlo.

Terminó de rellenar la pipa justo cuando Eventos Nacionales volvía tras los anuncios. Escuchó la voz familiar de Avery Mason al comienzo de una sección.

—Ahora, noticias de última hora —anunció la presentadora del programa de actualidad— desde Cedar Creek, en el estado de Nevada, un pequeño pueblo al pie de las montañas de Sierra Nevada. Por supuesto, a muchos de nosotros nos resulta conocido Cedar Creek por la desaparición de la familia Margolis que captó la atención del país en 1995, cuando Preston y Annabelle Margolis desaparecieron con su pequeña hija, Charlotte. Durante décadas no ha habido avances en el caso y el paradero de la familia ha permanecido envuelto en misterio. Pero ahora, en un giro impactante para este misterio de casi treinta años, Charlotte Margolis ha aparecido con vida y reside en Raleigh, en el estado de Carolina del Norte.

Marvin apartó la atención de su pipa, se levantó del sillón reclinable y se acercó al televisor. La imagen de una joven bonita llenó la pantalla.

—Sloan Hastings envió su ADN a una web de genealogía en línea y descubrió que no solo está emparentada con la familia Margolis del condado de Harrison, en Nevada —continuó Avery Mason—, sino que su perfil genético indica que es Charlotte Margolis, desaparecida hace casi tres décadas. Sloan Hastings es una médica de veintinueve años que se está formando como forense bajo la tutela de la experta médica de nuestra cadena, la doctora Livia Cutty. Los padres adoptivos de Sloan Hastings, Dolly y Todd Hastings, son odontólogos de Raleigh, Carolina del Norte. Hasta ahora no hay detalles sobre cómo los Hastings adoptaron a Charlotte Margolis, pero nuestras fuentes aseguran que Dolly y Todd Hastings no son sospechosos en la desaparición de la pequeña Charlotte. Hasta ahora, se desconoce el paradero de Preston y Annabelle Margolis. El FBI está involucrado en la investigación; los mantendremos informados sobre cualquier novedad. Aquí con nosotros en el estudio está el doctor Craig Fanning, un genealogista que nos ayudará a entender cómo se hizo este notable descubrimiento utilizando trazas genéticas y tecnología de ADN.

Marvin cogió el mando y apagó el televisor. Se quedó en silencio mientras digería la información y su mente procesaba lo que acababa de escuchar. Durante mucho tiempo había sospechado que la desaparición de la familia Margolis, tan cercana a las muertes de su antiguo jefe, Baker Jauncey, y del sheriff Sandy Stamos, no era una simple coincidencia. En aquel entonces, comprendió que los tres sucesos estaban conectados, pero le faltó valor para unir los detalles.

Se llevó la pipa apagada a la boca y se dirigió a su despacho. Se sentó frente al escritorio y abrió el primer cajón del todo. Pegado al fondo encontró un pequeño sobre amarillo que había ocultado allí hacía años. Dentro estaba la llave de la caja de seguridad que había abierto con Sandy Stamos. Durante casi treinta años, había pagado la tarifa anual por el mantenimiento de la caja, pero nunca había vuelto al banco de Reno para revisar el contenido. Había leído esos documentos una vez y le había bastado. Dos personas habían

muerto por eso y Marvin nunca había querido volver a tener contacto con los documentos. Aun así, sabía que no debía deshacerse de ellos.

Sacó la llave del sobre y la giró entre sus dedos. Era hora, se dijo Marvin, de despertar a los demonios del pasado. Les había permitido dormir durante demasiado tiempo.

CAPÍTULO 55

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Sloan se despertó el viernes por la mañana con un ruido que provenía de fuera de su ventana. Tardó un momento en recordar dónde estaba. La mullida cama matrimonial y el edredón de pluma la protegían del frío del aire acondicionado de la casa de invitados. Los ruidos de fuera continuaban. Apartó la ropa, se levantó de la cama y abrió las persianas, entornando los ojos para protegerse del sol matinal.

En el campo, a cincuenta metros de su dormitorio, había una gran máquina amarilla de construcción que parecía una retroexcavadora. Sin embargo, en lugar de una pala en el extremo del largo brazo que se extendía frente a la máquina, había un poste de metal. Sloan observó cómo el hombre que manejaba la máquina levantaba el poste alto en el aire y luego lo clavaba en el suelo. Una vez que el poste se clavaba en la tierra, la máquina emitía el ruidoso sonido de un martillo neumático mientras los hidráulicos hundían el poste hasta cierta altura. El ruido cesó por un momento, lo suficiente para que el hombre cargara otro poste en el brazo extendido de la máquina, lo posicionara a un metro y medio del anterior y comenzara el proceso de nuevo.

Unos golpes a la puerta la sobresaltaron. Cerró las persianas y salió del dormitorio. Al abrir la puerta principal, se encontró con Nora en el porche.

—¡Buenos días! —dijo Nora—. ¿Has dormido bien?

—¿Bromeas? La cama y el edredón son…

—Celestiales, lo sé. Es increíble este sitio. Siempre me siento como si estuviera a un millón de kilómetros de cualquier lugar. Seguramente habrías dormido hasta más tarde si no fuera por el ruido.

Sloan entornó los ojos.

—¿Qué es eso?

—Es Lester.

—¿Lester, el encargado de mantenimiento? ¿El que bloqueó el paso de las furgonetas de noticias ayer para que pudiéramos huir?

—El mismo. Llegó anoche. Está a cargo de la finca. Actualmente ese es su verdadero trabajo de tiempo completo: cuidar de la Finca Margolis y la bodega. Reid le pidió que instalase una nueva cerca para que los pumas no se acerquen a los viñedos. siento que te haya despertado. Lester es una máquina de trabajar, nunca para.

—Necesitaba levantarme, de todos modos. Si no, podría haber dormido hasta el mediodía en esa cama.

—El desayuno estará listo pronto.

—Me ducho y voy enseguida.

CAPÍTULO 56

Cedar Creek, estado de Nevada

Viernes 2 de agosto de 2024

Marvin no sabía si la cadera le dolía por el tiempo o por el estrés del pasado que le gritaba a través de los años, pero subió los escalones de la Oficina del Sheriff del condado de Harrison con una leve cojera. Sonrió con amabilidad a la mujer de detrás del mostrador.

—Hola, necesito ver al sheriff Stamos.

—No sé si está disponible, pero seguramente uno de sus asistentes podrá ayudarlo.

—Tengo que verlo a él. ¿Puede decirle que Marvin Mann necesita hablarle unos minutos?

Como dueño de la empresa más grande de investigación privada del condado de Harrison, Marvin tenía una buena relación de trabajo con Eric Stamos. Se preguntó si esa relación sería más fuerte o dejaría de existir después de aquel día. Marvin colocó su placa de investigador privado sobre el mostrador para que la mujer la viera.

—Tiene que ver con todo el alboroto que hay en la ciudad por los medios de comunicación.

Ella vaciló un momento y luego asintió.

—Enseguida se lo confirmo.

Desapareció por una puerta detrás del mostrador de recepción y Marvin caminó nervioso de un lado a otro del vestíbulo durante unos minutos, sintiendo que le sudaban las manos. Había guardado su secreto durante casi treinta años, pero los diez minutos que esperó en el vestíbulo de la oficina del sheriff le parecieron los más largos de ese viaje.

—Marv —dijo Eric Stamos al aparecer por la puerta lateral—. Creí que te habías mudado a Florida con tu esposa.

Marvin sonrió.

—Lo intentamos, pero la humedad nos echó. Los mosquitos tienen el tamaño de ciruelas y hay lagartijas por todos lados. Además, todavía sigo trabajando y no estoy listo para jubilarme por ahora. Por eso he venido a verte esta mañana.

—Sí, ¿qué sucede?

Marvin dirigió una mirada a la mujer detrás del escritorio y bajó la voz:

—¿Podemos hablar en privado?

Eric también miró a la recepcionista y luego a Marvin.

—Estoy bastante ocupado, Marv. —Eric señaló hacia fuera—. Como seguramente te habrás dado cuenta. ¿Puedes esperar hasta la semana que viene?

Marvin negó con la cabeza.

—Me parece que no, sheriff. Creo que ya he esperado suficiente.

—¿De qué se trata?

—De tu padre.

CAPÍTULO 57

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Veinte minutos después de haberse despertado, con el pelo todavía mojado por la ducha, Sloan se dirigió a la entrada lateral de la casa principal. Nora la recibió en la puerta corredera de cristal y le ofreció una taza de café humeante.

—Gracias —saludó Sloan.

Entró en la cocina, donde el aroma a beicon, tostadas y café llenaba el aire. Todos estaban alrededor de la mesa.

—Buenos días, querida —dijo Tilly.

—Buenos días —respondió Sloan.

—¿Has dormido bien?

—Sí, la casa de invitados es maravillosa.

—Comamos y luego nos pondremos a trabajar —sugirió Ellis.

Reid encendió la televisión mientras desayunaban tortillas francesas y tostadas. Los programas matutinos de noticias estaban saturados con historias sobre la reaparición de la pequeña Charlotte, fotos de Sloan y las mismas imágenes de archivo que habían visto la noche anterior.

—Sloan, creo que tú en particular deberías tener un abogado presente cuando hables con los medios —dijo Ellis—. Sobre todo si vas a dar una entrevista formal.

Sloan se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—Podríamos usar a alguien del bufete, a menos que ya tengas tu abogado particular.

—No, no tengo ninguno. ¿Para qué lo necesito?

—Para evitar caer en una emboscada. Mi hermano y Annabelle aún están desaparecidos. El FBI, como dijiste, está reabriendo la investigación. Si todos empezamos a hablar sin pensar ante cualquier pregunta al azar, algún agente federal intentará usar nuestras palabras en nuestra contra.

—¿Por qué? —preguntó Sloan.

Reid sonrió.

—Ellis es un poco sobreprotector. Pero es cierto que no queremos decir algo inadecuado durante una entrevista. Si todos damos entrevistas y lo hacemos con representación legal presente, la posibilidad de que se difunda información errónea se reducirá. Por desgracia, lo aprendimos de la peor manera en el pasado: los medios distorsionan tus palabras y declaraciones para que encajen con el relato que desean vender. No permitiremos que eso vuelva a ocurrir.

Ellis se limpió la boca y se levantó.

—Haré algunas llamadas. ¿Tienes a alguien en mente, papá? ¿Del bufete? Si no, yo decidiré a quién usamos.

—La decisión es tuya, hijo.

Ellis asintió y salió rápidamente de la cocina. Sloan tuvo la impresión de que para Ellis Margolis, las vacaciones significaban leer informes legales y planear estrategias de juicio. Era difícil imaginarlo en traje de baño, tumbado en la playa.

Reid rio cuando Ellis se fue.

—Me temo que no tiene botón de apagado.

—No —coincidió Sloan—. Me halaga que esté tan dispuesto a ayudarme.

—Es la culpa del superviviente —dijo Tilly mientras tomaba un sorbo de café.

—Tilly —la regañó Reid.

—Ay, basta. Es tan obvio ahora como lo era en aquel entonces. Se siente culpable por la desaparición de su hermano y siente la necesidad de compensar su ausencia. Hace casi treinta años que lo hace en el bufete y con nosotros, trata todo el tiempo de demostrar su valía.

—Tal vez —admitió Reid—. Pero lo hace con buena intención.

—Vale —dijo Nora; se levantó con su plato de desayuno y se dirigió al fregadero—. No hablemos de Ellis cuando no está aquí para defenderse.

—¿Defenderse de qué? —preguntó Tilly—. No estamos haciendo acusaciones, solo observaciones.

Nora sonrió a Sloan con expresión incómoda y luego miró a Tilly.

—Da igual, mejor cambiemos de tema.

—Buena idea —dijo Reid—. He organizado una visita al viñedo y la bodega. Como es la primera vez que Sloan está aquí, pensé que nos distraería de todo el jaleo del que acabamos de huir.

Sloan sonrió. Lo que menos le atraía era una visita a la bodega.

—¿Qué te parece, querida? —preguntó Tilly.

Sloan esbozó una sonrisa forzada y asintió.

—Sí, claro, excelente idea.

—Perfecto —dijo Reid—. Iremos a prepararnos. Nos encontraremos en la sala de catas dentro de una hora para dar inicio al recorrido.

Reid y Tilly desaparecieron hacia su dormitorio en la planta baja; Sloan y Nora quedaron a solas en la cocina.

Nora sonrió.

—Perdona. Acabas de echar un vistazo a las bambalinas de mi lucha constante.

Sloan sonrió.

—Creo que lo has llevado muy bien.

—Podría haberlo hecho mejor, pero es temprano y no tenía energía para otra cosa. Antes de la gran visita —añadió, poniendo los ojos en blanco—, vayamos al cuarto oscuro y veamos qué hay en ese rollo de película.

—¿Ahora?

—Sí. Tenemos una hora.

CAPÍTULO 58

Cedar Creek, estado de Nevada

Viernes 2 de agosto de 2024

Eric entró en su despacho y señaló la silla frente a su escritorio.

—Siéntate y cuéntamelo todo —le dijo al veterano investigador.

Marvin Mann era muy conocido en el condado de Harrison. A lo largo de los años sus investigaciones habían sacado a la luz infidelidades conyugales, hermanos que se ocultaban dinero de herencias entre ellos, empleados que robaban a sus jefes y toda clase de situaciones turbias. Uno de los investigadores de Marvin incluso había ayudado a la policía de Nevada a resolver un asesinato ocurrido en Las Vegas unos años atrás. Como investigador privado, Marvin Mann era de los mejores, de modo que cuando mencionó a su padre, Eric sintió una gran curiosidad.

Eric hizo girar el dedo en el aire mientras se sentaba al otro lado del escritorio.

—Es viernes por la mañana y tengo un día ocupado. Así que empieza a hablar.

—Iré directo al grano. En el año 95, antes de que muriera tu padre, estábamos trabajando juntos en un caso.

—¿Tú y mi padre?

—Así es.

—¿Trabajabais en un caso juntos?

—Exacto.

Eric levantó la vista e hizo rápidas cuentas.

—No hace tanto que existe tu empresa de investigaciones privadas como para que hayas trabajado con mi padre en el año 1995.

—No era trabajo de detective. Y tienes razón, en aquel entonces no tenía la agencia, trabajaba como investigador legal para Margolis y Margolis. Mi jefe era Baker Jauncey.

Eric se enderezó, como si la columna se le hubiera convertido en un bloque de hielo.

—El tipo al que atropellaron y mataron.

—Exacto —dijo Marvin—. Solo que no se trató de un accidente.

Eric se puso de pie y cerró la puerta del despacho antes de sentarse en el borde del escritorio, frente a Marvin.

—¿Cómo lo sabes, Marv?

—Me lo dijo tu padre.

—¿Por qué mi padre hablaba contigo sobre Baker Jauncey?

—Ya te lo dije, Baker era mi jefe. Y la noche antes de que muriera, me habló de unos asuntos turbios que estaban sucediendo dentro del bufete de los Margolis.

—¿Qué clase de asuntos turbios?

—Fraude financiero, malversación de fondos, por nombrarte un par de ellos. Baker se llevó algunos documentos internos del bufete que, según él, demostrarían el fraude. Me los dio para que los guardara. Después me pidió que investigara para ver si podía descubrir quién era el responsable del fraude y que lo hiciera con mucha discreción. Al día siguiente estaba muerto.

Eric ladeó la cabeza.

—¿Qué tiene que ver esto con mi padre?

—Después de la muerte de Baker me asusté y empecé a sospechar que no había sido un accidente. Fui a ver a tu padre para contarle mis sospechas. Pero tu padre ya estaba encima del asunto, como el mal olor sobre la mierda. Me contó que Baker murió por un golpe en la cabeza. Y que no fue el coche de Annabelle Margolis el que lo causó, sino un bate de béisbol.

A Eric se le formó un nudo en la garganta; inspiró hondo para contener sus emociones. Después de escuchar la interpretación de la autopsia brindada por la doctora Cutty, Eric supuso que su padre conocía la verdad por la simple razón de que no había arrestado a Annabelle Margolis. Que Marvin Mann se lo confirmara lo llenaba de orgullo y lo hacía sentirse otra vez el niño de nueve años que admiraba a su padre.

—La autopsia hecha por la Oficina del Forense del condado de Harrison señala que Baker murió atropellado por un coche —dijo Eric —. ¿Cómo se dio cuenta mi padre de que no fue así?

—Me contó que el forense del condado de Harrison se incautó del cadáver, o como sea que se diga cuando una morgue le roba el cadáver a otra. Pero antes de que el condado se lo llevara, la forense de Reno lo había examinado. Ese primer informe de autopsia nunca se registró de manera oficial. En cambio, el forense del condado de Harrison determinó que la lesión en el cráneo de Baker

se debió a que lo atropelló un coche. Y todos sabemos a quién responde la Oficina del Forense del condado de Harrison.

—A la familia Margolis.

—Exacto. Con lo que tu padre averiguó de aquella autopsia original y no oficial, sumado a los documentos que Baker me había dado, ambos llegamos a la conclusión de que la muerte de Baker fue el resultado directo de lo que había descubierto sobre el bufete Margolis. Y los dos comprendimos que a Baker lo mataron por eso, y que era muy probable que el asesino fuera alguien del bufete.

Eric se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿Y qué hizo mi padre al respecto?

—Decidió enfrentarse directamente con los Margolis. Mantuvo mucho sigilo respecto de la investigación. Nadie sabía que Baker se había llevado esos documentos del bufete, así que tu padre y yo los guardamos en una caja de seguridad hasta que pudiéramos averiguar qué significaban. Lo último que supe fue que tu padre iba a pedirle a un amigo contable que los revisara para ver si podía encontrarles sentido.

—¿Quién era este amigo?

Marvin negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—No tengo idea. La última vez que hablé con tu padre fue aquel día en el banco cuando guardamos los documentos. Alrededor de una semana más tarde, Preston Margolis y su familia desaparecieron y esa historia mantuvo en vilo al pueblo durante semanas. Es más, todo el país dejó lo que estaba haciendo para escuchar las noticias. Poco después de la desaparición de la familia, tu padre murió cuando cayó con su coche al río. Supuestamente era una sobredosis de heroína. Pero yo supe desde el principio que su muerte no fue ningún accidente, mucho menos debido a una sobredosis.

Eric levantó las manos.

—¡Joder, Marv! ¿Cómo nunca hablaste con nadie de este asunto hasta ahora?

—¡Ponte en mi lugar, Eric! Baker me dio los archivos y murió al día siguiente. Yo se los di a tu padre y murió una semana después. En aquel momento yo tenía una esposa y tres hijos pequeños y sabía solo dos cosas: una, que nadie en este mundo estaba al tanto de que yo sabía del fraude que se estaba llevando a cabo en Margolis y Margolis. Y dos, que si los que habían matado a Baker y a tu padre se enteraban de que había visto esos documentos, yo era hombre muerto. Y eso si tenía la suerte de que esos hijos de puta vinieran solamente por mí, y no por mi familia.

Eric asintió e inspiró hondo.

—Entonces, ¿por qué ahora?

—¿Por qué? —Marvin se encogió de hombros—. Por una cuestión de conciencia, en primer lugar. Hace treinta años que la conciencia me remuerde. Y también está esta chica que acaba de aparecer, la pequeña Charlotte. Sé que lo que les sucedió a ella y a sus padres no puede ser una coincidencia. Tiene que estar relacionado con tu padre, con Baker y lo que sea que hizo que los mataran. Solo quiero que me prometas que no permitirás que persigan a mi familia.

—Ni siquiera sé de quiénes estás hablando, Marv.

—Puede que lo averigües si revisas los documentos que le di a tu padre.

Marvin metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó la llave que había recuperado del cajón de su escritorio la noche anterior.

—Esta es la llave de la caja de seguridad que abrimos Sandy y yo hace muchísimos años.

—¿Dónde está? —Eric fue hasta donde estaba Marvin y cogió la llave —. ¿Dónde está esa caja de seguridad?

—En Reno —respondió Marvin—. No la hemos abierto en casi treinta años.

CAPÍTULO 59

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Sloan salió de la cocina detrás de Nora y cruzaron el largo pasillo; al final había una puerta que conducía al sótano. Nora la abrió y encendió una luz antes de bajar por los escalones. Sloan la seguía. La escalera despedía un olor a frío y moho. Al fondo estaba la puerta del cuarto oscuro. Entraron y encendieron las luces. Sobre la mesa estaba desplegado el equipo de fotografía que Nora le había enseñado en Cedar Creek.

Nora colocó la Nikon FM10 sobre la mesa, luego sacó el rollo de película que había estado inactivo en la cámara de Annabelle durante casi tres décadas, y lo sostuvo en la mano.

—¿Quieres intentarlo?

—¿Yo?

—Por supuesto. Apuesto a que lo harás muy bien, igual que Annabelle.

—Puedo intentarlo. Pero no me dejes estropear nada.

—No lo harás —dijo Nora, y le entregó el rollo.

Cuando Sloan lo cogió, la invadió una extraña sensación, como si una personificación del pasado se hubiera lanzado a través del

tiempo, saltando tres décadas en un abrir y cerrar de ojos para colocar la película en sus manos. Sloan sacudió la cabeza para disipar la sensación de déjà vu que la embargaba.

—Veamos: sé que se empieza por la ampliadora.

—Así es —dijo Nora—. La película se carga aquí y después enfocamos la imagen del negativo en el soporte y la proyectamos en el papel fotográfico.

—Entendido —dijo Sloan—. Pero primero debemos apagar las luces.

—Exacto.

Nora apagó el interruptor; la habitación se sumió momentáneamente en una oscuridad total que dejo ciega a Sloan. Estaba tan oscuro que parpadear no causaba ningún efecto en su visión. Tras unos segundos, oyó un clic. El brillo de la luz roja le devolvió la vista. Nora la ayudó a cargar la película en la ampliadora y enfocar la primera imagen del negativo para luego proyectarla en el papel fotográfico debajo. Tras una serie de exposiciones, le alcanzó unas pinzas.

—Quita el papel de la ampliadora y colócalo en la primera bandeja de líquido —le indicó Nora.

Sloan levantó cuidadosamente el papel en blanco y lo sumergió en el recipiente. Recordaba que esa primera bandeja contenía solución reveladora y que el papel fotográfico debía permanecer allí durante sesenta segundos.

—Prepárate —dijo Nora, controlando el tiempo en el reloj—. Listo, pásalo al baño de paro.

Sloan utilizó las pinzas para extraer el papel de la solución reveladora y pasarlo a la segunda bandeja, donde lo dejó algunos segundos antes de que Nora le indicara que lo sumergiera en la bandeja final, la que contenía el fijador.

Miró con atención bajo el brillo rojo de la luz. Vio un gavilán de Cooper de cola negra elevándose desde la rama de un árbol, con las alas desplegadas, listo para echar a volar.

—Es un gavilán de Cooper —dijo Sloan.

Nora levantó la foto y la estudió mientras la colgaba.

—Esta fue tomada… —Se inclinó hacia la imagen—. Desde la entrada de la casa de Annabelle. Mira.

Nora señaló la foto y Sloan se acercó más.

—Este es el lateral de la casa y se ve la piscina en el fondo. Debía de estar en el camino de entrada cuando la hizo.

Sloan señaló el extremo inferior de la foto. La fecha estaba impresa en letras mayúsculas rojas: "4 de julio 1995".

—Entonces, las últimas fotos que vimos, las que estaban reveladas, las tomó Annabelle en la celebración del Cuatro de Julio en el pueblo —dijo Sloan, mientras su mente armaba las piezas de ese fatídico día de treinta años atrás—. Y estas que están en el rollo las debió de haber tomado cuando llegó a su casa.

—Es lo que parece, sí.

Sloan todavía no le había contado a Nora que se había encontrado sangre de Annabelle en la casa. Tal vez Nora estaba al tanto y no había tenido valor de decírselo a Sloan. En cualquier caso, Sloan tenía ante sus ojos fotos que Annabelle había hecho el día de su desaparición, en la casa desde donde había desaparecido.

—¿Cuántas fotos dijiste que hay en el rollo? —preguntó Sloan.

—Veinte más —respondió Nora.

—Veamos qué más fotografió Annabelle aquel día.

EL PASADO

Cedar Creek,

estado de Nevada

Martes 4 de julio de 1995

El mismo día…

Annabelle levantó la Nikon FM10 y miró por el visor. Giró la lente para enfocar a Charlotte y tomó tres rápidas fotos de su hijita sobre la manta. La gente pasaba por la acera detrás de ella y sonreía señalando a Charlotte, que llevaba un adorable atuendo de colores patrióticos, completo con sombrerito rojo, blanco y azul.

—¡Qué preciosidad! —comentó una mujer mientras pasaba.

—Gracias —dijo Annabelle con una sonrisa forzada, tratando de comportarse con naturalidad. Por dentro, sin embargo, estaba aterrada.

Desde que Preston le había contado el domingo por la noche lo que había descubierto en el bufete y lo que había averiguado el sheriff Stamos sobre la muerte de Baker Jauncey, Annabelle había estado con los nervios de punta. El plan de Preston —comportarse con total normalidad y pasar la fiesta del Cuatro de Julio sin que nadie se enterara de su inminente huida de Cedar Creek— la tenía entusiasmadísima y paranoica al mismo tiempo. Lo que más deseaba era huir de esa locura de pueblo controlado por la familia de Preston, pero sabía que no sería fácil hacer las maletas y marcharse.

Habría repercusiones por el intento de Preston de vivir una vida tranquila alejada de la maquinaria política de los Margolis. Pero ese era un problema a largo plazo del que se ocuparían en algún momento. Para que funcionara el plan inmediato, tendrían que huir de noche. Como el festivo del Cuatro de Julio caía un martes y el bufete Margolis estaría cerrado durante toda la semana, no había mejor momento para marcharse del pueblo. Pasarían días antes de que alguien notara su ausencia. Preston no tenía que volver al trabajo hasta el lunes siguiente y para entonces, gran parte del plan ya estaría en funcionamiento.

Annabelle miró a su alrededor. Se veían veleros en el río y a sus espaldas, una banda tocaba "Born in the USA", de Bruce Springsteen. Annabelle siguió sacando fotos de Charlotte y los festejos. Terminó un rollo de película y cargó otro en la cámara. Esperaba que el ardid engañara a cualquiera que pudiera estar observándola. El plan era que Annabelle y Charlotte se dejaran ver en la fiesta del pueblo mientras Preston se escapaba a la casa a hacer las maletas. Se preguntó por qué estaría tardando tanto.

Cuando vio que Stella Connelly se acercaba, Annabelle se volvió rápidamente y empujó el cochecito de bebé en la dirección contraria. Tras evitar por un pelo un encuentro con la exnovia de Preston, inspiró hondo para calmarse y se recordó que esa misma noche se marcharían. Lo que más deseaba era que no volvieran a mirar atrás.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Martes 4 de julio de 1995

El mismo día…

Mientras mecía a Charlotte en el cochecito, Annabelle vio que Preston se acercaba por la acera y soltó un suspiro de alivio.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó cuando la besó.

—Quería asegurarme de que lo tuviéramos todo. Todas las maletas que tenemos están llenas y he vaciado todos los cajones del dormitorio. Vete a casa ahora y cerciórate de que haya guardado todo lo que sea esencial. Yo me quedaré aquí para que la gente me vea.

Annabelle asintió.

—De acuerdo. Charlotte está dormida. La llevaré a casa conmigo. Tendrá que comer cuando se despierte.

Preston la besó de nuevo.

—Recuerda que no necesitamos llevárnoslo todo. En algún momento volveremos a buscar el resto de las cosas, pero ahora solo

necesitamos lo esencial. Tal vez pase tiempo antes de que regresemos.

—Ojalá —respondió Annabelle.

—Ve adentro. Me quedaré aquí una hora o dos. Luego, en cuanto vuelva a casa, nos marcharemos.

Annabelle trató de sonreír, pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

Preston la abrazó y le susurró al oído:

—Falta poco.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Cedar Creek,

estado de Nevada

Martes 4 de julio de 1995

El mismo día…

Annabelle aparcó en la entrada de la casa. Abrió el maletero del BMW para poder llenarlo de equipaje. Al apartarse del coche, se tomó un momento para admirar la casa donde iba a criar a sus hijos y envejecer junto a su marido. A pesar del diseño obligado, era una

casa preciosa. Vio el garaje para cuatro coches todavía sin terminar, con la escalera de Lester apoyada contra la pared. Vio las marcas en el césped que habían dejado las máquinas que habían cavado el pozo para la piscina. En un extremo de la entrada había un montón de baldosas que irían por el lateral de la casa y llevarían a la terraza y la piscina. Una parte de ella sentía tristeza porque la casa nunca se terminaría como Preston y ella habían planeado. Otra parte no veía la hora de huir a la carrera y no mirar atrás nunca más.

En la distancia, en lo alto de un pino, vio un gavilán de Cooper. El pájaro soltó un chillido largo que retumbó en la tarde. Annabelle entornó los ojos ante el bello espectáculo, levantó la cámara que le colgaba del cuello y tomó una foto del ave justo cuando se elevaba, con las alas desplegadas y el vientre colorido a la vista. El gavilán desapareció con un batir de sus poderosas alas y Annabelle deseó haber podido captar su belleza en esa única fotografía.

Levantó a Charlotte de la silla para bebés y entró por la puerta principal. En el vestíbulo esperaban varias maletas. Por primera vez se permitió creer que se marchaban de verdad. Subió las escaleras hasta la planta alta. En su dormitorio, colocó a Charlotte en el moisés junto a la cama y se dirigió al baño a lavarse la cara. Todo se había descontrolado desde que apareció su coche abandonado junto al camino donde habían encontrado el cadáver de Baker Jauncey. En su confusión posparto y con la falta de sueño de las últimas dos semanas, la mente de Annabelle había girado en un vértigo de posibles explicaciones; hasta había considerado la posibilidad de haber sacado el coche esa noche en una alucinación olvidada. Se preguntaba en secreto si habría atropellado a Baker Jauncey y luego su mente privada de sueño había bloqueado todo recuerdo del suceso.

Estuvo a punto de enloquecer con esos pensamientos hasta que el sheriff Stamos invitó a Preston a su cabaña de caza para darle la noticia de que Baker Jauncey no había muerto atropellado por el coche de Annabelle, sino que le habían partido la cabeza con un

bate de béisbol. Y el sheriff había añadido que era muy probable que la persona que había matado a Baker Jauncey fuera responsable del fraude que se estaba llevando a cabo en el bufete. Preston había pasado toda la noche del domingo en la oficina, revisando los archivos e investigando el fraude. Cuando volvió a casa en la madrugada del lunes, le contó a Annabelle todo lo que había descubierto. Fue entonces cuando decidieron abandonar Cedar Creek. Annabelle no era tan ingenua como para creer que podrían escapar de ese endemoniado lugar sin que la familia de Preston interviniese. Solo esperaba que Preston, Charlotte y ella estuvieran bien lejos cuando el resto de la familia Margolis descubriera su plan.

Ahuecó las manos para coger agua fría y se lavó la cara. Empapó una toalla de manos y se frotó la nuca con su frescura. Finalmente, inspiró hondo y volvió al dormitorio. Charlotte dormía en el moisés. Abrió los cajones de la cómoda para asegurarse de que Preston hubiera cogido todo lo que necesitaba. Cuando se disponía a revisar el armario, oyó el golpe de la puerta de un coche.

Annabelle fue hasta la ventana, con la esperanza de que Preston hubiera vuelto antes y pudieran emprender la huida sigilosa antes de lo planeado. Pero cuando movió la cortina, no fue a Preston a quien vio.

—¿Qué demonios…? —susurró.

Conteniendo el aliento, sin saber por qué, tal vez por intuición o por una premonición, levantó la cámara Nikon FM10, que todavía le colgaba del cuello, miró por el visor y tomó varias fotos desde la ventana del dormitorio, capturando los movimientos de la persona mientras caminaba hacia la puerta de entrada. El alma se le cayó a los pies cuando oyó que sonaba el timbre.

Por un instante, pensó en no responder, pero su coche estaba en la entrada con el maletero abierto. Era evidente que había alguien en la casa. Inspiró hondo, se pasó la correa de la cámara por encima de

la cabeza y dejó la cámara en el moisés de Charlotte. Lo levantó y bajó las escaleras cargando a su hija.

CAPÍTULO 60

Reno, estado de Nevada

Viernes 2 de agosto de 2024

Eric y Marvin llegaron al banco de Reno en poco más de una hora. Eric forzó el motor de su camioneta durante todo el trayecto, alcanzando velocidades superiores a ciento sesenta kilómetros por hora en algunos tramos porque sabía que el tiempo apremiaba y había puesto a Sloan en peligro al pedirle que se infiltrase en la familia Margolis. Él estaba convencido de que la muerte de su padre estaba relacionada con la de Baker Jauncey y que alguien dentro de la familia Margolis tenía información al respecto. Pero hasta que Marvin Mann le contó su asombrosa historia, Eric no había considerado que un miembro de la familia pudiera ser responsable de la muerte de su padre. Si era cierto, Eric había enviado a Sloan a la boca del lobo.

Entró en el aparcamiento del banco y Marvin y él entraron rápidamente en el vestíbulo por las puertas giratorias. Tomaron el ascensor hasta el sótano, donde Marvin le mostró su identificación al hombre que estaba detrás del escritorio.

—Soy Marvin Mann. Me gustaría acceder a mi caja de seguridad.

El hombre tecleó en el ordenador y verificó la identificación de Marvin antes de desaparecer en una habitación trasera. Tardó un rato en volver, lo que hizo que Eric se preguntara si el detective no le habría estado mintiendo. Por fin, el hombre regresó y deslizó un

papel por encima del mostrador. Era una fotocopia del carnet de conducir de Marvin.

—Firme aquí —le indicó, y Marvin obedeció.

—Sígame, señor, lo acompañaré a la cámara acorazada.

El hombre salió de detrás del mostrador y los guio hasta un gran vestíbulo en el que un portón cerrado con llave protegía la cámara.

—Solo puedo permitir la entrada de los titulares de las cajas —dijo el hombre, mirando a Eric—. Pero puede esperar aquí.

—¿Tiene una sala privada donde podamos llevar la caja? —preguntó Marvin.

—Sí, señor, tenemos varias.

El hombre se dirigió a una de varias puertas que daban al vestíbulo y la abrió con una llave. Dentro había una mesa alta en el centro. No había sillas.

—Puede esperar aquí —le dijo a Eric.

Eric asintió y entró en la salita. Observó cómo el empleado abría la puerta de la cámara acorazada. Marvin Mann desapareció dentro.

CAPÍTULO 61

Reno, estado de Nevada

Viernes 2 de agosto de 2024

Unos minutos después, Marvin Mann salió de la cámara acorazada con una estrecha caja de seguridad. Se dirigió a la diminuta sala donde esperaba Eric y la colocó sobre la mesa. Levantó la tapa de la caja metálica; dentro había un montón de papeles. Marvin sacó los documentos y se puso las gafas.

—Ajá —dijo—. Son estos.

Eric tomó el montón de hojas y las leyó. Parecían ser estados financieros. Vio que un par de páginas registraban la creación de una sociedad de responsabilidad limitada, otra página era una hoja de cálculo financiera y la tercera era una lista de depósitos realizados en una cuenta numerada. Revisó todas las hojas. Luego sacó el último fajo de documentos de la caja de seguridad y los hojeó. Cada página era el mismo galimatías: números de cuenta, hojas de cálculo y nombres de corporaciones.

Llegó al final del montón y dio vuelta la última hoja. Allí había una nota adhesiva amarilla con la inconfundible letra de su padre.

—¡Santo cielo!

Marvin se inclinó para leer la nota con ayuda de las gafas.

—¡No puede ser!

Eric salió corriendo de la sala privada y subió las escaleras a toda velocidad. Atravesó la zona de recepción y salió por la puerta principal. Mientras corría hacia el coche, buscó con movimientos desesperados el teléfono para llamar a Sloan.

CAPÍTULO 62

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Con manos temblorosas, Sloan colocó papel fotográfico en la ampliadora. Introdujo el negativo en la máquina y presionó el botón para definir la exposición. El proceso duró poco más de un minuto; luego, pasó el papel en blanco por las tres bandejas de solución. Esperó, mientras la hoja flotaba en la última bandeja, que contenía el fijador. Usó las pinzas para sacar la foto del líquido. La colgó de la cuerda de secado, junto a la foto del gavilán de Cooper. Bajo la luz roja, la imagen resultó clara. Las barras cruzadas borrosas en primer plano indicaban que había sido tomada a través de una ventana.

—Estas son cortinas en primer plano —dijo Sloan—. Y las líneas borrosas son los cuadros de la ventana.

El ángulo de la foto estaba en una trayectoria descendente; claramente, la foto había sido tomada desde una ventana de la planta alta. Nora se acercó para mirar.

—Esa es la entrada de la casa de Preston y Annabelle. Y su BMW. La foto está tomada desde la ventana del dormitorio.

Siguieron observándola y vieron que había una persona.

—¿Quién es? —preguntó Sloan.

Nora tomó la foto y la inspeccionó más de cerca.

—Es Ellis.

EL PASADO

Cedar Creek,

estado de Nevada

4 de julio de 1995

El mismo día…

Annabelle bajó las escaleras con Charlotte en el moisés; respiró hondo y abrió la puerta.

—¿Sabes que está abierto el maletero del BMW? —fue lo primero que dijo Ellis.

Annabelle acomodó el moisés y transfirió el peso a su cadera. Asintió.

—Sí, Ellis, lo sé.

—¡Pero bueno! —Ellis entró en el vestíbulo y se quedó mirando las maletas que llenaban el espacio—. ¿Os vais de vacaciones?

Annabelle sintió que se le aceleraba el pulso. Su oportunidad de una huida sigilosa se estaba desvaneciendo. Cerró los ojos, se volvió y llevó a Charlotte a la cocina. Colocó el moisés sobre la mesa mientras Ellis la seguía.

—En serio —dijo Ellis con lo que a Annabelle le pareció una risita nerviosa—. ¿Os vais a algún lado?

—Sí —respondió ella, mientras abría la nevera para sacar una botella de agua.

—¿A dónde?

—Lo más lejos posible de aquí.

Annabelle se sorprendió ante el tono de su voz. La indignación contra la familia Margolis acumulada durante el último año por fin salía a la superficie, y la reciente revelación de que Ellis había estado robando dinero del bufete y era posible que estuviera involucrado en la muerte de Baker Jauncey la tenía al borde del colapso… y sentía terror de estar sola con su cuñado.

—Entonces, ¿vas a marcharte de la ciudad siendo sospechosa de haber atropellado a un vecino de Cedar Creek? —preguntó Ellis, frunciendo el ceño, como si tratara de entender la situación—. No creo que a la policía le guste la idea.

Ahora fue Annabelle la que se rio. Rodeó la isla de la cocina y miró a Ellis, sonriendo.

—No, no, Ellis. Supongo que no te has enterado. A Baker Jauncey no lo mató mi coche. Estaba muerto antes de que lo atropellaran.

La arruga desapareció del ceño de Ellis; una genuina confusión se reflejó en su cara. Su reacción hizo que la sonrisa de Annabelle se agrandara.

—La autopsia… —comenzó a decir Ellis, pero ella lo interrumpió.

—El informe de la autopsia está mal. Pero no me creas a mí. Habla con el sheriff Stamos. Él fue quien nos lo dijo a Preston y a mí. Verás, alguien se llevó mi coche esa noche y trató de hacer que pareciera que yo maté a Baker Jauncey. Pero aquí es donde se pone interesante… —Annabelle volvió a sonreír—. El sheriff Stamos cree

que la misma persona que mató a Baker Jauncey también está malversando dinero del bufete Margolis y Margolis.

Annabelle bajó la voz.

—No sabrás nada de eso, ¿verdad, Ellis?

Hubo una larga pausa.

—No, no sé nada.

Annabelle se giró y golpeó la botella de agua contra la encimera.

—¡Lo sabemos todo, Ellis! Preston y yo lo sabemos todo. Revisó los ordenadores de la empresa. Y el tuyo también, Ellis. Preston sabe todo lo que has estado haciendo. Así que me retracto de lo que dije antes: no se lo preguntes al sheriff Stamos. No será necesario. Te irá a buscar para hacerte varias preguntas.

Ellis retrocedió, deslizando los dedos de la mano derecha sobre la encimera de granito mientras se alejaba. Annabelle vio que tragaba con fuerza, se giraba y caminaba despacio hacia la puerta principal. Lo escuchó encender el motor del coche y alejarse por el camino de entrada.

CAPÍTULO 63

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Sloan y Nora miraban la foto de Ellis en el inquietante resplandor rojo del cuarto oscuro.

—¿Qué hacía Ellis en la casa de Annabelle aquel día?

—preguntó Nora en un susurro. Sloan tuvo la impresión de que se lo estaba preguntando a sí misma.

—Veamos qué más hay en la película —propuso Sloan.

Nora la miró y asintió. Rápidamente, puso la película en la ampliadora e hizo los ajustes necesarios para tener una vista previa de los negativos.

—Las siguientes están borrosas —anunció.

—¿Qué se ve?

Nora negó con la cabeza mientras intentaba descifrar las imágenes.

—Están demasiado borrosas.

Siguió deslizando la película en la ampliadora.

—Ahora sí —dijo, entornando los ojos para intentar darle sentido a la diminuta imagen—. Hay… dos personas. Revelemos esta.

Repitieron el proceso, exponiendo la imagen en el soporte y luego transfiriéndola a cada una de las bandejas con químicos: primero la solución reveladora, luego el baño de paro y finalmente el fijador. Nora puso en marcha el temporizador y después de que el papel estuviese en la última bandeja durante un minuto, lo levantó con las pinzas y lo colgó para que se secara. Sloan entornó los ojos en la penumbra para distinguir la imagen.

—Ahí están.

En la foto había dos personas enfrentadas. Sus contornos resultaban claros.

—Es Annabelle —dijo Sloan—. Pero… ¿cómo puede ser?

Nora se acercó a la foto y esperó varios segundos hasta que la imagen fue irrefutable.

—Esa es… —Se detuvo, como para permitir que la imagen le diera la razón.

—Es Tilly —dijo por fin—. Es Tilly, en la cocina con Annabelle.

La imagen era clara. Sloan vio a Annabelle y a una joven Tilly Margolis frente a la encimera de la cocina.

Sloan miró a Nora.

—Todas las fotos que hemos revelado hasta ahora fueron tomadas por Annabelle.

—¿Y entonces? —preguntó Nora, sin entender.

Sloan señaló la foto.

—Annabelle está ahí en la imagen. ¿Quién tomó esta foto?

EL PASADO

Cedar Creek,

estado de Nevada

4 de julio de 1995

El mismo día…

Una sensación de urgencia la invadió tras la partida de Ellis. Annabelle corrió al vestíbulo, cogió una de las maletas y la llevó al coche. Volvió corriendo a la casa, cogió dos maletas más y las arrastró hacia afuera. Una de ellas se atascó en el camino adoquinado y se volcó. La dejó allí y arrojó la otra maleta en el asiento trasero del BMW. Un viaje más y el vestíbulo quedó vacío, excepto por una bolsa de viaje y su bolso. Mientras regresaba a la casa, escuchó un coche en la entrada. Se giró y vio el Cadillac blanco de Tilly.

Annabelle dejó caer la barbilla contra el pecho. Ella y Preston deberían haberse marchado el día antes. Ahora la huida sería desordenada y dramática. No se molestó en esperar a Tilly ni en cerrar la puerta principal. En cambio, entró en la cocina y empezó a limpiar uno de los biberones de Charlotte. La pequeña empezaba a inquietarse y tenía que comer.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —preguntó Tilly, mientras entraba en la cocina—. El coche de Preston está a tope, como si os fuerais para siempre.

—Tilly, estoy ocupada. ¿Puedes volver mañana?

Annabelle siguió limpiando el biberón bajo el agua del grifo.

—¿Dónde está Preston?

—Volviendo a casa desde la fiesta del pueblo.

—Te ayudaré con la niña mientras lo esperamos.

Annabelle cerró los ojos. Solo quería subirse al coche con Preston y Charlotte y alejarse lo más posible de Cedar Creek. Agotada por la falta de sueño, no tenía energía para lidiar con su suegra.

Tilly se acercó al fregadero y alargó el brazo hacia el biberón que Annabelle estaba limpiando. Ella lo apartó.

—Tilly, no puedo con esto ahora. He estado despierta toda la noche con Charlotte y de verdad que no tengo la energía para pelear contigo.

—¿Quién está peleando?

Annabelle terminó de enjuagar el biberón y fue hasta el armario a buscar la leche de fórmula para Charlotte.

—¿Adónde os vais, Annabelle? ¿Con todas esas maletas y a esta hora de la tarde?

Su tono condescendiente empujó a Annabelle hasta el límite. Se giró para enfrentarse a su suegra frente al fregadero.

—Nos marchamos, Tilly.

Tilly soltó una risa burlona.

—¿Quiénes?

—Preston y yo. Nos vamos de esta casa, de este pueblo y de toda esta mierda.

—¡Ay, pero qué disparate! Si tú quieres marcharte, perfecto. De hecho, nos gustaría que lo hicieras. Pero ¿mi hijo? ¿Crees que vas a llevarte a mi hijo? ¿Quién te piensas que eres?

—¡Su esposa! ¡Soy su esposa, Tilly! ¿Te escuchas cuando hablas? Te refieres a tu hijo de treinta años del mismo modo en que yo hablo de mi bebé de dos meses. Preston es un hombre adulto y los hombres adultos toman sus propias decisiones. No hacen lo que sus mamis les dicen que hagan.

—¿Y tú te crees que Preston quiere marcharse de Cedar Creek?

Ahora fue Annabelle la que se rio.

—Crees que controlas todo lo que sucede, pero no sabes nada. Y cuando te enteres, tu mundito perfecto hecho de dinero y casas idénticas donde obligas a tus hijos a vivir, así como tu vida de club de campo…, todo se va a desmoronar y hacer pedazos. Y lo más triste es que ni siquiera sabes que va a suceder.

Charlotte empezó a protestar. El volumen de la discusión entre Annabelle y Tilly la hacía llorar y retorcerse en el moisés.

CAPÍTULO 64

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

—No tengo ni idea —dijo Nora en respuesta a la pregunta de Sloan sobre quién había tomado las fotos de Annabelle y Tilly.

—¿Cuántos negativos quedan en el rollo? —quiso saber Sloan.

Nora fue a la ampliadora.

—Cuatro.

—Sigamos. Veamos qué hay en ellos.

Una energía frenética se apoderó del cuarto oscuro. Allí, bajo el resplandor rojo de la luz de seguridad, Sloan y Nora sentían que estaban a punto de resolver un misterio de décadas, aunque no comprendían qué era lo que iban a descubrir.

Nora se puso a trabajar con destreza. Ya no era una maestra que había tomado a Sloan bajo su ala. Era una experta en el proceso de revelado que había llevado a cabo miles de veces en el pasado; daba indicaciones y órdenes que Sloan seguía sin vacilar. Nora proyectó el negativo en el papel fotográfico incrementando el tiempo de exposición para asegurarse de que tendrían una imagen precisa. Luego pasó el papel en blanco por los baños de revelado. Esta vez, sin embargo, mientras esperaban a que la imagen se fijara, Nora se

dedicó a trabajar con el siguiente negativo. Para cuando tuvo la foto sumergida en la solución reveladora, la primera imagen estaba lista para salir del fijador.

Mientras Nora preparaba el siguiente negativo, Sloan colgó la foto para que se secara y luego, con las pinzas, movió la segunda imagen al baño de paro. Sus movimientos eran apresurados, pero bajo la guía de Nora, cada paso se hacía correctamente. Por fin tuvieron cuatro fotos colgadas secándose, cada una en diferentes etapas de revelado.

La primera imagen, de la que todavía goteaba solución fijadora, cobró vida.

Apenas borrosa, mostraba a Tilly sosteniendo un mechón de pelo de Annabelle en su puño y a Annabelle con la cabeza inclinada hacia abajo por la fuerza.

—Están… —Sloan tomó la foto de la cuerda de secado—. Están peleando.

Nora descolgó la segunda foto y se quedaron mirándola. Vieron que Annabelle sujetaba a Tilly contra la superficie de trabajo de la cocina con los brazos extendidos.

Nora descolgó la tercera foto. Sloan y ella respiraban entrecortadamente; las imágenes eran un portal al pasado que las ubicaba en medio de la batalla librada en la casa de Annabelle Margolis casi treinta años antes. Nora sopló sobre el papel en blanco para secarlo. Cuando vieron la imagen, exclamó:

—¡Ay, Dios mío!

Sloan miró la foto en la mano de Nora. Vio que Tilly Margolis sostenía un cuchillo de hoja larga.

EL PASADO

Cedar Creek,

estado de Nevada

Martes 4 de julio de 1995

El mismo día…

—¿Qué pasa, Tilly? —dijo Annabelle, acercando la cara a la de su suegra. Esa confrontación se había estado gestando durante mucho tiempo—. ¿Por primera vez en tu vida no tienes nada que decir?

—Sí, tengo mucho que decir. ¡Y me vas a escuchar! Puede que hayas hechizado a mi hijo, pero no tienes ningún efecto sobre mí. Sé a qué estás jugando. Eres una ordinaria que busca dinero y lo has atrapado en tus redes. Eso te lo reconozco. Preston no es tonto, pero… ¡por Dios! Cuando se trata de ti es un bufón. Te haré una oferta: Reid y yo te pagaremos para que te vayas. Estarás bien cuidada y tu bebé también.

—¿Mi bebé? —se rio Annabelle—. Te refieres también a la hija de tu hijo, ¿no? ¿A tu nieta?

—No me hago ilusiones sobre lo que representa esa niña. Fue una forma de atrapar a Preston en una vida de servidumbre. Y lo admito, has ganado. Reid y yo te concedemos la victoria y te daremos lo que quieres. Verás que el acuerdo que hemos preparado es más que justo.

Annabelle volvió a reírse.

—¿Tú y Reid me estáis ofreciendo algo así como una indemnización para que me vaya?

—Exacto. Anularemos el matrimonio y te pagaremos una pensión mensual hasta que la niña tenga dieciocho años. Verás que la oferta es más que justa.

—¡Por el amor de Dios, Tilly! ¿Tu mente perversa sigue dándole vueltas a esa idea disparatada? ¡No quiero tu dinero!

—No, quieres el de Preston. Pero lo que no entiendes es que Preston no tiene dinero. Dinero como el que quieres tú, al menos. Si sigue con esta tontería, Reid y yo le hemos advertido que lo expulsaremos de la familia.

—¿Expulsarlo? ¿Acaso Cedar Creek ha vuelto a la Edad Media?

—Muy graciosa. Desheredaremos a Preston si sigue con esta tontería contigo.

Annabelle negó con la cabeza.

—Por lo avaros que sois con vuestros hijos, no es de extrañar que uno de ellos esté robando dinero.

Annabelle vio que a Tilly no le hacía mella el comentario. Realmente no tenía ni idea.

—Desheredarlo significa que Preston no recibirá más dinero de la familia. Lo despedirán del bufete. No se le permitirá trabajar en ningún lugar del condado de Harrison.

—¿Puedes prometérmelo? —dijo Annabelle—. Por favor, Tilly, prométeme que todo lo que acabas de decir es verdad. Prométeme que dejarás que Preston se vaya de este puto lugar y no vuelva a mirar atrás. Él está a punto de llegar. ¿Le dirás todo esto que me acabas de decir a mí?

Annabelle dio un paso más hacia su suegra.

—Piensas que esas amenazas vacías lo asustarán, pero en realidad, lo liberarían. La idea de irnos de aquí no fue mía. Fue de Preston. No ve el momento de alejarse de vosotros.

—¡Si serás puta! —exclamó Tilly. Tanto Annabelle como Charlotte se asustaron.

Charlotte empezó a llorar con fuerza, a patear y moverse en el moisés. Mientras la pequeña se retorcía, uno de sus pies golpeó el botón de la cámara de Annabelle, que estaba contra el borde del moisés. El talón de Charlotte dio en el obturador y sacó una foto justo cuando Tilly explotaba en un ataque de rabia y agarraba a Annabelle del pelo. Las dos mujeres forcejearon, pero Annabelle no logró liberarse; Tilly tiró del pelo hacia abajo y la hizo girarse.

Annabelle se lanzó hacia delante en una embestida y ambas chocaron contra la encimera y los armarios de la cocina. El impacto fue fuerte y Tilly le soltó el pelo. Annabelle la empujó contra la encimera para poder retroceder. Cuando su suegra se giró, agarró con la mano derecha un cuchillo de hoja larga que estaba en el bloque de madera. Annabelle se sorprendió tanto al ver el cuchillo que no tuvo oportunidad de reaccionar. Tilly hundió la hoja en su abdomen. Annabelle soltó un grito, más de miedo que de dolor. Curiosamente, no sintió nada en absoluto hasta que Tilly sacó el cuchillo de su estómago. Entonces, cuando se llevó las manos al abdomen, pudo sentir el cálido flujo de la sangre.

De inmediato se sintió mareada; solo estaba periféricamente consciente cuando Tilly le clavó el cuchillo por segunda vez. Un instante después, Annabelle se desplomó en el suelo de la cocina. La casa habría estado inquietantemente silenciosa de no haber sido por el llanto de Charlotte. La pequeña agitaba las piernas y su talón volvió a activar la cámara, que disparó otra foto, esta vez de Tilly con el cuchillo ensangrentado en las manos.

Cedar Creek,

estado de Nevada

4 de julio de 1995

El mismo día…

Cuando Preston llegó a su casa, vio el coche de su madre en la entrada.

—¡Mierda!

Vio el maletero del BMW abierto y las maletas apiladas dentro. Había albergado esperanzas de poder escapar de Cedar Creek sin enfrentarse a su madre. Y Dios no quisiera que estuviera su padre en la casa. Preston apagó el motor y abrió la puerta. De inmediato escuchó a Charlotte llorando dentro; no era un llanto habitual: su hija estaba gritando como nunca la había escuchado antes. Corrió a la casa, subió los escalones de dos en dos y entró como una tromba por la puerta. Saltó por encima de un bolso de lona que estaba en el vestíbulo y cuando llegó a la cocina vio a Charlotte en su moisés, sobre la mesa de la cocina.

Su hija pateaba y se retorcía, gritando de manera desgarradora, con la carita enrojecida.

Dio un paso hacia la cocina y la historia se desveló ante sus ojos. Annabelle yacía de espaldas, con una pierna flexionada hacia atrás a la altura de la rodilla, los brazos caídos a los costados. Un charco de

sangre oscura rodeaba su cuerpo. Junto a Annabelle estaba su madre con un cuchillo de cocina manchado de sangre en la mano derecha. Cuando Preston la miró, ella soltó el cuchillo y este cayó al suelo con estrépito; el ruido superó momentáneamente los gritos de Charlotte.

—¡Me atacó, Preston! —exclamó su madre—. ¡Debes creerme! ¡Me atacó y me defendí!

Charlotte seguía llorando en el moisés.

—¿Qué has hecho, mamá?

—¡Fue en defensa propia!

Preston se llevó las manos a la cabeza y se agarró el pelo mientras miraba a su esposa, la sangre y el cuchillo.

—¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío, ay, Dios mío!

—Me atacó y me defendí —repitió su madre, esta vez con ira en la voz.

Preston negó con la cabeza y descolgó el teléfono.

—¿Qué haces?

—Llamar a una ambulancia.

—No —dijo Tilly—. No lo hagas.

Preston ignoró a su madre y marcó. Tilly corrió y le arrebató el teléfono de las manos. El aparato cayó al suelo.

—¡No lo hagas! Ya se ha ido. Se acabó, hijo, y es mejor así.

Los ojos de Preston se llenaron de furia; empujó a su madre hacia atrás. Tilly trastabilló y cayó junto a Annabelle, esquivando por muy

poco el charco de sangre. Presa de una furia que hervía en su interior, Preston se encaramó sobre su madre y le puso las manos alrededor del cuello.

—¿Qué has hecho? —dijo entre dientes, apretando con violencia el cuello de su madre—. ¿La has matado delante de mi hija?

Preston vio que la cara de su madre se tornaba morada. Tilly abrió la boca, pero no brotó ningún sonido.

—¡La odiabas! A pesar de que yo la quería, la odiabas. ¡Te mataré como la mataste a ella!

Escupió las palabras en un grito cargado de locura antes de escuchar un fuerte crujido y sentir un impacto en la parte posterior de la cabeza. El golpe le quitó la fuerza de los brazos, como si se hubiera abierto un grifo por el que se escurrió toda la energía de su cuerpo. Aunque trató de seguir apretando el cuello de su madre, las manos y los brazos ya no le respondían. Un segundo después, Preston cayó al suelo y justo antes de que sus ojos se cerraran, vio a Ellis de pie sobre él, con un bate de béisbol en las manos.

Charlotte seguía gritando y Preston miró a la niña. Sus piernecitas se agitaban y su talón derecho golpeó contra la cámara una última vez.

SEXTA PARTE

EN VUELO

CAPÍTULO 65

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Sloan y Nora se miraron; Nora sostenía la foto que mostraba a Tilly con un cuchillo en la mano.

—Ella la mató —dijo Nora—. Tilly mató a Annabelle.

Sloan tragó saliva y volvió a mirar la foto, tratando de entender lo que veía, cómo se explicaba la existencia de esas fotos y quién las había tomado.

—Sigo sin… —murmuró, negando con la cabeza—. ¿Quién tomó estas fotos?

—¿Y qué pasó con Preston? —preguntó Nora—. ¿Y contigo? ¿Qué te pasó a ti esa noche?

Lentamente, como si la respuesta se les hubiera ocurrido al mismo tiempo y proviniera del mismo lugar, miraron hacia la cuerda de secado y la foto que colgaba allí. La imagen se veía con claridad. Nora la desenganchó. Boquiabierta, alargó el brazo hacia la pared y encendió la luz del techo. La foto mostraba a Ellis mirando de manera inquietante hacia la cámara, con un bate en las manos. Sloan recordó la impresión de la doctora Cutty de que la herida de la cabeza de Baker Jauncey había sido causada por un bate de béisbol.

—¡Nora! —gritó una voz desde algún lado, fuera del cuarto oscuro.

Era Ellis.

—¡Nora! —volvió a gritar, y esta vez su voz sonó más fuerte y más cerca.

Nora y Sloan se miraron con pánico en los ojos. Habían dejado abierta la puerta del sótano que daba a la cocina y oyeron pasos en la escalera. Ambas dieron un respingo cuando Ellis golpeó a la puerta del cuarto oscuro.

—¿Nora, estás allí?

Ella se llevó un dedo a los labios para que Sloan guardara silencio. Pero cuando Sloan apoyó su mano temblorosa sobre la mesa para estabilizarse, golpeó una de las bandejas con solución reveladora, que cayó al suelo con estruendo.

—Nora —gritó Ellis—. ¡Abre la puerta!

La puerta se sacudía con los golpes de Ellis del otro lado.

CAPÍTULO 66

Cedar Creek, estado de Nevada

Viernes 2 de agosto de 2024

Eric conducía a unos ciento sesenta kilómetros por hora hacia el norte, alejándose de Reno y del banco donde él y Marvin Mann habían descubierto el mensaje de su padre: una nota adhesiva escrita por su padre que ahora estaba pegada en el salpicadero. Decía: "Guy Menendez = Ellis Margolis".

—Llámala de nuevo —le pidió Eric a Marvin Mann mientras se dirigían hacia Cedar Creek.

—Salta el buzón de voz —respondió Marvin—. Tiene el teléfono apagado o no hay cobertura donde está. Hasta un viejo como yo sabe eso.

—¡Inténtalo! —exclamó Eric, sabiendo que Sloan estaba en la Finca Margolis con Ellis y corría un grave peligro.

Marvin llamó de nuevo.

—Buzón de voz.

—Envía un mensaje de texto. Con lo mismo que antes.

Marvin tecleó en el teléfono de Eric y volvió a escribir un mensaje idéntico al que había enviado varias veces desde que habían salido del banco.

Ellis Margolis es Guy Menendez. ¡Busca una excusa para marcharte y llámame!

—Listo —dijo Marvin.

Eric se pasó una mano por el pelo mientras pensaba.

—Busca el teléfono del departamento de policía de Bend, en el estado de Oregón.

—¿Dónde?

—¡Hazlo, Marv!

Marvin usó el teléfono de Eric para buscar.

—Lo tengo.

Marvin marcó y le entregó el teléfono a Eric.

—Departamento de Policía de Bend —dijo una mujer.

—Hola, soy Eric Stamos. Soy el sheriff del condado de Harrison, en el estado de Nevada. Hay una emergencia y necesito hablar con alguien de allí. Con su jefe o quien esté al mando.

—¿Necesita llamar al 911?

—No, la emergencia es allí en Bend. Necesito hablar con la persona que esté al mando.

—¿Cuál era su nombre, señor?

Eric inspiró hondo para calmarse.

—Soy el sheriff Eric Stamos del condado de Harrison, en el estado de Nevada.

—Un momento, por favor.

Transcurrió una eternidad hasta que alguien tomó la llamada.

—Soy el jefe policial Mortenson, ¿con quién hablo?

—Hola, jefe, soy Eric Stamos, el sheriff del condado de Harrison, en Nevada. Necesito su ayuda.

—Por supuesto, sheriff. ¿Qué pasa?

—Necesito que envíe a algunos agentes a la Finca Margolis.

—¿A la bodega?

—Sí. Hay un problema en ciernes; si pudiera ir hasta allí y ver qué sucede, lo consideraría un favor personal.

—¿Cuál es el problema en la bodega, sheriff?

—Es una historia larga, y no hay tiempo para que le dé los detalles. Una amiga mía está allí y creo que corre peligro. No puedo contactar con ella por teléfono y necesito que vaya a ver si está bien.

—¿Cómo se llama esta amiga?

—Sloan Hastings.

—Sloan… ¿la chica que está en las noticias?

—Sí, ella.

Hubo un silencio.

—¿Este número del que me está llamando es la mejor manera de contactar con usted, sheriff?

—Sí.

—Iré yo mismo y le informaré lo que averigüe.

—Gracias, jefe. Si pudiera darle prioridad, le estaría muy agradecido.

—Saldré hacia allí ahora mismo.

CAPÍTULO 67

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

—¡Mierda! —susurró Sloan cuando la bandeja cayó con estrépito.

—Nora, ¿esta Sloan contigo? ¡Abre la puerta!

Ellis golpeó la puerta, haciendo temblar el marco. Ambas volvieron a mirar la foto, en la que Ellis las observaba de manera inquietante desde la imagen, con un bate de béisbol en las manos. Escucharon pasos pesados cuando él se alejó de la puerta y subió las escaleras a toda prisa. Instantes después, regresó. Oyeron el tintineo de unas llaves.

—¿Llaves? —susurró Sloan—. ¿Son llaves?

—No —respondió Nora—. La cerradura no lleva llave. Tiene un cerrojo de seguridad.

Cuando escucharon los golpes, comprendieron. Ellis iba a destrozar la cerradura de una manera u otra.

—¡Va a entrar, Nora!

—¡Sígueme! —dijo Nora y corrió hacia el otro extremo del cuarto oscuro. Sloan no se había percatado de que había otra puerta. Solo había estado en la habitación un momento antes de que Nora la sumiera en la oscuridad y encendiera la tenue luz roja. Pero ahora,

con las luces encendidas, la vio. Una pesada puerta de madera, redondeada en la parte superior y con gruesos tablones que creaban una ornamentada X en el frente.

Nora giró la cerradura y empujó la puerta. Las bisagras protestaron con un chirrido agudo. A juzgar por la desesperación con que martillaba, Ellis oyó cuando la abrieron.

—Nora, quédate en el cuarto oscuro. Ha pasado algo. No es seguro que salgas.

Sloan vio que Nora dudaba y percibió su indecisión. Sabía que ella deseaba creer a su marido. Le tomó la mano y tiró para hacerla pasar a través del umbral hacia la oscuridad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sloan.

—En las cavas de la bodega.

—¿Cavas?

—Donde guardan el vino mientras fermenta y se añeja.

Sus voces resonaban en el oscuro y húmedo túnel. Giraron y siguieron por el corredor hasta donde ya no llegaba la luz del cuarto oscuro. Dieron unos pasos más y todo fue oscuridad.

—Me he dejado el teléfono en la casa de invitados —dijo Sloan—. ¿Tienes el tuyo?

—No —respondió Nora—. Está en la cocina.

Corrieron a tientas por el espacio cavernoso, apoyando las manos sobre los barriles que bordeaban el túnel para guiarse. Por fin emergieron a un gran vestíbulo en la sala de catas. Nora buscó el interruptor y encendió la luz. Las bombillas que decoraban el techo en largas filas cobraron vida.

Del vestíbulo circular salían tres túneles; cada uno estaba bordeado por barriles de roble donde fermentaba el vino. En medio del vestíbulo había una barra de caoba que se utilizaba para catas. Las enormes puertas dobles estaban cerradas, pero Sloan las imaginó abiertas, dejando entrar el sol mientras los entusiastas del vino llenaban el espacio.

Corrió hacia las puertas dobles que llevaban a los viñedos, pero el grito de Nora la detuvo en seco. Al volverse, vio a Nora junto a la barra. En el suelo, detrás de la barra, parecía haber un charco de vino tinto, como si se hubieran roto botellas de cabernet. Sloan dio un paso vacilante hacia la barra de catas, luego otro y otro hasta que estuvo junto a Nora y miró detrás del mostrador de caoba. En el suelo yacían Tilly y Reid Margolis. En la frente tenían sendos orificios. El charco de sangre se agrandaba en el suelo.

Las imágenes que habían revelado en el cuarto oscuro pasaron rápidamente por la mente de Sloan: Tilly con el cuchillo en la mano, Ellis sosteniendo el bate. También recordó las portadas de los periódicos sensacionalistas que mostraban a Annabelle y Preston con su recién nacida en brazos. Las fotos de la escena del crimen que había visto con Eric. Pensamientos e imágenes se agolpaban en su mente a una velocidad que le impedía comprender. Cuando volvió a enfocar la vista sobre la carnicería que tenía delante, algo capturó su atención.

—¡Auxilio!

La voz era débil y Sloan no pudo descifrar su origen. Sintió que Nora le tomaba la mano, temerosa. Tal vez Reid seguía vivo, pensó Sloan. Pero otra mirada a su frente le dejó en claro que estaba muerto. Sloan había visto suficientes heridas de bala en sus prácticas de medicina de urgencias como para saber que nadie sobrevivía a un agujero en la frente.

—¡Ayudadme, por favor!

Ambas miraron hacia el túnel de la derecha. Las súplicas provenían de la oscuridad.

CAPÍTULO 68

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Ellis no se había sentido tan incapaz de controlar la situación desde aquel fatídico verano de 1995 cuando todo comenzó a desmoronarse. Aquella vez, fue Baker Jauncey quien inició la cascada de fichas de dominó. Gracias a algo de suerte y varias decisiones difíciles, Ellis había logrado salir de la situación. Su madre se había convertido en su cómplice involuntaria después de que matase a Annabelle durante una pelea alimentada por la ira. Desde aquella noche, la relación entre ambos no volvió a ser la misma. Su madre lo odiaba por matar a Preston, aunque él lo había hecho para salvarle la vida. Al menos, esa era la versión oficial de la historia.

La verdad era que una vez que Annabelle le reveló a Ellis que Preston estaba al tanto del fraude cometido en el bufete, a él no le quedó más remedio que matarlos. Pero cuando volvió a la casa de Preston el Cuatro de Julio, su madre ya se había encargado de Annabelle. Y cuando Ellis vio a Preston estrangulando a su madre, comprendió que no se le presentaría una mejor oportunidad de resolver todos sus problemas.

Aquella noche en la casa de Preston había unido a Ellis y a su madre de una manera que no habían conocido antes. Nunca habían tenido una relación tan estrecha. Compartir secretos unía a las personas con más fuerza que incluso el amor incondicional. Sus vidas dependían de que ninguno abriera la boca sobre esa noche, y

durante veintinueve años ambos habían cumplido. Entonces apareció Sloan Hastings.

Ellis se había puesto a considerar sus opciones el mismo día en que Nora le contó que había aparecido la pequeña Charlotte en Carolina del Norte. Era una posibilidad en la que jamás había pensado. Durante décadas, su mayor cabo suelto había sido Margot Gray. Pero la había mantenido contenta a lo largo de los años. Solo recientemente se había descontrolado por el sentimiento de culpa cuando salió a la luz la historia de Sloan y Margot ató cabos. Ellis logró silenciarla justo a tiempo, pero ella era solo uno de muchos problemas. El mundo comenzaba a cerrarse alrededor de él, pero había hallado una solución que resolvería todos sus problemas.

Aquella noche de julio, había cargado los cuerpos de Preston y Annabelle en su camioneta y limpiado la sangre de ella del suelo con cloro para la piscina diluido en agua. Aun así, no fue suficiente para evitar que los investigadores encontraran rastros de sangre en el suelo. Pero los detectives nunca se acercaron a averiguar qué había ocurrido en esa casa o dónde se habían ocultado los cadáveres de Annabelle y Preston. La noche del 4 de julio de 1995, Ellis había conducido hasta la bodega para enterrarlos en uno de los viñedos. Habían pasado tantos años que ya no recordaba la ubicación exacta.

Luego, había hecho cientos de kilómetros en coche con la pequeña Charlotte y había encontrado a Margot Gray. Le pagó generosamente para que cuidara a la niña durante unos meses y luego se hiciera pasar por su madre durante la supuesta adopción. Todo había funcionado de maravilla, lo que le permitió evitar la tarea imposible de tener que matar a su sobrinita. Sin embargo, al mirar atrás, comprendía que matarla le hubiera evitado los problemas que tenía actualmente. Le esperaban más decisiones difíciles. Podría capear la tormenta que lo azotaba solo si las tomaba. Nadie sospecharía que él era el responsable de la masacre en la Finca Margolis. Tenía al chivo expiatorio perfecto.

Utilizó el martillo para golpear el mango del destornillador. Con un último esfuerzo, introdujo la punta del destornillador en la cerradura y la partió. Cuando abrió la puerta, el cuarto oscuro estaba vacío. Pero sobre la mesa vio unas fotos que le quitaron el aliento. Lo trasladaron en el tiempo a aquella noche en casa de Preston. En una foto vio a su madre forcejeando con Annabelle. En otra, Tilly sujetaba un cuchillo de cocina con hoja dentada.

¿De dónde habían salido esas fotos?, se preguntó Ellis. ¿Quién las había tomado? ¿Cómo era posible que existieran? Ellis vio una vieja cámara Nikon FM10. En un segundo, recordó haberla encontrado en el moisés de la niñita. Después de limpiarlo todo, se la llevó y la escondió en el desván.

Por fin, la mirada de Ellis se detuvo sobre la última foto. Era una imagen de él mismo, mirando hacia la cámara, sosteniendo el bate que había usado para matar a su hermano. Sintió una oleada de confusión ante la existencia de esas fotos. Pero la sensación cedió ante la culpa que lo invadió, como si verse en acción volviera real lo sucedido. Era un experto en compartimentar sus acciones, pero esa foto permitió que los recuerdos de aquella noche emergieran de la parte de su mente a la que los había confinado. Recordó entrar en la casa de Preston con el bate de béisbol, listo para matar a Annabelle. Recordó ver a Preston encima de su madre, con las manos alrededor de su cuello. Recordó el ruido sordo del bate cuando golpeó la sien de Preston.

Parpadeó varias veces, tratando de librarse de esos perturbadores recuerdos. Luego miró hacia el extremo de la habitación y vio que la puerta que llevaba a las cavas estaba abierta. Salió corriendo a toda velocidad.

—¡Nora!

CAPÍTULO 69

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

—¡Auxilio! —volvió a decir la voz.

—Viene del túnel —susurró Nora.

Estaban deseando salir de las cavas, abrir las puertas y huir por los viñedos. Pero las tenues súplicas habían llamado su atención. Se dirigieron despacio hacia el túnel a oscuras. A unos metros, donde ya no llegaba la luz del vestíbulo, encontraron a un hombre en el suelo.

—¡Ayudadme, por favor! —exclamó.

—¿Lester? —dijo Nora, poniéndose en cuclillas—. ¿Qué haces aquí?

—¡Por favor, va a matarme!

Sloan se agachó junto a Nora y vio la cara de Lester Strange, el encargado de mantenimiento. Tenía la muñeca izquierda esposada al estante enrejado sobre el que estaban los barriles y la cara magullada.

—¡Me va a matar! Va a mataros a todos y hacer que parezca que fui yo. ¡Por favor!

Lester señaló hacia el fondo de la cava.

—Hay una maza allí. La uso para alinear los barriles. ¡Por favor!

Sloan no vaciló. Se incorporó y corrió hacia la oscuridad. Tras una breve búsqueda, dio con la maza y la llevó a donde estaba Lester.

—Ten cuidado —le advirtió a Nora.

Lester alejó su muñeca esposada de la reja de metal, tensando las esposas. Con un movimiento rápido, Sloan golpeó con la maza y las rompió. Lester apartó la mano de la reja; las esposas rotas colgaban de su muñeca.

—¡Nora!

La voz de Ellis resonó desde el extremo más alejado de la cava que conectaba con el cuarto oscuro. Los tres corrieron por la sala de catas; el resplandor del sol los cegó cuando empujaron las puertas dobles para salir.

CAPÍTULO 70

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Corrieron hacia los viñedos. Un disparo resonó en la mañana y se hizo eco en las montañas. Sloan se agachó, pero siguió corriendo detrás de Lester, que avanzaba a toda velocidad entre las vides. Con el corazón al galope y la respiración entrecortada, no se percató de que Nora ya no estaba a su lado. Aminoró el paso y miró hacia atrás por el sendero que corría entre las vides. Allí, a unos treinta metros de distancia, Nora yacía en el suelo. Sloan volvió sobre sus pasos. Nora se aferraba la pierna derecha; la sangre roja y brillante que le cubría las manos se derramaba sobre la tierra como melaza espesa.

—¡Dios mío! —exclamó Sloan y se agachó junto a Nora.

Evaluó rápidamente a su paciente y vio de dónde brotaba la sangre. Nora tenía una herida de bala en la parte posterior de la pierna, con orificio de salida por delante.

—Está bien —dijo.

—¿Qué? —gimió Nora entre dientes apretados.

—La bala entró y salió.

—¿Eso es bueno?

—Sí, no rebotará dentro causando daño. Esto es mucho más limpio. Y a juzgar por la cantidad de sangre, no ha alcanzado la arteria femoral.

—¡Nora!

Oyeron el grito de Ellis a unos surcos de distancia.

Sloan miró su alrededor. Hacia delante, se veían viñedos hasta donde alcanzaba la vista. Detrás de ella, a unos cientos de metros, estaban la casa de invitados y la principal. En la mesilla de noche de la casa de invitados estaba su teléfono.

—¿Puedes caminar? —le preguntó a Nora.

Ella intentó levantarse, pero en cuanto cargó peso sobre su pierna, se desplomó. Negó con la cabeza.

—Ya —dijo Sloan, mientras pensaba a toda velocidad.

Se levantó y se puso de puntillas intentando localizar a Ellis. Vio su cabeza en movimiento entre las vides a varios senderos de distancia. Desgarró la tela de su blusa y arrancó una tira de la parte inferior de unos setenta centímetros de largo. Se agachó y ató la tira de seda alrededor de la pierna de Nora, ciñéndola cerca de la ingle.

—¡Ay! —se quejó Nora, cuando Sloan apretó el nudo con fuerza contra su piel.

—Es un torniquete. Bueno, lo único que puedo hacer en este momento. Tiene que estar ajustado para que funcione.

Sloan se levantó de nuevo para ver dónde estaba Ellis.

—Está adentrándose en el viñedo. Mi teléfono está en la casa de invitados.

—¡No me dejes aquí!

Sloan sonrió.

—Ni lo sueñes.

Se inclinó sobre Nora.

—Esto va a doler —le anunció—. Gime y gruñe, pero no grites ¿de acuerdo?

Nora asintió.

Sloan la agarró de las axilas y la levantó como si estuviera levantando una pesa rusa. Logró ponerla de pie. Nora cargó el peso sobre la pierna izquierda. Sloan se agachó y colocó un hombro contra la cadera de Nora y la cargó sobre su espalda. Comparada con los pesos que acostumbraba a levantar, Nora era liviana. Echó a andar en un trote controlado hacia la casa principal.

—¡Aguanta! —la animó mientras corría.

CAPÍTULO 71

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Cuando llegó a donde terminaban los viñedos, Sloan respiraba con dificultad; le ardían los cuádriceps más que durante cualquier rutina de CrossFit. Pero no prestó atención al dolor. Su único objetivo era llegar a la casa y pedir ayuda. En el límite del viñedo, se detuvo. La protección que le proporcionaban las vides le daba una sensación de seguridad y no le agradaba la idea de salir de allí. Miró hacia la izquierda y hacia la derecha; Nora gemía sobre su hombro. Entre el límite del viñedo y la parte posterior de la casa de invitados había unos cien metros de campo abierto.

Sloan comenzó a trotar. Nora rebotaba sobre su hombro mientras corría. Cuando había recorrido la mitad del trayecto, sonó otro disparo y Sloan cayó de rodillas. Nora se desplomó de su hombro y gritó de dolor al rodar por el suelo. Sloan se palpó el cuerpo, buscando heridas o sangre. No encontró nada; tampoco sentía dolor. Resonó otro disparo. Se arrastró hacia Nora. Los juncos del campo les brindaban una cierta protección.

Tumbada sobre un hombro, Sloan miró por encima de los juncos y vio que Ellis corría por el campo hacia ellas.

—¡Viene hacia aquí! —dijo—. ¡Tenemos que irnos!

—No puedo —gimió Nora—. Ve tú. Ve a la casa y pide ayuda.

—No voy a dejarte.

Nora negó con la cabeza.

—No me matará. Soy su esposa.

Sloan recordó la imagen de Tilly y Reid Margolis, muertos en la sala de catas, y no estuvo de acuerdo con Nora. Pero no podía dejarla y en un instante comprendió que moriría defendiéndola o mataría para protegerla. La agarró de los brazos y la arrastró hasta una especie de tractor grande que estaba en medio del campo. Era la máquina amarilla que había visto usar a Lester esa mañana para clavar postes en la tierra. No era mucho, pero ofrecía más protección que la hierba.

Arrastró a Nora hasta la parte delantera de la máquina y se asomó para mirar. De inmediato, sonó otro disparo. Sloan se arrojó otra vez al suelo. Ellis estaba cerca y aunque ella quisiera abandonar a Nora y correr hacia la casa, él la derribaría de un disparo. Seguir allí esperando llevaría al mismo resultado.

CAPÍTULO 72

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Ellis Margolis corrió desde el límite del viñedo y vio a Sloan Hastings con Nora sobre un hombro. Disparó de nuevo; las mujeres cayeron a la hierba. Siguió adelante y vio que Sloan se incorporaba desde debajo de los juncos. Volvió a disparar. Con la desesperación con la que corría, tenía pocas posibilidades de dar en el blanco. Los disparos eran para inmovilizarlas y evitar que llegaran a la casa. Las mataría cuando las alcanzara.

Estaba desesperado por terminar con ese día. Quería ponerle fin a todo, llamar a la policía y contarles lo que había descubierto: que Lester Strange, el empleado fiel de la familia, había masacrado a la familia que lo había cobijado durante tantos años. La única explicación, sabía, sería que tras la aparición de Sloan Hastings, Lester había querido borrar con ese baño de sangre los rastros de décadas atrás. Ellis emergería como el único superviviente y llenaría todos los huecos de información que las autoridades necesitaran.

Si lograba su cometido, la verdad seguiría oculta, como lo había estado durante los últimos treinta años. Ellis había estado robando dinero de Margolis y Margolis para encubrir su adicción a los opioides. En años recientes, ese vicio lo había llevado a la adicción al juego. Treinta años antes, en aquel fatídico Cuatro de Julio, creyó que las muertes de Preston y Annabelle mantendrían su secreto a salvo para siempre. Pero ahora Sloan Hastings amenazaba con sacar

a la luz todos los secretos que él había enterrado hacía muchos años. La masacre de la Finca Margolis era la única manera de mantenerlo todo oculto. En los años venideros, encontraría una manera de compartimentar también ese día terrible.

Cuando se acercó a la gran máquina clavadora de postes, se detuvo. Las mujeres estaban en algún lugar por allí y no iba a acercarse lo suficiente como para que una de las dos lo atacara. Había visto la musculatura de Sloan Hastings y no dejaría nada al azar. Rodeó la máquina amarilla, acercándose por el frente. Escuchó un gemido y reconoció la voz de Nora. Dio otro paso y las encontró tumbadas en el suelo, acurrucadas contra la máquina. Nora tenía un trozo de tela blanca alrededor de la pierna.

—Por favor, Ellis —dijo Nora—. Termina con esta locura.

Él la miró con lástima. Matar a sus padres había sido duro. Matar a su esposa sería lo más difícil que tendría que hacer en su vida.

—¿Los mataste tú, Ellis? ¿Mataste a tus padres? ¡Por favor, dime que no fuiste tú!

—¿De dónde salieron esas fotos, Nora? Las del cuarto oscuro. ¿De dónde salieron?

—De la cámara de Annabelle. La que le regalé aquel verano.

—¿Pero quién las hizo, Nora?

Ella nunca llegó a responder. Sloan se levantó de un salto y se lanzó sobre Ellis, golpeándole el pecho con el hombro. La colisión lo dejó sin aire e hizo caer el arma al suelo.

CAPÍTULO 73

Bend, estado de Oregón

Viernes 2 de agosto de 2024

Sloan cargó con el hombro hacia delante, levantando a Ellis del suelo; empujó con las piernas como si se estuviera ejercitando con el trineo de empuje en el gimnasio. En un esfuerzo final, se impulsó hacia arriba, derribó a Ellis y cayó sobre él. Quedó tendido de espaldas; Sloan se montó sobre su pecho y le hundió el pulgar derecho en la cuenca del ojo izquierdo. Ellis soltó un gemido gutural; un chasquido repugnante salía de su ojo. Sloan rodó hacia un lado y buscó el arma entre los altos juncos.

Corrió otra vez hacia donde lo había derribado y buscó a su alrededor mientras Ellis gemía. Primero vio el mango negro, luego el metal plateado del cañón. Justo cuando se inclinaba hacia él, sintió que una mano le aferraba el tobillo. Gritó al caer hacia delante; Ellis tiraba de su pierna hacia atrás. Intentó llegar al arma, pero cuando sus dedos rozaron el mango, él la arrastró hacia atrás por la hierba alta. Sloan pateaba y trataba se reptar hacia delante. El arma estaba justo fuera de su alcance; su cuerpo iba en la dirección contraria. Ellis se incorporó hasta quedar de rodillas y luego se puso de pie, ganando tracción con cada movimiento.

Sloan se dio la vuelta sobre su espalda y logró liberar su tobillo. Flexionó la rodilla contra el pecho y luego le lanzó una patada poderosa hacia la ingle. Lo impactó con toda su fuerza y lo arrojó al suelo. Mientras se arrastraba hacia el arma, escuchó sirenas a lo

lejos. Localizó el arma y esta vez la cogió y se giró hacia Ellis. Pero él ya no estaba doblado en dos por la patada. Estaba de pie por encima de ella, con el ojo izquierdo hinchado y hundido; por la mejilla le corría sangre.

Con la espalda contra la máquina clavadora de postes, Sloan lo apuntó con el arma. Al ver la mirada desquiciada del único ojo de Ellis, comprendió que tendría que dispararle si esperaba detenerlo antes de que la matara. Se dispuso a presionar el gatillo con el dedo índice izquierdo, pero antes de poder hacerlo, escuchó un estruendo como el de un coche que explota. Por un instante, creyó que había disparado el arma, pero no sintió el retroceso. Su espalda, sin embargo, comenzó a vibrar cuando la clavadora de postes cobró vida. Vio que Ellis miraba hacia la máquina justo cuando esta disparaba un poste desde lo alto hacia su cabeza. El peso del poste y la potencia de la máquina lo atravesaron de la cabeza hasta el pecho. La máquina hizo el sonido metálico que la había despertado esa mañana, luego quedó en silencio. Sloan tardó varios segundos en entender la física de lo que había sucedido, pero al mirar a Ellis Margolis, rígido y erguido, se dio cuenta de que el poste de un metro lo había matado de manera instantánea, dejándolo clavado en su lugar.

Sloan bajó el arma y se giró lentamente hacia la máquina. Lester Strange estaba sentado dentro, con las manos sobre los mandos.

CAPÍTULO 74

Bend, estado de Oregón

Jueves 15 de agosto de 2024

Casi dos semanas después de su terrible experiencia en la Finca Margolis, Sloan estaba de nuevo en Oregón. El FBI la había citado. Durante los últimos diez días, desde que el agente John Michaels y su equipo revisaron las fotos que Sloan y Nora habían descubierto en la cámara de Annabelle Margolis que narraban la noche en que ella y Preston desaparecieron, el FBI había estado utilizando un radar de penetración de suelo para explorar la finca de alrededor de la bodega. El día anterior se habían centrado en tres ubicaciones específicas donde el ultrasonido mostraba objetos extraños bajo tierra. Llevaron a expertos para confirmar que el suelo había sido movido y vuelto a tapar años antes. El hecho de que Ellis Margolis tuviera acceso a maquinaria de movimiento de tierra de la finca sugería que los cuerpos habían sido enterrados a más de un metro de profundidad. Se llevaron perros entrenados para detectar cadáveres a cada uno de los tres sitios y en uno de ellos reaccionaron positivamente. La excavación estaba en marcha.

El agente Michaels se reunió con Sloan en la puerta de entrada y la trasladó en un carrito de golf hasta el sitio de excavación, perdido entre las vides de cabernet. La zona estaba acordonada con cinta policial amarilla. Retroexcavadoras y palas frontales rugían mientras sus brazos hidráulicos excavaban y levantaban grandes cantidades de tierra que depositaban en camiones volquete que emitían pitidos de advertencia cuando retrocedían para alejarse.

El agente Michaels frenó en el lugar y Sloan salió del carrito. Había grupos de agentes desparramados por la zona; algunos miraban un gran monitor alimentado por un generador de gas que indicaba a los operadores de las máquinas hasta qué profundidad debían cavar.

—¡Hasta allí! —gritó uno de los agentes mientras la pala frontal levantaba su última carga de tierra del profundo pozo en el suelo.

El agente se acercó a Michaels.

—Estamos a un metro de distancia. Ahora tendremos que continuar a mano.

Bajaron una escalera al pozo, que tenía dos metros y medio de profundidad, y tres agentes descendieron. Los otros les arrojaron palas y la excavación continuó.

—¿Cómo encontraron esta ubicación específica? —preguntó Sloan al agente Michaels, mirando la vasta propiedad que se extendía cientos de hectáreas.

—Pusimos a un equipo de cien agentes a recorrer los terrenos con radares, buscando cualquier cosa bajo tierra. Obtuvimos varios resultados, pero los filtramos y los redujimos a unos pocos. Luego trajimos a unos expertos y un sonar. Ellos pudieron distinguir los objetos bajo tierra que eran de interés de los que no lo eran. Una vez que tuvimos algunas ubicaciones específicas que resultaron prometedoras, disparamos pilares hidráulicos hacia los objetos extraños bajo tierra y luego los volvimos a subir. Los perros rastreadores de cadáveres olfatearon los pilares para decirnos si estábamos en el camino correcto. En esta ubicación, se volvieron locos.

El agente Michaels hizo una pausa.

—Estamos bastante seguros de que los restos están aquí.

Treinta minutos después, uno de los agentes gritó.

—¡Aquí abajo hay algo, doctor!

El antropólogo forense del FBI bajó por la escalera y Sloan vio que se arrodillaba en el fondo del pozo y trabajaba cuidadosamente. Por fin, uno de los agentes que habían terminado la excavación final subió por la escalera y se acercó a Michaels.

—Señor, son huesos. El doctor confirmó que son restos humanos.

El agente Michaels miró hacia arriba, exhaló una bocanada de aire y apoyó una mano sobre el hombro de Sloan.

—Nos ha llevado casi treinta años —dijo ella—, pero los hemos encontrado.

El agente Michaels la miró.

—Usted los encontró.

CAPÍTULO 75

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Viernes 6 de septiembre de 2024

Sloan estaba sentada en la sala de la casa de sus padres. Dos sillas, que no eran de ellos sino traídas por el equipo de HAP News, estaban en el centro, perfectamente posicionadas delante de un retrato de Sloan y sus padres. El cuadro había estado colgado de la pared sobre la chimenea desde que Sloan tenía memoria. Esa mañana colgaba de la pared lateral de la sala. Los productores habían solicitado cambiarlo de lugar para que se viera en el fondo durante la entrevista, porque representaba a la perfección el tema y el efecto que buscaban: la pequeña Charlotte regresa de nuevo.

Había tres cámaras en la sala. Una directamente delante de los dos sillones; las otras dos a los lados. Los reflectores habían sido montados sobre trípodes y alrededor de los sillones había fondos blancos. De unas largas pértigas colgaban micrófonos. Sloan había decidido dar su entrevista exclusiva a Avery Mason y Eventos Nacionales. Tomó la decisión después de una larga conversación con la doctora Cutty, que conocía a la periodista y le aseguró que sería objetiva tanto en sus preguntas como en el manejo del inevitable torbellino mediático que generaba la historia.

Sloan había pospuesto la entrevista durante el último mes, pero cuando la antropología forense confirmó que los restos encontrados en la Finca Margolis eran, efectivamente, de Preston y Annabelle

Margolis, ya no pudo seguir postergándola. Necesitaba aclarar los hechos y brindar la información que el público ansiaba conocer.

El cadáver de Margot Gray había sido encontrado en un contenedor de basura en el límite norte de Cedar Creek. Eric Stamos y su equipo habían conseguido imágenes de vigilancia de la Hostería Cedar Creek que mostraban a Ellis Margolis llegando al hotel con una gran maleta y subiendo en el ascensor hasta el tercer piso. Minutos después, las imágenes lo mostraban saliendo del edificio con la misma maleta. Gracias también a la filmación proporcionada por Ryder Hillier, quedaba claro que Ellis Margolis había salido de la habitación 303 arrastrando una maleta. Se sospechaba que contenía el cuerpo de Margot Gray.

Debido a que Sloan se había negado a hablar con Ryder Hillier, la presentadora de pódcast había decidido contar la historia de Margot Gray y el papel que había tenido en la saga de la pequeña Charlotte. Con las imágenes que Ryder había tomado en la Hostería Cedar Creek, el pódcast se convirtió en uno de los más escuchados del momento.

Las fotos que Sloan y Nora revelaron de la cámara de Annabelle eran el único misterio que quedaba sin resolver sobre la desaparición del matrimonio Margolis. Nadie podía explicar cómo se habían tomado las fotos o quién había estado operando la cámara la noche en que asesinaron a Preston y Annabelle. Ese único misterio alimentaba a la comunidad aficionada a los crímenes reales y producía decenas de teorías de conspiración, la peor de las cuales era que Nora Margolis había tomado las fotos aquella noche en un intento de documentar los asesinatos para la posteridad. Sloan tenía intención de acabar con esos rumores durante su entrevista con Avery Mason.

—¡Cinco minutos! —gritó el productor.

Sloan sonrió a sus padres, que asintieron con expresión alentadora. Se sentó en una de las sillas dispuestas y miró por un instante el

retrato que se veía fuera de lugar colgado en la pared lateral de la sala. Avery Mason se sentó a su lado.

—¿Estás lista? —preguntó.

Sloan respiró hondo y asintió.

—Sí, estoy lista.

Un productor levantó la mano e hizo la cuenta atrás:

—Tres, dos, uno.

El mundo sintonizó, y Sloan Hastings contó su historia.

CAPÍTULO 76

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Viernes 27 de junio de 2025

El verano siguiente, Sloan estaba en el lugar principal de la jaula en la Jefatura de Medicina Forense de Carolina del Norte. La sala estaba atestada; no quedaban asientos libres y había más gente de la que había visto en las presentaciones de fin de año de los otros becarios. No se sorprendió. Su historia se había vuelto viral en el último año y la reaparición de la pequeña Charlotte Margolis actualmente era un suceso mediático tan importante como había sido su desaparición treinta años atrás. Aunque esta vez, Sloan dio las respuestas que había eludido a los medios, a la policía y a los aficionados a los crímenes reales que habían seguido la historia durante tres décadas.

Soltó el aire para calmarse y observó al público que esperaba su presentación. La doctora Cutty estaba en la primera fila; había dado su valiosa ayuda a Sloan para ajustar los detalles de la presentación. En el fondo estaban sus padres y, junto a ellos, vio a Eric Stamos, que había viajado desde Cedar Creek. En el último momento, Sloan vio entrar a Nora por la puerta. Casi un año después de que una bala le atravesara la pierna y habiéndose sometido a tres cirugías, Nora usaba una muleta, pero se las arregló sin problemas para ocupar una silla. Le hizo un sutil saludo con la mano y sonrió.

Se hizo silencio en la sala y las luces se atenuaron. Sloan pulsó un botón del control remoto y la pizarra inteligente se iluminó con el título de su presentación.

Avances en la ciencia de la genealogía forense

—Soy la doctora Sloan Hastings y durante las próximas cuatro horas voy a explicar cómo la genealogía forense me permitió encontrar respuestas a un caso sin resolver de hace treinta años: la desaparición de mis padres biológicos, Preston y Annabelle Margolis.

CAPÍTULO 77

Raleigh, estado de Carolina del Norte

Viernes 27 de junio de 2025

Después de la presentación, Sloan conversó con algunos de los médicos presentes, quienes estaban fascinados por su investigación y por su historia. Presentó a sus padres a la doctora Cutty, que prometió cuidar bien de Sloan durante su último año de formación. Todd Hastings hizo un último intento de convencer a Sloan para que considerara la odontología forense. Cuando la gente se dispersó, fue a buscar a Eric en el fondo del salón.

—No era necesario que vinieras hasta aquí.

—¿Qué? No me lo habría perdido por nada. Estuviste genial. Todos en la sala, o en la jaula o como se llame este lugar, estaban pendientes de cada una de tus palabras.

—Gracias. De verdad, Eric, significa mucho para mí que hayas venido. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Me voy mañana.

Sloan asintió.

—Oye, Sloan…, gracias por todo lo que hiciste por mí.

—No fui solo yo.

Eric ladeó la cabeza.

—Nada de esto habría sucedido sin ti. Yo seguiría buscando respuestas sobre lo que le pasó a mi padre. Ahora lo sé.

—Ojalá hubiéramos encontrado esas respuestas mientras tu abuelo todavía vivía.

Eric sonrió.

—Ojalá.

Se hizo un largo silencio.

—Tengo el vuelo mañana temprano —dijo Eric—. Pero quería saber si podría invitarte a cenar esta noche. Para celebrar.

Sloan asintió.

—Me encantaría. ¿Quieres venir a mi apartamento a las siete?

—Sí, perfecto.

—¿Recuerdas cómo llegar?

—¿Cómo olvidarlo?

—Dejaré el gas pimienta en el cajón del escritorio.

—Te lo agradezco —dijo Eric con una sonrisa—. Nos vemos esta noche.

Después de que Eric se fue, las únicas personas que quedaban en la sala eran sus padres. Sloan buscó a Nora con la mirada, pero ya no estaba.

Condujo hacia su casa sintiendo que se había quitado un peso de los hombros. Tenía dos semanas de descanso antes de comenzar su segundo año de beca. Estaba lista para dejar la investigación y meterse de lleno en la morgue; sentía que estaba a solo un año de cumplir su sueño de ser patóloga forense. Con el caso de la pequeña Charlotte en su currículum, no tendría problemas para encontrar un puesto en una unidad de homicidios. Dejó el coche en el aparcamiento de su edificio, sacó la caja del asiento trasero que contenía el material de un año de investigación y subió por las escaleras. Cuando llegó al tercer piso, se encontró con dos cosas. La primera era un paquete envuelto en papel marrón en su puerta. La segunda era el agente John Michaels, apoyado contra la pared, igual que Eric Stamos un año atrás.

—¿Cómo le ha ido en la disertación? —preguntó cuando Sloan llegó al final de las escaleras.

—Creo que bien. Pero lo mejor de todo es que ya ha terminado.

—Un gran alivio ¿no?

—Enorme.

Sloan se dirigió a su puerta.

—¿A qué se debe la visita a domicilio? ¿Ha pasado algo?

—No. Estoy aquí para hacerle una oferta.

Sloan señaló el paquete apoyado contra la puerta.

—¿Es suyo?

—No. Estaba allí cuando llegué.

Sloan miró el paquete y luego a Michaels.

—¿Qué tipo de oferta?

—El FBI necesita gente nueva en la unidad forense. Nos vendría bien alguien como usted una vez que termine su último año de formación.

—¿El FBI?

—Así es.

—Había pensado en una unidad de homicidios.

—No limite su pensamiento. Los rumores ya han empezado a correr y la gente habla. Va a estar muy demandada y no está hecha para una unidad de homicidios. El FBI es una plataforma más grande y nuestro equipo especial es mucho más adecuado para su conjunto de habilidades. Trabajaría en el laboratorio forense del FBI, ayudando a resolver crímenes y casos no resueltos de todo el país.

Sloan insertó la llave en la cerradura. La oferta era todo lo que había soñado hacer.

—¿Puedo tomarme un tiempo para pensarlo?

—Por supuesto. Tiene un año para decidirse.

El agente Michaels le entregó una tarjeta con sus datos de contacto.

—Llámeme.

Sloan sonrió.

—De acuerdo.

—Y buena suerte en la morgue.

—Gracias.

Un momento después, desde la barandilla del tercer piso, Sloan lo observó alejarse en su coche. Luego, dirigió la vista al paquete que

seguía en su puerta. Tenía el tamaño de un cuadro y no tenía información de remitente ni nada que sugiriera que había sido entregado por una empresa de reparto. Recorrió el complejo de apartamentos con la mirada, como si la persona que lo había dejado pudiera todavía estar allí. Como no vio a nadie, abrió la puerta, dejó la caja con el material de investigación en el suelo de la cocina y levantó el paquete para meterlo en el apartamento. Fue entonces que vio una segunda caja, más pequeña, detrás del paquete. Entró con ambas cosas.

En la cocina utilizó tijeras para cortar el cordel del paquete más pequeño y abrió la caja. Dentro estaba la cámara Nikon FM10 de Annabelle y un paquete con películas. Sonriendo, Sloan cogió la cámara y la giró.

Tras dejarla sobre la mesa, desenvolvió el paquete más grande, el cuadro, y descubrió que se trataba de una fotografía enmarcada. Una vez que quitó todo el papel, Sloan giró el marco para ver la imagen. Era una ampliación de la foto del gavilán de Cooper que Annabelle había hecho cuando el ave echaba a volar afuera de su casa, la misma que Sloan y Nora habían revelado en la Finca Margolis. El pájaro, iluminado por el sol de la tarde, se veía majestuoso con las alas desplegadas.

En la parte inferior del cuadro había un sobre blanco pegado con cinta. Sloan dejó la foto enmarcada en la mesa, abrió el sobre y sacó una tarjeta. Leyó el mensaje y sonrió.

Te elevarás en vuelo hacia lugares fantásticos.

—Nora

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, un enorme "gracias" a todo el equipo de Kensington Publishing que sigue creyendo en mí y en mis libros con tanto entusiasmo. Me siento agradecido de que años atrás mi primer manuscrito viajara por Nueva York y de alguna manera aterrizara sobre el escritorio de John Scognamiglio. Desde entonces hemos recorrido mucho camino y espero continuar así durante muchos años.

Gracias a Amy y Mary, siempre mis primeras lectoras.

Gracias a mi agente, Marlene Stringer, que tantas veces me ha dicho que "solo se necesita un libro". Brindo por muchos más en los años venideros.

A Claire Ammon, gracias por responder mis preguntas sobre genealogía, sitios web de genealogía, ADN y medicina forense. Estoy seguro de que debo de haberme equivocado en algo relativo al mundo de la genealogía forense, pero Claire hizo lo posible para que no sucediera. Cualquier error es responsabilidad mía.

A Carrianne Hornok, gracias por ayudarme con la fotografía de cuarto oscuro.

A Kelly Witt por compartir su entusiasmo por el CrossFit para que Sloan Hastings pudiera ser tan genial. Hubiera incluido todas tus sugerencias sobre CrossFit, Kelly, pero habrían llevado el libro a 600 páginas, así que tuve que elegir y seleccionar.

A los blogueros, influencers y lectores que han leído mis libros, escrito reseñas y puesto mis novelas en el mapa a través del boca a boca. Les estoy eternamente agradecido.

Posdata:

Aunque se puede mirar un mapa y ver dónde debería estar ubicado Cedar Creek geográficamente, no lo encontrarás. Cedar Creek, en el estado de Nevada, no existe. Tampoco existe el condado de Harrison. Al igual que en mi primera novela, El crimen del lago, que ocurría en Summit Lake, creé Cedar Creek para adaptarlo a mis necesidades.

Si te ha gustado esta novela...

... no puedes dejar de leer No te duermas, de Stacy Willingham. Un thriller psicológico que te hará pasar la noche en vela junto a Isabelle Drake. Una madre que, luego de que su hijo fuera robado de su cuna, no ha vuelto a dormir. En ocasiones sufre desmayos. Su vida no ha sido la misma.

Con la esperanza de que las personas no olviden la cara de su pequeño, participa en cada encuentro de asesinos en serie. Cree que así podrá encontrar alguna pista sobre qué fue de su hijo, por lo que accede a ser entrevistada por un podcaster.

A lo largo de esta serie de entrevistas Isabelle comenzará a rever sus actos y desconfiar de sí misma ¿podría ella ser la culpable de la desaparición de su niño?

El equipo editorial



Escanear el código QR

para ver más información de No te duermas



Foto del autor: Carrianne Photography

Charlie Donlea Es uno de los autores de thrillers más vendidos en todo el mundo. Vive en Chicago con su esposa y sus dos hijos. En cada una de sus novelas, Donlea demuestra una habilidad excepcional para integrar investigaciones forenses reales en sus cautivadoras tramas. Las historias son un auténtico juego de ajedrez con el lector, y lo mantienen en vilo hasta la última página.

Su sitio web es: charliedonlea.com

MOTUS

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:



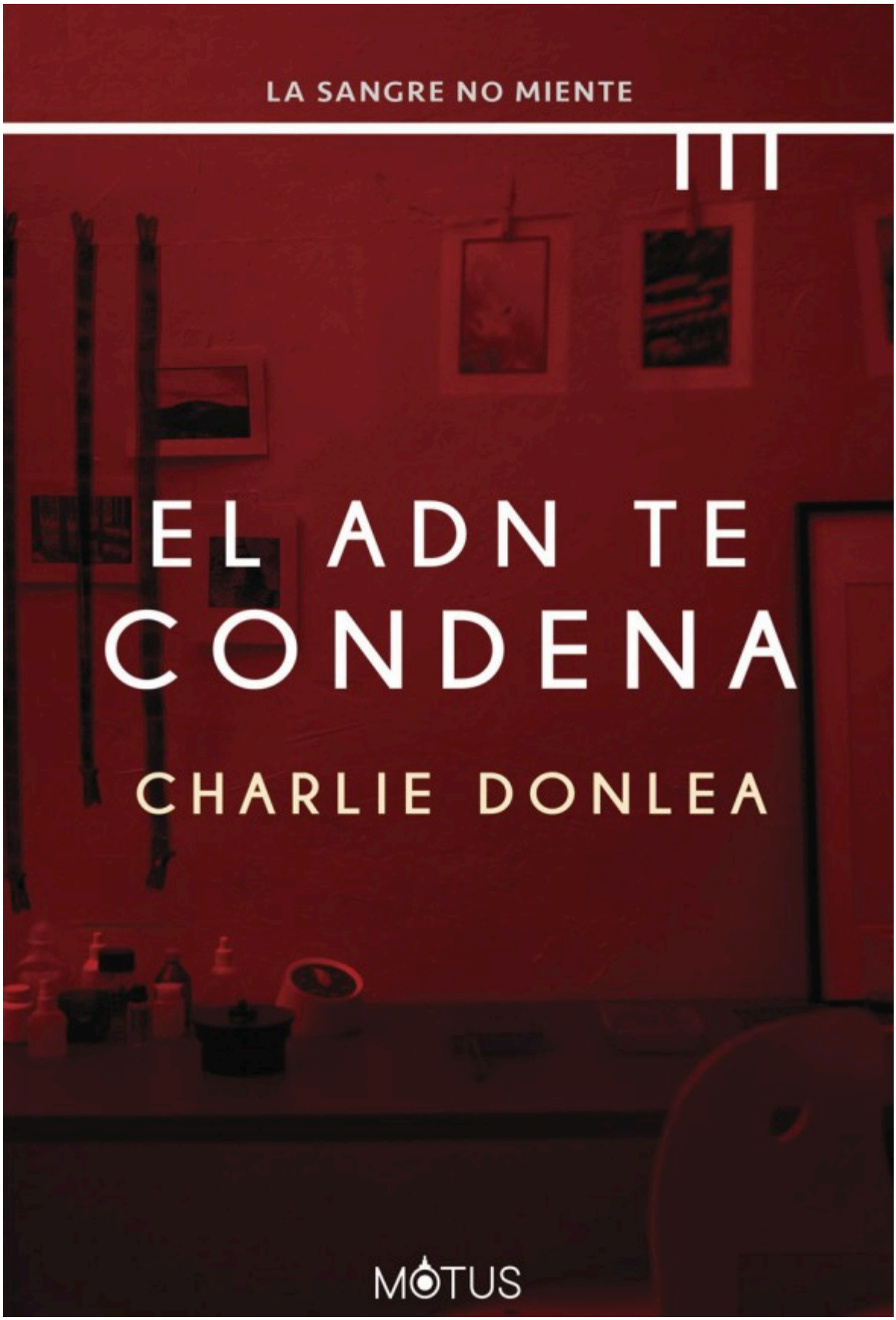






MotusThriller

www.motus-thriller.com


LA SANGRE NO MIENTE
III
EL ADN TE CONDENA
CHARLIE DONLEA
MOTUS

